

# Daniel Ruiz

# MALEZA

*colección andanzas*



TUSQUETS  
EDITORES

# Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Perrera

Dedicatoria

Cita

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14  
Capítulo 15  
Capítulo 16  
Capítulo 17  
Capítulo 18  
Capítulo 19  
Capítulo 20  
Capítulo 21  
Capítulo 22  
Capítulo 23

## Carnaza

Cita  
Capítulo 1  
Capítulo 2  
Capítulo 3  
Capítulo 4  
Capítulo 5  
Capítulo 6  
Capítulo 7  
Capítulo 8  
Capítulo 9  
Capítulo 10  
Capítulo 11

## Maleza

Cita  
Capítulo 1  
Capítulo 2  
Capítulo 3  
Capítulo 4  
Capítulo 5  
Capítulo 6


Capítulo 7  
Capítulo 8  
Capítulo 9  
Capítulo 10  
Capítulo 11  
Capítulo 12  
Capítulo 13  
Capítulo 14  
Capítulo 15  
Capítulo 16  
Capítulo 17  
Capítulo 18  
Capítulo 19  
Capítulo 20  
Capítulo 21  
Capítulo 22

Créditos

## Sinopsis

Nadie dijo que la vida fuera fácil. Pero lo es mucho menos en Balseras, barrio de la periferia. Un niño huérfano busca al asesino de su perro Bruto, con la ayuda de su primo y otros amigos, miembros de una banda que a pesar de su juventud conoció tiempos mejores. Un comercial del sector de los electrodomésticos se topa en una de sus habituales carreras nocturnas con una mano amputada de mujer, y decide, contra cualquier asomo de cordura, llevársela a casa. Un disminuido psíquico trabaja en el mantenimiento de una comunidad de vecinos de alto nivel, donde vive la niña Sonia, por la que estaría dispuesto a dejarlo todo.

DANIEL RUIZ  
MALEZA

  
*colección andanzas*

TUSQUETS  
EDITORES

Perrera

A Victoriano, Mario, Peláez, Víctor,  
barrios de mi adolescencia



*Everywhere I hear the sound of  
marching, charging feet, boy.*

The Rolling Stones,  
*Street Fighting Man*

Llegó todo alterado Chamaquito, la lengua hecha una estraza, contando que junto al canalón le habían reventado a *Bruto*. Pegaba cabezazos y lloriqueaba, los demás tenían que verlo, estaba junto al pilón, desventrado como una vaca de carnicería, los ojillos aún húmedos como dos coquinas muertas. Cucho acababa de dar lumbre a un dos papeles, bellotón de apaleado, así que ninguno estaba para mucho movimiento. Todos dijeron vale pero también dijeron pásalo, se te queman las uñas, y ahí Chamaquito empezó a berrear y a mentar a los muertos. Me cago en vuestras madres, hijos de la reputa. Pobre Chamaco, en la plazoleta se le quiere pero el cariño no da para tanto, cualquiera le quita al Panceta el pito de sus dedos mantecosos. Panceta, gordo de mierda, el niño no se contuvo y empezó a soltar la lengua, la diana de su ira era el Panceta, que entretanto no hacía sino sonreír, exhibiendo las encías negruzcas mientras dejaba escapar el humo entre sus labios con demora, como si a la bocanada le diera vergüenza salir de su cuerpo. Chamaquito se sentó en el suelo, junto a la banca, y con los ojos hincados en las colillas empezó a bisbisar solo, mi *Brutín*, *Brutito* mío. El Panceta le pasó el petardo

a Lucio, sonriendo y con dos nubarrones instalados en sus pupilas. Pero ya Lucio andaba incómodo, fíjate en Chamaquito, está cabeceando sobre las rodillas, parece que tiritita. Si tiritita no es por frío, que con diez años ya ha tenido tiempo de acostumbrarse a la falta de abrigo. Tiritita porque quisiera arrancarle a alguien el corazón a bocados, está ansioso por masticarlo y después arrojarlo al desagüe, junto a los jirones de *Bruto*. Lucio dio tres caladas y lo pasó a Cucho, golpeó con las manos los bolsillos del vaquero a modo de resolución y entonces lo propuso, vamos al pilón, comprobemos lo del perro. Pero Cucho acababa de tomar el canuto, la primera fumada rebuscaba ya en sus pulmones, vas a ir tú yo no me muevo. Tú eres una mariconita, y tú, un comemierda, y tu madre una guarra, y tu abuela más guarra todavía, los dos se liaron a insultos y por detrás el Panceta se carcajeaba, su papada titilando como una gelatina. Chamaquito se levantó y con sus enormes ojos de charco miraba a su primo y a Cucho esperando algún dictamen. Aún no había dejado de llorar, seguía pensando en el vientre abierto de *Brutillo* y en sus ojos huecos de vida. En el desconcierto de la trifulca el Panceta aprovechó para descolgarle el canuto a Cucho y darle un par de nuevas fumadas. Al final se decidió que Chamaco iría al desagüe y se traería al chuchito, porque nadie iba a moverse de la plazoleta para comprobar algo que probablemente fuese mentira. A Chamaquito le volvió el llanto, esta vez violento y a raudales, lo que le valió a Cucho para argumentar que lo del perro muerto era una nueva fantasía del niño, como cuando le dio por decir que Marcelo bajaba del cielo para verlo, que lo hacía siempre de madrugada y le preguntaba por la gente de la plazoleta. Cómo anda mi primo, le interrogaba, y el manteca de Panceta, y el canijo de Cucho, y qué tal el equipo, y después Chamaquito lo contaba en el banco, anoche mi hermano bajó de las nubes, preguntó por vosotros. La herida aún estaba reciente y por un tiempo todos creyeron, el bueno de Marcelo debe de estar disfrutando de lo lindo ahí arriba, seguro que anda todo rodeado de guayabas desnudas, de hembras de película paseándose en tanga. Pero después de unos meses las confianzas de Chamaquito no encandilaban a nadie, demasiada rutina debe de haber en el cielo para que Marcelo ande recordándonos todos los días, deja ya de fantasear, Chamaco. El cuento de ahora, como aquel otro, seguro que

era falso, quién iba a querer reventar a *Bruto*, el chucho no hacía mal a nadie. Chamaco se alejó hacia la pila y desde el banco los tres amigos lo vieron perderse en la distancia. Cucho y Lucio seguían escocidos, por dentro andaban rabiosos, por fuera permanecían en silencio y mirando al suelo. El Panceta aprovechaba la tesitura para seguir chupando como una chimenea. Cuando el gordo le pasó el canuto a Lucio apenas si quedaba la colilla, eres una puta bola agonía, eres un fatiga, lo pensó pero no lo dijo, ya era bastante con tener en contra a uno. De los tres, Lucio era el único que estaba seguro, una historia tan cochina no podía ser invención de un niño, por mucha capacidad para la fantasía que tuviese el crío. Los otros dos no pensaban demasiado en ello, los ojos del Panceta eran dos salmonetes perezosos, los de Cucho seguían navegando con resquemor entre los adoquines. Al grito de Chamaco los tres elevaron la vista. Fue un grito de rabia, hecho de trozos de tripa y cristales rotos. Desde el otro lado de la plazoleta, el niño avanzaba con un mazacote impreciso entre las manos. La colilla del petardo rebotó en el suelo y Lucio se levantó, una mano invisible estrujándole la garganta. La expresión del Panceta fue apenas audible, la hostia, la hostia puta, susurró. Chamaco seguía gritando, y su presencia de hormiga se hizo grande en medio de la plaza. El niño traía la cara descompuesta y los dientes apretados, en una expresión que era mezcla de repugnancia y rabia. Entre sus manos, como un cordero en sacrificio, el pequeño cuerpo de *Bruto* exhibía a la intemperie sus tripas desmadejadas. La sangre iba arañando las baldosas con su rúbrica siniestra.

Este perro no es cristiano, pero merece sepelio. Cucho se acercó a casa y cogió una bolsa de basura, y ahí metieron los restos del animal. Por no acalorar más a Chamaco, Lucio no se detuvo en contemplar las muescas en la piel del perro, pero en un momento de despiste abrió el plástico y lo examinó con detenimiento. Le habían quebrado el ojo derecho, y tenía una brecha en el lomo a través de la que se le distinguía uno de los omóplatos. En varias zonas, el pelo había sido sustituido por el tocino, un tocino que el desangramiento había vuelto blanco. El recorrido hasta el vertedero lo hicieron en silencio, con toda la ceremonia de unas exequias. Era la una de la tarde y todos estaban en el Goya, así que apenas había gente por el barrio. Madejas de nubes con el vientre cariado se descomponían en el cielo, en una orgía de formas que reducían el sol a un vago rumor luminoso. Hostia, hostia puta, el Panceta no había dejado de repetir esas palabras desde que Chamaco había arrojado los restos del perro muerto a los pies del banco. Lucio cargaba a sus espaldas con los desechos del animal, seguido muy de cerca por el niño, que durante todo el trayecto hasta Santa Luisa fue deshaciéndose en

pucheros. Me cago en la puta, hay que tener mala sangre para reventar así a un perro, por lo menos los hombres hablan y dicen estupideces y se comportan como cretinos, pero dime tú, un chucho. Las nubes grisáceas recortaban el perfil de la comitiva, todos con las cabezas gachas, el niño a cada paso restregándose los ojos llorosos, Lucio con la bolsa sobre la chepa como una joroba deforme. El que la hace la paga, si se tiene cojones para matar así a un chucho también se debe tener para esperar que te la devuelvan. En Santa Luisa, muy cerca del vertedero, encontraron una hondura y ahí soltaron la bolsa; con un cubo de pinturas vacío Lucio y Cucho comenzaron a arrojarle tierra encima. La ocasión lo pedía, así que el Panceta se trabajó un nuevo pito, esta vez de un solo bolleré pero bien cargado. El albero, blanco como la ceniza, había tapado a medias el plástico, entonces el niño empezó a verraquear como una madre a la que estuvieran arrancándole a su hijo, *Brutito*, no te vayas, perro mío. El puñetero sol resquebrajó por un instante el espeso velo de las nubes y acarició el cuello de Chamaco, que permanecía de rodillas sobre la arena y con el rostro mojado de babas. Sabe Cristo que al bastardo lo apaleamos, como que yo me llamo Lucio y tú Cucho y tú Panceta. Fumaron en silencio ante el socavón medio cubierto de tierra; a modo de responso Cucho alabó a *Bruto*, con su muerte también se acaba otra historia, era el perro de Marcelo, siempre andaba entre nuestras piernas, nunca hubo animal más amigo. Panceta dio una honda calada al canuto, no sabe cómo le dio por acordarse de las historias de Chamaco, de cómo su hermano bajaba de madrugada y le hacía confesiones sobre lo a gusto que se estaba allí arriba. Entonces pudo imaginar a *Bruto* deshaciendo el plástico, muy entrada ya la noche, y subiendo hacia las estrellas. Vio al perro agitando excitado las patas, su silueta recortada por el plato de leche de la luna llena, ansioso por volver junto a su amo. Va a reunirse con Marcelo, Panceta lo dijo en voz alta, y Chamaco lo miró atónito, las cuencas encharcadas y las pupilas como dos cucharas soperas, parece que solo entonces se dio cuenta, le habían dejado solo en el mundo. Sin embargo no volvió a llorar, el descubrimiento le cortó los hipidos y su gesto se volvió circunspecto. Solo preguntó primo, esto va a quedarse así. Lucio le rodeó los hombros con el brazo y lo tranquilizó, no estés triste, este golpe va con acuse de recibo.

La grifa les había abierto el apetito, pero todos iban demasiado alicaídos para hablar de manduca. Volvieron sobre sus pasos sin cruzar palabra, desperdigados como un ejército diezmado que regresara del frente. Al llegar a Medina oyeron la sirena que refrendaba el fin de las clases en el Goya. Cucho fue el primero en alejarse, se desvió por Polavieja y siguió su ruta habitual. El Panceta aprovechó la confusión de los alumnos que salían en desbandada para volver a clase y recuperar la mochila. En la plazoleta, Lucio se separó de Chamaquito. La placenta del cielo había vuelto a romperse y el sol forcejeaba con las nubes, insistiendo en abrazar el cuello del niño. La expresión de Chamaco ahora era de cansancio y resentimiento. Se miraron sin decirse nada, Lucio cabeceó y eso indicó al niño que se desviaba de la ruta. Primo, quiso saber el niño, el perro vuelve con Marcelo. Lucio pensó en las brechas que erizaban la piel del chucho, el hueso de su omóplato sobresaliendo entre la mata de pelo como un penacho rocoso rodeado de hierba. Sí, mintió, pensando en el infierno, y quiso enmendar su falsedad piadosa con una promesa: no te apenes. Este golpe, volvió a repetir, va con respuesta.

Esta mañana se cargaron a *Bruto*, anunció Lucio. Detrás de su plato de acelgas, humeantes como un puñado de tripas calientes, su viejo lo miró sorprendido. Cómo se cargaron. Ya te dije, contestó Lucio. Lo machacaron, andaba hecho un garabato en la pila. La vieja se llevó la mano derecha a la boca y ahogó un hipido en su garganta. Lucio enhebró las tripas verdes con el tenedor, putas las ganas que tenía de seguir comiendo. Vio al perro encogido sobre sí mismo en el interior del plato. Entre los garbanzos y las hilachas espesas distinguió incluso su pestaño. Eso es alguien que os ha querido dar porque vosotros disteis antes. Es lo que tiene andar todo el día jodiendo en la calle. Os habéis convertido en un puñado de golfos degenerados, ya no distinguís lo que está bien de lo que está mal. El viejo de Lucio blandía su tenedor en el aire mientras alternaba las mascadas con los rebuznos. Te estás convirtiendo en un macarra, en un animal sin oficio ni beneficio, solo te falta salir a pastar al campo. Lucio hundió la mirada en su plato, desde donde *Brutito* seguía observándole. No me agaches la cabeza, la voz del viejo se volvió áspera y grave, no eres un sarasa, quiero que me atiendas cuando te



hablo. Al volver a elevar la vista, Lucio imaginó que a su padre se lo había tragado un cochino, un cerdo peludo y grasiento con los colmillos manchados de espinacas. El viejo se calentó con sus propias palabras y comenzó a encadenar réplicas e insultos sin pausa, comemierda, chusma, miseria, hasta que muy pronto las expresiones perdieron punzada y se volvieron romas como espadas de madera. Ya podía seguir con los insultos o levantarse y darle un beso, que a Lucio lo mismo le daba: nadie iba a quitarle de la mollera la imagen de su primo con el muñón de perro entre las manos. Pobre *Bruto*, si Marcelo levantara la cabeza, lo mismo volvía a hundirla de la pena, era su perro, no había sitio en el que no se plantase con el chucho. Puñado de desgraciados, sarta de inútiles, el viejo de Lucio se perdió por el pasillo atragantándose de insultos. Dentro del plato, *Bruto* seguía mirando, los ojos fijos en Lucio, que no dejaba de darle vueltas en la cabeza, me los como crudos, los voy a crujir, a mí no me conocen, todo en silencio, con los labios fruncidos y los ojos barruntando lágrimas. Llegado ese momento a la madre se le desató el instinto, sin haber escuchado una palabra de su hijo lo miró y le advirtió, ándate con tiento, Lucio, no te metas en líos, nadie va a resucitar al perro del primo. Alguien tendrá que pagar esto, quiso decirlo en voz alta pero solo pudo asentir en silencio, para qué incomodar a la vieja, ya tenía lo suyo con soportar a su marido.

Por fin acabó de comer y se marchó a su habitación. Cerró la puerta y se hundió en la cama. El cabrón de *Bruto* había logrado escapar del plato de acelgas y ahora se paseaba por el techo, aleteando el rabo y gimiendo ansioso. La cabeza de Lucio empezó a cavilar, a ver quién te quería mal, a ver quién quería jodernos. Entonces se dedicó a hacer un repaso de la gente del barrio, la pandilla de los Gemelos, la peña del Buitre, Solís, Uriarte. También pensó en el Lobo, cómo no, lo vio montado en su Kawa 600, con su chupa de cuero y la cicatriz cruzándole la ceja, lo imaginó derrapando con su moto en el descampado de Maspalomas, espoleado por sus lacayos. Fue pensar en el Lobo y recordar a la Viruta, sus ojillos verdes de playa, su culo apretado, sus tetas pequeñas y compactas como mandarinas. Enseguida, con la Viruta entre las cejas, se le disolvió la rabia y se le almibaró el pensamiento. Si yo tuviera una moto como la del Lobo, otro gallo cantarían, cien a uno a que no dudaba

en venirse conmigo. Montaría a la Viruta de paquete y la pasearía por el barrio, después la llevaría al centro así, sin casco, para que en los semáforos la gente nos mirara y dijera carajo, qué buena suerte tiene ese cabrón. Sería superior, los rizos de la Viruta me acariciarían la nuca, entonces aspiraría y aceleraría a fondo, en ese momento ella tendría que rodearme con sus brazos. Repantigado y feliz estaba ahora Lucio, lo que habían cambiado las cosas, mientras pensaba en la novia del Lobo, y en medio de esa recuperada felicidad fue a dormirse. Soñó con la Viruta, hasta se reía en medio de su sueño porque la veía desnuda y pensaba, leche, este sueño sí que es real, la estoy tocando y ella me toca y todo parece cierto. Pero en el techo de la habitación *Brutito* empezaba a aburrirse, se estaba cansando de correr entre las esquinas sin que Lucio le echara cuenta, así que se despegó del cemento y abandonó la habitación. Salió por la ventana y se paseó por el cielo, dejó a un lado la plazuela y arribó al edificio de la abuela de Chamaco. Entró por el salón; la abuela, con la boca abierta, dormía la siesta. Atravesó el comedor y llegó a la habitación del niño. El perro jadeó, la habitación estaba a oscuras. Intentó ladrar pero fue en vano, la muerte le había raspado la garganta. Se acercó sigiloso a la cama, procurando acostumbrarse a la oscuridad. Sobre las sábanas, con los ojos muy abiertos y abrazado a sí mismo, como presa de un dolor inhumano, Chamaquito seguía haciendo duelo por el chucho. *Brutito*, *Brutito* mío, oyó que decía, y sin ladridos, sin lágrimas, sin existencia siquiera, el perro lloró deseando estar vivo.

En cuanto el sol se oxidó un poco, Lucio pasó por donde el Panceta y los dos se echaron a la calle. Por el portero avisaron a Cucho y les contestó la madre. Lucio y el gordo intercambiaron una sonrisa cómplice mientras la madre les hablaba. Delante del canijo jamás se les ocurriría, pero tener una madre camarera de un *nightclub* no dejaba de tener su gracia, claro que si era la tuya no tenía ni puta. Cucho tardó en bajar y el Panceta le echó en cara la tardanza, debes dejarlo un poco, te quedarás ciego de tanta paja. A mí me las hacen, y no mi hermana como a ti, contestó el otro, y así fueron adornando el camino hasta los chapolos con piropos de ese calibre. En los chapolos se reúne medio barrio, es el epicentro de Balseras, un reducto pacífico, quien lleva navaja se la guarda y quien rumia un insulto se lo come. Allí todo son palabras templadas, si hay que endiñarse se va uno a la calle, a este sitio viene la gente a hablar y a jugar a las máquinas. Y si la cosa se tuerce ahí está Bermúdez para zurcir el remiendo. Bermúdez es el dueño del local, un cernícalo cuatro por cuatro con unas manos gruesas como filetes de buey, y el remiendo es un bate de béisbol de aluminio que conoce más de una dentadura. En este sitio

más vale estarse quieto, se puede fumar canutos y beber quintos pero siempre con tranquilidad, sin forzar la máquina. Los tres amigos se plantaron en los chapolos y otearon el terreno. Estaban los de siempre, gente de los Gemelos, alguien del Buitre, nadie de Uriarte ni del Lobo. Saludaron a Bermúdez y el cabestro les devolvió el saludo. El domingo, el Deportivo Balseras recibía al cabeza de liga, el Rusiñol, y Lucio iba en la porra con un tres uno. Preguntó si alguien le había pisado el resultado, y Bermúdez le contestó que no, te crees que hay en el barrio alguien tan tonto como tú. Lucio no le echó cuenta, el Balseras estaba en racha, además recibía en casa y venía crecido del cero dos contra el Entrelivos. Bueno, qué os hace, preguntó Bermúdez. Aquí venimos, a echar un ojo, contestó el canijo. Pues andad y echad algo más, soltó Bermúdez. Panceta había chirlado un par de euros del bolso de la vieja, así que los dejó sobre el mostrador y pidió cambio. Para botellines y tragaperras no había: se decantaron por las máquinas. Lucio y Cucho se pusieron a dar el coñazo y no pararon hasta que el Panceta les pasó un par de monedas a cada uno. Finalmente, los tres amigos se dispersaron por el local.

La máquina de los zombis estaba ocupada, también la de rallys. Lucio se acercó al fútbolín, donde el Manta jugaba con un par de desconocidos. Manta, más que manta, le saludó Lucio. Vete al carajo, respondió el otro sin levantar la vista del campo. Jugaba él solo contra los otros dos y se movía nervioso de un mango a otro. Un delantero del equipo contrario retuvo la bola. Fintó y le clavó la pelota en toda la escuadra. Un colador, dijo Lucio, peor que Casillas. El Manta se dio la vuelta y enfrentó su rostro al de Lucio fingiendo el prelude de una pelea. Lucio le empujó el pecho y el Manta sonrió. Dónde andabas hoy, maricona, quiso saber el Manta. La tutora preguntó por ti, dijo que van a enmarronarte. Ya estoy enmarronado, fardó Lucio. Cruzaron alguna palabra más y después Lucio se incorporó al juego como pareja del Manta. A pesar de andar con los Gemelos, Lucio tenía al Manta por un buen tío, alguien en quien se podía confiar. Perdieron ese partido, pero el Manta invitó a la siguiente y esa sí la ganaron, por la mínima. Lucio sufragó el desempate. Los otros compañeros de juego parecían un poco cretinos, celebraban los goles como si fueran los del Madrid en la final de la Champions. Pero se les veía muy colegas del Manta y, por tanto, lo mejor era

estarse quieto y sonreír a los comentarios, esta te la meto sin vaselina, ni la habéis visto, no la toques que te quemas. Se tragaron la cháchara a palo seco, sin agua para lubricarse el gañote, Lucio encañonó con un central y la bola se hincó en la portería, el resultado final fue de cuatro a tres. Se acabó la partida y Lucio encendió un cigarrillo, el Manta se dio por invitado y tomó otro del paquete, bueno, qué, comentó. Entonces contó lo del perro del Marcelo, lo encontró el hermano en el canalón donde termina Medina, estaba hecho mixtos, con más brechas que un río seco. El Manta arrugó el pellejo de su frente y enarcó las cejas, qué puñeta, valiente marranada. Quién crees que habrá sido, de los nuestros, fijo que ninguno, hay que ser muy bastardo para hacer una cosa así. Lucio y el Manta repasaron a la peña del barrio, los Gemelos, seguro que no, los del Buitre, probablemente tampoco, vete tú a saber si la gente de Uriarte. El Manta se fue con su par de colegas y Lucio siguió dando vueltas por el local. Al poco llegó Cucho y le puso al corriente, acabo de hablar con Mediavilla, me ha soltado que los del Buitre no han podido ser, él se habría enterado y no tenía ni idea. Lucio asintió y siguieron ojo al parche, solo ellos dos, porque el Panceta andaba ojo a la máquina de rallys. Lucio se le acercó, coño, Panceta, tienes los huevos duros, qué haces que no preguntas. Pero el Panceta andaba por Montecarlo, llevaba el coche de Sébastien Loeb, espérate, maricon, que esto es importante. Al rato apareció Mudarra meneando su culo canijo y prieto, llevaba el vaquero por encima de la cintura, muy ajustado, marcando bulto. Levantó la mano como una reinona y saludó a todos los chapolos, entonces alguien soltó Mudarra bujarra, ya vienes buscando rábano. Mudarra sonrió, estirando su bigotillo y dibujando una o con los labios. El Mudarra iba paseando por todas las tragaperras y saludando a la peña, a todos menos a Lucio y sus amigos, con ellos ya estaba todo dicho. Bermúdez no dejaba de mirarle, en otro tiempo Mudarra utilizaba los servicios para refregarse con los chavales, es lo que se cuenta, hasta que por lo visto un día el cabestro entró y vio a Mudarra liado con uno de ellos, sacó el bate de béisbol y advirtió, la próxima vez este es el nastro que te comes. Decían que ahora Mudarra utilizaba su casa, vivía solo y allí llevaba a los muchachos, eso es lo que se cuenta, aunque ya se sabe, a la gente le pierden los chismes. Al pasar junto a Lucio, Mudarra desvió la mirada, puta

viciosa, y se fue contoneando el culo hacia los billares. Se sentó entre dos o tres del Buitre que andaban jugando al chapolín y empezó a camelarse a uno que parecía más pequeño que el resto. Fue ver a Mudarra y acordarse de Chamaco. Lucio empezó a pensar en su primo, le volvió la imagen de la siesta, el niño con el perro entre las manos, su llanto desolado, sus ojos como platos arrancándole una promesa, no estés triste, Chamaco, el golpe tendrá respuesta.

Nada sacaron en claro de los chapolos, se hizo tarde y los tres salieron del local, el Panceta no dejaba de parlotear, se había salido de la carretera en un cambio de rasante y el Citroën había volcado. Cago en la puta, he estado a diez segundos de llegar a la meta. Los otros dos iban callados y pelándose la cabeza, nadie parece saber nada, aunque ya podemos descartar a la gente del Buitre y los Gemelos. La noche encapotaba el cielo de Balseras y la luna iba saliendo perezosa por detrás de los bloques de hormigón. El frío afilado de noviembre culebreaba por los resquicios y hacía llorar los ojos. Aun así, el Panceta estaba eufórico y decidió invitar a un canuto. Se fueron a la plazoleta y el gordo se trabajó el porro. Las caladas tranquilizaron a Lucio, mañana preguntaría en el Goya y seguro que se enteraría de algo. Cuando el Panceta fumaba, a menudo le daba por la mística, se volvía trascendente y espiritual. Los amigos sabían de qué iba cuando le dio por soltar, creéis que hay otros seres en el universo diferentes a nosotros. Cucho aguantaba el porro entre los dedos y detrás del humo se le dibujó una sonrisa. Lucio también sonrió, entonces el Panceta protestó, sois unos ignorantes sin inquietudes. Pensadlo por un momento, el gordo volvió a la carga, seguro que hay otros seres, no podemos creernos el ombligo del mundo. Los tres acabaron mirando hacia el cielo, la luna gorda y purulenta balanceándose desnuda en la oscuridad. Mírala, mira la luna, soltó Lucio, intentando frenar la perorata del Panceta, que seguía apalizando con los extraterrestres. Qué carajo, estoy hablando, protestó el gordo. Mira la luna, insistió el otro, parece una gorda en bolas, con las tetas colgándole hasta la cintura. Es clavadita a la hermana del Panceta, dijo Cucho, y ahí, Lucio soltó una carcajada. El Panceta contraatacó diciendo la puta de tu madre, y el Cucho contestó la reputa de tu hermana, y entonces los tres se liaron a insultos, la luna toda gorda y ponzoñosa

contoneándose sobre los tejados, debajo, los tres amigos fumando y discutiendo, tu hermana la tragapingas, tu madre la puerca, pásame el porro, pues anda que la tuya.

La mañana se manchó de niebla y, en medio de su plenitud lechosa, la sirena del Goya tronó fulminando los bostezos. Lucio miró la hora y echó a correr, otra vez llegaba tarde. En el interior del edificio, las escaleras se abarrotaban de piernas que subían, bajaban, tropezaban, se detenían. Los estudiantes intercambiaban legañas y saludos, descuartizando el silencio con sus palabras y sus gestos. Cuando Lucio alcanzó su aula todo el mundo ya se había sentado y la clase estaba a punto de comenzar. El profesor Siruela lo observó sorprendido —no era muy normal que Lucio se dejase ver tan temprano— y lo invitó a ocupar su sitio. Lo primero que hizo al entrar fue mirar a la Viruta. Le salió natural, como si en vez de mirarla a ella contemplara la pizarra. Sus miradas se encontraron durante un segundo y Lucio acabó de despertarse del todo. Siruela el Ciruela, ningún mote más apropiado para un nombre; el profesor de matemáticas era calvo de un modo desagradable, no gastaba la típica calva despejada y reluciente sino una especie de cabellera rala y muy rasurada que daba a su cabeza el aspecto de un jardín pobre de césped. El profesor Siruela, tiza en mano, se llenó la boca de quebrados y logaritmos, y



en pocos segundos Lucio dejó de prestar atención. Abrió el cuaderno por las últimas páginas y comenzó a pintarralear. La mitad de la clase se la pasó pensando en *Bruto* y la otra mitad en la Viruta, que ocupaba el banco inmediatamente posterior al suyo. Imaginó que la invitaba a tomar algo, y que se la llevaba a algún sitio romántico, donde alguien tocara un violín y donde sirvieran buen vino, en copas labradas, todo como de película. Imaginó que lo elegía a él en lugar de al macarra de su novio. Claro que, para lograrlo, en su imaginación tuvo que dibujarse una moto, una Kawa 700, con más cilindros que la del Lobo. El timbre de fin de clase lo sorprendió montado en la moto, la Viruta agarrada a su cintura, corriendo a ciento ochenta por una carretera amplia y soleada. Todo el mundo se levantó y Lucio aprovechó el momento de laxitud para abordar a la Viruta. Allí estaba, con sus enormes ojos verdes y con aquellas vetas de pelo rizado bajándole por la cara como enredaderas. No pudo evitar echar un vistazo a sus tetas, aquellas divinas protuberancias que se le insinuaban por debajo de la camiseta. Qué te cuentas, le entró, al tiempo que le ofrecía un Chester. La Viruta acercó sus largos y finos dedos y tomó uno. Muerta de sueño, contestó ella. Lucio sintió un escalofrío al sentir el roce de sus manos cuando dio cobijo a la lumbre del mechero. Era difícil sostener la mirada de la Viruta, sus ojos parecían un juego de cristales superpuestos en los que no se adivinaba el fondo. Si tienes sueño es porque ayer anduviste de fiesta, soltó Lucio, y al instante se arrepintió del comentario. Pero no fue una mala jugada, porque la Viruta empezó a narrarle la noche anterior, estuvo con su amiga Inesita en el Tarugo, iban de tranquilas pero el Tarugo comenzó a llenarse de gente y enseguida se animaron. Además, el Mustafá no dejaba que pagáramos ni una copa, y entonces nos perdimos, empezaron a rular las cervezas, y después los martinis, yo tenía que levantarme temprano y pisé el freno, pero la Inesa siguió privando y al final acabó echando la pota. Tuve que llevarla a su casa, y la madre abrió la puerta toda encabronada, de dónde viene esta golfa, qué mierda se ha tomado. Sin darse cuenta, se vieron fuera de clase, la Viruta hablaba y gesticulaba con sus delgados dedos y Lucio escuchaba embelesado. Mientras lo hacía intentaba olerla, eso era otra cosa que lo descomponía, su olor, era un olor fresco, como de estanque, aunque nunca había estado en uno

imaginaba que sería algo así, una especie de aroma húmedo y perfumado poblado por aves de sonidos y colores exóticos y con mucho verde por todos lados. Lucio tenía ganas de hablar, y aunque en las últimas horas no hacía más que pensar en el perro de Marcelo no le dio por ahí, empezó a hablar de la madre de Cucho, si el canijo se enterara, le contó que la vieja curraba en un nightclub que estaba en la carretera de Madrid; una vez, cuando eran más pequeños, habían rebuscado en la habitación de la madre y habían encontrado todo tipo de artilugios, fetiches sexuales de lo más extraño, bolas chinas, un látigo, una máscara de cuero. Lucio la había imaginado muchas veces blandiendo su látigo sobre el lomo de algún viejo salido, aquello lo excitaba, de vez en cuando se pajeaba con ella, cada vez menos desde que, hacía pocos meses, la había descubierto un día tumbada sobre el sillón del salón de su casa, la mesilla poblada de pastillas de muchos colores y entre sus dedos un vaso de whisky vacío. Esto último sí lo contó, quiso dárselas de duro y recreó la escena para la Viruta, tuvo que ayudar a Cucho a llevarla a la cama, tenía toda la falda arremangada y se le veían las bragas rojas, pero lo peor era el olor a alcohol, olía como una borracha, Cucho me miraba avergonzado pero yo le decía no pasa nada, así es la vida. A Lucio la historia le salió redonda, las pupilas cristalinas de la Viruta se dilataron hasta comerle la cara cuando este le relató que, al tumbar a la vieja sobre la cama, ella había regresado por un instante del sueño para suplicarle al hijo, en medio de la habitación a oscuras, que por favor le diera un beso. Dame un beso, hijo mío, eres mi vida, concluyó Lucio, y la Viruta remató la historia con un cabeceo, qué fuerte, pobre chaval. La gente había vuelto a clase, y el pasillo estaba semivacío, a esa hora tocaba inglés con la Pájaro. Lucio se armó de valor y decidió jugársela, qué te parece si nos saltamos la clase, te invito a un café. La Viruta lo miró, pero en aquella mirada Lucio no pudo leer nada. Finalmente dijo hace, y los dos echaron a andar hacia la calle.

La mañana empezaba con suerte, Lucio caminaba hacia la cafetería junto a la Viruta y algunos compañeros los miraban, a cada mirada se ponía más ancho, no cabía en su cuerpo, la Viruta era la niña más maciza del Goya, pero también la más peligrosa. Al cruzarse con uno de la pandilla de los Gemelos Lucio levantó altanero el mentón y el otro se fue pensando vacílate, cabrón,

que ya verás como se entere el Lobo. Mejor no pensar en él, el Lobo era de lo más peligroso de Balseras, había que tenerle respeto, más de una y más de cien veces habían oído historias sobre él, no le temblaba la mano con la navaja. Y ahora Lucio andaba con su novia, sobre esto no reflexionó demasiado, craso error, que de esas cosas todo el mundo se entera más tarde o más temprano. Pero por sus palabras parecía que la Viruta no se acordara de él, al menos la noche anterior no habían andado juntos, ahora la Viruta le contaba que a ella lo que de verdad le gustaba era cantar. Esto ya era en el café, ella un manchado y él un cortado para dárselas de macho, la Viruta dibujaba figuras de humo en el aire con su Chester mientras hablaba, será que se me ha pegado de mi madre, pero a mí me encanta la copla, esas canciones tan bien cantadas, y qué me dices de esas batas de cola, todo es puro corazón, se les ve que se les está yendo el alma por la boca. Lucio pensaba en la copla y recreaba a un carcamal pellejoso y arrugado embutido en un vestido estrecho, actuando en cualquier gala televisiva de sábado por la noche. A su madre le emocionaban esas galas, y la asociación de ideas lo llevó a imaginar otra escena, la de sus viejos en el sillón después de la cena del sábado, su vieja siguiendo la tele mientras mondaba una naranja, su viejo cabeceando y despertándose de súbito al sonido de los aplausos en la pantalla. Pero en la boca de la Viruta lo de la copla sonaba diferente, era algo mágico, agradable. Seguro que cantas muy bien, le soltó, y ella sonrió con desparpajo, no lo hago mal, aunque solo canto en la ducha y cuando ayudo a mi madre con la casa. El puto cortado estaba amargo, pero todo era demasiado bonito para achantarse y abandonar la sonrisa, así que te pones a cantar mientras barres o fiegas el suelo. Justo, contestó ella, y así los dos recorrieron la hora de rabona con todo tipo de divagaciones y bromas, Juanita Reina, Pastora Imperio, Marifé de Triana, esas son las que me gustan, pues menudo club, parecen de cartón piedra. Y a ti qué te gusta, me va la música fuerte, el *techno*, sí, ya, el chundachunda. De nuevo sonó la alarma de cambio de clase, ahora tenían literatura, a Lucio le pareció excesivo plantear un nuevo escaqueo y por eso ni siquiera lo sugirió, te quedas o subes, preguntó ella, yo me quedo, contestó él, voy a darme un garbeo. La Viruta se marchó y Lucio permaneció clavado en su silla, completamente ensimismado. Poco a poco

fue descolgándose de la nube, conforme descendía iba diseccionando cada instante que recordaba de la conversación con su compañera. Estaba feliz, la Viruta parecía contenta hablándole de sus cosas, además ni siquiera había mencionado al novio, la vida cochina parecía una manzana de caramelo. Valiente jeta de carajote, Cucho acababa de aparecer por la puerta del bar, le endiñó una colleja en el cuello y sonrió, pareces bien follado. Tenía hora con la Pájaro y pasaba de aguantar el tostón, después venía matemáticas y a la hora siguiente literatura, tres horas libres, tú dirás qué hacemos. A Lucio le quedaba para una cañita y decidieron salir a fumársela. Pero Lucio parecía ido, como una gaseosa sin tapón, no hablaba y la sonrisa no acababa de desaparecer de su boca. Pareces un psicópata, me das miedo, Lucio estaba callado, como flotando por dentro, carajo con la Viruta. La felicidad se acabó al salir del instituto, se le hizo añicos como una pecera contra el suelo y el pez se asfixió sin agua: a las puertas estaba su primo Chamaco, correteando junto a un grupo de amigos. Fue verle y acercársele corriendo, primo, le preguntó, qué hay de lo mío. Tenía mejor aspecto que en la víspera, pero aún se le veía triste, Lucio le acarició el cuello y pensó en la promesa. Tranquilo, primo, estamos en ello. Chamaco volvió junto a su gente y los dos amigos siguieron caminando. Lucio intentó recuperar la alegría pero por más que rebuscó en su estómago solo encontró los ladridos de *Bruto*. Suspiró sonoramente mirando al suelo y Cucho no tardó en corroborar su diagnóstico: lo que yo te diga, tío, un puto psicópata.

Al final no fue cañita sino un dos papeles, porque al pasar por la parada vieron al Panceta que se bajaba del bus, volvía de una entrevista de trabajo y había aprovechado el viaje al centro para pillar un poco. El Panceta parecía un maniquí, igual de apretado que siempre pero con una camisa a cuadros y unos chinos azules muy bien planchados. Vaya con el manteca, pareces un Adonis, la puta de tu madre, se saludaron como siempre y el Panceta para no variar se trajinó un pito, se lo hizo allí mismo, en la parada del autobús, guarecidos bajo la marquesina de los alfileres de agua que aún supuraba la niebla. Mientras quemaba la piedra el Panceta iba contando, el trabajo era para un puesto de reponedor, como su propio nombre indica reponer productos. Yo sé hacer eso, no tiene ciencia, pero un cabrón muy enchaquetado empezó a preguntarme que si yo sabía inglés, que si me manejaba en el entorno window, que si tenía el graduado, figúrate tú qué mierda de falta hace un graduado o el entorno window para arrastrar un palé. Que yo en informática me manejo, no sé si entorno window pero sí Internet, de buscar páginas lo que quieras, hoy es imprescindible, todo está en la Red.

Todavía no había fumado y por eso les extrañó a los dos amigos que el Panceta se pusiera filósofo, dime tú cómo va a dejar de haber paro si no dan oportunidad a la gente joven, así las cosas nunca van a cambiar, seguirá habiendo los mismos ricos y los mismos pobres. Cucho frenó el discurso señalando hacia la marquesina de la parada, calla, manteca, y mira eso. Un cartel de una joven con un bonito cuerpo anunciando lencería ocupaba todo el flanco. La mujer estaba sentada sobre un sillón y sonreía. La lencería negra solo le tapaba el pecho y la zona baja de la cintura. Tenía los ojos muy grandes y claros, y el pelo oscuro recogido en un moño. Carajo con la tiparraca, eso sí que es un cuerpazo, encendieron el pito y mientras fumaban Cucho prometió que volvería para llevarse el cartel, mañana que es viernes venimos de recogida y lo mangamos. Como que me llamo Cucho que ese cartel acaba en casa, se fumaron hasta la colilla y a los tres les dio la risa floja, Cucho se puso a hacer el idiota y a darle besos y puntazos al cristal de la marquesina, mua, mua, lo siento, querida, tendrás que aguantar hasta mañana. En esas tonterías estaban cuando Lucio se dio la vuelta y distinguió el coche de Suárez, que se acercaba con lentitud. Era lo que faltaba, que el mamonazo del madero los descubriera por ahí de rabona, Lucio dijo ojo al parche, el carro del Suárez, y los tres volvieron a sentarse en la parada, serios y muy bien puestos, como tres angelitos. A ver qué nos inventamos, el pensamiento se le escapó en voz alta a Lucio, y los otros dos, retrepados sobre el asiento de plástico, como aparentando indiferencia, intentaron encontrar entre el humo vaporoso del hachís alguna excusa convincente. El coche de Suárez abordó la parada con lentitud, de sobra los había visto, pero se hacía el despistado para aumentar el canguelo de los tres amigos. La colilla del porro, en el suelo, se le antojó a Lucio gigante, como si en realidad ocupase toda la acera. Aun así, estuvo rápido al pisarla, eso era lo que faltaba, si se enteraba su padre lo deslomaba. El coche de policía se detuvo despacio junto a la parada y detrás de la ventanilla del conductor apareció el rostro inconfundible de Suárez, con sus mejillas picadas de viruela como una tortilla mal hecha y con sus ojos negros de rata. Un Ducados humeante colgaba de sus labios. Puto chulo, perra mamona, las bocas cerradas de los tres amigos mantenían enjaulados los insultos, y dentro del coche el madero los

contemplaba sin hablar. Sobre todo atendía a Lucio, el cabrón era íntimo de su padre, después le daría el parte y ya la tendríamos liada. Aun así los dejó defenderse, el Ducados tembló entre los labios del policía al sonido de las preguntas, qué hacen estos muchachitos aquí, en lugar de andar en clase. Quizá porque lo miraba a él Lucio se arrostró, estamos de hora libre, dijo. Qué hora tan fantástica es esa, insistió el policía. Inglés, ahora fue Cucho quien se lanzó a la piscina, la profesora anda con gripe. Suárez sonrió sin dejar de mirarles, allí Lucio bajó la cabeza, hasta donde yo tengo entendido, dijo el policía, si no tenéis clase no podéis salir del centro. Ellos ya volvían, la panza titilante del Panceta se meneó como un cencerro al erguirse, estábamos aquí charlando, yo venía de una entrevista de trabajo y les comentaba cómo me había ido. Se lo dejó a huevo, el puto Suárez soltó rápido el chiste, que yo sepa las campanas de la iglesia están todas en perfecto estado, ninguna necesita repuesto. Sonrieron como estúpidos y aún tenían colgada la sonrisa cuando el coche de Suárez comenzó a alejarse. Hijoputa, comemierda, puto madero, detrás de las muecas forzadas lo iban soltando, y cuando el coche desapareció del todo ya no hizo falta disimular, no he visto un madero más cabrón, me cago en su nación, a ver si la espicha, no caerá esa breva. Antes de marcharse, los tres amigos echaron un último vistazo al cartel de la muchacha, vaya leche de hembra, imagínatela en la cama. Cucho empezó a atiborrarse la boca de palabras que eran como especias, imagínate esos pezones sonrosados y picudos como puntas de diamantes, o esas nalgas neumáticas y duras, y qué me dices de la mata salvaje de su entrepierna. La madre de Cucho no había dormido en casa, así que los tres se fueron para allá. Lucio y el Panceta lo pensaron pero no hicieron comentarios, estaba claro, esa noche la vieja había cogido cacho. Al llegar a su casa pusieron la porno, la de los marcianos de siempre, el DVD estaba tan pasado que había tramos en los que la imagen se ralentizaba, aun así seguía valiendo, se la conocían de memoria, primero venía el desembarco de los marcianos en la tierra, los marcianos eran de plástico verde, hablaban sin mover la boca porque la tenían pegada, a través del cristal de la nave se distinguía la tierra, incluso se distinguía el hilo que la mantenía colgada del techo del plató. En la siguiente escena los marcianos se convertían en una

tropa de mujeres potentes, todas cubiertas por unas gasas a través de las que se discernían con claridad sus cuerpos desnudos. Ahí comenzaba la conquista, cada cual por su lado iba mojando con todo lo que se le cruzaba, *La invasión de los ladrones de cuerpos versión X*, a partir de ese momento acababa la trama y comenzaba la acción. Cada uno de los tres tenía una preferida, la del Panceta era la Negra Culoduro, a Cucho le iba la Boca Libadora, Lucio prefería a las Mamasgordas. Enseguida se empalmaron, fue con la Negra Culoduro, cuando se pasaba al de la gasolinera, al Panceta no le importó compartirla y los tres se la sacaron y empezaron a darle a la zambomba. Mira la tía, valiente culo, menuda zorra, pero Lucio no acababa de arrancar, la había sacado y al instante ya la estaba guardando, en pocos segundos dejó de prestar atención y la excitación se le diluyó entre las piernas. Vale que no es la tuya, pero esta también está buena, tú dirás qué te pasa, a ver si ahora te van a gustar las hortalizas, los otros dos se frenaron y comenzaron a increpar al amigo. Lucio sonreía y permanecía callado, ni por asomo se le iba a ocurrir revelar que todo era por culpa de aquella niña, que en realidad andaba revuelto con la Viruta.



Fue soltar la mochila y agarrarle el padre del pescuezo, no tuvo tiempo ni de depositarla en la esquina, el viejo saltó de la silla y lo atrapó por el jersey, me cago en tu padre, de mí tú no te ríes, te voy a despellejar a hostias. Lo que iba a ocurrir ya había sucedido, la tutora había telefoneado a casa y había contado todo: el niño apenas aparece por clase, y cuando aparece es para armar jaleo, mejor va a estar trabajando en algún sitio que molestando a los compañeros. El viejo le endiñó dos bofetadas, pero al final se frenó con el puñetazo, dejó colgando el puño cerrado en el aire, a pocos centímetros de su cara. Lo tiró al suelo y le dio una patada, esa en todo el estómago. No hubo más porque la vieja gritó papá, para, ya es suficiente, y de veras lo había sido, porque en ese momento Lucio empezó a echar la papilla. El viejo volvió a su asiento y al plato de lentejas. Sorbía ruidosamente y a la vez protestaba, estamos aviados contigo, no estoy dispuesto a cargar con un miseria, a la escuela se va para aprender y no para vegetar. Claro que él podía saber más bien poco de eso, el cabrón no había estudiado en su vida, en medio de su dolor de vientre, y en silencio, Lucio no perdía la oportunidad de maldecir al viejo para sí mismo,

tú vas a venir aquí a decirme que me estoy perdiendo cuando llevas toda tu vida perdido. Al final se sobrepuso y alcanzó la mesa. Su madre lo observó entre triste y asustada. El padre acabó de comer y anunció, ya más sereno, que a partir de ese día todas las tardes Lucio lo acompañaría a la ferretería, a echar horas y aprender un oficio. Cómo iba a negarse, tampoco puso objeción cuando el viejo le ordenó que limpiara su vómito, encima querrás que tu madre te recoja la mierda. Pero cuando el padre cerró la puerta la vieja le quitó la fregona de las manos y le ordenó anda, siéntate y déjame hacer a mí. Pobre vieja, tenía la mirada triste, como de perro abandonado. Por ese pensamiento llegó a *Bruto*, y una vez más lo imaginó muerto. No quiso comer porque el apetito se le había esfumado y porque de repente pensó que todo era una mierda, que estaba hasta los huevos de todo el mundo y que se sentía torpe e inútil. Alegó dolor de estómago para zafarse de la madre, que le insistía en que comiese, y se marchó a su cuarto. Sobre la cama empezó a llorar, hubo un instante en que fue incapaz de controlar los hipidos y lloraba a moco tendido, la cara sudada de llanto como la de un niño recién salido del útero. Qué vergüenza si me viera mi gente, esto le ayudó a frenarse, al final se quedó extenuado, como vacío de lágrimas, pero el resquemor le resistía agazapado en la garganta. Entonces pensó en la pipa, siempre que se sentía así pensaba en ella. La imaginó toda reluciente, oculta dentro de la caja de habanos, en el último cajón de la mesa del despacho del viejo. Pensar en la pistola le ayudaba a aliviar su resentimiento, pero verla y acariciarla aún más. Daba subidón tener una pipa entre las manos, aunque fuera de tu viejo, hacía tiempo que lo tenía decidido, cualquier día la robaría y se escaparía con ella. Sintió la necesidad de tocarla, así que se levantó y abandonó su habitación. Sigilosamente, con el ruido de los platos entrechocando al fondo —su madre fregaba en la cocina—, caminó por el pasillo y abrió la puerta del despacho. Todo estaba oscuro, pero se distinguían con precisión los contornos de los objetos que adornaban la estancia. El retrato del Caudillo, el águila imperial de plata, varios cuadros con motivos militares. Puto viejo fachón, Lucio atravesó la habitación y alcanzó la mesa. Para qué coño quería un despacho, si el hijoputa no sabía ni escribir, probablemente para exhibir todos aquellos cuadros e insignias, sobre todo para tener un sitio donde esconder la pistola.

De dónde la había sacado era uno de los grandes misterios que a Lucio lo habían acompañado desde pequeño, desde que tenía conciencia de sus propios recuerdos. Tampoco era capaz de ubicar de forma certera en sus recuerdos su descubrimiento de aquel retrato amarillento —siempre lo recordaba así: amarillento—, desde el que aquel careto de militar regordete y bigotudo lo miraba indiferente, o aquel aguilucho desvaído que colgaba de la pared como un juguete siniestro. Eran objetos que siempre habían estado allí, al igual que la flamante pistola. Lucio sintió una especie de vértigo al sujetar el picaporte del cajón. Lentamente lo fue descorriendo hasta dejar al descubierto la caja de habanos. Con suavidad la levantó y la pistola quedó desnuda ante sus ojos. Un pálido fulgor recorrió el acero del cargador, y Lucio imaginó que el arma le sonreía.

Anduvo Cucho en busca de Lucio y al llegar a su casa la vieja le dijo que se había marchado con su padre a la ferretería. No le dijo más, ni le dio seña alguna, pero Cucho conocía el sitio y, aunque estaba a varias manzanas, se fue para allá. La niebla de la mañana había dejado el cielo como desgastado, sin color, y el sol parecía haberse cubierto el cuerpo con una gasa blanca. Caminó por Medina, cruzó la plazoleta y al llegar a Maspalomas se tropezó con la sorpresa. A lo lejos andaba el Lobo con un par de colegas, con su aspecto de asesino de siempre, el pelo rapado, los pantalones de pitillo, su corpulento torso embozado en la cazadora de motorista. Lo que más le sorprendió es que no había rastro de la moto, en lugar de ella el gorilón trajinaba con un perro rechoncho que no paraba de corretear y ladrar. Ahí le vino la punzada, una intuición clarividente, se quedó quieto en medio de Maspalomas, sin ser capaz de disimular, y afiló la vista. El Lobo jugueteaba con el perro de forma muy familiar, como si fuese suyo, y vaya si lo era, porque no hacía más que rondarle y obedecerle. Era un pitbull, de esos que tienen los colmillos salientes y el hocico abultado. El perro saltaba sobre la

mano extendida del amo, y entonces el Lobo arrojaba una pelota y el chucho corría tras ella hasta recuperarla. Pasado el estupor por el descubrimiento, por fin las piernas volvieron a responderle, Cucho empezó a atravesar la explanada con paso ligero sin desviar la vista del frente. Pero quiso la casualidad que una de las veces en que el Lobo arrojaba la bola esta fuera a caer casi a sus pies. El perro pasó por su lado y agarró la pelota entre los dientes. Lo hizo de forma violenta, entre refunfuños, como si lo que acabara de atrapar fuera una rata. En la cercanía no resultaba tan pequeño, sus patas, sobre todo las traseras, eran musculosas como las de un toro. Una mancha negra le recorría como un garabato el lomo blanco, y tenía la nariz negra, como tiznada de carbón. A lo lejos, el Lobo emitió algún grito cuyo significado Cucho fue incapaz de discernir; probablemente se tratara de un insulto. Era mejor no demorarse más, atravesó lo que le quedaba hasta el fin de Santa Luisa y se perdió entre las calles de La Milagrosa.

Varias manzanas más allá, en Fuentecilla, Lucio permanecía sentado tras el mostrador de la ferretería. El viejo estaba dentro, en el almacén, trasteando con las cajas de tornillos. Lucio llevaba media hora intentando completar un crucigrama, la cosa estaba difícil, así que finalmente desistió y se fue a la sopa de letras, que parecía más sencilla. La tarde iba muy escasa de parroquia, hacía unos minutos había entrado una señora pidiendo un espiche. Lo peor era que la señora no tenía ni idea del tamaño de espiche que quería, Lucio le preguntó pero eso incomodó a la vieja, entonces le endosó uno de la primera caja que encontró y la señora se marchó satisfecha. Ahora Lucio estaba buscando la w por la que comenzaba Waterloo en medio de aquel puchero de letras. Estaba a punto de hacerlo cuando oyó un saludo; la voz le resultó familiar: con repugnancia, comprobó que pertenecía al cabrón de Suárez, el policía amigo de su padre. Cómo andas, chaval, le dijo, ya veo que haciendo algo productivo. Eso parece, contestó Lucio, sin ser capaz de desenfiar la mirada de los dibujos que la viruela trazaba sobre las mejillas del madero. Cómo está tu profesora de inglés, se recupera o no, soltó Suárez. Lucio quiso mostrarse indiferente y encogió los hombros, al tiempo que volvió a descender la mirada sobre la sopa de letras. En ese instante apareció el viejo, y los dos amigos se saludaron, coño, Pedro, qué tal, Suárez. Venía a

tratar con su viejo un asunto privado, pero no iba a dejar pasar la oportunidad de verter un poco de su mierda, así que allí mismo, delante de Lucio, el madero empezó a darle a la lengua, Pedro, sabes que te quiero bien y por eso te lo digo, si fuera un cualquiera me lo callaría. La gente con la que anda tu hijo no es buena, se junta con lo peorcito del barrio. Todo el mundo sabe en qué está metida la madre del canijo ese, y el otro gordo le da mucho al pitillo. Todo esto te lo digo por tu bien y el de tu familia, no quisiera tener que encontrarme con el fastidio de detener un día a tu hijo, pero el camino que lleva no es bueno. El viejo asentía a cada palabra, soy consciente, decía, y ya he empezado a poner remedio. Lucio apretó los dientes al escuchar todo aquello, y cuando los dos amigos se perdieron dentro del almacén empezó a insultar en voz alta, me cago en vuestras madres, ahí os muráis, sacos de mierda. Figúrate tú qué tenían que hablar en privado su viejo y el madero, seguro que andaban en algo chungo. Todo el barrio conocía los tejemanejes de Suárez y sus andanzas con los yonquis de Ribera. Aquí todo se sabe, el cabrón se quedaba con la farla y con toda la mierda que le pillaba a los camellos, a quién iba a engañar ahora yendo de decente. Al rato Suárez volvió a salir, antes de marcharse le dedicó una sonrisa a Lucio que más bien parecía un pellizco. El viejo no le comentó nada tras despedirse del amigo, seguramente consideró que con los golpes del mediodía ya había tenido suficiente. Cómo va la cosa, le preguntó cuando regresaba al almacén. Él dijo bien, tirando, y en ese justo instante encontró en la sopa de letras la w donde comenzaba Waterloo.

Había encontrado Waterloo, y también Lepanto, andaba a la búsqueda de Normandía cuando Cucho entró en la ferretería y dijo arriba ese currante. Lucio levantó la vista y sonrió al ver a su amigo, pero Cucho no pudo corresponderle con el mismo gesto. Sin preludeos, serio como si volviera de un entierro, le soltó que ya lo tenía, que viniendo para la ferretería había dado con la clave. Sin saber por qué, Lucio pensó en Normandía, la palabra se le quedó bailando en la cabeza cuando escuchó al amigo diciendo lo que oyes, tío, tiene toda la pinta, me juego la cabeza a que fue cosa del perro del Lobo.

La luna parecía esa noche un pedazo de queso añejo y aceitoso, amarillo como la piel de un ictérico. No se la veía cómoda a la luna en el cielo, el día anterior había estado llena pero hoy comenzaba su decadencia, se arrugaba como una patata vieja y su cuerpo iba manchándose de cicatrices. Andaba Lucio asomado a la ventana de su habitación, que hoy le había dado por ponerse amarrido, y no dejaba de mirar al cielo. Carajo con la luna, pues sí que está fea. Desde que Cucho le había contado lo del perro del Lobo no hacía sino darle vueltas y revueltas a la historia, le volvían, como destellos, las imágenes de *Bruto* agitando el rabo entre las piernas de Marcelo, corriendo con un hueso en la boca, durmiendo sobre el sofá de su primo. Con Marcelo todo era más fácil, el cabrón sabía imponerse y tomar las riendas, tenía su brújula particular y con ella nos orientábamos. No solo era cosa de edad, vale que era mayor, pero con eso no acababa todo, sabía marcar una dirección, podía escoger el camino y no solía equivocarse. Ahora estamos como engarrotados, permanentemente expuestos, desnudos, sin escudo que nos proteja. Lucio deseó fumarse un canuto pero se conformó con un Chester.

Para evitar el humo abrió la ventana y apoyó los codos en el alféizar. La misma luna rechoncha y herida de muerte continuaba allí arriba, meciéndose sobre la red escarchada del cielo y apurando sus últimas noches antes de transformarse en una uña diminuta. Debía de ser cosa de genética, o simplemente de desasosiego compartido, porque más allá de la plazoleta, en otro edificio, su primo Chamaco también andaba asomado a la ventana, este no ansiaba canutos porque aún era pequeño, pero sí se sentía taciturno. Había dejado de llorar ya por su perro pero eso no quería decir que no lo recordase. Era pensar en el perro y aparecérsele también su hermano Marcelo. Al evocar a este sí que se le hacía un nudo en la garganta, primero se veía junto a él dos años antes, bañándose sonriente en la playa de Torremolinos, el recuerdo era como una foto, después se lo imaginaba sentado en el banco de la plazoleta, junto a Lucio y el flacucho y el gordo. Al final acabó pensando en que a Marcelo no iba a gustarle nada enterarse de lo de *Bruto*, seguro que se enfadaría y pensaría que su hermano no había cuidado bien del animal. Ojalá que Marcelo tuviera un segundo para despegarse por un instante de las guayabas que no dejaban de acariciarle y hablarle dulce allí arriba, y bajara aquí, a Balseras, para interesarse y preguntar por su primo y sus amigos. Este era el sueño que rondaba las sábanas del Panceta; con los ojos cerrados y entre ronquidos el gordo sonreía, era muy divertido porque Lucio, Cucho y él estaban sentados en el banco tirando de un litro y un peta, hablaban del cero a dos del Balseras contra el Rusiñol, en ese momento se abría una brecha en el cielo oscuro, un halo lumínico espectacular, ni punto de comparación con el de la película X de marcianos del Cucho. El rayo acababa en la plazoleta, a los pies del banco en el que los tres estaban sentados, ninguno sentía miedo porque sabían de qué iba la historia, era Marcelo que venía de turista. La luz se acabó y ahí apareció él, igual que siempre aunque quizá un poco más gordo, estragos de la buena vida, se abrazaron y Marcelo empezó a ponerles al corriente de la vida en el cielo, lo del suelo de algodón era falso, allí todo era sólido, aunque no había cemento sino una especie de metacrilato transparente y diáfano que lo recubría todo. Sí era cierto lo de las guayabas, las había mulatas, orientales, nórdicas, de todos los colores y las razas. El sueño era perfecto, todo iba bien hasta que a Marcelo le dio por preguntar por



su perro, cómo es que *Bruto* no vino a verme. Entonces la sonrisa del Panceta, en medio de su sueño, se diluyó, y su cuerpo se revolvió inquieto bajo las sábanas, no se atrevió a hablar, fue Cucho quien finalmente le anunció la nueva, Marcelo, tenemos que decirte algo, se cargaron al perro. Eso era en los sueños del Panceta, hay que dejarlo claro, porque en vivo y en directo Cucho jamás se atrevería. Andaba ahora Cucho pensando en eso, su madre acababa de marcharse a trabajar y él veía la tele como si mirase un muro, ni siquiera Lucio, aunque fuera su primo, sería capaz de decírselo, y para qué hablar de echarle cojones al Lobo, eso ni Lucio ni nadie. Cabrón de Lobo, no podía haber sido otro, después de la confesión en la ferretería los dos amigos se habían quedado callados, no imaginaban un desenlace así, al cabo de las palabras vino el silencio, las miradas huidizas, se dijeron adiós y mañana nos vemos, pero no se habló nada más del tema. Cucho volvió a casa y Lucio trabajó hasta el cierre, a esas horas los dos andaban sin poder conciliar el sueño. Perro Lobo por un tropezón te saca la navaja, cómo será pillarlo y apalizarlo, habría que dejarlo muy muerto para que él después no volviese y te despellejase. Por Balseras se cuenta que una vez mató a uno, lo reventó con un hierro, imagínate tú lo que no hará con la navaja. Estaban muy metidos en lo suyo, la calle era un continuo trajín de coches, pero de ser Balseras un prado y no mediar nada entre ellos habrían oído con nitidez, al otro lado de Medina, los cánticos de la Viruta, su cuerpo canijo revolviéndose bajo la ducha al compás de la Piquer, el grifo en la mano a modo de micro, verdes como la albahaca, verdes como el trigo verde.

Nadie va a mover un dedo por vengar la muerte de *Bruto*, puede más el miedo que le tienen al Lobo que la promesa que le hicieron a Chamaco. Ese miedo lo llevaban Cucho y Lucio dibujado en la frente, en las ojeras que manchaban las bolsas de sus ojos y que eran también una huella inconfundible de insomnio. Se vieron a la entrada del Goya, era demasiado temprano para la charla y simplemente se palmearon las espaldas y se dijeron después nos vemos, pero al separarse se sintieron cobardes. Lo peor que se puede ser en esta puerca vida es un cobarde, la cobardía es más mala que la cicatería o la envidia, Lucio iba zurciendo estos desvelos mientras recorría las escaleras camino de clase, el Goya parecía más revuelto que de costumbre, solo se cruzaba con rostros sonrientes, los había que incluso cantaban y tocaban las palmas. Se respiraba en el aire, era San Viernes, en un rato la sirena del Goya sonaría y eso significaría que todos marcharían de fin de semana. En la clase de Lucio había la misma algarabía que en los pasillos, la gente lanzaba bolas de papel, se perseguía entre los pupitres, alguien había dibujado en la pizarra Ciruela tus muelas. Lucio no andaba de leches para

aguantar bromas, pensó que a la mínima le reventaría el careto a cualquiera. Ocupó su mesa y sacó un papel en blanco, sobre el que empezó a garabatear de forma maquinal. Andaba triste, triste por ser tan miserable y comemierda. A ti se te ha muerto alguien, sobre su cabeza Lucio escuchó aquellas palabras, al instante sintió su olor, entonces levantó la vista y se encontró con la Viruta, que lo observaba sonriente y animosa. A qué hora es el entierro, insistió la Viruta, pero por más que revolvió en su cabeza Lucio no encontró nada mejor que una tibia mueca. Una mueca no era suficiente, la Viruta necesitaba más, se merecía otra cosa, por eso dejó de dirigirse a él y saludó a su compañera de pupitre, si ella supiera por qué andaba así, si ella tuviera una idea remota de la causa. La clase de literatura con el profesor Perales se la pasó entera perdido en sus cavilaciones, para más inri Perales hacía un análisis de La afrenta de Corpes. Lleváronseles los mantos, también las pieles armiñas, dejándolas desmayadas, en briales y en camisas, los infantes de Carrión habían ultrajado a las hijas del Cid, y ahora el Cid prometía venganza. De mis yernos de Carrión Dios me faga vengar, aquel Cid sí que los tenía bien puestos, sabía cómo enmendar un ultraje, no como Lucio y sus amigos. Le revolvía las tripas pensar en ello, intentó relajarse en el descanso entre clases pero la Viruta no se lo ponía fácil, a su espalda conversaba alborozada con su compañera, esta noche hay fiesta en el Sietepistas, la última fue un pelotazo, por nada del mundo me la puedo perder. Sintió un estilete aguijoneándole el pecho al escuchar el nombre de Lobo, sí, me ha dicho que irá conmigo a la fiesta, en los últimos días no nos hemos visto mucho. La herida le atravesaba todo el costado derecho, le hurgaba en los intestinos, ese hijoputa de Lobo merecía la muerte, había que cargarse a ese cochino. Las náuseas lo obligaron a levantarse, no pudo ocultar su rictus de asco al enfrentar el rostro de la Viruta cuando esta le propuso una rabona y un café, alegó fatiga para desprenderse de aquella invitación que era como una trampa y salió de clase. Los ruidos en las escaleras le enardecían, quiso golpearlo todo y a todos, arrojarse desde la ventana, masticar tierra, escupir sangre. Estaba llorando, eso era todo, lloraba de rabia, apretando los dientes, como un niño sin juguete, primero sin lágrimas y más tarde, al abandonar el centro, haciendo pucheros. No podían verlo en ese estado, era Lucio, el primo

de Marcelo, no había más huevos que los suyos en el Goya, aun así se agachó entre dos coches y empezó a lloriquear como una nenaza, valiente marica, valiente hombre de mierda, estaba claro, no había nada en el mundo peor que un cobarde.

Después de las náuseas y el llanto se quedó baldado y se le adormeció la rabia. En la pista de fútbol, Cucho jugaba una pachanga junto a un grupo de compañeros. Al verlo de lejos, el amigo dejó de jugar y se le acercó, se saludaron, puta, maricona, y Cucho no pudo reprimir el comentario cuando observó su aspecto, tío, tienes cara de muerto, te veo en un callejón oscuro y me da un chungo. Lucio asintió con indiferencia y propuso un pitillo, lo necesito en vena. Pese a que era temprano pasaron por el Dimas y compraron un litro. No tenían muchas ganas de andar, además era muy probable que volvieran a encontrarse a Chamaco, así que se apalancaron detrás del Goya, en la cuesta de las Viejas. Desde el promontorio de la cuesta, tapizada de hierbajos y jaramagos, Balseras parecía una pequeña ciudad de juguete, un juguete destartado y mugriento. La cerveza les entró bien y les dio para dos canutos, y el sol les caía sobre las cabezas cálido como un caldo, se quedaron atontados con los ojos húmedos mirando hacia los edificios y las telarañas metálicas de las antenas que se entremezclaban sobre los tejados. Habían hablado poco, la sirena del Goya aulló a sus espaldas indicando un cambio de clase, despuntaba el fin del segundo canuto entre los dedos de Lucio, entonces lo dijo, Cucho, no podemos quedarnos de brazos cruzados, hay que hacer algo. Cucho tomó el porro de los dedos de su amigo y lo miró, no adornó su mirada con ningún comentario, simplemente se le quedó mirando, el reflejo del miedo entreverado en sus pupilas. Fumó y al soltar el aire la corriente de la cornisa, como un brazo fulminante, acribilló el humo. Lucio agachó la cabeza y observó la botella de cerveza vacía. La picazón continuaba alojada en su garganta. La colilla del canuto se perdió tras el montículo, tú dirás qué hacemos, dijo Cucho. Nuevamente, Lucio pensó en la Viruta, en su cabeza dibujó su sonrisa y en sus oídos sus palabras matutinas, a qué hora es el entierro, recordó que había dicho. La imagen se le deshizo al pensar en el Lobo, como un mordisco su figura asaltó su cabeza. Lucio miró muy serio a su amigo, que esperaba una respuesta, y en aquel instante lo

anunció: ponte guapito esta noche, Cucho, dijo, hoy tenemos fiesta en el Sietepistas.

Desde hace dos días, Chamaco va por las tardes a llevar flores a la tumba de *Bruto*. Sale muy pronto, cuando su abuela todavía ni siquiera ha acabado con el postre, y tiene que caminar largo rato hasta la Montera, el único barrio que conoce donde hay jardines con flores. En el momento en que nadie lo ve, salta a los jardines y roba las flores, margaritas, claveles, alguna rosa. Después se pone en marcha de vuelta a Balseras. Desde que sale de casa lleva la cara vestida de luto, no sonrío porque solo piensa en *Bruto*. Sin el perro ya poco le queda, aunque es un niño tiene ese tipo de inquietudes, su abuela cada vez está más pelleja, además, de vez en cuando, se le va la cabeza, ni siquiera se enteró muy bien de lo que le pasó al perro, todavía lo llama por los pasillos y le echa comida en su plato. Aparte de la abuela está su primo Lucio, él cuidará de Chamaco cuando la vieja muera, desde que falleció Marcelo siempre se ha hecho cargo de él y sabe cumplir sus promesas. Corría la tarde del viernes y los chapolos andaban hasta la colcha, todo el mundo tenía ganas de estrenar el fin de semana sacándole las tripas a las tragaperras. El Panceta tenía una deuda pendiente con la máquina de rally, y al poco de

terminar el almuerzo se levantó de la mesa. Su madre aún se demoraba con el primer plato, y su hermana se había marchado al baño, fue el momento propicio para hurgar en el bolso de la vieja. Ahora iba para los chapolos pero después venía la noche, el Cucho le había hablado de ir al Sietepistas, así que se aseguró la jugada cogiendo dos billetes. De camino a los chapolos, a la altura de Polavieja, se cruzó con Chamaco, el niño ya iba a por las flores y por tanto llevaba el rostro muy serio, dónde vas tan temprano, Chamaquín. Se pararon un momento a hablar, Cucho ya le había contado al gordo lo del perro del Lobo, chitón, le había aconsejado, pero el Panceta no pudo disimular los nervios cuando el niño le preguntó por las pesquisas, cómo va lo de *Bruto*. No te preocupes, Chamaco, más tarde o más temprano lo pillamos, ahora me voy que tengo prisa. Quizá el niño se había olido algo, esto lo pensó el gordo cuando se despidió de Chamaco y comenzó a caminar hacia los billares, a pesar de su edad el cabrón es muy listo y se percata de todo. Al llegar a su destino el Panceta se olvidó de la conversación, enseguida los ruidos de las tragaperras y la algarabía le asaltaron con su alegre música, cambió el primer billete en el mostrador y saludó al Bermúdez. Coño, manteca, vienes potente, el Bermúdez le sonrió con su ristra de teselas amarillentas y desiguales, y el Panceta no quiso ser menos, pues si me miras entre las piernas ya ni te cuento. Se fundió todo el billete en la máquina de rally, solo una vez llegó al último circuito, tuvo la tentación de cambiar el segundo billete pero se cortó porque era viernes y tenía que pillar algo. Una fiesta en el Sietepistas bien merecía otra cosa distinta a la grifa, farlopa no, que es muy cara, pero sí una pastillita, al Panceta se le hizo la boca agua pensando en su subidón, alucinaría a su bola sin echar ni puta cuenta a nadie. El Malaca estaba junto al billar francés, la del viernes era su tarde, muchas veces incluso se quedaba sin costo y tenía que ir a repostar. Era una de las cosas incomprensibles en Bermúdez, que el animal no se percatase de que se mercadeaba en su propio chiringuito, si se hubiera enterado los corría a batazos, o igual no, con lo cicatero y comemierda que era lo mismo les pedía comisión. El Malaca era gitano, su cara parecía un carboncillo, toda renegrada y con más llagas que la corteza de un árbol viejo. El cabrón no sabe lo que es el jabón, esto lo pensó el Panceta cuando se pegó a su lado, el hijoputa ya

podía lavarse un poco, olía a fiambre pasado de fecha. Se saludaron, buenas, manteca, qué pasa, negromierda. Lo del insulto era una licencia que el Malaca le concedía al gordo, por menos de eso el gitano había rajado a más de uno, menudas se las traía. Lo cierto es que olía penoso, y el mamonazo no hacía nada para camuflar el tufo con un poco de colonia. Qué se te ofrece, preguntó el negro, y el gordo entró a saco, dame una pastillita, algo que te suba y que sea divertido. El Panceta ensayó un baile para reforzar su solicitud, y el Malaca sonrió sin demasiado entusiasmo, gordito, esta noche te sales. Le vendió un Pikachu, no lo hizo allí mismo porque con Bermúdez había que guardar las formas, pero uno de los amigos del Malaca, igual de renegrado que él, lo acompañó afuera y allí hizo el trueque. Con eso se gastó el segundo billete, espero que sea bueno, le dijo al Malaca al volver al chapolo, pero ya el gitano había saldado el negocio y no quería más cháchara. El manteca se puso entonces a dar vueltas, no había nadie del Lobo y eso se agradecía, con uno de los Gemelos se rozó los hombros y se cruzaron una mirada amenazadora, solía ocurrir en los chapolos, la gente se estudiaba y a veces se atrevía con los insultos, ahí acababa la cosa, más valía no andarse con coñas con el Bermúdez. Después de revolotear por el local consiguió engancharse en uno de los billares, uno se le acercó y le pidió un cigarro, y el gordo se lo cambió por un par de tiradas. Enfilaba la ocho rayada con el palo, seguro que iba directa al cajón, en ese momento entró voceando el maricón de Mudarra, pasó por su lado contoneando su culo de loca y levantando la mano como una princesa. Hizo su habitual recorrido por los chapolos y al final empezó a darle palique a uno de los de Uriarte. Se había vestido de viernes, toda espectacular, el vaquero le llegaba hasta los sobacos, marcándole el paquete, lo llevaba agarrado con unos tirantes que le cruzaban el pecho. Remataban el *look* unos pelos permanentados y pringados de brillantina. Carajo con la marica, vaya con Jennifer Lopez, el Panceta clavó la ocho rayada en el hueco pero al siguiente tiro metió la blanca y ahí tuvo que desprenderse del palo. Se quedó un rato junto a los chavales, que eran más jóvenes que el gordo y que se ponían nerviosos por la atención que este les prestaba, solo venían a jugar, en cuanto terminasen se marcharían, era mejor no mezclarse con gente de ese estilo. El bujarrón desistió de camelarse al de



Uriarte y empezó a planear sobre los billares, al gordo no osó dirigirse pero sí a los que lo habían invitado a tirar, qué pasa, muchachitos, ya veo que os manejaís bien con vuestros palos. Mudarra miró al gordo y sonrió, eso era demasiado, quizá ya se había olvidado de la paliza y había que recordársela. Ten cuidado, maricón, que a la próxima te la cortamos, la sonrisa se difuminó en la boca del Mudarra, que se marchó hacia el otro billar. El comentario del gordo inquietó aún más a los chavales del primer chapolo, que solo pensaban ya en abandonar los billares. Para acelerar la marcha y evitar problemas le cedieron un par de tiradas más, de una sentada el Panceta metió cuatro bolas, el gordo tenía vicio, tantas horas en los chapolos debían de servir para algo. Terminó el juego y los chavales se abrieron, entonces el Panceta se fue a hablar con el Bermúdez, qué pasa, hombre, cómo va esa porra. Allí estuvo un rato conversando con el cabestro, el Balseras recibe el domingo en casa, veremos a ver, el Rusiñol siempre se nos atraganta. Se ha recuperado Valentín, no se sabe, por ahí me dijeron que se está reservando, pero que jugará, estuvieron dándole al palique hasta que al Panceta le dio por mirar un instante hacia las ventanas, su retina contuvo con precisión la imagen, el primo de Lucio, Chamaco, caminaba cabizbajo y con las manos abarrotadas de flores de todos los colores. El niño se perdió tras la última ventana y el Panceta se quedó pensando, carajo con el Chamaco, esta sí que le ha dado fuerte. Tardó un par de minutos en darse cuenta, pero la intuición le vino furiosa, como quien imagina que detrás de una esquina va a encontrarse a alguien y ese alguien aparece, el Panceta miró a izquierda y derecha y no lo vio, tampoco andaba en el servicio, el Mudarra se había ido, por mis muertos que me lo cargo, el chapero se había marchado tras los pasos de Chamaco.

Cuando el gordo salió de los chapolos no acertó a verlos, le llevaban ventaja pero sabía dónde encontrarlos. Habían atravesado la plazoleta, a la altura del canalón el bujarra alcanzó a Chamaquito, niño, le soltó, dónde me llevas esas flores tan lindas. Chamaco estaba muy concentrado en lo suyo, así que ni siquiera se alertó al escuchar las palabras, tenía que haberlo hecho, su primo no cesaba de advertírselo, ojo, Chamaco, atento al Mudarra, no le cojas nunca un duro ni le des cuartelillo. Lo cierto es que el niño no hablaba, él iba a lo suyo, con sus flores y su cara de entierro, el que hablaba era el bujarrón,

toda mariquita con sus aspavientos y sus andares de hembra, a ver, Chamaquito, mira que estás serio, dónde me vas con el florero. El niño y el Mudarra atravesaron el canalón y enfilaron la explanada, ahora andaban solos por el descampado, el sol crepitaba caliente en el cielo y les salpicaba la frente, el maricón caminaba muy pegado a Chamaquito, le hablaba serio y ceremonioso. Pobre chaperito, no sabe en lo que va a meterse, si es que no escarmienta, al poco de lo de Marcelo, Lucio, Cucho y el Panceta le endiñaron una paliza, fue en Matasella, después de clase, no se entiende cómo al Mudarra se le ha podido olvidar. El niño llegó serio a casa de Lucio, soltó la maleta y casi ni le saludó. Tuvo que insistirle mucho Lucio para que al final confesara, el Mudarra había estado por el cole a la hora del recreo, había convidado a los niños a chuches. A ti qué te dio, a mí un caramelo, pero me dijo que si lo buscaba después de la escuela en Matasella me daría más, que quería ser mi amigo y jugar conmigo. En Matasella se plantó Lucio con sus dos amigos, el bujarrón esperaba a algún crío, todo perfumado y afeitado, y lo que se encontró fue una paliza descomunal, chillaba que no, que no había hecho nada, pero todo el barrio sabía de sus vicios, así que primero lo apuñetearon, era para verlo, se retorció como un muñeco de trapo mordido por un perro, y después en el suelo le patearon el estómago y los huevos. También la cara, ese fue Cucho, con las botas le endiñó en toda la boca y la maricona empezó a sangrotear como un cochino, algún diente se le descolgó de la boca y fue a perderse entre los jaramagos. Parece que no le bastó con aquella paliza, ahora tiene el atrevimiento de rondar otra vez a Chamaco, el Panceta ya los veía de lejos, caminaba por Santa Luisa y distinguía la silueta del niño y del maricón, el niño estaba agachado sobre la arena, depositaba junto a las piedras su ramo de flores, ahora el bujarrón se agachaba, arqueaba su culo como un gato, y situado junto a él, le acercaba la boca al oído y le susurraba algo. Chamaquito no reaccionaba, parecía embelesado, puto maricón, juro que me lo cargo, el gordo esperó a estar muy cerca de Mudarra para no espantarlo, entonces gritó, te mato, bujarra, te reviento las entrañas. El niño vio venir al amigo de su primo y acto seguido miró a Mudarra, pobre maricón, en vano intentaba echar a correr, trastabilló con las piedras y cayó de boca, al levantar la vista ya era demasiado tarde, la suela del zapato del

gordo le estalló en la cara, después vino otra patada en la barriga, entre los golpes y la sangre pudo distinguir una sonrisa en los labios del Panceta, toma esta, maricón, trágate esta otra, a ver si aprendes. Después de varios golpes, el Panceta se frenó, al pobre chapero le dolían todos los huesos, el gordo permanecía de pie junto a su cuerpo encogido. Detrás de las piernas rechonchas del gordo, el bujarrón todavía tuvo fuerzas para mirar al niño. Aún sostenía un par de margaritas en las manos, y tenía los ojos húmedos y muy abiertos. Gordo animal, nadie comprendía nada, por una vez el bujarrón no venía buscando apaño con el niño, le movía la compasión al verlo cruzar con las flores, solo le había seguido para decirle que anteayer por la noche, cuando iba de recogida, vio cómo el perro del Lobo, azuzado por el dueño y por un par de amigos, le arrancaba a *Bruto* el aliento a bocados. Se lo cargaron, Chamaco, yo vi cómo el perro le rajaba la piel con los colmillos, y ahora Chamaco miraba atónito hacia el frente, su cara preciosa de niño más allá del cuerpo fruncido del bujarra, más allá de Balseras y del cielo y del mundo mierdoso, las margaritas aún en sus manos, yo lo vi, Chamaquito, yo vi cómo le masticaba la piel.

El niño ya sabe quién le mató al perro. Esto se lo dijo el Panceta a Lucio, no bien hubo acabado de apañarse con el bujarra y llegado a su casa. Lucio se quedó con el teléfono clavado en la oreja, en el mostrador un cliente esperaba a ser atendido con una tubería vieja entre las manos. La cabeza de Lucio no daba más de sí después de la confesión, el Panceta, retrepado en el sofá de su salón, seguía contándole al amigo los puñetes y los patones que le había endiñado al Mudarra, pero el primo de Chamaquín ya no atendía, recordaba con claridad la promesa hecha al niño y esa promesa le zumbaba en los oídos. Quedaron en verse a la noche en la plazoleta. Al atender al cliente de la tubería este tuvo que repetir hasta tres veces su requerimiento, Lucio andaba disperso, como si se hubiera marchado unos minutos fuera de su cuerpo pero el cuerpo siguiera en la ferretería, actuando a duras penas y esperando su regreso. A ver qué le decía ahora a Chamaco, a ver cómo le soltaba que de momento prefería esperar porque con el Lobo había que andarse con mucho cuidado. Los niños no entienden cosas así, si se encaprichan con algo lo persiguen con ansia hasta satisfacer su antojo, aunque lo de la venganza no

era un capricho, más bien un acto de justicia. Después de la paliza al Mudarra el Panceta había agarrado al niño y lo había arrastrado a casa de su abuela, allí en Santa Luisa, junto a las piedras que escondían al desecho de perro, había quedado el cuerpo sangriento y apalizado del maricón. Pobre Mudarra, había que tenerle pena, solo quería ayudar y así se lo habían pagado, el niño había presenciado muchos horrores pero a fin de cuentas seguía siendo un niño, aunque acostumbrado a las palizas no podía dejar de sentir compasión, el Mudarra parecía incapaz de moverse, por más que lo intentase seguía clavado en el suelo, en realidad lo que deseaba era correr y resguardarse, quién sabe si al gordo no le daría por volver con un palo para darle la puntilla. Pero el gordo ya estaba muy lejos, acompañaba a Chamaquito a casa de su abuela, lo que en el niño era tristeza en el Panceta era excitación incontenible, sonreía nervioso con los ojos muy abiertos y con los dientes abriéndole una gran brecha en la cara, a ver si con esta aprende de una vez, seguro que no va a hacer falta una tercera. Al llegar al bloque Chamaquito le preguntó al gordo, así que fue el perro del Lobo, era una pregunta y a la vez una confirmación para la que el manteca no supo encontrar un comentario, no podía negarlo pero tampoco decir sí, así que simplemente suspiró y dijo bueno, Chamaco, vete a casa y ya veremos. Esa no era la respuesta que el niño deseaba, por eso subió ligero los dos pisos y ya en su casa, sin saludar a su abuela, se fue directo al teléfono. El sol mudaba la piel en el cielo, al final se vistió todo de negro y se colocó la careta de luna. La ferretería ya había chapado y padre e hijo habían regresado a casa, Lucio se enjabonaba en la ducha y no oyó la llamada, fue la madre quien cogió el teléfono, habló con su sobrino y preguntó por la abuela, el niño avisó de que llamaría a su primo más tarde. Chamaco recorrió el salón de su casa y llegó a la salita, allí estaba la abuela, su piel de pasa tostándose a la luz de la televisión. El niño le dio un beso y sintió sobre sus labios el tacto frágil de la mejilla de la vieja, cómo pasaste la tarde, Chamaco, te divertiste o no, ya diste de comer a *Bruto*. Condenada viejarraca, no se enteraba de nada, Chamaquito asintió y se sentó junto a ella, ninguno de los dos hablaba, atendían en silencio a los ruidos de la tele. Había que ver a la vieja, estaba pudriéndose sin haberse muerto todavía, su cara parecía un higo pasado, debajo de la piel diáfana de las

sienes los racimos de venas verdes se le amontonaban como los cables de un juguete eléctrico. Menos mal que Chamaco se iba endureciendo como un callo, había que tener muy encallado el seso y el corazón para soportar semejante vida, un padre desaparecido desde hacía años, se evaporó una buena mañana y no volvió a asomar la cabeza, la madre, muerta cuando el niño solo contaba tres años, un cáncer de esófago la dejó en el camino, el hermano mayor también muerto, y por último su perro, no cabía más drama en una existencia tan corta. Desde pequeñito había sido cuidado por la vieja, si hubiera tenido leche en vez de pellejos en las ubres incluso lo habría amamantado, para la anciana nunca había existido nada más grande en el mundo que su nieto pequeño. Pero últimamente el carcamal no se enteraba de nada, ahora miraba la tele y sonreía, era una escena extraña, en la tele una bomba acababa de reventar el cuerpo de la protagonista, su pareja lloraba a moco tendido con el cadáver de la mujer entre las piernas, al fondo proseguían las bombas pero el joven amante no podía moverse del sitio, tenía la cara renegrida y lloraba mirando al cielo, Dios, por qué la has dejado marchar, por qué le has permitido huir y a mí me dejas en este infierno, y ahí la vieja se reventaba de la risa, con su boca desdentada abierta y los ojos escondidos tras un mar de arrugas la anciana no podía contenerse. Cualquiera le pedía que se callase, la vieja estaba en su mundo, en la sala de espera para la otra vida, donde no había más que chalados y gente perdida. Chamaco se levantó y se marchó al salón, desde allí volvió a telefonar a su primo. Lucio ya había salido de la ducha, se untaba desodorante y se atiborraba de perfume, su madre le gritó desde el salón Lucio, tu primo, pero Lucio anduvo rápido y le dijo a su vieja que todavía no había terminado y que enseguida le devolvería la llamada. En medio del vaho que se concentraba en el aseo, Lucio encontró un resquicio de claridad en el espejo y se miró los ojos, se escudriñó a sí mismo por unos instantes y lo que vio fue a un cobarde, a un miserable sin cojones. Estaba defraudando a Chamaco, estaba faltando a su promesa, el acuse de recibo, el golpe de respuesta, todo era mentira, lo único verdadero era que no tenía huevos que echarle al Lobo. Aun así iban a su encuentro, esta noche tenían fiesta en el Sietepistas, no lo pensó mucho al anunciárselo a Cucho, pero ahora cavilaba, allí estará ese cabrón, y con él

estará la Viruta, veremos en qué queda todo esto. Después de vestirse se sentó en el sillón, su padre atendía a los noticiarios, ensartó una docena de insultos al escuchar una de las noticias, ataque suicida de yihadista en Bruselas, se hurgó violentamente con el palillo en las encías y escupió, hijoputas asesinos, una bala en la cabeza a cada uno, rebanarles los cojones y echárselos de alimento a las bestias. La madre de Lucio llegó de la cocina y le plantó un bocadillo de tortilla, el chico lo devoró rápido y entonces abordó el fastidioso asunto de todos los fines de semana. Las imágenes del atentado habían pasado y una mujer de impecable dentadura anunciaba un ungüento antihemorroidal, papá, le soltó, necesito dinero para salir. Comenzó la habitual negociación, para qué quieres un duro, para andar emborrachándote, voy a una fiesta, qué fiesta es esa, en el Sietepistas, y cuesta dinero, pero cuánto dinero, al final Lucio salió bien parado, le sacó un billete de veinte pero con una advertencia, mañana vienes a la ferretería conmigo, te levanto a las nueve, así que no te me trasnoches mucho. En la cocina le dio un beso a su vieja y cruzó los dedos, a la madre se le olvidó por completo la llamada de su sobrino y Lucio evitó tener que perpetrar ninguna excusa para esquivar el recordatorio. Se echó rápido a la calle y en el espejo del ascensor volvió a mirarse, allí estaba el mismo rostro de cretino, el mismo gesto de cobarde. Arriba, en casa, el teléfono sonaba por tercera vez, nuevamente era Chamaco buscando a su primo. El niño preguntó a su tía cómo que ya se fue, y la tía le contestó se me olvidó recordárselo, pero estate tranquilo que Lucio te llama mañana. Mañana, qué importaba mañana, Lucio aspiró profundo y sonrió, en la calle todo estaba oscuro y no había espejos donde reconocerse, su piel de noche era inmune a los desasosiegos, bah, pensó, qué mierda importa, qué más da mañana.

Ahora venía la noche y la música y la fiesta en el Sietepistas, pero antes había que ponerse bien puesto, ciego, hasta las cejas. Por eso, al poco de encontrarse en la plazuela, decidieron comprar unas botellas, así que, bien peinados y perfumados, como de domingo, se fueron al súper y allí pillaron una de ginebra y Coca-Cola. Le tocó como siempre a Lucio, ninguno daba la edad pero al menos Lucio daba la talla, aparentaba dieciocho y les evitaba ponerse en aprietos. Salieron del súper sonrientes y compraron hielo en la gasola, y a partir de ahí comenzó el lío. Cucho se echó el primero muy cargado y el primer buche le abrasó la garganta, puso cara de asco pero pronto se repuso, carajo con el matarratas. El Panceta fue algo más moderado, su noche era de Pikachu y por eso no se hizo ni un porro, tuvo que trabajárselo Cucho a pesar de que los suyos le salían trompeteros y con una boquilla penosa. El Panceta se excusó, hoy me pillé una pastillita, y en ese momento sacó el Pikachu, estaba dibujado en medio del cartón blanco, el rostro amarillo y las orejas negras. ¡Pika pika pikachu!, gritó, los tres sonrieron y el Cucho soltó el chiste, tienes menos dientes que Pikachu. La



carcajada fue general, a Cucho le encantaban esos chistes, eres menos tal que cual, eres más cual que tal, siempre estaba con ellos y ahora no iba a desaprovechar la oportunidad. El Panceta devolvió el cartoncillo al bolsillo de su pantalón, aún era temprano, ya se lo comería en el Sietepistas. Cucho encendió el pito y se lio con la chimenea, el gordo apuró el primer cubata y empezó a contar la paliza que le había dado al maricón, teníais que haberlo visto, todo lleno de golpes, la cara ensangrentada, eso para que se ande mamoneando otra vez con tu primo, Lucio no dejaba de pensar en la promesa hecha a Chamaco, entre los hielos del cubata se le colaba otra vez el recuerdo, se lo dije, le hice un juramento y ahora le estoy fallando. La botella les duró poco, los tres estaban excitados y bebían rápido, si el súper no hubiera chapado les habría dado por comprar otra. Esta noche mojamos, fue Cucho quien lo dijo, y sus palabras parecían las de un seductor, las de un amante ducho, esto le valió el escarnio del Panceta, coño, ni que follases muy a menudo, no la has metido en tu vida en algo que no sea un ladrillo. Era cierto, con dieciséis años —diecisiete Lucio— ninguno de los tres había pinchado todavía, por eso las palabras del gordo resultaban demasiado duras, pero Cucho no dejó pasar el momento y contraatacó, tú sin embargo sí que mojas, la salsa de los platos porque otra cosa nanay. Los dos empezaron a insultarse, gordo, pajolero, hijodeputa, tragapollas, hasta que para callarlos a Lucio le dio por estrellar la botella de ginebra contra una pared y el cristal se hizo añicos. Un vecino de algún piso gritó sinvergüenzas, niñatos, y el Cucho, porro en mano, le soltó ande, vaya a follar con su esposa, dele alegría al cuerpo antes de que le venga una trombosis. Con estas se levantaron del banco y se pusieron camino del Sietepistas, ya nadie se insultaba, los tres llevaban la caraja untada en el cráneo, sonreían y aspiraban profundo, la noche era una mulata con el corazón salvaje y la falda muy corta.

Menudo vacilón, menudo puntazo de la hostia, por el camino los tres amigos se empujaban, saltaban unos por encima de los otros, y arriba el ojo diminuto de la luna mirando, y por todos lados cemento y ladrillos y cables de teléfono, ni todo el cemento del mundo los incrustaría en el suelo, ni todos los cables del cielo conseguirían atar sus cuerpos, eran libres y felices esa noche. Se acercaban a la zona del Sietepistas y la aglomeración aumentaba,

por todos los lados les superaban grupos de jóvenes, se ensimismaban con aquel trasero, con aquellos pechos prominentes, Cucho se atrevía al piropo, maciza, qué bonita eres, te acompaño a donde quieras, al fin del mundo si me lo pides. Si el piropo no era muy zafio algunas jóvenes sonreían, otras se hacían las indiferentes, las había que contestaban enojadas, las tres reacciones animaban a los amigos, que se endosaban codazos y no podían dejar de mirar a todos lados con los ojos muy abiertos. La cola para entrar en el Siete era larga, un empetado embutido en una ceñida camiseta negra de licra vigilaba la entrada y se encargaba de cobrar, hoy los tres amigos venían sobrados y no les importaba dejarse la manteca, lo que les preocupaba era entrar sin un buen ciego, así que se apostaron a las puertas del Microbar y se pidieron bebidas. Cucho y Lucio siguieron con la ginebra pero el Panceta iba a meterse el Pika y se decantó por un zumo. Ya con las bebidas en las manos Cucho se curró un nuevo pito, sorprendentemente no le salió trompeta sino un señor canuto, Cucho y Lucio fumetearon y el Panceta se endiñó el cartón, me voy de viaje, dijo, con la pastilla en la lengua. Por allí se encontraron con alguna peña del barrio, se saludaban y se invitaban a unas caladas, solo a la gente amiga, a los de Lobo y Uriarte, que también abundaban, ni agua. Por cierto que el Lobo no se había dejado ver, eso al menos creía Lucio, pero pasado un rato fue a echar un caño con el Panceta a los aparcamientos y allí descubrió la Kawa del mamonazo. Estaba toda reluciente, como nueva, a Lucio le dio ganas de meársela entera, tener ganas y hacerlo son dos cosas muy diferentes, aunque mediado un Pikachu nadie sabe, el Panceta se la sacó y dirigió su pinga al asiento de cuero, Lucio quiso retenerlo pero en realidad no fue muy resolutivo, ansiaba ver el asiento del puto Lobo chorreando de orina, y enseguida pudo verlo, fue un acto imprudente, porque todo estaba oscuro y no supieron si había alguien que hubiera visto al Panceta descojonado, el Pikachu echando raíces en su cabeza, mojando el asiento de la Kawa con su chorro mareado. Volvieron junto a Cucho, que acababa de encontrarse a la Neli y a la Pitusa, el Cucho las invitaba a unas caladas y las escuchaba hablar, la Pitusa venía de MDA, quería bailar hasta que sus tobillos reventasen. Al verla de lejos Lucio quiso darse la vuelta, el Panceta ya avanzaba muy cerca del grupo y eso le hizo declinar, la Pitusa era una pesada, el año anterior

habían tenido un rollo, para el Lucio solo fue un poco de soba pero para la Pitusa fue algo más, una noche, en pleno rollo, mientras le hurgaba entre las bragas, la Pitusa le dijo que le quería. Ahí se acabó todo, a Lucio se le cortó el punto y dejó de cogerle el teléfono, pero la Pitu era del barrio, vivía en el bloque de al lado, por narices tenían que encontrarse, al final se vieron una mañana y la Pitu le armó una gresca, que era un cabrón, que era un cobarde, que tenía miedo a lanzarse, en realidad no era nada de eso, la única verdad es que en un momento determinado la Pitu se había puesto cañona y que estaba a tiro, Lucio había aprovechado la ocasión y había pescado, pero después venía el final, *the end*, se acabó, un final que era punto y seguido para la Pitusa. Esa noche, al verle, la Pitu le besó efusiva, le pegó las mamas gordas al pecho, pero Lucio ni aun así se excitó, para él era como besar a un cadáver. Si se la hubieran dejado al Panceta otro gallo cantaría, el cabrón no disimulaba al mirarle las tetas, la Neli se dio cuenta y sonrió, no tardaría en contárselo a su amiga. La Neli era otra que tal cantaba, había tenido filete con Cucho, pero en esa historia no hubo amor sino desfogamiento, alivio mutuo de calentura adolescente. La verdad es que podría haber llegado a más, por lo menos un polvo, todavía quedaba pendiente, se notaba en la forma en que Cucho y Neli se miraban, en cómo se hablaban, en sus palabras y sus ojos aún se columbraba una puerta entreabierta. Al final la Neli y la Pitusa se marcharon, más tarde se verían por el Sietepistas, y los tres amigos se quedaron apurando el canuto y las ginebras. Acabaré follándomela, la Neli se perdía en la cola de entrada a la disco y Cucho hizo el comentario, pedazo de tetas que tiene, remató el Panceta. Al gordo le había subido del todo el Pikachu, estaba eufórico, no paraba de mover los pies, de pestañear acelerado y de sonreír, coño, manteca, tranquilízate, que queda mucha noche. Pero el gordo ya no estaba junto a ellos, corría por el mundo de Pokémon, abrazaba a Pikachu y sentía que el mundo era cojonudo, vámonos para adentro que nos salimos. Eso hicieron, pisaron la colilla y se dispusieron a hacer cola, en la fila olía muy bien, las muchachas iban muy perfumadas, era el aroma del paraíso. Cualquiera de aquellas niñas de faldas cortas y generosas tetas podía acabar la noche con alguno de ellos, solo había que estar al quite por si se presentaba la oportunidad. El músculo cuatro por cuatro de la licra negra los

escrutó sin ocultar su desprecio cuando les llegó el momento de entrar. No les saludó, simplemente extendió la mano para recoger las perras. Hacía siglos que no venían, además allí no recordaban haber montado ninguna gresca, por tanto aquella chulería les parecía desmedida. Pagaron y el empetado les dejó el paso despejado. El ruido y las luces del Sietepistas, enlatados mientras la puerta permanecía cerrada, les estallaron en la cara con la intensidad de una traca de verbena.

Ya estaban dentro, podían moverse y bailar y mirar a las niñas y pedir rondas porque nada importaba, la noche era de los tres amigos. De los cuatro: también estaba Pikachu. El Panceta echó a correr hacia la pista grande y comenzó a mover su tocino al ritmo de la música. Desde la barra, Cucho y Lucio se carcajeaban al ver a su amigo allí en medio, dando vueltas como un trompo, con los ojos cerrados, en trance, y la cara rota de felicidad. Mierda de gordo, aún entre risas los dos se colgaron de la barra y pidieron dos cubatas. Realmente había buen ganado, la balanza de mujeres y hombres se inclinaba insólitamente del lado de las mujeres. Estaban nerviosos y excitados, y a esa excitación Lucio sumaba una inquietud, la de saber que en cualquier esquina se encontraría con la Viruta, con sus verdes ojos fulminantes. Entonces no sabía qué hacer, por eso era mejor no pensarlo, Lucio suspiró y apuró la ginebra de un trago, Cucho no quiso quedarse atrás e hizo lo propio, decidieron contenerse de pedir otras consumiciones porque a aquellas alturas llevaban corto el bolsillo, entonces Cucho propuso vamos a ver a ese gordo de cerca. Las luces recortaban las siluetas y descuartizaban los cuerpos, tras un destello aparecía un brazo, después un ojo, una pierna congelada en el aire que proyectaba un paso de baile. Al segundo siguiente venía la oscuridad, y al poco un nuevo temblor de luz. Hasta la panza titilante del Panceta perdía el movimiento, su carne flácida quedaba petrificada en fotografías instantáneas, al igual que sus gestos, por un instante sus ojos aparecían semicerrados, al momento siguiente tenía abierta la boca, en la estampa inmediata apretaba con fuerza los dientes. Carajo con el Panceta, sí que va bien con el Pikachu, cualquiera le baja el vacilón, aunque en la pista central pasaba bastante desapercibido, allí todos iban de MDA, se les veía en la forma de desenvolverse, desinhibida y a la vez absorta, como ajena a todo lo que no

fuera la música y el baile. Cucho empezó a mover los pies, aquella canción le gustaba, en ese momento Lucio señaló al Panceta, el gordo estaba ahora más eufórico que nunca, tocaba las palmas y brincaba, puto Panza, se mueve más que la compresa de una coja. El Cucho acababa de echar el ojo a una niña que estaba cerca de ellos, la niña bailaba junto a unas amigas, llevaba una minifalda y unas botas oscuras que le cubrían casi la totalidad de las pantorrillas. Mira a esa perra, le dijo a Lucio, y en el momento en que los dos amigos la observaban la niña miró a Cucho y le sonrió, el cuerpo de Cucho se revolvió y Lucio dejó caer disparas, dispárale que esa no se escapa. Llevaban ya bastante ginebra encima y habían perdido la vergüenza, Cucho no se lo pensó dos veces, se fue flechado para la niña. Como eran tres Lucio le siguió los pasos, con la música tan alta ni pudo escuchar cómo su amigo se camelaba a la de las botas, solo veía los gestos, él hablándole al oído y ella sonriendo con desparpajo. A pesar de su borrachera Lucio no tuvo estómago para meterle cuello a las otras dos, una era muy gorda y tenía cara de berenjena, la otra parecía un ratón, con dos grandes orejas y unos dientes que arañaban con solo acercarse. El perro de Cucho tenía vicio, sabía cómo trabajarse a las niñas, en menos que canta un gallo ya estaba rozándole los hombros, al principio la de las botas se resistía, pero al final acabó cayendo y empezaron a comerse la cara, era una situación delicada porque la ratona no dejaba de mirar a Lucio pero él no podía apartar la mirada de cualquier otro lado que no fueran sus dientes de roedor. Encontró la excusa perfecta en su vejiga llena, dijo que iba al baño y por fin logró esfumarse.

El Sietepistas era amplio, le costó encontrar los servicios pero al final dio con ellos, estaban en la otra punta de la discoteca. Había una cola considerable, aunque era mayor la de las mujeres, Lucio ocupó su sitio y esperó. A pesar del ruido escuchó su voz, fue como si sus oídos tuvieran un sensor que reconociera su tono, al oír su nombre levantó la cabeza y, en la cola contigua, la de las mujeres, la vio. Una manada de culebras recorrió sus tripas hasta asfixiarse en la garganta. Estaba guapísima, se había aplicado un rímel que resaltaba aún más el verdor de sus ojos. Además llevaba un vestido negro que se pegaba a su cuerpo como si se hubiera embadurnado por completo la piel de alquitrán. Qué pasa, Viruta, Lucio abandonó la fila y le

dio dos besos. Aquello sí que era un olor bonito, otra vez pensó en alguna imagen de naturaleza, una con muchas cascadas y con margaritas y con mariposas revoloteando. Qué haces por aquí, pues ya ves, estaba aburrída y me he dicho vamos a guardar cola. La Viruta le presentó a su amiga, ya le había hablado alguna vez de ella, se llamaba Inesita, solo en ese instante Lucio se dio cuenta de que no estaban solos, de que había decenas de personas alrededor de ellos. Le dio dos besos a la amiga e instantáneamente volvió a dirigirse a la canija, habéis venido solas o acompañadas. Lucio conocía la respuesta, pero aun así sufrió al encajarla, vine con mi novio, está ahí con su peña. Se había envalentonado al ver actuar a Cucho, por eso fue capaz de decir que era una pena, qué pena, si estuvierais solas os invitaba a una copa. En la mueca de la Viruta Lucio creyó reconocer indiferencia, por eso se frenó, suerte que la canija volvió a extenderle la cuerda, y tú, viniste solo, le dijo. No, qué va, contestó él, agradeciendo la cuerda que la Viruta le devolvía, estoy con un par de colegas. No encontró más palabras con las que demorar el encuentro, la fila de las niñas avanzaba y era ridículo seguir caminando junto a la Viruta y su amiga, bueno, comentó, ya nos vemos el lunes. Entonces ocurrió algo glorioso, cuando se volvía de espaldas ella dijo otro día. Lucio la miró y arrugó el ceño, no entendía su frase. La Viruta tuvo el atrevimiento de dar más detalles, lo de la copa, explicó, otro día nos invitas. Era la releche, Lucio no hizo por contener la sonrisa de felicidad que se le coló entre los dientes, se dio la vuelta y volvió a su fila, otro día, había accedido a que la invitase otro día. Quiso saltar de alegría cuando la Viruta y su amiga entraron en el baño, el mundo era un guiñapo a sus pies, se sentía el rey de la selva. La Viruta salió del aseo y se perdió entre el barullo de gente que se apelmazaba en la pista. Lucio se apoyó en la pared y respiró profundamente, una y otra vez masticaba las palabras de ella, otro día, lo de la copa otro día.

Pudo haberse quedado en eso y la noche se habría salvado. Pero con media docena de cubatas por medio, el pensamiento se niebla y se ofusca, se enreda en sí mismo como un ovillo entre las patas de un gato. Estaba la noche por hacer el idiota, el Panceta seguía agitando su tonel en la pista y Cucho rebuscaba con violencia en la boca y el cuello de la de las botas altas, los dos

amigos vivían su momento de gloria y él también quería vivir el suyo, solo tenía que buscar a la Viruta, camelársela un poco, darle palique y recoger el trigo. Valiente estúpido, por descontado que iba a meter la pata, hasta la cintura, el imbécil estaba eufórico y sonreía como un borracho callejero, iba introduciéndose en el barullo y buscando a la canija con el mentón muy erguido. No se sabe en qué estaba pensando, cómo le dio por semejante temeridad, al final ocurrió lo que tenía que ocurrir, después de darse dos vueltas la vio en un rincón oscuro, detrás de uno de los grandes bafles que rodeaban la pista más lejana, ella estaba de frente con los ojos cerrados, y sobre su espalda el Lobo la manoseaba y la lamía, los dedos de la Viruta acariciaban la nuca de la alimaña, que le devoraba ansioso el cuello, la boca, el culo. Hijoputa, a ver si te mueres, mereces que te rajen, la felicidad de algodón de azúcar que solo unos minutos antes abrazaba se le convirtió en hiel, su cabeza se llenó de astillas y tormentas, no pudo remediarlo, se quedó paralizado a diez metros de la escena, puta golfa, maldita guarra, mira cómo se retuerce mientras el otro la lame, mira cómo disfruta de sus caricias, ahí se mueran los dos, ahí se estrellen en la Kawa y no quede nada de ellos. Entonces sí que se retorcerán, acabarán fundidos para siempre en la cuneta, entre hierros y neumáticos. Igual de peligroso que haber ido en busca de la Viruta era ahora quedarse allí mirando, tenía que moverse porque el sitio estaba plagado de gente del Lobo, pero en la cabeza de Lucio la tormenta era intensa, había rayos y nubes negras y un viento frío y ensordecedor que silenciaba por completo la música, mira a ese puto Lobo, a ese asesino de perros, merece que lo maten, ahí mismo, mientras manosea a la Viruta. Uno del Lobo se percató del asunto y avisó a otro, ojo a la jugada, ahí está el primo de Marcelo, está mirando mucho para acá, a lo mejor es que se ha perdido. Los dos del Lobo se le fueron acercando, uno de ellos le pegó la boca al oído y le preguntó qué es lo que andas buscando, quizá podemos ayudarte. Menos mal que ahí le dio por entrar en razón, Lucio dejó de mirar y comentó que no, que nada, que ya se iba. Escondió el rabo entre las piernas y se diluyó entre la gente, hasta donde acertaba a mirar solo veía camisas y pantalones moviéndose, sonrisas, algún beso. Aturdido, se incorporó a aquella provisoria arquitectura de cuerpos agitándose al ritmo de la música y,

en medio de la gente, empezó a sentirse solo, desvalido, como un anciano sin memoria que hubiera olvidado el camino de vuelta a casa. La ginebra inició la decadencia en sus venas, se sentía menos borracho y eso acrecentaba aún más su soledad, deseaba que una bomba cayera sobre el Sietepistas y fulminara a todos excepto a él, ansiaba quedarse solo, sin música y sin Viruta y sin Lobo lamiendo su cuello como un animal. Después de la soledad le volvió la ira, el odio, las ganas de despedazarlo todo, una fiera le ladraba en el pecho, pugnaba por salir de su boca cuando volvió junto a la pista en la que la bola sebosa del Panceta seguía bailando. Todo sucedió rápido, pareció como si quisieran complacer a Lucio, en la pista tres colegas bailaban y sonreían mientras señalaban al Panceta, se estaban burlando de él, incluso uno de ellos imitaba su baile de colgado. La fiera saltó desbocada de la garganta de Lucio y comenzó a reptar por la pista, Lucio corrió hasta los tres amigos y su puño fue directo a la cara del que imitaba al Panceta. El puñete dejó al tipo tumbado en el suelo, antes de que los otros dos reaccionasen Lucio ya se había abalanzado sobre uno de ellos. El Panceta volvió de su ensimismamiento, por unos instantes regresó del mundo Pokémon y observó a su amigo. También Cucho abandonó su delirio de carne y saliva, levantó la cabeza y miró hacia la pista. Carajo, se lía, la música que pinchaban ahora era de las favoritas del Panceta, aun así no había más que hablar, el gordo se arrojó sobre el mazacote impreciso de puños y patadas y Cucho también corrió a hacer lo propio. Vaya fastidio porque la música era estupenda, al Panceta le hubiera encantado bailarla, claro que ahora andaba todo embarullado, solo escuchaba los chasquidos de un cascanueces y gritos y tus muertos, te mato, de aquí no sales vivo. Carajo, al final se lio, a ver cómo los dejaban entrar otra vez en el Sietepistas, aquello era un espectáculo, todo el mundo mirando y alrededor una música estupenda y debajo cabrón, yo te mato, por mis muertos que te avío.



Se endiñaron puñetas y patazos, alguno llevaba navaja pero prefirió no sacarla, era una pelea noble. En mitad de la trifulca llegó el empetado de la puerta con otro que parecía su gemelo, y consiguieron echarlos a la calle. Durante el trayecto hacia la salida no dejaron de darse golpes, a la luz de las farolas seguían con la bulla. Pero fuera ya no era lo mismo, la pelea perdió el nervio y se volvió aburrida, se acabaron los golpes y empezó la plática, tú empezaste primero, tú te colaste con mi amigo, tú, más tú, pues anda que tú. Al final los contrincantes se separaron, la ceremonia de los insultos finales certificó el fin del careo, llegó el momento de examinarse las mataduras, a Lucio le habían reventado el labio inferior, el Panceta tenía un arañazo en la mejilla, a Cucho le sangraba la nariz. Peor parte se habían llevado los otros, el primero que había caído al suelo tenía la cara como un mapamundi, toda abarrotada de cortes y moratones, a otro el Cucho le había dado una patada en la mandíbula y se había tragado un trozo de muela, el tercero se había ganado un par de costillas rotas. Los tres amigos se sentaron agotados en un bordillo, el más animado era el Panceta, en su colgadura imaginaba que se había dado

de hostias con Pikachu, todos los Pokémon habían seguido la pelea. El de peor humor era Cucho, adentro había dejado a la de la falda corta y las botas, con lo buena que estaba, la habéis cagado, iros a la puta mierda. Lucio no hablaba, con su rabia saciada volvía la soledad, la desolada sensación de que nadie más que él habitaba el mundo. Puta Viruta, no la necesitaba para vivir, podía pudrirse, podían comérsela las larvas, para él estaba muerta. Nadie buscó explicaciones a la pelea, no era necesario, simplemente se levantaron y echaron a andar hacia Balseras. Las tonterías del Panceta les alegraron el camino, el gordo no dejaba de correr en torno a los otros dos con las manos abiertas como un aeroplano. Soy un avión de guerra, decía, y el Cucho replicaba no te equivoques, eres una croqueta voladora. Tus muertos, los tuyos, y el Panceta seguía haciendo el indio, despejen la pista, por favor, tenemos problemas de visibilidad. Mientras la croqueta alada viraba a su alrededor, el Cucho hablaba de la chavala, la verdad es que está muy buena, tiene dos melones enormes. De dónde es, preguntó Lucio, cómo se llama, pero Cucho no tenía ni idea, yo qué sé, no le pedí su deneí, solo le hice una revisión general. En un momento del camino Cucho se interesó, bueno, viste al Lobo o no, pero Lucio sintió fatiga al hablar del tema y se descolgó con una mentira, no, no lo encontré. Cucho no quiso aludir más al asunto, al fin y al cabo la promesa a Chamaco no era suya. Como el camino hasta Balseras era largo hicieron un alto para liarse un canuto, mientras Cucho quemaba la china el Panceta seguía corriendo con las manos abiertas, vaya tela el gordo, es más pesado que una vaca en brazos. Más fatiga que unas lentejas frías, añadió Lucio, y ahí Cucho se lanzó a su deporte favorito, más coñazo que el cuñado de Rocky, más movido que los precios, más seguido que el punto y seguido, lo recitó de un tirón y coronó su retahíla con una carcajada. Entretanto, el Panceta lanzaba misiles *tomahawks* contra objetivos militares del ISIS, mayday, estoy teniendo problemas con los motores de la hélice. El gordo aparcó sin maniobrar el avión cuando Cucho le invitó a unas caladas, se acercó a los dos amigos y por fin se tranquilizó. Valiente mierda de petardos que te haces, eres patético, Cucho sonrió y contestó, llevas razón, mejor que regreses a tu avión, el futuro de nuestra nación está en tus manos.

El canuto los relajó, y detrás del humo de una de las caladas Cucho

recordó algo, coño, el póster de la guayaba, dijo en voz alta. Había que ir a la parada, la morena de la marquesina los esperaba con los brazos cruzados. Empezaron otra vez a caminar, en las calles oscuras la candela temblorosa del canuto delataba su avance, tanto baile había conseguido evaporar los efectos del Pikachu en el cuerpo del Panceta, ahora el gordo se abrazaba a la filosofía, qué noche más cerrada, dijo, en la oscuridad todos somos iguales, no nos distinguimos en nada. Joder, Panceta, ese era Cucho, protestaba porque sabía lo que se les venía encima, el Panceta filósofo, el Panceta pensador, el gordo se soltó con su tema preferido, los otros mundos, nosotros sin luz nos sentimos perdidos, pero eso ocurre porque para los humanos la vista es el sentido primordial, somos muy limitados, seguramente haya otros seres, en otros mundos, que en vez de vista posean otros sentidos más desarrollados. Seguro, comentó rijoso Lucio, el sentido de la polla. A Cucho le gustó la idea, imagínate, los marcianos polludos, iban a ser los reyes de la industria del porno. Entre la filosofía y el pilotaje de aviones Cucho y Lucio preferían lo segundo, se daban cuenta ahora que el gordo se hundía en sus espesas reflexiones, es más que probable que haya seres ahí fuera que tengan más de cinco sentidos, los habrá que incluso tengan el sentido de la adivinación del futuro. Menos mal que llegaron pronto a la parada, más metafísica los habría matado, desde la lejanía distinguieron la silueta de la mujer atrapada en la marquesina, era como si estuviese dentro de una pecera. Aunque la luz de la farola era muy endeble, se discernía con nitidez la sonrisa de la modelo, su piel morena, aquella tela negra de encaje que le moldeaba las caderas y el busto como un lamido de pintura. Yo la vi primero, Cucho quiso dejarlo claro cuando volvió la vista y observó a los otros dos con la mirada fija en la maciza. Por este no te preocupes, tranquilizó el Panceta señalando a Lucio, se nos ha vuelto maricón, no quiere otra cosa que culos peludos. Esta es la mía, Cucho clavó la punta del zapato en la marquesina y una telaraña de cristal atrapó súbitamente a la mujer, sonó como una vajilla rota, enseguida la telaraña se descompuso y los fragmentos de cristal cayeron sobre la acera como cuchillas. Por detrás de la parada, el balcón de un cuarto piso se encendió, la luz recortó un contorno y una voz se derramó sobre ellos, era un grito, me cago en vuestros muertos, niños, sinvergüenzas. Hola,

querida, Cucho sostenía el cartel entre las manos, se estaban conociendo y lo primero era mirarse a los ojos, qué iba a pensar si directamente le bajaba la vista a las bragas. Niñatos, hijos de puta, voy a llamar a la policía, la voz del cuarto despertó a otros vecinos, y muy pronto el edificio comenzó a colorearse, una luz en el quinto, otra en el segundo, también en el tercero. No querrás tirártela aquí mismo, el Panceta arrojó la colilla del pitillo y miró hacia el edificio, andando rápido que como nos trinquen nos meten un paquete. Cariño, voy a cuidarte, a partir de esta noche dormirás calentita, los tres amigos echaron a correr y en la distancia el eco de sus pataleos se confundía con los piropos jadeantes de Cucho. A duras penas les llegaban ya los berridos del cuarto piso, malnacidos, delincuentes, carne de correccional, todo lo envolvía la voz almibarada del Cucho, lo verás, cariño, mi reina, verás cómo te trato.

A ver quién se negaba a levantarse, menudo zamarreón le dio el padre cuando el reloj se acercaba a las nueve. A Lucio le costó abrir los ojos, pero más aún le costó incorporarse, la ginebra se había mudado su traje de payaso y ahora no era tan graciosa. Más bien, desagradable, se la imaginó vestida de minero, con su casco y todo, picando su cráneo. La oscuridad duró muy poco, enfrente su padre ya levantaba la persiana y abría la ventana, vaya peste a pocilga, por dios, date una duchita y andando, que ya vamos tarde. Por fin alcanzó la verticalidad y miró absorto por la ventana, el sol había madrugado y estaba fuera dando guerra. Bajo el agua caliente fue capaz de reconstruir los sucesos de la noche, recordó la escena de la Viruta con el Lobo, en ese instante imaginó que el minero de su cabeza se carcajeaba. En la cocina se encontró con otro desvelo, su madre le calentaba la leche en la hornilla y le recordó, el primo te llamó tres veces, te fuiste y volvió a telefonar, dijo que por favor lo buscaras hoy. Le posó un vaso de leche humeante entre las manos y lo miró a los ojos, Lucio olió el aliento a sueño de la madre al escuchar la pregunta, qué te traes con el primo, qué anda esperando. Lucio se

restregó los ojos y fingió un bostezo, por detrás el padre rebuscaba en la alacena, no, nada, quiere que lo lleve al cine. A ver qué película, nadie conoce a un hijo mejor que una madre, allí estaba ella, rascándose los brazos y mirando la coronilla de Lucio, anda que enseguida iba a colarle una mentira, dime, a ver, a ver qué película. Una de dibujos, esa que estrenaron el otro día, la del niño del circo, pásame el azúcar. Estaba el padre delante y no era plan de arrojar más leña, así que la madre se conformó con sostenerle la mirada al hijo, en esa mirada Lucio leyó ten cuidado, no te andes con historias, verás como te metas en líos. Tampoco quiso la madre aludir al corte en el labio de Lucio, lo tenía hinchado y parecía una gominola, una fresa despachurrada, seguro que en la víspera había tenido follón, pero mejor no preguntarlo porque el padre rondaba la cocina, aunque trajinaba con sus cosas seguro que lo estaba escuchando todo.

Vaya que sí, la madre no iba descaminada, nada más encender el motor del coche el viejo lo dejó caer, qué te pasa con tu primo. Lo soltó con indiferencia, como si no le importase lo más mínimo, de hecho la pregunta vino después de la primera calada a un cigarrillo, como unas palabras de desperdicio, bah, un comentario de lo más nimio, igual que vaya día bonito, hoy hará calor o menudo tráfico para estas horas. Bueno, Lucio contestó sin entusiasmo, respondió en el mismo tono indiferente, Chamaco se siente un poco solo, necesita cariño. No cabían más intuiciones en la sesera del viejo, tampoco había voluntad, zanjaron el asunto y se limitaron a escuchar la radio el resto del camino.

Eso de la radio era una de las aficiones preferidas de la abuela del Chamaco. Se podría apostar a que la vieja no entendía lo que oía, porque la mitad del tiempo que trasteaba en la cocina con la radio de fondo se la pasaba hablando consigo misma, sonriéndose, arrugando el ceño. Más bien se trataba de un ritual necesario, a pesar de su chaladura la vieja aún atendía a las obligaciones domésticas más básicas, una de ellas la cocina. Pero para cocinar necesitaba aquel resorte, aquella voz cavernosa que vomitaba palabras incomprensibles sobre el piso, el Nasdaq subió un 2 por ciento, nueva reunión del G7 en Ginebra, mensajes crípticos, extraterrestres, que la vieja no tenía interés en comprender pero que acariciaban sus oídos con

dulzura, como los sonidos de una misa en latín. Esta mañana la radio hablaba de la capa de ozono, la vieja completaba la olla con los ingredientes de un puchero, el daño sobre la atmósfera se había acelerado en los últimos cinco años, los compromisos de Kioto parecían haberse evaporado sin que ningún país hubiera rendido cuentas por tamaña irresponsabilidad. Fue el olor del caldo cociéndose y no la voz del locutor lo que arrastró a Chamaquín a la realidad, poco a poco fue regresando a la tierra de un sueño que no lograba recordar. Había sido un sueño profundo, no había otro remedio, hasta las cuatro de la mañana se había pasado el pobre niño asomado a la ventana, esperando el regreso de su primo y pensando en *Bruto*. Si no hubiera dormido tan intensamente quizá habría recordado, al encarar el espejo del cuarto de baño, mientras se cepillaba con automatismo los dientes de leche, que esta noche había vuelto a pensar en su hermano Marcelo. Porque Marcelo había bajado de nuevo a la tierra, era un viaje relámpago, el tiempo suficiente para sentarse a los pies de la cama de Chamaco y verle dormir. Chamaco abrió los ojos y saludó a su hermano con naturalidad, cómo estás, Marcelo, muy bien, había contestado el hermano. Pero estaba preocupado, desde la tele panorámica del cielo, que allí no escatimaban en gastos, había comprobado que las cosas no iban muy bien por abajo. Tendré que hablar con Lucio, le había dicho Marcelo, tendré que decirle que haga algo con lo de *Bruto*. Chamaco se sintió muy aliviado al oír el comentario, tuvo deseos de abrazar a su hermano pero ni lo intentó, los cuerpos celestiales son intangibles, además, si se levantaba, lo mismo se le borraba el sueño y despertaba a oscuras con los brazos abiertos. Ese era Marcelo, ese era mi hermano, antes de despedirse abrió la mano derecha y se la extendió a Chamaco, mira, mira esto, le dijo. Chamaco se acercó y contempló el interior de la palma, sobre ella dos pequeños gajos de cristal, como dos diamantes, refulgían iluminando los mofletes del niño. Qué es, quiso saber Chamaquito, lágrimas, contestó el muerto, son lágrimas de ángel. Las lágrimas de ángel son de cristal, al atravesar las nubes se calientan y se convierten en lluvia. Otra suposición que se le confirmaba a Chamaco, así que la lluvia era el resultado del llanto celestial, así que había ángeles con alas y con pecas, con cabellos rubios y rizados. Pero una cosa no entendió Chamaquito, se la quiso preguntar a su

hermano pero este ya se había marchado, la pregunta se le quedó atrapada en el sueño: Pero por qué, Marcelo, por qué lloran los ángeles.

Lástima que no recordara nada del sueño, quizá entonces se habría tranquilizado, y en ese caso no habría amanecido tal como se quedó dormido, con un nudo en la garganta y el pecho taladrado de incertidumbres. El reloj marcaba las once treinta, puede que Lucio estuviera todavía en casa, el niño se apretó como pudo las tres magdalenas que la abuela le endosó al vaso de leche, realmente no tenía apetito. La abuela susurraba con voz muy queda, no dejaba de dar vueltas y revueltas al puchero, que escupía sus venas de humo sobre el techo como si tuviera vida propia. En la radio hablaban del tiempo, de marejada a marejadilla en el estrecho, fuerte oleaje en la cornisa cantábrica. La abuela se volvió hacia el niño, levantó la voz y ordenó niño, tienes que dar de comer al perro. La luz de la mañana, mutilada sin misericordia por las ropas tendidas del lavadero, se arrojaba casi desfallecida sobre la piel de la vieja, sobre sus manos arrugadas y amarillas, dándole el aspecto de un pez seco, de un arenque amarillento. Qué encogida se veía en aquel momento la abuela, no iba a aguantar ya demasiado, su reloj de carne reseca se detendría al comienzo o al final de cualquier minuto, seguramente le tocaría a Chamaco encontrarla muerta. Otro muerto más, otro corazón detenido, tremenda hoja de vida la de Chamaco, pero el niño no pensaba en eso, solo se veía ya andando hacia la casa de su primo. El perro ya comió, abuela, aclaró el niño, aunque ya la abuela había olvidado la pregunta y en la radio el locutor anunciaba la entrada de una nueva borrasca por la península, saquen de nuevo los chubasqueros y preparen los paraguas porque va a llover mucho en los próximos días. Aún masticaba un pedazo de magdalena cuando anunció que se iba, abuela, voy a ver al primo, y el arenque ni se inmutó, nuevamente se dejaba acariciar por las palabras de la radio, borrasca, gota fría, los paraguas, preparen los paraguas.

Estaba la cosa por no encontrar a su primo, la tía Luisa se lo dijo nada más abrirle la puerta, Chamaquito, se ha ido a ayudar al padre a la ferretería, volverá a las dos. Los ojos del Chamaco se abrieron como dos persianas al escuchar a su tía, fue lo único que se abrió, de su boca no salió palabra cuando comenzó a bajar las escaleras, ni dile que he venido ni dile que me



llame ni llamaré luego. La tía Luisa quiso saber más, sintió la tentación de preguntarle qué tienes con el primo pero el niño se marchó rápido y la duda se le resbaló de la lengua. La madre de Lucio cerró la puerta y se chascó las uñas, qué querría el niño, pensaba, en qué andarían metidos.

En la ferretería no había tiempo para preocupaciones, a pesar de la resaca Lucio se movía con rapidez por el mostrador, los pedidos se le amontonaban y él intentaba darles salida como si achicara el agua de una barca a la deriva. Tres espiches del siete, media docena de clavos, un destornillador de estrella, cerrojo para una puerta blindada. Tanta agilidad impresionó a su padre, quién se lo iba a decir, ayer pateándole el estómago y hoy sintiéndose orgulloso de él, al final el chico lograría enderezarse, al fin y al cabo por algún sitio tenía que salir el apellido. Una llave inglesa tamaño medio, dame dos enchufes triples, cinco metros de cinta de persiana, y así la mañana se le pasó volando, cuando el viejo cerró la cancela de la entrada Lucio suspiró y se dejó caer derrengado sobre la silla, buf, vaya mañanita. Tampoco iba el padre a sonreírle, no iba a mostrarse cariñoso ni a hacer alardes de efusividad, todavía había mucho que demostrar, se limitó a decir muy bien, Lucio, te he visto con soltura. Pero ya era bastante, demasiado tratándose del viejo, teniendo en cuenta, además, que al terminar la jornada le propuso una cerveza, vamos ahí enfrente, te convidó. Quién los ha visto y quién los ve, padre e hijo cruzando la calle camino del bar, padre e hijo pidiendo cerveza, sonriendo como si fueran íntimos, más unidos que nunca. El resentimiento navega venas adentro, por ríos que ahora es preferible mantener ocultos, mejor asirse a la sonrisa y dejar pasar este trance, mejor hablar de los días con sol y del frío, mejor hablar del Balseras, recibe mañana al Rusiñol, partido difícil, dicen que jugará Valentín, lo necesitamos al 110 por ciento en la media punta, de lo contrario no oleremos el gol. Para qué estropear aquel momento, para qué hablar de los niñatos con los que se junta el hijo, están estropeándole, para qué comentar nada del hijoputa de Suárez, ese asesino, mejor apurar la cerveza y firmar la mañana, a fin de cuentas uno se cansa de manosear tanta ceniza. Claro que la ceniza está ahí, claro que antes de que termine la mañana van a venir a traérsela a Lucio, se la traerán en un puñado, entre las manos pequeñas de Chamaquín, como un gorrión muerto. Chamaquín acaba de

llegar al bloque de su primo, no ha llamado al portero para preguntar por él porque sabe que todavía no llegó, el coche no está en el aparcamiento. Ha pasado toda la mañana dando vueltas por Medina, estuvo por el desagüe y por el canalón donde reventaron al perro, después se paseó por el supermercado, por último se asomó por los chapolos, la gente dormía todavía y estaba prácticamente desierto. Al final ha llegado al bloque de Lucio y allí lo espera, se ha sentado sobre el escalón de la entrada y lleva un cuarto de hora impaciente, tranquilo, Chamaco, no estés nervioso porque Lucio ya está llegando, ahora podrá darte explicaciones, las explicaciones que hace horas que te niega. Mierda de tráfico, el coche acaba de detenerse y padre e hijo descienden, ya se hablaron demasiado por hoy y ahora caminan en silencio hacia el bloque, Lucio tiene hambre y está cansado, esta tarde se echará una siestecita. Pero ya vienen las cenizas, en las manillas pequeñas de Chamaco cabe poca cantidad pero es suficiente, de sobra para mandar al carajo el hambre y el sueño de su primo, allí lo tienes, allí está, levantado porque te ha visto. Chamaco apenas saluda a su tío, se va directamente para Lucio, primo, primo, te he llamado y no me contestas, llevo esperándote todo el día. En los ojos de Chamaco se podría navegar, son dos lagos temblorosos, Lucio no quiere mirarlos porque si cae en ellos probablemente se ahogue, quién podría nadar en semejante charco. Primo, el Mudarra me dijo que había visto con sus ojos la paliza a *Bruto*, primo, escúchame, pero el primo no le mira a los ojos y busca cualquier excusa, un atajo, algún escondrijo, qué haces aquí, Chamaco, has dejado a la abuela sola, deberías estar comiendo. Primo, el Mudarra estaba seguro, por lo visto fue el Lobo, junto a sus amigos, echó a su perro contra el mío, contra el nuestro. Contra el nuestro, Lucio, contra el perro de Marcelo. No mires ahora, Lucio, pero en el fondo del lago hay corrientes que te succionan, hay algas espesas y pegajosas que te atan al suelo submarino. Por eso mejor no asomes la mirada, límitate a seguir diciéndole anda, Chamaco, vete a casa, la abuela se va a preocupar. Tenías que caer, acabas de hacerlo, el niño te ha encontrado la mirada, ya no puedes escapar porque te lo ha dicho, oficialmente ya lo sabes, Lucio, el perro del Lobo, él fue el que se cargó a *Bruto*. Mi perro, nuestro perro, el perro de Marcelo. La respuesta al golpe, la contestación, mover la pieza, ahora te toca a ti, primo,

ya me dirás qué harás, porque tendrás que hacer algo, me lo prometiste. Entonces vienen los balbuceos, Lucio que mira a Chamaco, eh, oh, sí, verás, Lucio que se rasca la coronilla, y que pregunta al primo si está seguro, tú estás seguro, Chamaco, tú tienes la certeza. Los charcos temblando como nunca, como si un viento fuerte de Levante los pellizcase, por supuesto, dice que el mismo Mudarra lo vio, el perro del Lobo le mordía el lomo y lo movía como una marioneta, hasta que *Brutito* se quedó quieto ese bicho no dejó de pegarle bocados. Ya no puede más, demasiada contención para un niño, Chamaco llora a moco tendido porque está imaginando la escena, el pobre *Brutito* con los ojos vacíos, las patas agitándose como palos de carne, por encima la sangre empapando su lomo, más arriba aún la mirada del perro asesino, en sus ojos reflejada la mirada del amo que jalea y sonríe, déjalo ya, que al final lo mataste. Solo así podía salir del charco, era la única alternativa para salvarse, respira como puede y se apoya en la cuenca de un ojo, ahora es la rabia la que habla por Lucio, la misma rabia de la víspera al contemplar los lamidos del Lobo al cuello de la Viruta, voy a ir a por él, voy a devolvérsela idéntica, Chamaco. Júramelo, el lago vuelve a temblar en los ojos de Chamaco, júrame que vas a hacer algo. El primo está exhausto, por fin ha salido del agua, se está secando la ropa mojada, el viento silba y a su alrededor solo hay soledad. Al carajo el hambre, al carajo el sueño, al carajo las verbenas y el azúcar y las casas de rico. Junto al lago solo cenizas, ponzoña y rabia; y seguro, por mi madre que sí, te lo juro, Chamaco.

No llega a verle el fondo al plato, pide disculpas por el hambre evaporada y se levanta de la mesa. Se le ha agriado la cara, entre las cejas se le mece una colmena de avispas. En la tele el locutor da una buena noticia, por segundo mes consecutivo bajará el precio del gas butano. La buena nueva no consigue diluir el desvelo de la madre, qué es lo que te pasa, Lucio, por qué no terminas. Un mandado, tengo que hacer una gestión, el chico ya se dirige a su cuarto, desde la habitación escucha al padre, adiós la sintonía con el hijo, adiós la camaradería, este niño es tonto, este niño es idiota, tiene cuanto quiere pero no es suficiente, debería haberlo pasado mal de verdad para darse cuenta de lo que tiene. Lucio se desprende del jersey y rebusca en el armario, da pronto con lo que buscaba, es la sudadera azul, la que tiene el gorro ajustable. Por el pasillo se acerca la madre, los rebuznos del padre rocían la casa, déjalo, mujer, ya se le pasará, está en Babia. Dónde vas ahora, la madre está apoyada en el quicio, tiene los brazos cruzados, dime con qué te andas, échame cuenta, soy tu madre. No es nada, mamá, Lucio ya se puso la sudadera, no te preocupes, tengo que hacer un mandado. La madre mira al

hijo, le sorprende que se parezca tanto a su sobrino Marcelo, cada vez se parece más. No le dice nada de eso, solo le advierte una vez más, ten cuidado, no te metas en películas raras, no te compliques la vida. Los niños no aprenden, mamá, los hijos son una inversión de cariño a cuenta perdida, los niños son extremidades que un día ya no te pertenecen, se mueven a sus anchas como si no fueran cosa tuya. Pero los muñones, mamá, palpitan como si esas extremidades siguieran siempre ahí, pegadas a tu cuerpo, son extremidades satélite, trozos de carne inasequible por los que fluye tu misma sangre. Son las dos de la mañana y el niño no vuelve y el muñón te palpita, la punzada te obliga a levantarte y esperar despierta con un vaso de leche. El niño se mete en trifulca y los golpes los sientes en tu cara, mamá, igual que si lo humillan, entonces la vergüenza se te apelotona en la garganta. Mamá, de verdad que estoy bien, ahora Lucio intenta tranquilizarla, te prometo que no me meteré en líos. Aquí lo tiene, delante, clavadito a su primo Marcelo, igual de grande que él, los mismos ojos que los suyos que eran también los ojos de su padre. Pobre Marcelo, cuando estaban juntos todo era diferente, ella podía sentirse más tranquila, era su primo mayor y eso le daba seguridad. Mierda de Seat Ibiza estrellado contra el hormigón de la mediana, mierda de cuerpo despachurrado bajo la carrocería, mierda de llamada a las seis de la mañana y de abuela escupiendo histérica lunas rotas y ambulancias. A ver cómo negarle entonces nada a su primo Chamaco, a ver cómo no complacerle, Lucio está contigo, Chamaquín, Lucio va a darte lo que quieras, va a traerte el sol si se lo pides. Por mucho que la madre le ruegue, por favor evita los problemas, por mucho que su madre le siga por el pasillo, él va a comerse el mundo por ti, te lo envolverá en papel de regalo si es necesario. Déjalo, mujer, ya se le pasará, el padre pela una mandarina y mira a la madre, la madre retoma la cuchara y piensa en el hijo, el hijo ya alcanzó la calle y lleva el cielo de la boca abarrotado de alacranes.

Aún es pronto pero él sabe adónde dirigirse, tarde o temprano va a encontrar lo que busca. Hunde las manos en los bolsillos de la sudadera, se sube el gorro y echa a caminar con paso lento. Por esta zona todo el mundo lo conoce, pero lo cierto es que a estas horas se ve poca gente. Lucio camina cabizbajo, a pesar del calor que le produce el gorro se siente resguardado y

eso le tranquiliza. Muy pronto llega a la plazoleta, la atraviesa evitando las miradas de los pocos que aún se demoran sobre los bancos, no tarda en alcanzar el desagüe. Sabe que allí, en una esquina del pilón, se encontrará con la huella de la matanza de *Bruto*, pero prefiere no buscar la mancha, ya la lleva en su cabeza. Por fin alcanza el descampado de Maspalomas, lo que suponía, ni rastro del Lobo. El descampado está desierto, pero Lucio no tiene prisa, tarde o temprano pasará por aquí, solo es cuestión de esperar un rato. Así que busca el sitio, desde los soportales de los pisos que quedan a unos cien metros la vista es inmejorable, primera línea de playa. Allí se acomoda, busca una pared de respaldo y se sienta, Maspalomas a un tiro de piedra, la tarde por delante densa y silenciosa como un océano.

Es la hora en la que despierta su amigo Cucho, solo, en la penumbra de su salón, la tele encendida y sin voz, así se ha llevado toda la noche. Silvestre intenta cazar a Piolín, acaba de lanzarle un zarpazo pero el canario ha saltado y ha logrado evitarlo. Cuando por fin abre los ojos, Piolín se ríe con una sonrisa muda de su persecutor, Silvestre ya está maquinando una nueva maniobra para hacerse con el pájaro, solo entonces Cucho se percata de la hora. Carajo, las tres y media de la tarde, esta sí que ha sido una siesta. Lo primero que hace al levantarse, sin apagar la tele siquiera, es echar un vistazo a la habitación de la madre. Lo que suponía, otra vez no durmió en casa, extraño es que a esas horas aún no haya llamado. Después de lavarse la cara se arrojó sobre la despensa, en un momento dado era capaz de apretarse hasta un ladrillo, sus tripas eran un puñado de serpientes hambrientas. Se hizo media docena de salchichas, dos huevos fritos, lágrimas de pollo, después siguió dándole tajos al queso, coronó el banquete con un dulce de chocolate. Zapeó y la atención se le quedó incrustada en un canal local, una adivina echaba las cartas a los oyentes, tranquilízate, la operación de tu marido va a salir perfecta. Tenía el cartel de la modelo de la marquesina muy cerca de su asiento, en el sofá contiguo. Una vez más lo tomó y lo desenrolló, el cuerpo de la mujer se fue desplegando ante sus ojos, valiente bombonazo, valiente guayaba, estaba de muerte. Habría que ponerle un nombre, no podía ir por la vida sin uno, a ver dónde iba a llegar sin que nadie pudiera llamarla. Tendría que ser un nombre excitante, corto pero sonoro, tipo Jeny o Nina o Katy. En

eso pensaba cuando llamaron por teléfono, tomó el inalámbrico pensando en su madre, al otro lado del aparato se encontró con la voz del Panceta, qué pasa, maricona, qué tal, gordita. El Panceta fue breve, siempre lo era al teléfono, oye, he llamado a Lucio pero no está, la madre no ha sabido decirme dónde anda. Yo estoy aquí solo, contestó el otro, me he levantado hace media hora, todavía estoy dormido. Qué hacemos, podemos darnos un garbeo a ver si lo vemos, lo mismo se fue a los banquitos, no lo creo. Al final quedaron en tomar un cafelito, Pancetón, pásate por aquí, estoy solo, me visto y salimos. Panceta pensó en la madre del Cucho, últimamente estaba progresando, no dijo nada, solo anunció que en media hora se plantaba en su casa. Antes de que colgase el Cucho le hizo la consulta, qué te parece el nombre de Jeny. El Panceta se burló, ya veo que has meditado mucho lo de tu cambio de sexo, y el otro entró al trapo, no, gilipollas, es para ti, para cuando por fin decidas convertirte en una mujercita. Maricona, soplapollas, vete a tomar por culo, vete tú, y así se colgaron, era su forma de despedirse.

Antes de que llegara el manteca, Cucho tuvo tiempo de masturbarse, lo hizo para no perder la costumbre con la película de los marcianos, por supuesto con Boca Libadora, por mucho que dijeran Lucio y el Panceta era la número uno. Antes, sin embargo, tuvo la deferencia de enrollar nuevamente el cartel de la modelo, no era plan que viera aquellas cosas, qué iba a pensar entonces de él. Para cuando el gordo llamó al timbre Cucho ya se había duchado y vestido y perfumado a sus anchas, maricón, échate un poquito de colonia cuando puedas, qué barbaridad. Antes de irse, Cucho escribió una nota a su madre, mamá, me he ido a dar un garbeo, te he cogido veinte euros, besos, dejó la nota donde siempre, sobre la mesa de la cocina. Tu madre dónde anda, el Panceta preguntó sabiendo la respuesta, yo qué sé, contestó el otro sin echar cuenta, en esa cuestión había poco que hablar, menos aún que bromear, solo había que mirar a Cucho para comprender que la procesión iba por dentro. Pues venga, andando, cerraron la puerta y tomaron el ascensor, primero se pasarían por los chapolos, no era probable pero quizá Lucio estuviera por allí, otra posibilidad es que anduviera por la plazoleta. Salían a la calle y Cucho volvió a hacer la consulta, Jeny, tú crees que Jeny. A mí me gusta más Katy, a mí no, parece nombre de perra. En el cielo una yema de

huevo caliente y reseca los observaba, era el sol de la siesta.

Entretanto, junto a Maspalomas, a Lucio le dolían las nalgas de tanto calentar la piedra. Había tenido que desprenderse de la sudadera porque el calor resultaba sofocante. Las dos horas de espera le habían descompuesto la rabia, ahora la sensación más poderosa era la de soñolencia, entreverada con una cefalea incipiente. Una vez más consultó su reloj, ya eran las cinco de la tarde. Justamente a las cinco y nueve, cuando estaba a punto de desistir, por los soportales del edificio que quedaba al otro lado del descampado vio aparecer un pequeño grupo. Eran tres o cuatro personas, acompañadas por un perro. No tardó en distinguir entre los perfiles el del Lobo, claro que sí, era él, con el mismo aire de macarra asesino de siempre. El chucho, sujeto por una correa, precedía al grupo. Desde aquella distancia parecía un animal insignificante. El dolor de cabeza continuó retrepado en su cráneo pero la modorra reventó en mil pedazos, por fin lo había localizado y lo tenía a tiro. El grupo del Lobo, definitivamente cuatro personas, avanzó hasta la mitad de la explanada y allí se detuvo. Lucio comprobó con nitidez cómo el macarra desprendía la correa del perro y este echaba a correr como un loco por el descampado. Se veía un perro ágil, de patas fuertes, Cucho le había dicho que era un pitbull, de esos con hocico de asesino. El Lobo y sus amigos permanecieron en la explanada al menos durante una hora, pero ya la espera era diferente. El que sí parecía aburrirse era el sol, no tardó en evidenciar su flaqueza, decididamente noviembre no era su mes, enseguida empezó a replegarse hacia la horizontal, desde la explanada era una moneda hundiéndose sobre una ranura de tierra. Todavía había luz abundante cuando el Lobo y sus amigos comenzaron a alejarse, Lucio agradeció el detalle porque tenía los pies entumecidos, al ponerse de pie tuvo la sensación de no haber caminado en meses. Las aceras habían comenzado a poblarse y esto favorecía el seguimiento, no había riesgo de que lo viesan con tanta gente de por medio, a pesar de ello mantenía una distancia prudente. El grupo atravesó Polavieja, uno de ellos se despidió en Medina, otro se retiró en Santa Luisa, y el último acompañó al Lobo más allá de Santa Luisa y de La Milagrosa. Caminaban con tranquilidad, con demora, de vez en cuando se detenían para contar algo, un chiste, alguna broma, enseguida reanudaban el paseo. Cada



vez que se cruzaban con algún chucho, el perro de Lucio se encrespaba, tiraba de la cadena del Lobo y mordía al vacío. El macarra sonreía en esas ocasiones, por dentro, seguro, iba pensando que ya llegaba el momento de echarlo contra otro perro. Pensaba que el cabrón del Lobo vivía lejos, pero no imaginaba que tanto, los dos amigos tomaron la avenida de Matasella y Lucio se temió lo peor, se estaban dirigiendo a Ribera, el barrio de los yonquis. Pero no era cuestión de aflojar ahora, si había llegado hasta allí tenía que seguir hasta el final. Estaban en el distrito yonqui, Ribera en estado puro, Lucio no recordaba haber atravesado nunca aquel barrio a pie, enseguida las paredes se embadurnaron de rostros escuálidos y acartonados, sacos de hueso y ojeras buscando un pico o disfrutándolo. Putos tirados, desde hacía rato Lucio llevaba cubierta la cabeza con la capucha, así parecía un yonqui más, por lo menos nadie se le acercaba para pedirle dinero, tampoco a Lobo y su colega, seguro que en aquel barrio eran conocidos. Menuda galería, menudo escaparate, algunos yonquis estaban derramados sobre el suelo, una yonqui babeaba una retahíla de palabras incomprensibles sobre una alcantarilla, era mejor no mirar, se le notaba a leguas su careto de turista. Por eso solo se limitaba a capturar detalles, encías negras como el carbón, brazos plagados de constelaciones de postillas, cartulinas de plata, humaredas blancas; voces arrastradas, palabras temblorosas provenientes de cuerpos que eran como trasuntos de otros cuerpos ya extinguidos. Era desagradable, más que miedo lo que le producía aquel escenario era asco, ganas de vomitar, dentera. Al llegar a la plaza el Lobo y su colega giraron a la izquierda. Así que allí estaba, muchas veces el Panceta le había hablado de ella, la plaza de Ribera, el gran centro comercial del mercateo, mármol, negra, pastillas, todo lo imaginable a su alcance, sin ofertas, sin llévese tres pague dos, sin producto del mes pero muy profesional, como en cualquier supermercado, todo muy regulado, buenas condiciones laborales, remuneración excelente, por supuesto con plus de peligrosidad. Lucio siguió la estela de los dos amigos y torció a la izquierda al alcanzar la explanada. De regreso tomaría por otro camino, no estaba dispuesto a desandar lo andado por aquella zona solo como iba. En la calle que salía de allí el trasiego era el mismo, los mismos muertos vivientes, la misma ponzoña anegando las aceras. De nuevo fijó la vista en el

frente, en el Lobo y su amigo, y se contentó con retener algunos detalles. No prestó atención a los esqueletos que se arrastraban a diestra y siniestra, no quiso oír los balbuceos ni atender a las trifulcas sin fuelle que se sucedían en torno a sus oídos. Mala decisión, aunque Lucio cómo iba a saberlo, pero fue una mala decisión no ir atento, si lo hubiera hecho se habría percatado, en esa misma calle, de la presencia del Suárez, el hijoputa del madero estaba mercadeando con los yonquis más tirados. Su negocio era modesto, no volaba tan alto como los de la plaza, al fin y al cabo le salía gratis, sustraerle la mercancía a unos para vendérsela a otros algo más barata, el Robin Hood de los yonquetas, en eso estaba cuando vio pasar a Lucio, el hijo de su amigo Pedro, una capucha le cubría la cabeza pero aun así pudo verlo. Si la visión hubiera sido correspondida, Lucio habría tenido tiempo de componer alguna excusa, al menos habría podido pensar un pretexto para su padre, en nada que regresara a Balseras el puto madero llamaría a su viejo, ya podía olerse, era un marrón fétido, estaba cantado.

Pero enseguida Lucio se olvidó de los yonquis, Ribera se hizo chiquito a su espalda y el Lobo por fin se despidió de su último compañero, ya estaban en la Ronda de Leiva, la ría de piedras y hierro de la vía del tren a un lado, al otro una ristra de casas descoyuntadas y pálidas como las camas de un hospicio. Estaba muy al descubierto y por aquella zona había poco tránsito, si el Lobo volvía la vista lo cataba fijo, así que se echó a un lado y caminó muy pegado a los edificios, no había más que juntarse a la pared y su cuerpo quedaba completamente oculto. La noche derramaba su tinta negra sobre la atmósfera, lo hacía lentamente, como un veneno sutil y alevoso, ante la resistencia poco ordenada de lámparas y bombillas. A pesar de la oscuridad Lucio pudo distinguir cómo el Lobo se detenía, ya no era necesario ocultarse por más tiempo. Así que allí vivía, frente a la vía del tren, en una de las viviendas baratas de la Ronda de Leiva. En medio de la oscuridad comenzó a reírse, tampoco es que se sintiera alegre, más bien nervioso, sin embargo la sonrisa le asaltó la boca como una invasión. Poco a poco fue acercándose a la casa, seis, ocho, diez, doce, era aquella, la número doce, la fachada destartalada, las persianas amarillentas, un tendedero atravesado de una ventana a otra. La casa estaba precedida por un pequeño patio, y el patio

estaba cercado por una cancela de hierros oxidados fácilmente franqueable. Las pestañas abiertas de las ventanas permitían distinguir luz en el interior. Allí, en aquel pequeño patio, debía encontrarse el perro, de hecho allí estaba, a poco que se asomó a las rejas de la cancela pudo distinguir su mancha negra y nerviosa, también sus jadeos, puto perro asesino, había que verlo, adherido a lo oscuro como una bestia dispuesta a saltar en cualquier momento sobre la luz. Una sinfonía de escalas agudas y aberrantes le arañó la espalda, era un tren que anunciaba su paso. Los gritos del hierro fueron ganando en amplitud, y enseguida toda la hilera de casas baratas se iluminó como un fósforo, entonces sí que lo vio, en medio del patio, apostado como un cancerbero renegrido y furioso. Maldito demonio, pudo decirlo en voz alta porque el chirrido del tren lo anegó todo, maldito demonio, dijo por segunda vez, gritando. Se guardó para sí mismo el resto de los insultos. Sin embargo, de regreso a la oscuridad y al silencio, sonrió, no hacían falta más gritos ni insultos, su rostro hablaba más que cualquier palabra.

En el banco de la plazoleta Cucho y el Panceta por fin habían logrado el bautismo, después de dos petas y un litro habían conseguido entenderse, definitivamente la guayaba del cartel se llamaría Tina. No Jeny ni Katy ni más nombre de perra, Tina era un buen nombre, igual de sonoro que los otros pero menos lascivo, más elegante, de señora. El Panceta apuraba el segundo canuto, casi se quema los dedos, ahora sonreía porque acababa de alumbrar una nueva genialidad, Tina me la empina. Tina me la empina, eso podrás decírselo cuando tengas confianza con ella, de momento mucho respeto, comprensión, cariño. Hay que ver, mantecón, lo que sabes de mujeres, parece mentira que en la vida te hayas comido un colino. No tengo prisa, decía el Panceta, cuando llegue la mía voy a pegar el pelotazo. Tenían el idiota subido, habían estado una hora dando vueltas por el barrio en busca de Lucio, incluso se acercaron a la ferretería del padre, finalmente decidieron esperar en la plazoleta, tarde o temprano el amigo aparecería por allí. Esta noche había poco plan, tampoco había dinero, lo que les quedaba se lo estaban bebiendo, de grifa era otra cosa, aún tenían para unos buenos petardos. El fin del segundo canuto los llevó a la flojera, se quedaron callados observando cómo la noche desenredaba su melena negra sobre los bloques de pisos. Estaban

aburridos, ese fue el argumento que justificó la petición del Panceta a Cucho, cuéntame lo de ayer, lo de la tía esa, cómo tenía las tetas. El Cucho sonrió, se hizo de rogar pero en verdad disfrutaba, si el Panceta hubiera ido menos puesto la víspera se habría percatado de que su amigo apenas tuvo roce con la de las botas altas, sin embargo la historia que Cucho contaba era de cinco estrellas, no te imaginas, Pancetón, tenía los pezones afilados, casi arañaban. Y las tetas eran muy suaves, como sedosas, como la piel de un cachorrito. Le cogí la mano y me la llevé al paquete, entonces sí que salivaba, estaba muy caliente, me agarró el paquetón con ansiedad, como si fuera a escapársele. El Cucho se perdía en sus propias palabras, por un momento casi se olvidó de que hablaba de una vivencia, hubiera contado que la desnudó allí mismo, en el Sietepistas, y que empezó a embestirla salvajemente mientras todas las mujeres de la disco lo observaban con lujuria, hubiera contado más de no ser porque al otro lado de la plazoleta el Panceta distinguió la figura de Lucio, en realidad al gordo le fastidió mucho el descubrimiento, con gusto hubiera seguido escuchando el inverosímil testimonio de su amigo. Cucho se levantó y fue al encuentro de Lucio, en mitad de la plaza se encontraron, dónde has andado cabrón, hemos estado una hora buscándote. El amigo no quiso dar explicaciones, bah, un paseo, aquella actitud parca y desabrida sirvió a Cucho para lanzarse a su juego favorito, menos cual que tal, más tal que cual. Estás más zumbado que un turista en Bagdad, tienes menos luces que el belén de un gitano, estás más sonado que la canción del verano. Lucio se deshizo como pudo de aquel breve interrogatorio y propuso una cerveza, habían vuelto al banco y ya era completamente de noche. Decidieron quedarse el resto de la velada en el banco, de birras y canutos, todos estaban secos para ir de bares y además ya era tarde para ponerse guapos. Venga, Pancetón, invítate a un litro, que estoy tieso, Lucio codeó el michelín del manteca y este se quejó, joder, que solo me quedan cinco euros para todo el fin de semana. Anda, maricona, ahora era Cucho quien se quejaba, que te gastas menos que el sastre de Tarzán. Menos que Superman en Reflex, menos que el hombre lobo en peluqueros, menos que tu madre en depilaciones, oye, cabrón, respeta a mi madre, a pesar del frío los tres estaban a su gusto, las intenciones de Lucio bien guardadas bajo llave, la noche despatarrada sobre los tejados

como una gorda borracha, los otros dos atragantados de insultos, menos que la tuya en jabón, o que la tuya en, las madres, las madres, un respeto a las madres.

Amanece soleado, primaveral, un señor domingo de traje flamante e impoluto, el comité directivo del Balseras ya anda frotándose las manos, van a tener seguro una buena entrada. El contrincante ayuda, es el Rusiñol, por muchos motivos se merecen la goleada. En primer lugar porque se llevaron a Cañedo, la afición del Balseras aún lo recuerda, Valentín les ha hecho olvidar las penas con su zurda pero antes estaba el otro, nadie ha borrado la mítica chilena contra el Calonge. Ahora Cañedo tendrá que vérselas con el nuevo, ya han comentado que Valentín se recuperó, a ver quién le come la banda. La segunda razón es la bronca, con el Rusiñol siempre se termina en tangana, el último encuentro acabó con tres rojas y una nariz rota, la de Riberita, desde entonces le llaman el Púgil. La última razón es que el Balseras llega sobrado al encuentro, la semana pasada se papeó al Entreolivos en un pispás, menudo golazo de Fortuni de falta, por cierto, de los mejores de la temporada. Claro que enfrente tienen al cabeza de división, el Rusiñol es un hueso duro, además de a Cañedo tienen al maricón de Pirri, todo un porterazo, dicen que de no ser por los problemas de rodilla ahora defendería la meta del Madrid.

Pero no es cuestión de amedrentarse, aquí en Balseras conocemos la fórmula, mucho cuerpo a cuerpo, mucha presión y a reducir el juego periférico, en Rusiñol van de estrellas pero después se aflojan por lo figura, se pierden en el uno contra uno. Son las once y media de la mañana y ya se ve parroquia, tiene toda la pinta de que el campo se abarrote, en la barra el Garmendia ha empezado a desconchar botellines, alguno hay que ya se ha lanzado al aguardiente.

Lucio acaba de llegar al campo, viene con su primo Chamaco, hoy se levantó temprano porque no tuvo juerga y porque desde hace varios días duerme poco y mal, no deja de pensar en lo mismo. Esta mañana, al menos, Chamaco tuvo el detalle de no volverle a recordar el tema, ya lo dejó dicho ayer y su primo le juró que intervendría. Así que, por unas horas, mejor olvidarse y ver el fútbol. En la puerta, el taquillero les picó los carnés, muy buenas, Lucio, buenas, Chamaco, qué hay, Sebastián, hoy vamos a desayunar fuerte, a once hombres y a toda la suplencia. El campo estaba bastante concurrido, aun así pudo reconocer a sus amigos en la distancia, estaban donde siempre, cerca del banquillo local. Junto al manteca y el Cucho había un tercero, Lucio no lo había visto en su vida, era canijo y de hombros caídos, su cara parecía un coleccionable de granos. Ese gordito, buenas, mariquita, qué pasa, Chamaquín. Hicieron las presentaciones, el nuevo era primo del Panceta, mi primo de Los Quintos, ha venido a pasar el día. Menuda cara tenía el primo, no se lo dijeron al Panceta pero sí lo hablaron aparte, Cucho hizo chiste con su aspecto, ahí hay más vida que en Marte, no te acerques mucho que lo mismo empieza a entrar en erupción. Menudo guarro, Chamaco se rio, eran los chistes que más le gustaban al niño, anda, Chamaquín, llégate al quiosco y compra un par de paquetes de pipas. Ahora que por fin estaban solos Cucho se interesó por el primo, cómo está, se le ha pasado, pero Lucio no quiso entrar en detalles, bah, tú sabes. Cucho no hizo demasiado caso a su amigo, aunque algo escondía Lucio en los ojos, un sordo misterio entreveraba sus pupilas.

Lo peor de los partidos era que no podían trajinarse un canutillo, a esas horas lo pedía el cuerpo, pero el campo era un hervidero de puretas, a ver quién se atrevía a levantar incienso, además había mucho niño, por no hablar

de la Guardia Civil, siempre aparecía cuando se calentaba el ambiente. Tendrían que esperar, aunque si ganaba el Balseras iban a caer más de dos, de momento se conformaban con las pipas, Chamaco ya las traía, cuatro paquetes para que no faltasen. El hombre grano se estaba poniendo al corriente con su primo, no tenía ni pajoleta de quién era el Balseras, no entendía aquella afición por un equipo de barrio, su querencia futbolera se limitaba a los partidos de Primera en la tele. Estaba desinformado, eso es todo, el manteca ya se encargaba de repasar los hitos del equipo, debes saber que el Balseras pudo llegar a jugar en Segunda, se ganó la división limpiamente, el impedimento fue de tesorería. Hay pocos equipos de barrio tan antiguos, el año pasado cumplió cincuenta, fíjate tú, los que no tiene ni tu padre. La clase intensiva no había terminado cuando el equipo contrincante salió de vestuario, se dirigía al terreno de juego entre los abucheos de la afición, estaba claro, habían logrado el taquillazo de la temporada. Al que más abucheaban, lógico, era a Cañedo, menudo hijoputa, se movía con aparente indiferencia pero en verdad debía llevar la vergüenza por dentro, míralo, el dedo regordete del Panceta lo señalaba, ahí está, así es la cara de un traidor. Cañedo, aquí no te quieren, Cañedo, vuelve a tu casa, de uno y otro lado se oían improperios contra el héroe del Rusiñol, aunque él hacía caso omiso, no había más que verlo, iba de estrellita, por encima del bien y del mal, en plan Ronaldo. No le faltan a ese pucheros para ser Ronaldo, menudo imbécil, mírale, se cree elegante, Cucho alternaba la masticación de las pipas con los comentarios, la boca se le había convertido en un nido de cáscaras. Por encima de los vestuarios, el Garmendia colocaba el marcador de pizarra, con aquella barriga inmensa le costaba trabajo anudar la soga que la sujetaba a los hierros del gol. Mira, Panceta, ya te he encontrado un contrincante, podríais convocar una batalla de sumo, jajajá, contestó el otro, yo prefiero que me convoques esa lucha con tu madre, no te pases, pues tú tampoco, otra vez estaban discutiendo cuando apareció la Neli con la Pitusa y un par de amigas, buf, lo que faltaba. Hola, Lucio, hola, Cucho, la Pitusa quiso ser efusiva con Lucio pero este no la dejó, todo lo contrario que la Neli con el Cucho, que se dieron un fuerte achuchón. El primo del Panceta no pudo disimular la agitación al observar a la Pitusa, se quedó mirándole



descaradamente los pechos, que le sobresalían de la rebeca blanca como dos mangas hinchadas de viento. Hasta la Pitusa se dio cuenta, y a ese qué le pasa, preguntó a Lucio, menudo verraco. Mira a ver, contestó desganado Lucio, sin dejar de seguir con la vista el calentamiento del equipo rival, a lo mejor va y te regala un grano. Imbécil, concluyó la Pitusa, que al momento se reunió con su amiga. Vámonos de aquí, dijo en voz alta, esto huele a gilipollas. El pobre hombre cordillera se había descompuesto, miraba alejarse al grupo de amigas como quien descubre en el cielo un platillo volante, calma, primo, intentó contenerle el Panceta, relájate, voy a tener que ponerte un bozal.

El marcador ya estaba instalado y todo el mundo esperaba al Balseras, pero aún había que hacer un poco de teatro. Acababan de dar las doce y el día estaba claro y limpio como si le hubieran dado brillo, el sol invitaba a la alegría, hasta donde hacía memoria Lucio no era capaz de recordar un partido del Balseras tan concurrido. Hasta el Mudarra se paseaba por allí, lo tenían enfrente, al otro lado del campo. El pobre parguelón iba solo, daba vueltas de un lado a otro como si se hubiera perdido. No había visto a los tres amigos, y si los había visto se estaba haciendo la loca, el que sí vio al Mudarra fue el manteca, mira a la maricon, alardeó en voz alta, a lo mejor quiere un poco más de zapato. Aquel comentario sirvió al Panceta para narrar a su primo la paliza, no pudo extenderse en detalles, por fin se abrió la puerta del vestuario local y el Balseras inició el descenso hacia el campo, los aplausos se multiplicaron desde la barra hasta la zona de los banquillos. También hizo acto de presencia la cucaracha, un tipo canijo y calvo con cara de malo de película y con unas patitas canijas como de flamenco. Vaya pinta la del árbitro, como venga un mal viento lo vuela, aquí y allá se escuchaban murmullos, comentarios, alguien chilló el nombre de Valentín y el jugador respondió levantando el brazo. Valentín era el más aclamado, también saludaban a Fortuni, y al Málaga, todos respondían a los aplausos, el que no saludaba ni a la de tres era Macao, el portero, estaba muy serio, no parecía dispuesto a ser menos que el portero rival, Pirri, el menos goleado de la temporada. Este otro también estaba serio, normal, jugaba en el campo del Balseras y tenía el fondo abarrotado de aficionados del otro equipo, era para

verlo, en diez minutos ya estaría suplicando al delegado de campo el envío de una patrulla. En el centro, el cucaracha calvorota miró la hora y levantó las manos, estaba llamando a los jugadores. Árbitro, Nosferatu, gritó uno, y la banda entera prorrumpió en una carcajada. Fue el último chiste antes de empezar el partido. La moneda brilló en el aire y el árbitro la recogió sobre el reverso de la mano: el Balseras abriría el juego.

Pipas, cacahuètes, chicles. Fuera del campo, solo se escuchaba la voz del Tibi, que recorría lentamente las bandas con el canasto de chucherías al hombro. Todo el público atendía al terreno de juego, pendiente de la segunda incursión del Balseras en el campo rival. El Málaga controlaba el balón, avanzaba por la banda derecha, pudo esquivar la entrada de uno del Rusiñol, que se quedó tumbado en el suelo tragando albero. No hubo tiempo de aplaudir la jugada, porque enseguida le vino un segundo y este sí se la quitó, entonces todo fueron insultos, Málaga, chupona, pásala un poco. Ahora se producía un contraataque, el defensa paró el balón y chutó en parábola hacia la delantera. Ojo con Cañedo, el cabrón corría como una gacela hacia delante, seguro que le animaba pensar en Ronaldo. Habían bajado cuatro del Balseras, entre ellos el Selui, y el resto se había quedado arriba, hay que ser sinsangre, pandilla de flojos. Pipas, chicles, cacahuètes, el Cañedo logró atraparla, había que reconocerlo, ese traidor sabía jugar, menudo control, la pisó y empezó a moverla, jugada peligrosa, sacadla de ahí, Selui, la pierna, el Cañedo se internó en el área, delante el Selui, el Selui que se queda en el suelo, despatarrado como una bailarina, el Cañedo que recorta, el Macao que se acerca, que se va para el balón, que se tira, que se embadurna de polvo sin nada que hacer porque el balón se ha ido al fondo de la red, un golazo del Cañedo, la primera en la frente.

Me cago en la leche, anda que vamos a ir lejos, mierda de equipo, qué coño hacen arriba, chicles, pipas, cacahuètes, el Cañedo no va a olvidar en su vida ese regreso a medio campo, todo el mundo abucheándole pero en verdad muertos de envidia por lo que perdieron, por lo que se les fue, a ver dónde está ese Valentín, venga, echádmelo, que lo vea. Se había quedado abajo, dime tú qué hace un delantero sin moverse de arriba, hay que bajar a apoyar, hay que reforzar el medio campo. La cosa se pone fea, el Panceta se había

quedado muy serio, era su primo el granudo el que hablaba, alababa en voz alta la jugada del gol. Mejor que te calles, pastelito, Cucho lo dijo en voz baja pero no estaba para muchas bromas, lo que les faltaba era uno tocándoles la moral. Ánimo, venga arriba ese Balseras, la gente aprovechó el saque del equipo local para aplaudir y jalearse a los jugadores, se reanudó el partido, tres o cuatro jugadas sin fuelle en el medio campo, el balón que no corre, todo muy espeso y los minutos que siguen avanzando lentos, derretidos. Se ha cumplido la media hora de juego, así no vamos bien, el Rusiñol está muy encerrado atrás, no crea peligro pero tampoco deja pasar ni una, mucho juego tobillero y poco espectáculo. De repente un pase largo, entre las piernas y el polvo embarullado se ve correr a uno del Rusiñol hacia arriba, coño, otra vez el Cañedo, me cago en su nación, tres contra uno, la ha cogido, vaya control, acaba de tomarla, está en el área, intenta driblar al defensa, se le va a la primera pero el defensa mete la, no, no, ha ido a por el balón, no buscaba el tobillo, qué coño, no puede ser, eso no es penalti.

Minuto cuarenta y lo que faltaba, un penalti. Con todas las de la ley, Juanele le ha metido la pierna hasta el hueso, raro es que no le haya sacado la roja directa, claro que el cucaracha no es tonto, sabe que con una roja directa sale del campo con los pies por delante. Pero ahora se nos pone muy cuesta arriba, Juanele cabecea, en su ilusión todavía piensa que es un penalti injusto, en las bandas se percibe otra cosa, gritan no no no porque es su obligación pero todos saben que ha sido legal, penalti con todas sus letras. Cabrón de Cañedo, míralo ahora, subiéndose las medias, Ronaldo de pacotilla, comemierda, figurón de saldo. Por lo menos le dio pudor y no va a tirarlo él, será el siete, creo que se llama Ortuño. Ortuño rima con puño, puño el que nos van a meter a nosotros, estamos listos, como metan yo me largo. De todos, el Panceta era siempre el más escéptico con el equipo, a nada que las cosas fueran mal el gordo saltaba del barco, además se ponía en plan cenizo, vaya mierda de equipo, otra vez haciendo el primavera, como metan yo me largo. La verdad es que la cosa pintaba fea, el Ortuño ponía el balón en el área, Cucho llegó a tiempo para el chiste, ese tiene más peligro que una puta en el Hogar del Pensionista. El campo quedó en silencio, se escuchó el pitido, el Macao flexionó las piernas y esperó la pedrada. Ahí venía, el siete tembló

en la espalda del jugador, se escuchó el trallazo, Macao ni la vio, tampoco la vio la red, casi nadie la vio porque el balón se fue por las nubes, al final Ortuño se ha comido el puño, fuera, le dio mal con la pierna, siete, vete a tu casa. La afición aplaudió, otra vez volvían al partido, todavía quedaban muchos minutos, hasta el Panceta había dejado de despotricar. Bueno, venga, a ver si esto nos hace recapacitar, arriba ese Balseras, ánimo, Valentín, que no hay quien te vea. El pobre Ortuño estaba abochornado, había perdido la oportunidad de sentenciar el partido. Mirad al Cañedo, ya no se sube tanto las medias, anda, cretino, ve de figurita ahora. Pasó lo mejor que podía pasar, el cucaracha pitó el fin de la primera parte y se acabó el juego, en los vestuarios tendrían tiempo de reflexionar, y si no ahí estaba el míster, pocas cosas había tan eficaces como su filosofía de ladrillo.

Pues parece que hizo efecto, vaya que sí, eso o el descanso, porque a nada que pisaron el terreno de juego se descolgaron con el empate. No fue un gol bonito, pero tampoco estaban las cosas para pedir poesía, les bastó con que un balón rebotara en un defensa y esquivara las manos de Pirri, el campo del Balseras era un clamor, el gol era del defensa pero también de Fortuni, él había disparado, ahora se dirigía a la afición pidiéndole ánimos. A pesar de su panza de melón al Garmendia no le costó colocar el número en el marcador, enseguida el uno a uno lucía flamante sobre la barra, ahora había que seguir, había que comérselos con papas crudas. Se reanudó el juego y todo había cambiado, el Balseras se venía arriba, la delantera comenzaba a moverse con desenvoltura, Valentín empezó a hacerse ver por la banda izquierda, estaba barruntando, cuando despertase no habría quien lo volviese a acostar. Ya estaban en el minuto quince, pipas, chicles, caramelos, hasta la voz gangosa del Tibi se quedó sin aliento cuando Valentín recibió en banda izquierda, aquella jugada era de las suyas, tenía delante al mismísimo Cañedo, la estrellita, era un duelo de *Far West*, intentó la bicicleta y le salió limpia, el Cañedo fue al suelo y el campo entero se fundió en un grito, fue muy corto, ahora venía un defensa, si se lo llevaba se quedaba solo con el portero, pero qué hace, en lugar de intentar rebasarlo se lo llevó aún más a la banda, no debía, desde ahí no tenía ángulo, o eso parecía, se acercó a la línea de fondo y metió la pierna, el balón remontó y rebasó el primer palo, no había ángulo,

habrían jurado que no había ángulo de no ser porque la pelota rozó la escuadra y se coló en la red, ni Pirri se lo creía, ni el cucaracha se lo creía, nadie se lo creía, solo Valentín y el propio balón, que ya descansaba al fondo de la portería, como rendido. Un señor gol, un golazo de monumento, un tanto que no se acababa ni con los abrazos ni con los gritos ni con los saltos de los aficionados, que no podían creerlo. Era el dos uno, el gol que los ponía por delante, que rendía a Cañedo frente a Valentín. Toma ya, artista, viva Valentín y la madre que lo parió, el Panceta no podía dejar de saltar, hasta su primo el de los granos saltaba, menuda maestría, ese es nuestro equipo, ahí está el Balseras. Definitivamente Cañedo no estaba para poses, ya no se subía las medias, estaba nervioso, no paraba de moverse buscando el balón, se la estaban devolviendo fría en Balseras, aquí nadie lo necesitaba, tenían otro héroe, se bastaban solitos. A Lucio empezó a hacérsele la boca agua, no quería pensarlo pero ahí estaba, en la porra de los billares iba con un tres uno. Uno más, san Valentín, que te pongo diez velas y te levanto una iglesia, uno más y la porra es mía. Pero la euforia local se había desgastado, el partido se había vuelto más aburrido y los del Balseras parecían conformarse con ese marcador. Rozaba el minuto cuarenta y la balanza estaba equilibrada, volvía a jugarse en el medio campo. Quien parecía invisible era Cañedo, estaba torpe, después del gol no había hecho nada en todo el partido, definitivamente no era su día. En un saque de banda Cañedo recibió la pelota, se fue para el centro del campo y se encontró con el Púgil, quiso llevársela por debajo de las piernas pero el Púgil estuvo rápido, le dio con la tobillera y el balón avanzó huérfano hacia el área del Rusiñol. El Fortuni y un defensa fueron a su encuentro, entrechocaron y el balón, de rebote, se fue para la banda izquierda. El público contuvo el aliento, Valentín apareció desde el medio campo corriendo velozmente hacia la pelota. Otro defensa intentó hacer lo propio, pero Valentín llegó antes. Se clavaron frente a frente. Valentín aprovechó un movimiento torpe del defensa para superarlo. Estaba solo. Corrió con la pelota hasta el área. Pirri salió de la portería. Nuevamente, Valentín se detuvo. Estaban muy pegados. Valentín seguía con la pelota. Pirri miró el balón. Dio un paso. Dos. Se arrojó sobre el esférico. Pero ya no estaba allí. Ya no estaba entre las piernas de Valentín. Con una vaselina,

había echado a volar hacia la portería. El campo era un estallido de euforia. Desde el suelo, a los pies de Valentín, Pirri solo acertaba a escuchar un clamor apabullante de gol, gol, gol.

Hay que montarla, hay que liarla y desliarla y después volver al lío, la madre que nos parió, viva el Balseras y san Valentín y toda su descendencia. Hasta el hombre grano parecía un amigo de toda la vida, se abrazaba a su primo y a Lucio, con Cucho era menos efusivo porque este no le daba cuartelillo, fíjate tú si se me explota algún granaco en la mano. Pero era un día grande, un día de los de salir a hombros, pedazo de porra que acababa de ventilarse Lucio, se le hacía la boca agua de camino a los chapolos, era incapaz de imaginar la cuantía. Menudo Valentín, vaya golazo el segundo, el Panceta brincaba nervioso rememorando el primer gol del zurdo, esas son las jugadas que hacen genio a un jugador, a ver cómo se come ese tiro sin ángulo. Si hubiera tenido un balón, el gordo habría echado a correr, había que imaginarlo vestido con la equipación, Cucho hubiera pagado por verlo, apretado como un embutido. Estaba tan excitado que no se atrevía a liarse un canuto, era lo que necesitaba en aquel momento, un señor dos papeles. Pero tampoco era plan de pararse en medio de la calle, Lucio caminaba rápido porque solo pensaba en los chapolos, a ver qué cara le ponía el Bermúdez, no había

olvidado sus comentarios jocosos, te crees que hay en el barrio otro tonto como tú. Pues no que no lo había, allí estaba la prueba, pedazo de porra para gastarla en cerveza y en canutos y en invitar a sus colegas, incluso al hombre grano, tampoco era plan de dejar fuera a uno. A Chamaquín también lo hubiera invitado, a ese el primero, pero fue el primo quien se desmarcó, Lucio, voy a quedarme en la plaza, están ahí mis amigos. Bueno, ten cuidado, no vuelvas tarde, Lucio solo se detuvo un instante, lo suficiente para decirle al primo Chamaco dame un beso. Lucio se inclinó sobre su primo y enseguida el niño echó a correr, la estampa le resultó rara, faltaba algo en aquella imagen de Chamaco corriendo hacia Medina. No era solo la ausencia del perro, era algo más, una ausencia más poderosa y compacta, un halo de soledad, como una aureola de vidrio grueso, transparente pero con la consistencia del cemento. Lucio suspiró y se dio la vuelta, venga, tío, no te apalanques, que ya estamos en los chapolos. Siguieron andando y enseguida la punzada se le volvió inofensiva, rápidamente Lucio pensó en el cajón del Bermúdez. Y qué harás con la porra, era una pregunta del hombre grano, demasiado atrevido para no conocerle, contestó porque estaba de buenas y porque además era primo del manteca. Eso sí, lo hizo en plan chulo, me compro una moto, una Kawa 1.100. Como la del Lobo, añadió Cucho, a lo que el Lucio respondió no, no te equivoques, mejor que la del Lobo. Lobo, lobito, mariconcito, Lobo, lobazo, mariconazo, a ver a quién le importaba ahora ese revientaperros, nadie lo sabía aún pero muy pronto tendría su ración, de momento había que estar en el hoy, en el ahora, en lo inmediato.

Así que por la puerta entraban, acababan de llegar a los chapolos, bastante peña por todo el local, sobre todo de Uriarte, también algunos de Solís, qué más daba la parroquia, ellos acababan de alcanzar otra fase, transitaban por la dimensión de la victoria. Mucho Uriarte y mucho Solís y mucha historia pero ellos eran los del Marcelo, que nadie lo olvidara, seguían en la brecha, el primo de Lucio había muerto pero ellos continuaban adelante, cómo adelante, estaban más vivos y eran más fuertes que nunca. Lo de plegarse a algún grupo ni se les pasaba por la cabeza, eran independientes, se bastaban con ellos mismos, además había que hacer memoria a Marcelo, en sus tiempos ni el Lobo se hubiera atrevido a dudar de su liderazgo. Y ahora



venían de señores a recoger la porra, la tabla estaba en la pared y a aquella hora todo el mundo se habría enterado, por tanto era una llegada esperada, al menos así lo imaginaba Lucio, que se esmeraba con la puesta en escena. Se llega lento, ceremonioso, condescendiente, las pestañas a media asta, el andar desgarrado, imprescindible un pito en los labios. Hay que hacerse un poco el desinteresado, como si la cosa no fuera con ellos; situarse en la barra, golpearla sin efusión, saludar al becerro, qué pasa, Bermúdez. Entonces debe llegar el comentario, lo suficientemente alto para que lo escuche toda la peña, aliñado con una sonrisa: bueno, Bermúdez, parece que al final no estaba tan descaminado. Quizá necesitas un poco de asesoramiento para las próximas jornadas. El domingo era un día fuerte para Bermúdez y eso influía en su ánimo, por eso acogió el comentario de buen talante, valiente niño que estás hecho, atribúyelo a la suerte, y aprovecha. Un repique subrayó el último consejo, el Bermúdez acababa de sacar la caja y de depositarla sobre el mostrador. Enseguida la abrió y tomó la bolsa. El número de monedas era incontable, nunca más en su vida los cuatro amigos estarían tan cerca de algo tan parecido a un tesoro. Carajo, Lucio, te pusiste las botas, vaya mamona, ahí hay más duros que en un banco del Oeste. Ciento veintitrés euros, confirmó el Bermúdez, la porra más alta de la temporada, enhorabuena. Lucio volvió la cabeza, ahora sí que sí, todos los chapolos pendientes, los de Uriarte, los de Solís, alguno de los Gemelos, el mundo rendido a los pies de Lucio y sus amigos, Marcelo seguía vivo, estaba allí, junto a Lucio, saboreando aquel triunfo cinco estrellas. El Bermúdez cambió las monedas por billetes, la visión era igual de impresionante, la mano llena de billetes de veinte, algunos nuevecitos como recién fabricados. El pico se lo dejó en euros, pero Lucio resistió la tentación de jugar a las máquinas, estaba el día bonito y había que mamarle hasta la última gota de leche. Hasta luego, Bermúdez, chao, Lucio, los tres amigos y el primo salieron del local con la misma parsimonia con que habían entrado, en su cabeza Lucio se dibujaba como un César, como un emperador inalcanzable, altivo y ajeno a las miserias humanas. Ave, César, los que van a ponerse las botas te saludan. En la calle el sol desparramaba sus cartílagos sobre los adoquines, bueno, lo primero es lo primero, a ver quién se llega a por litros. Por supuesto que

Lucio no, adónde vamos a parar, era un emperador magnánimo pero no idiota, el socio capitalista solo pone el dinero, vosotros, la mano de obra. Como se había colado de gañote, el primo del manteca se ofreció, tampoco era plan de que fuese solo y el Panceta decidió sumarse, Cucho y Lucio los esperarían en la plaza. Para allá que se fueron, y una vez aposentados, Cucho se hizo un petardo. Un dos papeles bien apretado, trompetero made in Cucho, marca de la casa. Habían comenzado a fumetear cuando volvió el Panceta con su primo. Desconcharon los litros y la cosa empezó a animarse, mierda de porro, Cucho, tú no aprendes, llegarás a anciano haciéndote estos canutos miserables. Pues no fumes, coño que no, a ver si lo termino rápido y me fabrico uno decente. Puta la cerveza, mira que entra bien, me baja como un cáliz, eso y el solecito es como estar en éstasis. Éxtasis, corrigió Panceta, que no, volvió a corregir Cucho, es éstasis, de estático, valiente animal, y tú estás estudiando, es éxtasis, de extático. Qué bien que sienta la victoria, al segundo porro los cuatro eran semidioses, casi no hablaban enredados en las varices del sol, sobre todo mandaba el silencio, el silencio y como mucho algún pásame el litro o venga aquí ese pito.

Deben existir los milagros. La vida nos sorprende de forma constante, tiene giros desconcertantes que nos hacen pensar que nada es casual sino que todo está sujeto a designios previos. Probablemente, de no andar tan ovillado con la grifa, Lucio hubiera pensado que alguien lo estaba conduciendo, que alguien le ponía ante los ojos cada situación y que hoy solo le tocaba lidiar con regalos. Porque de eso no hay duda, lo que apareció desde el canalón, cruzando la plazoleta como si volara, era un regalo, un regalo flamante, con su envoltorio de papel celofán rojo y todo, comprado en una tienda de golosinas. Y hoy la tienda parecía gratis, abierta solo para él, el canuto parecía haberle transportado a un terreno fronterizo entre la realidad y el sueño, al maravilloso mundo de la ilusión optimista y los rostros partidos por las sonrisas, estaba rodeado de nubes de azúcar, no era para menos, por el otro lado del canalón se acercaba la mismísima Viruta. La canija de los ojos verdes, la de los pelos como madreselvas, los ojos de Lucio brillaban como pellizcos de sol, todo era perfecto, por eso hizo el comentario en voz alta, música, maestro. Hombre, Lucio, mira quién viene por ahí, la canija, se te

pone bien el día. Música, maestro, alguien tenía que ponerle sintonía a aquello, porque encima la Viruta no venía sola, estaba su amiga Inesita. El Panceta encogió el tocinaje e intentó meter la manteca, lo tenía complicado porque en ese mismo instante daba un buche al litro, al hombre grano le dio por rascarse la oreja, era el único sitio de su cara limpio de cráteres. Ante todo elegancia, lo mismo Lucio le salía al paso y la Viruta ni se paraba, por eso tomó el litro de las manos del gordo y se lo llevó con lentitud a los labios. Pero no estaba el día para torcerse a esas alturas, por eso fue la canija la que se detuvo a los pies del banco, muy buenas, compañero. Cochinos ojos verdes, cochinos ojos en los que perderse para no volver ya nunca, Lucio se levantó y contuvo como pudo el aliento para que la frase no le saliese temblorosa, con el litro en la mano dijo se te saluda. Buf, vaya parida, un escalofrío le recorrió el espinazo, mira que había frases en el mundo para acabar descolgándose con tremenda simpleza. Bueno, qué, quiso saber la Viruta, pero Lucio parecía haber perdido la voz, entre los ojos verdes y el porro se le había adormecido la lengua, su colega Cucho tuvo que salir en su ayuda, pues nada, este, que ha ganado la porra de los chapolos. Vaya, qué punto, la Viruta sonrió y sus dientes brillantes lograron despertar a Lucio, lo siguiente no fue una genialidad pero al menos remendó el anterior comentario: y ahora os tomáis una cervecita con nosotros. Lucio alargó el litro a la Viruta y el reflejo del sol salpicó el gollete. Una cervecita y unos porros si los pasas, confirmó la canija, y ya ahí el mundo volvió a moverse, y los pájaros volvieron a cantar, y el Panceta dejó de contraer la barriga, y todo se volvió cómodo, relajado, como una bicicleta recién engrasada.

Bueno, y tú, Inesita, por qué te llaman Inesita, ya eres un poco mayorcita, además, Inés es un nombre muy bonito. Sí, pero ya sabes, las cosas de los viejos, al final se te queda. Y lo de Cucho, creo que viene de Flacucho, la verdad es que mucho ingenio no tiene. Y lo de Viruta, quién sabe. El más evidente es el del Panceta. Ya empezamos conmigo, métete con tu madre, oye, que es broma, verás, yo pienso, y blablablá, y jajajá, y sí, y no, y no creas y más blablablá y el mediodía que avanza en un suspiro, y el sol que poco a poco va desvencijándose sobre las ventanas, y la tarde que se cuele en la plazoleta mientras no dejan de hablar y de reír y de gastar bromas ajenos al

resto del mundo. Así hasta que por un instante permanecen en silencio, la Viruta acaba de contar un chiste, era malo, de esos del japonés y el alemán y el español, después de la risa se han quedado callados, entonces el Panceta ha echado un vistazo al suelo, coño, nos hemos ventilado diez litros. Diez litrazos para seis, no está mal la cosa, y sin echarnos un mal bocado al gañote. Coño, ya son las seis, mi vieja me mata. Pero el día no puede acabar aquí, esta euforia tiene que seguir, esta euforia tiene que crecer y extenderse hasta el fin de los tiempos. Aquí no se va nadie, Lucio saca el montón de billetes de su bolsillo, ahora mismo os invito a todos a unas hamburguesas. Bueno, no sé, la Viruta no sabe, no sabe o hace que no sabe, es que había quedado, venga, mujer, así andan las confianzas a estas alturas, con quién vas a estar mejor que con nosotros. La Inesita está decidida, dónde vas a ir ahora, no seas pocavergüenza, no puedes rechazar la invitación de tu compañero. Claro que no, por eso ya han comenzado a caminar todos juntos, van decididos a seguirla hasta el fin de los tiempos. Alrededor del banco, esparcidos, han quedado los diez cascos vacíos, están vacíos pero no han muerto, en sus oquedades reverberantes, como caracolas de mar, permanecerá para siempre el recuerdo de esta tarde gloriosa.

Es lo que tiene el canuteo, que se te desata la hambruna y te comes hasta a tu tío. Hay que ver al Panceta pegándole bocazos a su burger, hamburguesa de tres pisos, ático de lechuga con tejado de ketchup. Coño, Panceta, no vas a poder solo, vamos a tener que llamar a una demoledora, a ver cómo derribas el bloque. El Pancetón se conforma con sonreír, menuda tiene la boca para dar una respuesta, mejor que se calle y que siga masticando. Cucho tampoco lo hace mal, la suya es más de adosada, vivienda modesta de clase media. Además va a ritmo lento, le interesa más hablar y explayarse, parece que la Inesita está por la labor, no hace más que bailarle el agua y reírle las gracias. La hamburguesería está vacía, salvo ellos solo quedan ya los dependientes, un gordo con cara de aburrido recoge las últimas mesas sucias mientras silba una canción. El primero en terminar es el hombre grano, el primo del manteca, no ha querido pasarse de la raya y ha pedido una cosa discreta, ahora observa sin hablar, de vez en cuando sonrío a las gracietas de sus compañeros, en esas lleva toda la mañana. La que también come poco es la Viruta, se pidió una básica y ahí la ha dejado sobre la caja de cartón, a la

mitad, ya no tiene más ganas, prefiere fumar mientras se suelta con su tema predilecto, el inefable mundo de la copla. Cucho habla con la Inesita y con el Panceta, Lucio habla con la Viruta y el primo del gordo los observa a los cinco, las palabras se embarullan y se mezclan como culebrinas, hasta tal punto que el dependiente gordo que recoge las mesas, si quisiera, no sería capaz de coger al vuelo ni una miserable frase. Lucio sí que oye, Lucio no se pierde una sílaba de la Viruta, está muy cerca de ella y además le mira los labios, otra cosa es que se extravíe en ensoñaciones, en esas del tipo si ella quisiera, si ella entrara al trapo y aceptara tener algo conmigo. Desde luego, viéndole, nadie pensaría que Lucio no está escuchándola, más bien podría pensarse que se está derritiendo por los ojos. Mi madre quería educarme la voz para que cantara canciones. Decía que cualquiera podía llegar a artista, solo se trataba de tener ciertas condiciones, el resto dependía de la educación. De pequeña cantaba muchas canciones, todavía hoy las canto, normalmente cuando estoy sola, delante de la gente me da nosequé. La copla dice cosas bonitas, algunas te ponen la piel de gallina, son muy emocionantes. Cántate algo, Viruta, qué más te da la gente, aquí no queda nadie. La conversación de los compañeros de mesa era un poco más profana, lo que yo te diga, Inés, está demostrado, el pene del africano es más grande en estado flácido pero al estirarse no gana tanto. Sorprende verlo relajado, impone, pero empalmado no es tan diferente de los nuestros. Vale, chaval, siempre con la moral bien alta, que nadie te coma la autoestima. El hombre grano se reía ahora ruidosamente, no podía contener su nerviosismo, menos aún cuando el Panceta se levantó y gritó, con la hamburguesa en la mano, arriba el flamenquín ibérico. Todos en la mesa rieron, incluso la Viruta, aquel relajamiento envalentonó a Lucio, que no podía contener por más tiempo el almibaramiento de su lengua, lo dijo muy bajito, casi arrojándolo al oído de la Viruta, me gustaría que me cantases solo a mí, nada más que una cancioncita, tiene que ser de lo más lindo. Era la frontera, acababa de pisar la raya, pero las cervezas ejercían un poderoso efecto lubricante, por eso la Viruta lo miró, carajo cómo centelleaban sus ojos, lo miró y sonrió, fue como si la sonrisa quisiera competir en brillo con los ojos. Bailaron, por un instante mínimo, por un segundo y diez centésimas, bailaron un vals vienés mientras

se miraban sonrientes, aquella era la música que Lucio había pedido, música, maestro, y ahora estaba allí, atrapada para siempre en ese segundo y diez centésimas del burger, un vals con sus violinistas, sus lámparas de araña, su maestro de ceremonias, sus camareros con tocados venecianos, todo estaba contenido en aquel segundo, la décima centésima concluía con un imposible fuego artificial que sobrevolaba el cielo claro para estallar en el aire y reventar la noche de colores, en la undécima centésima la Viruta apartaba la mirada y cabeceaba, había acabado la música y Lucio volvía a tomar su cerveza. La picha ibérica al poder, el Panceta continuaba de pie en medio del burger, y la hamburguesa mordida, en sus manos, parecía una rata destripada. Todos seguían riendo, todos menos el camarero gordo, que no veía llegar el momento de mandar a la puñeta a aquel grupo de clientes rezagados. Al final del almuerzo la mesa parecía una escabechina, solo faltaba un poco de sangre y cualquiera podría haber imaginado un ritual satánico. Lucio fue a pagar y regresó de la barra recontando los billetes. Bien, bueno, qué se hace. De nuevo volvieron los remilgos, los nosé, los sehaceta. Pero Lucio ya no estaba para mucha insistencia, aquella petición y aquel segundo en el que había sobrevolado la hamburguesería con la Viruta le habían frenado en su osadía, era mejor no seguir adelante por esta vez, las conquistas había que lograrlas metro a metro. El caso es que, sorprendentemente, la Viruta parecía más relajada ahora, sus nosés y sus sehaceta habían perdido determinación, no necesitó a Lucio para que la convenciera, se conformó con dos comentarios de la Inesa. Por su parte, Lucio estaba dispuesto a seguir patrocinando la tarde. Estaban a punto de perder a un soldado, el primo del Panceta daba las últimas boqueadas, él se quedaba en el camino, agradeció a los amigos de su primo el buen rato y se despidió sin muchas florituras. Ya solo quedaban los cinco, habían soltado lastre y eso se notaría en el bolsillo de Lucio, fue lo que le convenció para saltar al cubateo. Dónde, en el barrio no, esta última recomendación fue de la Viruta. Después de un breve debate, la propuesta del Panceta de ir a una bolera cercana ganó por mayoría absoluta. El sol se había retirado por completo y los relojes que estaban en hora señalaban las ocho y diez de la tarde.

Bolera Bar Rufino: cuatro o cinco aficionados dándole a los bolos en la

zona de las pistas, cinco o seis dándole fuerte a la priva adosados a la barra, ambiente inconfundible de domingo por la tarde cuando la tarde se recuesta cansada sobre la noche. En la megafonía, Frank Sinatra se desgañita, los extraños en la noche taladrados sin respeto por los golpes de las bolas contra el parqué. Los cinco amigos acaban de entrar en la bolera, había una pista libre pero aquí nadie ha venido a eso, han venido a cubatearse un poco, a olvidarse de que mañana es lunes recordando que hoy todavía es domingo, a retomar el ambiente de bromas y optimismo que hace solo diez minutos, en la hamburguesería, chorreaba por las paredes y que aquí, en la bolera, parece haberse evaporado. Porque algo ha cambiado, eso está claro, nadie sabría decirlo, ninguno sabría explicar cómo ni por qué, pero ahora no es lo mismo. Será esa quietud, esa sensación de tiempo detenido que transmiten los caretos acartonados de los borrachos que rodean la barra. Será la cara de pocos amigos del camarero, o lo mismo es cosa de Sinatra, aunque eso ya es hilar muy fino. Pero ahora no pueden dejarse llevar por la tristeza, la tarde no merece un final así, menos aún cuando Cucho tiene enfilada a la Inesita, muchísimo menos cuando Lucio se ha tirado a la piscina sin saber nadar y todavía intenta salir a flote. Cinco cubatazos, cinco padres cubatas a dos cincuenta el pelotazo, es lo mejor que tiene este sitio, lo único bueno, la priva está barata, de ahí que haya más gente en la barra que jugando a los bolos. Además los llenan bien, más de cinco dedos, a ver si aprenden los del Sietepistas. Al principio se sienten extraños, acaban de bajar con su presencia la media de edad del bar en veinte años, el camarero ha mirado al Panceta sin fiarse demasiado, estaba hablando con los ojos, decía este no tiene más de diecisiete. No iba descaminado, pero ha podido más el bolsillo y ha servido, al otro lado de la barra los parroquianos aburridos no perdían cuerda. Principalmente miraban a las dos niñas, era descarado, no dejaban de enfilarle los culos y las tetas, estas últimas sobre todo a la Inesita. La verdad es que la Inesita tiene una buena delantera, Cucho, que está junto a ella, no puede evitar bajar la vista a los senos cada vez que la niña mira hacia otro lado, con mucho recato, cuando la Inesa vuelve a mirarle él retoma lo caballeroso, se va por lo elegante, el rollo ojos-voz-cabello, ahora está diciéndole que tiene unos ojos muy bonitos, que le recuerdan a alguien de la



tele, tus ojos me recuerdan, no sabría decirlo, sí, es posible, tus ojos me recuerdan a alguna presentadora. Pero será guapa, eso por descontado, aunque tú lo eres más. Es una conversación babosa, espesa, pringosa, con solo mirarlos cualquiera se los puede imaginar sobándose en un rincón. Ahora el Panceta se ha unido a la conversación de los otros dos, bueno, conversación es excesivo, aquí solo habla la Viruta y Lucio escucha, alguien tendrá que pedir un babero, más bien un barreño, este Lucio parece estar presenciando un milagro, pero solo es la Viruta, desde la otra esquina de la barra nada del otro jueves, yo me quedo antes con la otra, la de las tetas reventonas. La Viruta diserta sobre música, el discurso no ha evolucionado demasiado desde la hamburguesería, seguimos en lo de la copla, Marifé, Marifé de Triana, esa es la mejor, la número uno en el ranking. Como una flor que deshoja el viento se va muriendo mi corazón, y poco a poco mi sufrimiento se va llevando todo mi amor. Eso merece un buen trago, merece medio cubata, el tintineo de los hielos evidencia el fin de la primera consumición, ponnos otra ronda, y ahora lo siguiente va a ser que cantes. El camarero ya está echando el segundo, nueva ronda para todos, y la Viruta sigue con la copla, recita suave y profundo, se nota que le gusta, todo es delirio, todo es quimera. Del segundo al tercero solo hay un paso, pero del tercero al cuarto es un suspiro, diez y veinte de la noche y los cinco que allí siguen, algún parroquiano ha logrado despegarse de la barra y salir tambaleante a la calle, ya nadie juega a los bolos, la megafonía está apagada y junto al bar solo se escucha el tintinear de los vasos y palabras. Palabras mareadas, balbucientes, borrachas. Porque están borrachos, los cinco, quién va a dudarlo, solo hay que ver los movimientos, el modo torpe en que intentan devolver las copas a la barra, la forma de caminar hacia los servicios cada vez que aprieta la vejiga. Entre Cucho y la Inesita la pringue ya es un barrizal, hace media hora que Cucho se atrevió a acariciarle el cuello y ahora andan rozándose las manos. Dios, qué tetas, es el comentario de Cucho al Panceta cuando las dos amigas se dirigen al servicio. Lucio está en otra cosa, lo suyo ya es demasiado preocupante, con la borrachera le ha dado por ponerse solemne, por eso no se ríe cuando el panza le codea el costado, fíjate, este maricón por fin va a pincharla esta noche. Demasiado borrachos,

demasiado pasados para que todo acabe bien, tarde o temprano siempre pasa, está Cucho sonriendo con la copa en la mano y le da por mirar hacia el otro lado de la barra, uno de los parroquianos lleva allí sentado desde que llegaron, el tipo no hace nada, solo mirar, así ha estado todo el tiempo, mirando y sin hablar. Un cruce de cables, un arañazo del alcohol, la mordida del último cubata, las putas ganas de empañar la noche haciéndose el machito, eh, tú, sí, tú, qué coño miras. El pobre beodo es un buen borracho, sabe beber porque son muchos años los que lleva ahí sentado, adobándose la soledad, por eso también sabe cómo reaccionar a este tipo de ataques, puto niño, el hombre cabecea y encoge los hombros, está diciéndole que no mira nada, que ese es su talante, mirar sin hacer nada, ser parte del mobiliario. No es suficiente para Cucho, la sangre se le llena de sal y los ojos de pimienta, acaba de levantarse y ahora habla en gritos, pues anda a mirar a otro lado, no sea que te parta la cara. Pobre borracho domesticado, pobre mueble humano con las arterias de ginebra, el hombre vuelve a cabecear y baja la cabeza, Cucho sigue de pie, las niñas no han vuelto y Lucio intenta calmarlo, tranquilo, Cucho, estate tranquilo. El camarero está muy lejos ahora, anda en la última pista barriendo, ha escuchado el grito y ha levantado la cabeza, se le ve pequeñito desde la barra, la escoba suspendida sobre un puñado de basura. Los otros borrachos de la barra parecen no haber escuchado nada, están en su propio mundo, demasiado tienen con sobrevivir a las tormentas de sus cabezas. La Viruta y la Inesita acaban de regresar, pero Cucho sigue fuera de sí, maldito whisky de garrafa, qué coño le pasa ahora, será que quiere ponerse gallo delante de la de las tetas, para qué coño rodea la barra, para qué coño sigue increpando a ese pobre hombre, a qué cojones viene ahora eso de tú, tú, sí, tú. No me agaches la cabeza, maricona, no te me acojones, Cucho está muy pegado al borracho, que sigue intentando aferrarse a la naturalidad, no te estoy haciendo nada, estoy aquí tranquilamente, por favor, déjame. Uno de los parroquianos se atreve a defender a su compañero, tú, déjalo tranquilo, no lo jodas más que ya está bien jodido. Era lo que quería, lo que buscaba, por fin una oposición, por fin un hijoputa al que darle fuerte. Lucio y el Panceta se dirigen a Cucho, oye, tío, ya te vale, no montes más teatros, por detrás la Viruta y la Inesita que no pierden detalle, se fueron al váter con anticiclón y

vuelven con tormenta seca. Pero nadie va a parar a Supercucho, nadie va a detener esta descomunal machada. Cucho tiene más huevos que el mundo, Cucho es Don Huevos Duros, y tú qué quieres, sí, sí, tú, tú qué quieres. Se dirige al borracho increpante, lástima que este segundo está peor educado en la bebida, lleva menos años de instrucción y eso se nota, se perdió aquella lección, aquella que decía no entres al trapo con los niñatos, son los peores, no saben beber y te pueden meter en un lío. Ya está metido, acaba de levantarse, acaba de enfrentar la mirada y el cuello colorado de Cucho. Es otro pobre hombre, calvo, cincuentón, con ojeras y cara pálida, vino aquí a echar un rato y al final vamos a ver cómo sale. Yo me cago en tus muertos, y en tu puta madre, y me meo en tu cara. El camarero vuelve rápido a la barra, su intención es la de llamar a la policía pero no le va a dar tiempo. A pesar de Lucio y el Panceta, Cucho acaba de dar una tragantada al pobre hombre, el calvo se ha tropezado con su taburete y se ha caído al suelo. Venga, maricona, defiende ahora a tu amigo, defiéndelo, por dios, Cucho, de dónde sale ese monstruo, en qué veta de cerebro se esconde, en qué vena, Cucho se abalanza hacia el mazacote de carne y levanta la pierna, la incrusta sobre la cabeza, venga, maricona, por dios, Cucho, dónde, en qué vena. La Viruta y la Inesita no gritan, no se encogen ni se llevan las manos a la boca, son de los del Lobo y están acostumbradas, se limitan a decir ya te vale, Cucho, déjalo en paz. Pero ya Cucho no está allí, Cucho se revolea en la perrera, se vuelve contra el otro perro, venga, maricona, levanta, que te mato. Coge al hombre de la camisa, intenta levantarlo pero la camisa se le desgarró dejando al descubierto su barriga. No, no, déjame, no te he hecho nada, el cincuentón se repliega sobre sí mismo e intenta protegerse de los golpes, demasiado tarde, perdiste aquella lección y te costará, y ahí va otra vez Cucho, pierna para arriba y patada, esta en el estómago desnudo, míralo, si parece un puerco, valiente cobarde. Por dios, Cucho, podría ser tu padre, ese padre que nunca tuviste, ese padre que te dejó tirado y que llevó a tu madre a desbragarse por mil antros de mala muerte. Quizá de ahí venga la rabia, de imaginar a la vieja despatarrada delante de un calvo cincuentón como este, podría ser mi padre pero también cualquiera de los que diariamente se jode a mamá, cualquiera de los que la montan o le parten el culo o la llaman zorra mientras la obligan

a mamársela. Por fin el Panceta y Lucio logran despegarlo del mazacote del suelo, por fin lo retiran unos metros, pero Cucho sigue insultando, dime ahora, venga, dime. El calvo prefiere permanecer tirado, todavía sigue abrazado a sí mismo, todo ensangrentado, va a esperar a que el niño se marche para levantarse y hacer recuento de los daños. Lo han separado pero eso no va a evitar que Cucho estampe su vaso contra el suelo, ya no es por la nerviosera sino por quedar todavía más encima, me cago en vuestros muertos, y el vaso que vuela y que se hace añicos contra una de las pistas. El camarero se ha perdido en el interior de la barra, está llamando a la policía pero ya es demasiado tarde, lo era desde el principio, y lo más gracioso es que encima de todo no va a ver un duro, los cinco amigos acaban de salir pitando por la puerta sin abonar sus consumiciones.

Muy borrachos, muy perdidos, muy pasados, muy jijí y muy jajá y la noche fría como masacrada por un regimiento de cuchillos de hielo, eso en el ambiente, porque por sus venas la sangre fluye caliente como un consomé. Enseguida se pierden por una de las calles transversales, dejan de tener cerca la bolera, muy pronto Cucho olvida la descomunal paliza, solo se sonríe ahora porque piensa que al final le ha hecho un favor a su amigo, tendrás que agradecerme, Lucio, te ha salido todo gratis. Qué divertido el odio, qué feliz la sangre y el orgullo por los cuerpos humillados, más currículo, más alimento para biografías tejidas con brazos rotos y astillas. La bolera queda muy atrás, ahora Cucho se ha echado a la acera porque no puede aguantar más la risa, no ha contado ningún chiste, simplemente venía riéndose mientras caminaba tambaleante, llevaba el hombro de Lucio pegado al suyo, un interruptor se ha encendido en su cabeza neumática, un grifo goteante se ha abierto para dejar salir a borbotones eso que ahora le destroza la cara, se carcajea, se echa al suelo porque no puede soportar el dolor del vientre, es la risa, la misma risa del payaso y del rico, la misma del loco soñando venganzas, la risa del desgraciado que cuenta y recuenta sus desgracias y piensa en que mañana todo va a cambiar, que ya está cambiando, y ahí va Cucho al suelo, se desparrama sobre la acera, tiene apretada la barriga como si fueran a salirse los intestinos, está llorando de risa, es una risa contagiosa, por eso Lucio también se tira al suelo, jajajá, jojojó, es como una

montaña rusa, como una caída libre, no atienden a otra cosa que no sea la llegada de una nueva bajada, de otra curva, por eso no se percatan de que todo ha cambiado irremisiblemente a su alrededor, la Viruta y la Inesita están de pie, tienen al lado al Panceta, el gordo parece el más borracho de todos, está mirando hacia los dos amigos con los ojos semiencajados, no deja de balancearse como si fuera un barco viejo y soportara una fuerte corriente sobre su casco, sonrío pero igual podría estar llorando o hablando para sí mismo, atraviesa su fase zombi, la Viruta y la Inesa comparten una misma fase, la fase de se acabó la noche, buf, estos dos están muy pasados, vámonos ya que se ha hecho tarde. Así que por fin se despiden, lo de la bolera ha sido excesivo, se les ha cortado, se les ha roto el punto, bueno, muchachos, ya nos vemos, tenemos que abrirnos. Cucho ha logrado por un instante contener el ataque, se levanta como puede y se dirige a la Inesita, pero por qué, todavía no, aún queda mucha noche. No, va, de verdad, lo hemos pasado bien pero, bueno, tú sabes. No sabe, Inesa, Cucho no entiende nada, para él nada ha cambiado, sigue pensando en perderse en esas tetas, sigue obnubilado con tu cuello, lo de la bolera ha sido algo insignificante, un galón más sin importancia. Ahora Lucio también se ha levantado, está más curda de lo que pensaba, le cuesta mantenerse en pie, se echa mano al bolsillo y saca un puñado de billetes arrugados, los extiende ante las dos amigas, pero bueno, si no hemos hecho nada más que empezar, os tengo que invitar a algo, esto me ha salido gratis. Por detrás de la Viruta y la Inesita el gordo sigue tambaleándose, eso último le ha hecho gracia, intenta reírse y lo único que logra escupir es un tosido, le ha salido gratis, balbucea. No, de verdad, Lucio, ya nos vemos mañana, mis viejos estarán con los cuernos quemados, es muy tarde para ser domingo. Los billetes arrugados parecen en la mano de Lucio un puñado de insectos muertos, por unos segundos permanece con la palma abierta extendida hacia la Viruta, por fin la cierra, ahora parece molesto, bueno, vosotras veréis, haced lo que queráis. Joder, tías, ahora es Cucho quien se dirige a la Inesita, no vayáis de estrechas. Si estuvieran sobrios se habrían percatado al instante de la impertinencia del comentario, si no fuera borracho jamás habría soltado algo así, por eso la contestación de la Inesa es tajante, estáis demasiado pasados, esto deja de ser divertido. Detrás de las dos

amigas el gordo vuelve a toser, es el único ruido ahora, al instante todo queda en silencio, ya no hay ganas de reír, las dos amigas se despiden con un lacónico chao y rápidamente se pierden en dirección a la avenida, un claxon se derrite a lo lejos, los tacones de la Inesita y la Viruta van apagándose en la calle como el final de una canción, el mantecón parece más ido que nunca, sin embargo es ahora cuando se muestra más cuerdo, en medio de la maraña de whisky abre las manos y escupe unas palabras sobre los dos amigos, no, Lucio, no te ha salido gratis. Las palabras se le derraman de la boca con dificultad, como una canica a la que le costara deslizarse sobre una superficie abrupta. No te ha salido gratis, Lucio, vuelve a repetir, te ha costado demasiado. Cucho y Lucio han vuelto a sentarse, miran desde abajo al gordo tambaleante, por detrás la luz de una farola recorta su cuerpo macizo convirtiendo su presencia en una silueta negra. Se acabó la risa, se acabó la alegría, desde el otro lado de la calle viene cabalgando una carroza oscura, es la carroza del mal rollo, del ofuscamiento, de las manos manchadas de tizne, de las nubes con las tripas negras que anuncian tormenta. Qué coño quieres decir, gordo, Lucio se dirige al manteca con la impresión de estar dirigiéndose a algo irreal, fantasmagórico. Lo que yo te diga, Lucio, la silueta negra vuelve a hablar, que te ha costado demasiado. Por más que quisiera el gordo sería incapaz ahora de enhebrar un discurso, demasiado lúcido ha estado en la frase, por eso no puede ir más allá, se limita a repetir lo mismo, que no te ha salido gratis, que se te ha ido demasiado. No hacen falta más palabras, no hay que aportar más argumentos para comprender, está muy claro, es contundente y lúcido como la noche fría, diáfano como el escaparate de una joyería, cristalino como el brillo de los ojos de Lucio. No te ha salido gratis, Lucio, te ha costado tan caro como demostrarle a la Viruta que entre tú y el hijoputa del Lobo no hay diferencia. Para qué va a quererte a ti, Lucio, teniendo al Lobo, para qué más de lo mismo, ella ya tiene la violencia, ya cuenta con los gritos, con el odio, con los dientes afilados. Ya tiene animalidad, la tuya le sobra, no le aporta nada. Por eso no te ha salido gratis, Lucio, te has desnudado allí, en la acera, haciéndole el juego a tu amigo Cucho, intentando borrar junto a él el rastro de la infamia perpetrada en la bolera con la peor de las ofensas, la risa cínica e indiferente, la risa altanera y

crapulosa, la misma con la que el Lobo se mofaba viendo los restos de *Bruto* en el pilón. Por eso ahora te enfureces, te llenas de ira, por eso ahora te levantas con violencia y te abalanzas sobre tu amigo Panceta, quieres borrarle de la boca la verdad que acaba de soltarte, ya no atiendes a nada, solo a la inútil tarea de remendar el ridículo en el rostro del gordo. Esa sí que es una estampa lúcida, la de Lucio apuñeteándole la cara al manteca, la del amigo pateándole el estómago fofo al amigo, la de un cuerpo golpeando violentamente a otro cuerpo indefenso bajo la farola y la noche supurante, como si con cada golpe quisiera descostrarse la conciencia.

Nadie ha pedido perdón a nadie. Sobre la acera ha quedado el cuerpo dolorido del Panceta, que todavía ahora, diez minutos después de la paliza, no acierta a levantarse. En su ensoñación ética es incapaz de comprender el porqué de los golpes. Está aturdido pero no siente odio ni resentimiento. No ha pasado aún tiempo para que le duelan las heridas, tiene la piel adormecida por la prisa y el frío. Sobre su cuerpo está Cucho, al tercer golpe se abalanzó sobre Lucio e intentó separarlo. Lucio siguió pateando al gordo hasta que se cansó o volvió en sí, en un momento de la paliza miró hacia abajo y fue como si reconociera su rostro animal y desfigurado en un espejo. En ese instante se retiró, dejó que Cucho se interpusiese y se quedó de pie con la mirada perdida en la luz de la farola. Estás loco, tío, vas a matarlo, las palabras de su amigo construyeron una barrera en torno a sí mismo y al Panceta, que componían juntos una extraña piedad de sangre, whisky y telas desgarradas. Joder, tío, lo siento, las palabras salieron de la boca de Lucio en forma de susurros, joder, tío, lo siento, tan débiles que ni siquiera el Panceta pudo oírlas, su cuerpo de ángel caído estaba ahora concentrado en comprobar que las alas no se le



hubieran roto. Cucho tenía la cabeza del Panceta sobre los brazos, le miraba el rostro sangrante y sobre todo los ojos, que habían abandonado su adormecimiento y ahora permanecían muy abiertos, entre incrédulos y alucinados. Entretanto, sus manos regordetas recorrían las piernas y el estómago, comprobando que todo siguiera en su sitio. Estás bien, Panza, estás bien, sobre su cabeza Cucho preguntaba y a la vez afirmaba, necesitaba una bocanada de optimismo que le liberase del nudo de esparto que se le había atravesado en la garganta. Tras unos segundos de preguntar en vano, por fin Cucho pudo oír de la boca del gordo unas palabras tranquilizadoras, bien, tío, estoy bien. Mecánicamente, Cucho intentó buscar la mirada de Lucio, era necesario solucionar sobre la marcha aquel conflicto sin fundamento. Sin embargo, al volver la vista comprobó que el rastro de Lucio se había desvanecido en la noche.

Lucio ya no estaba allí, Lucio ya no pertenecía a este mundo, ahora Lucio viajaba por los trasteros de la tierra, descendía por panteones y pasillos oscuros, torcía por recovecos insondables donde de momento hacía frío, al instante apretaba el calor, todo ello sin mirar, sin ver, como un ciego que ha perdido la cautela y se entrega sumiso a su deficiencia sin echar cuenta con el resto de los sentidos. No ve nada, en su bosque de alimañas y criaturas extrañas no existe el miedo porque el ofuscamiento lo ha vuelto invisible, insensible a todo lo que provenga del exterior. Acaba de atravesar un parque que conoce muy bien, cien veces lo visitó de la mano de sus padres de pequeño, pero ahora todo se reduce a dimensiones, zancadas, más y más pasos con los que vuelve a regresar a los mismos parajes oscuros, los mismos pasillos donde hace frío, donde hace calor. Llevaba una camisa larga sobre la camiseta pero se la ha quitado, ni siquiera se la ha amarrado a la cintura, directamente la ha tirado al suelo. En el bolsillo de su pantalón aún le quedaba un cigarrillo, se ha detenido un instante para encenderlo y ha continuado adelante. Ahora fuma con avidez, va dejando a su espalda una estela blanca temblorosa y fugaz, sin darse cuenta se ve en Polavieja, las persianas pálidas dibujan pestañas soñolientas en los bloques de edificios, por un instante reconoce el sitio, sigue avanzando por miasmas oscuras y purulentas de su conciencia pero en realidad está en su barrio, ahí está la

panadería de Santa Luisa, al fondo se ve la cancela del vertedero, los pisos altos de Polavieja estiran sus antenas hacia el cielo negro, torciendo la esquina aparece el Goya. Todo está ahí y sin embargo todo es distinto, Medina parece haber cambiado, ahora es más viejo, más negro, un barrio enfermo, acaba de llegar a la plazoleta, el banco está frío pero necesita descansar por unos segundos. Se sienta, está temblando, le tiemblan las piernas y las manos y hasta los intestinos le tiemblan, tiene los ojos húmedos pero es por el viento, Lucio no va a llorar, no va a soltar una lágrima, ni ahora ni nunca más. Lucio es un macho, tiene el pecho de plomo y los huevos de hierro, el corazón se lo forjaron de metales y a estas alturas está dispuesto a cagarse en los muertos de quien sea, en los de la noche, en los de las estrellas, en los de quien se le ponga por delante. Lucio, mamá, es un niño, está alto y grandote y fuma como un hombre, se viste camisetas ceñidas que le lucen bonito el pecho, algunas niñas del Goya lo miran y admiran y dicen por ahí va Lucio, cuando se queda serio parece mayor pero en verdad es pequeño. Por eso ahora, mamá, quisieras abrazarlo, quisieras evitar la que se le viene encima, apartarlo del dolor, protegerlo en tu regazo y alimentarlo con tu pecho. Entretanto tienes que conformarte con permanecer sentada en el salón, chascándote las uñas y haciendo como que ves la tele. En el pasillo, muy cerca de la puerta, espera el padre, lleva esperando desde hace más de tres horas, justamente desde que volvió de tomarse la cerveza de los domingos, no ha querido ni comer porque tiene cerrado el estómago. Estuvo con Suárez, lo soltó nada más entrar, traía el rostro contraído y la mirada blindada. El niño, mujer, le dijo a su esposa, anoche lo vieron por Ribera, en la zona de los yonquis, rodeado de drogadictos. El malnacido llevaba puesta la capucha, sería para que no lo reconocieran, pero el Suárez lo vio. Vaya que si lo vio, fíjate tú lo que nos ha salido, un yonqui, a ver qué hacía por aquel barrio. La madre pelaba un plátano y la fruta se le quedó paralizada en las manos como un signo de interrogación, cómo, en Ribera, qué, cómo. Sí, sí, en Ribera, iba solo, seguro que estaba buscando a alguien para pillarle droga. Espérate, quizá no iba a eso, quizá estaba, no digas tonterías, a mí no, a mí no me engaña, no quedaba ventana abierta ni resquicio de luz en la cabeza del padre, el juez de su cabeza ya había dictado sentencia, paliza, paliza descomunal con

huesos rotos, con sangre y sala de urgencias. Paliza de la que iba a acordarse toda la vida, con la que se iba a cuidar para siempre de andar con drogas. Lo echo de esta casa, que se busque la vida en la calle, o si no que se convierta en un drogadicto de esos que duermen en los bancos. Le hemos dado todo, le hemos alimentado, intentamos ofrecerle una educación, cuidarlo, inculcarle valores, pero todo es inútil. No hay forma de encarrilarlo, no hay forma de ponerle recto sino es a base de palizas. El padre se ha pasado toda la tarde farfullando sus desvelos, volviendo una y otra vez sobre las mismas palabras y expresiones, finalmente las palabras se le han desgastado en la lengua hasta volverse insípidas, se han agrietado y reblandecido como las maderas de un naufragio. Por eso ahora permanece callado, sentado en el recibidor, los puños apretados y la cabeza agachada. En el salón, la madre mutila su penúltima uña y mira sin ver la tele. Juraría que un cordón umbilical invisible le late a la altura del vientre.

Por ahí viene, es la extremidad satélite, la extremidad que camina y piensa y toma por veredas que su madre ya no puede controlar, el trozo de carne en el que cada herida duele como propia, cada caída como si fuera una misma la que cayera, cada golpe como si lo recibiera la propia madre. De esto último va a hartarse Lucio esta noche, no se lo imagina porque ni siquiera sabe cómo ha llegado a su barrio, a su bloque, cómo ahora acaba de salir del ascensor y se enfrenta a la puerta de entrada mientras busca las llaves. Ha llegado el momento, está a punto de comenzar la liturgia, el reo debe cumplir la condena, el padre se levanta al escuchar la llave penetrando en la cerradura, en el salón la madre también se levanta, se abre la puerta y al instante todo es ruido, movimientos rápidos, violencia. Hombre, aquí está el señor, qué pasa, papá. Me cago en tus muertos y tu puta madre, lo de niño ya lo sabíamos, lo que nos faltaba era lo de yonqui, ya es la gota que colma el vaso. No sé de qué hablas, papá, pero mira cómo huele, si parece que se ha bañado en una licorera. Por favor, Pedro, no te pongas nervioso, qué te pasa, es que no quieres mirarme a los ojos. A mí me miras a los ojos, maricon, niña, venga, dime que no anduviste anoche por Ribera. No recuerdo, no sé, papá, no me encuentro bien. Ah, el niño no se encuentra bien, vaya por dios, ten cuidado, Pedro, contente, Pedro, contente y primer golpe, un puñetazo en

la cara y Lucio al suelo, y el padre que lo agarra y lo levanta y por favor, Pedro, y venga dime, dime que no estuviste por allí, me vas a contar a qué estás enganchado, crack, heroína, a qué, a qué. No sé, papá, no sé, y venga arriba que eres una niña, échame cojones, y otra vez Lucio de pie y enseguida el segundo golpe, una tragantada, por favor, Pedro, maricón, hijoputa, a mí no me vas a arruinar la vida, la mano abierta sobre el rostro de Lucio, el rostro de Lucio que comienza a desdibujarse por la sangre, Lucio que vuelve a caer al suelo, déjame ya, papá, déjalo ya, Pedro, por favor, que es un niño. Que es un niño, aunque ahora parezca un guiñapo, un muñeco de trapo, el padre lo tiene en el suelo, en el sitio donde más le gusta, es el sitio de las patadas, de momento solo una en la espalda. Anda, levántate, venga para arriba, y otra vez el niño de pie, esto no ha terminado, la madre lanza un grito profundo, no es un grito común, parece un quejido de las entrañas, a ella también le está doliendo, el vientre le late como en un parto, por favor, Pedro, déjalo ya, venga, maricón, háblame, sé un hombre. El niño ensangrentado mira al padre, parece que por una vez va a hacerle caso, sí, voy a hablarte, ahora voy a ser un hombre. Te odio, viejo, a pesar de sus propios lamentos la madre logra escuchar al hijo, te odio, papá, me gustaría verte muerto. El padre se ha quedado atónito, no esperaba esa respuesta, ha sido como un golpe fulminante, de esos de kárate que hacen desplomarse al adversario, el puño se le queda congelado sobre la cabeza de Lucio. Te odio porque el odio que sientes hacia mí me rebosa y te escupe. Cómo, qué, desgraciado, sí, papá, y ahora suéltame, ya he tenido mi ración por hoy. En medio de su sorpresa el padre vuelve a hacerse grande, intenta zarandear a Lucio pero este acaba de convertirse en otro, las palabras lo han transformado, se ha liberado, por eso se zafa de las manos del padre y lo empuja, no me toques más, por favor, no me toques. Pero me vas a echar huevos, ya está, Pedro, no me toques más, te lo advierto. Es como un conjuro, no me toques más, un conjuro que hay que gritarlo muy alto para que surta efecto, nunca más, por favor, no vuelvas a tocarme. Nuevamente la madre de Lucio empieza a gemir, al dolor del vientre se le suma ahora el del muñón que acaba de desgarrarse otra vez por la vieja herida, la carne que una vez se sajó para amputar el miembro, algo se ha roto, algo acaba de morir para siempre. El último acceso de dignidad del hijo es

limpiarse el rostro con la camiseta, la costra de sangre se le queda impregnada en el pecho como un anagrama, el padre se ha replegado y ahora observa en silencio. El hijo se va, el hijo abre la puerta sin decir una palabra, el hijo se marcha escaleras abajo sin que los alaridos de la madre en el pasillo puedan evitarlo, Lucio, por favor, Lucio, vuelve, Lucio, no te vayas, los gritos de la vieja chorreando por el hueco de la escalera como una hemorragia.

La noche cuenta con un nuevo invitado. Se llama Lucio, natural de Balseras, hijo de Pedro y de Luisa, primo hermano de Chamaquín, años diecisiete. Valiente invitación la que le hace la noche, al menos podría haberse colgado una luna y un puñado de estrellas. Porque es noche sin luna, de las oscuras, de esas en que caminar es como arrastrarse por una cueva. Al menos hay viento y eso hace más agradable el paseo, así uno puede escuchar las palabras arrastradas desde los bloques de pisos. También el viento tiene su propio sonido, es la voz de la noche oscura, para oír esa voz hay que aguzar mucho el oído, la noche es generosa y deja hablar a todos, pero si uno atiende bien llega a escuchar sus palabras. Dónde vas, Lucio, hacia dónde te diriges, esa es la voz de la noche, es demasiado tarde, mañana tienes clase y ya deberías estar descansando. Por qué no das media vuelta y vuelves a tu casa, tus viejos van a comprenderte, lo que dijiste no iba en serio. Así que me odia, es eso, tú lo has escuchado, siempre me ha odiado. La madre ha vuelto al salón, está como ida, como si se hubiera arrancado los ojos y los llevara puestos en el vientre. Tú lo has escuchado, me odia, di algo, no te quedes callada. El IPC

de octubre ha subido en punto y medio, una subida histórica que solo puede compararse a la registrada en el 2004. Esta subida coincide con un ascenso significativo de los tipos de interés. Los analistas alertan del riesgo de una nueva crisis. Niña, qué horas son estas de llegar, hoy es domingo. Nada, mamá, estuve con unos amigos. Con qué amigos, porque llamó tu novio, el de la moto, y preguntó dónde estabas. Estuve con Inesita, nos encontramos con una gente del instituto y fuimos a comer. Ya hemos echado con ellos la tarde. Estoy cansada, voy a darme una ducha, supongo que está encendido el termo. Así que el Madrid ha vuelto a perder en casa, nada menos que con el Deportivo, el farolillo rojo. Un desastre, van a acabar regalando el carné del Madrid en la tómbola de la feria. El que ha hecho buen partido ha sido el Balseras, tres uno al Rusiñol, Valentín ha sido la estrella. Pues échame otra copa, la última, eso no se dice, es la penúltima. Coño, pero si ese es... Adónde irá a estas horas. Cómo, quién, nadie, el hijo de Pedro el de la ferretería, Lucio, míralo, va para allá, es muy raro, ya son las doce de la noche. Acaso tú no estás aquí, tomando cañitas, deja al chaval que haga lo que quiera. Hacia dónde te diriges, Lucio, porque parece que caminas con decisión, como si tuvieras muy claro tu destino. Debes de estar pasando frío, Lucio, así, sin camisa, desarropado como quien dice. Porque esta noche hace frío, de eso no hay duda, dímelo a mí, que soy la noche. Qué te ha pasado, criaturita, por qué tienes el ojo morado y la nariz cubierta de sangre. No me des un disgusto, gordito mío, dime qué ha pasado. Nada, mamá, una discusión, solo eso. Con quién, con quién has discutido. Ha sido una tontería, con Lucio, tuvimos una peleílla, nada de importancia. Pero cómo que no, si tienes la camisa rota, ay por dios. No vuelvas a hablarle más, no te acerques más a él, será desgraciado, voy a decírselo a la madre. No le digas nada a nadie, ni siquiera a papá, es una tontería. La ducha que se abre y el cuerpo desnudo y blanco se deja embadurnar por el agua cálida, que desciende por su piel como agua de manantial. Qué cuerpo más tierno, qué piel para poblarla de besos y caricias. Noche sin luna, río sin agua, flor sin olor. Todo es quimera, todo es delirio de mi dolor. Me encanta la copla. Y entre todas, Marifé de Triana. Siempre canto coplas cuando me ducho. Mujer, dile a la niña que baje el tono de voz, estoy viendo el resumen de los partidos. Esa que dice como un lamento del

alma mía son mis suspiros. Torre de Arena. De las más bonitas. Noche sin luna, río sin agua. Noche sin luna. Así que me odia, lo has escuchado. No puede verme. Mi propio hijo y no puede verme. Por favor, mujer, dime algo, no te quedes ahí callada. Qué te pasa. No dices nada, solo miras. Déjame en paz. Lo estoy viendo. Con los ojos del vientre lo observo. Ahora camina por La Milagrosa, se está alejando de Balseras poco a poco. La Milagrosa ya no es nuestro barrio, no lo conozco igual, estoy nerviosa, los ojos del vientre solo me muestran imágenes de calles que no puedo ubicar. Espero que no hagas una locura, Lucio. Espero que no vayas a hacer una tontería. Yo no puedo ayudarte ni protegerte. Solo hablo contigo, pero porque hay viento, si no lo hubiera ni siquiera eso. No hay en la noche de mi desventura ni una estrellita que venga a alumbrar. Esta senda de eterna amargura que, triste y oscura, no sé dónde va. El cuerpecito blanco está cubierto de espuma, así parece una virgencita, una diosa marina. Me encantaría que me cantases solo a mí, nada más que una cancioncita, tiene que ser de lo más lindo. Hijo mío, escúchame. Sí, bueno, hay mucho ruido de fondo, pero sí. Óyeme, no voy a ir a dormir hoy. Ya lo imaginaba. Verás, es que estamos atendiendo a unos congresistas que han venido del extranjero, están aquí en una asamblea, se van mañana. Ya. Tengo muchas ganas de verte. No me extraña, llevas sin aparecer media semana. Por favor, Cucho, no seas así, sabes que lo hago por ti. Claro. Bueno, aparece cuando quieras, yo ya sabes dónde estoy. Te quiero. Te. Qué te pasa, mujer. Nada, mi hijo. Lo echo de menos. Ya se le pasará, es un crío. Tiene que entender que es tu trabajo. Con el nuevo colchón Flexiplus no serás capaz de despegarte de la cama. El sistema *high comfort* garantiza un estado de relajación pleno de tu columna, gracias a su composición multicapas. Cada hora que duermas valdrá por dos. Atrévete con Flexiplus. Como una flor que deshoja el viento se va muriendo mi corazón. Niña, cállate, estoy escuchando la tele. Has hecho bien, Lucio, en no meterte por Ribera. A estas horas esa zona tiene mucho peligro. Aunque te estés alejando de tu barrio, al menos caminas por calles luminosas. Sé dónde vas. Sé hacia dónde te diriges. Nadie va a quitarte eso de la cabeza. Como una fuente callada y sin vida. De La Milagrosa a San Vicente. Avenida de Kansas City. El Juncal. Ronda de Leiva. Al final, Tina, solo te tengo a ti. Ni a la Inesita ni



a mi madre ni siquiera a Boca Libadora, a fin de cuentas esa no hace más que pegármela, y encima delante de mis narices. Pero tú, Tina, eres diferente. Así, atrapada en el cartel, tan callada, tan misteriosa. No necesitas empañar tu silencio con ninguna palabra. Escuchas todo, atenta, sin necesidad de intervenir nunca. Desde que utilizo Flexiplus la hora de dormir se ha convertido en uno de los momentos más ansiados del día. Nunca pensé que podría alcanzar un sueño tan profundo. Como una fuente callada y sin vida. Como el barquito que pierde el timón. Ya estás en Ronda de Leiva, en la hilera de casas baratas, blanquecinas y abigarradas como un gran hueso mordisqueado. Ahí está la vía del tren, aquí es donde querías estar, es tu destino. Como flor del rosal desprendida está dolorida mi pobre ilusión. Chamaquito se da la vuelta en la cama. Por un instante entreabre los ojos, el tiempo suficiente para distinguir una silueta junto al colchón. Hola, hermano, qué bien que has venido. Hace días que no apareces, me tienes descuidado. Cuéntame. Cuéntame cosas del cielo. Bah, mejor no, Chamaco, que lo mismo te ilusionas y te entran ganas de subir. De momento tienes que seguir aquí, ya tendrás tiempo de vivirlo todo, todavía eres un niño. Pero hermano, te veo más gordote, tienes más mofletes. Deberías ver los bollos de leche que hacen allí arriba, no te puedes imaginar, menudo panadero. Como flor del rosal desprendida está dolorida mi pobre ilusión. Vengo a contarte, Chamaco, que tu primo está a punto de darte lo que te prometió. Lo he visto desde el mirador del cielo, caminando solo en la noche, decidido a cumplir su promesa. Ya ha llegado al barrio del Lobo, está junto a la vía, avanzando por la ristra de casas bajas. No sé cómo tiene valor, no sé de dónde saca la sangre fría para acercarse al bordillo y rebuscar entre la hojarasca hasta encontrar una botella de vidrio. Allí mismo, aprovechando el filo del bordillo, rompe la botella y se queda con el gollete en las manos. Tú no has visto a ese perro, Chamaco, tú no te imaginas la pinta de asesino que tiene, los ojos oscuros como pozas, los colmillos blancos como lápidas resquebrajadas. Pero es tu primo, Chamaquín, yo ya no estoy pero tu primo va a cuidarte, una vez me lo dijo, allí en la plazuela, estábamos tomando una cerveza y me lo prometió, nunca va a pasarte nada, Marcelo, pero si alguna vez ocurriese cualquier cosa, da por seguro que cuidaré de tu hermano. Es tu primo y tiene coraje y la

noche lo ha transformado, a ver quién le gana en lo perruno, ahí lo tienes, agazapado junto a la casa del Lobo, todo oscuro y sin quitarle ojo a la mancha negra que permanece quieta en medio del patio. Duerme, como tú, como todos, como la propia noche duerme mientras cose sus pensamientos en los silbidos del viento. Está vieja la noche, está anciana la puñetera noche, mira que ha visto cosas, mira que ha padecido sobre su manto rasguños y golpes y engaños y lágrimas, mira que la escupieron veces, la maldijeron, la mandaron a tomar puñeta, pero ahí sigue, zurciendo palabras en el viento como si hiciera croché bajo una lámpara de tenue luz, incansable, incapaz de detenerse. Ahí viene el primer tren de la mañana, o habría que decir el último de la noche, es el tren perfecto, se lo ha puesto Marcelo, se lo he puesto yo, Chamaco, necesitaba algo de luz y ruido, una ráfaga suficiente para perpetrar su venganza, y ahí la tiene. Qué cosas se pueden hacer desde el cielo, es como ser un pequeño ángel de la guarda. Como un lamento del alma mía son mis suspiros, válgame dios. Fieles testigos de la agonía que va quemando mi corazón. Ahora es cuando la noche cierra los ojos, a pesar de sus años no acaba de acostumbrarse, hombres que matan a otros hombres, hombres que matan a perros, perros que matan a otros perros. Aunque tenga los ojos cerrados, la noche no puede escapar de los sonidos. Primero unos pies trepando por una verja, después unos pasos titubeantes, al momento un ligero gemido, enseguida golpes, el brazo descendiendo con la botella rota sobre el lomo una, dos, tres veces. La noche también siente los golpes como propios, son nuevas heridas para su manto anciano. No va a acostumbrarse nunca al dolor, a la crueldad, a los castigos. Después de soportar terremotos, bombas, genocidios, accidentes de tráfico, después de haber visto a mutilados, enfermos agonizando en hospitales, vagabundos que fallecen a la intemperie, hombres muertos de ataques de risa, después de todo eso la noche todavía siente como el primer día. Ahí lo tienes, es tu invitado de hoy, Lucio, natural de Balseras, hijo de Pedro y de Luisa, primo hermano de Chamaquín, años, diecisiete. Ya tiene un nuevo mérito en su expediente, asesino de perros, puede entrar de madrugada en cualquier domicilio y rajar a sus mascotas, no necesita cuchillo, con una botella rota es suficiente. Anda y empieza a correr, Lucio, corre todo lo rápido que puedas, deja de mirarte la sangre que te

mancha las manos y los brazos y la camiseta y el cuello y corre hacia tu barrio, por Ronda de Leiva hasta El Juncal, desde ahí hacia Kansas City, después San Vicente, La Milagrosa, Medina, Balseras. Regresa cuanto antes al universo de las pestañas cerradas, de los cuerpos cálidos y dormidos como el barbecho al sol, de las horas blandas como las sonrisas de los niños.

En ese universo efímero vive Cucho por unas horas. Como casi siempre que no está su madre, el sueño le ha sorprendido en el sofá. La tele encendida le pinta máscaras parpadeantes en la cara mientras ronca sin saberlo. No se ha desprendido del póster de Tina, que asiste a sus ronquidos con condescendencia publicitaria. Está en uno de esos sueños de los que a uno le gustaría no despertar nunca. Cree que recordará siempre ese sueño, porque es tan plácido que piensa que a partir de entonces se valdrá de él cada vez que necesite asirse a alguna estampa apacible. Sin embargo, basta con que el teléfono comience a sonar en el salón para que todo se desvanezca en un instante, y ya no vuelva jamás a recordar su sueño. Qué puñeta, quién llama a estas horas, la soñolencia le hace estrujar torpemente el cuerpo de Tina al abalanzarse sobre el teléfono. Buenas noches, Cucho, mira, verás, soy la madre de Lucio. A Cucho le cuesta unos instantes ubicar la voz, pero entretanto permanece callado escuchando sus palabras. Perdona que te moleste, mi hijo se ha marchado de casa, tuvo una discusión con el padre, ha salido escopetado hacia la calle, de eso hace dos horas. Después de volver del todo en sí, por fin logra armar algunas palabras, son más bien sonidos, oh, ah, eh, bien. Si va por allí, por favor, házmelo saber, estoy muy nerviosa. De acuerdo, señora, no se preocupe, bien, hasta luego. Al volver al silencio, Cucho se queda con la mirada clavada en el suelo. Tina se ha fracturado la nariz, el ojo izquierdo y el cuello, un pliegue del papel le ha hecho un breve corte sin sangre en el muslo, pero ya Tina no importa. Se puede ir a hacer puñetas, Cucho está ahora pensando en la pelea entre Lucio y el Panceta, no puede quitarse de la cabeza el ensañamiento con que el primero había golpeado al gordo, a qué venía aquello, qué coño se le había pasado por la cabeza, y encima ahora la pelea con su viejo. Son las tres de la mañana, y además ya de lunes, dónde coño está, dónde se habrá metido. Mariconazo, cabrón, comemierda, va a meterse en un lío, va a fastidiarla. Mariconazo,

cabrón, come... y Cucho que no llega a acabar la frase porque el timbre de la puerta retumba en el piso, ring, ring, ring, tres timbrazos secos como tres calambres, ring, ring, otros dos más de propina. Menuda nohecita, Cucho corre hacia el portero y lo descuelga, lo veía venir, es Lucio que viene a dormirla. Va a enterarse, le voy a cantar las cincuenta, este está más colgado que un cuadro. Más idiota que el chiste de un idiota, más perdido que un piojo en una calva, se va a enterar, por mi madre que se entera, todas las amenazas parecen pocas en la boca de Cucho, pero todas se derrumban rápidamente cuando ve aparecer a Lucio por las escaleras, la camiseta empapada de sangre, los ojos llorosos y desencajados, la mano derecha mojada como si la hubiera hundido en un barrizal, entre sus dedos el gollete de una botella rota. Qué, cómo, qué, la mirada de Lucio es como la de un perro apaleado, como la de un cachorro que acabara de enfrentarse a su primera noche sin techo. Qué, cómo, qué, de nada sirven las preguntas, Lucio no quiere dar explicaciones ahora. Ya dentro del piso, mientras conduce a su amigo hacia el salón, Cucho solo acierta a arrancarle un susurro, una letanía débil y moribunda: Por favor, leche caliente, por favor, tengo frío.

Lunes lunero cascabelero. Hay amaneceres que parecen de cemento. Este podría ser de hormigón. Por encima de los tejados de Balseras, el cielo parece estar haciendo malabarismos con el sol y las nubes. Por un instante, una nube oscura emborrona las azoteas hasta invertir el orden de las horas y transformar la mañana en medianoche. De repente, un rayo de sol parte en dos la nube oscura y acaricia las coronillas de los transeúntes adormilados. Parece que el cielo está bromista esta mañana. Desde luego hay que tener ganas, siendo lunes. Es como si los lunes el cuerpo pesara más, como si uno llevara una hormigonera colgada de las pestañas. Claro que en esto, como en todo, hay excepciones.

Chamaco lleva ya un rato despierto. Recuerda a la perfección su último sueño. Tuvo muy cerca a su hermano Marcelo, estaba ahí mismo, junto a su cama. Incluso puede recordar su olor, desde luego no era el perfume que solía usar cuando vivía, pero era un perfume agradable. No cabe duda de que allí arriba lo cuidan. Su hermano se marchó de repente, sin despedirse ni nada, desapareció de súbito como una pompa de jabón. Chamaco siguió durmiendo

hasta que poco después abrió los ojos. Desde entonces los mantiene abiertos, mirando hacia el techo y repasando la conversación con su hermano. Marcelo no va a mentirle a estas alturas, no gana nada engañándolo, ya está muerto y no tiene nada que perder, si él dijo que su primo Lucio estaba cumpliendo su promesa es porque sería verdad. Por eso cuando suena el despertador Chamaquito salta como si acabaran de encenderle un interruptor en la espalda, menuda vitalidad la del niño, con qué fruición se lava la cara y se cepilla los dientes, con qué entusiasmo se arroja sobre la camiseta y los pantalones, desde luego no cabe ninguna duda, hoy ha amanecido feliz. Tiene que llegar pronto al colegio para ver a su primo, que le explique dónde anduvo esta noche. En cuanto lo vea le dirá primo, lo sé todo, cuéntamelo con detalle. Al llegar a la cocina, Chamaco se encuentra con su abuela. Está sentada en su silla de siempre, lleva varias horas ahí, aguardando la mañana como quien espera un tren que nunca toma. Hace años que la vejez la enemistó con el sueño, por eso se resigna cada madrugada a permanecer en la cocina escuchando la radio. Sin embargo, se mantiene quieta, inmóvil, como si durmiera con los ojos abiertos. Parece que necesite de la luz del día para comenzar a moverse, hasta que el sol no pellizca el ventanal la vieja no mueve ni un músculo, se limita a dar a Chamaco las órdenes de siempre. Chamaco, péinate, Chamaco, saca al perro, menuda vieja loca, se morirá sin saber que ya lleva años siendo un fiambre. Chamaco, métete la camisa, sí, abuela, es en esos instantes cuando se produce el milagro, la lengua de sol asomándose a la ventana, es como un resorte, la vieja se levanta decidida, parece que llevara horas moviéndose, y comienza a trajinar entre la vajilla, término el vaso de leche, coge galletas, la camisa, Chamaco. Sí, abuela, vale, abuela, enseguida Chamaco desaparece de la cocina, entre la lucha de los platos y las cacerolas, por encima del locutor que anuncia huracanes en el Pacífico, la vieja sigue repitiendo Chamaco, el perro, Chamaco, el perro. Pero Chamaco ya corre hacia la calle, baja las escaleras y es como si hubieran soltado a un caballo, al llegar al portal no le apena comprobar que otra vez el cielo se ha encapotado. No hay lluvia ni truenos ni temporal que le frene, sabe que esta mañana encontrará un tesoro.

Lunes lunero cascabelero. Qué bien se lo está pasando el cielo. Ahora

vuelve a retirar las nubes oscuras, otra vez juega a enseñar el sol, como si se levantara levemente la falda, como si faroleara con un póquer mostrando solo un comodín. Desde luego, la estampa del sol es más bonita. El cielo es travieso pero lo sabe, tiene buen gusto, por eso no va a estropear la postal más cruda de la mañana, la más cruda y la más hermosa. Es esa que está a punto de verse más allá de La Milagrosa, en Ronda de Leiva, frente a la vía del tren. Valiente poeta el cielo, sabe cómo crear ambiente, ha ido a empotrar un rayo de sol contra el bicharraco desangrado en el patio, ahora está hurgándole con la luz en las heridas. Es un poco sádico, de eso no cabe duda, a ver a qué viene poner la mañana tan luminosa cuando lleva un rato sin parar de endiñarle nubes. Ahí viene la postal, el Lobo que abre la puerta, el Lobo que llama al perro y el perro que no responde, el Lobo que se asoma a la escalinata para ver lo que el sol está iluminando, el perro muerto, el perro con más hendiduras que un ladrillo viejo, el perro del Lobo, que se lo han cargado, muerto, y ahora el momento estelar, el culmen de la postal, le está saliendo preciosa al cielo, el Lobo reclinado sobre el cuerpo del perro, el Lobo zarandeando el amasijo de huesos y carne, el Lobo arrojando el perro al suelo y gritando, y ahora ya sí, ahora ya una nubecita oscura, una nube siniestra para acompañar al sentimiento, a este cielo de hoy hay que darle un premio, hay que sacarlo a hombros, hay que gritarle poeta, poeta. Claro que todo el mérito no es del cielo, también el Lobo pone su granito, es como un semental furioso, un toro de lidia con la piel negra y dura, menudo ejemplar, qué hermosura la de ese toro atrapado en el patio, dispuesto a salir a la calle a embestir a los coches, las farolas, los vendedores de cupones. Desde luego la contribución del Lobo es indudable, ahora que grita a los pies del perro, ahora que las casas baratas parecen desplomarse bajo su aliento, ahora que arruga el rostro como si se estrujara el cerebro, es ahora cuando logra la estampa más bonita de la mañana. Pero el cielo puede estar tranquilo, la mañana está en gracia, ese toro bronco y badanudo que se revuelve en el patio va a regalarle muy pronto otra oportunidad de exhibirse.

Nuevamente el sol. Nuevamente un hilillo amarillo, como el orín de un ángel, precipitándose sobre las ventanas y los balcones. La sirena del Goya ha desplegado su cántico metálico sobre Medina, los más impuntuales han

apretado el paso, hoy es lunes y no es cuestión de empezar mal la semana. Lo primero que ha hecho Chamaquito al llegar al colegio es acercarse a la clase de su primo. Estaba seguro de que no iba a encontrarlo, se hubiera sorprendido enormemente al verlo tan temprano, pero de todas formas hizo el intento. Por supuesto que no estaba, a aquellas horas Lucio todavía dormía, en la penumbra del salón de Cucho roncaba a pierna suelta, a su izquierda el gollete ensangrentado como una mascota, a su derecha el rostro arrugado de Tina. En esa posición estaba cuando llegó la madre de Cucho, ni se enteró del forcejeo de la cerradura, directamente abrió los ojos y se encontró la silueta de la vieja con los brazos en jarra. Buenos días, señora, fue lo único que se le ocurrió, buenos días, Lucio, respondió la madre, qué hacéis que no estáis en clase. Ya, ya nos íbamos, tampoco se le ocurrió otra contestación, enseguida se vio asaltado por un tropel de ruido, persianas abriéndose, cortinas temblorosas, frío. La madre de Cucho desapareció por el pasillo gritando venga arriba, ya vais tarde, para clase. No había tenido tiempo de despertarse y Cucho ya se había lavado la cara y vestido. Cómo estás, cómo te encuentras, Lucio. Bien, bueno, tú sabes, Lucio se puso en pie y solo entonces se percató del gollete. Vaya trofeo, comentó, examinándolo con detenimiento como si fuera una piedra extraña. Espero que no hayas abusado de ella, Cucho acababa de tomar a Tina entre los brazos, te la dejé para que te diera calor, anoche estabas muy tocado. Ya, comentó Lucio desapareciendo por el pasillo hacia el cuarto de baño. De repente, mientras orinaba, se le vinieron encima, como si un barreño de agua hirviendo se le precipitara sobre la cabeza, todos los recuerdos de la noche anterior. Lo que más le quemó no fue el desplante de la Viruta, ni la paliza de su viejo, ni siquiera los ojos del perro del Lobo mientras le rajaba la tripa. Lo que más le ardió en el pecho fue la paliza a su amigo Panceta.

Panceta, Pancetón, almacén de tocinos, depósito de calorías, ahí está, durmiendo plácidamente, las persianas bajadas y la habitación a oscuras, sin importarle que esté soleado o que esté nublado o que truene o ventee o llegue el diluvio universal, bien tapadito para no coger frío, rumiando su penúltimo sueño como si máscara paloduz. Panceta, Pancetón, se acostó borracho y desconcertado, no llegó a sentir rabia contra su amigo porque solo le cupo la



sorpresa, después del sueño, en el mismo sueño ya, se ha olvidado de la paliza, en cuanto se levante va a perdonar a su amigo, bah, una salida de tono, un resbalón sin importancia, a todos nos pasa. De repente se le acaba el sueño, su madre está irrumpiendo en la habitación, ahora mismo está levantando las persianas, venga arriba, gandul, ya está bien de dormir. Vaya olor, qué peste, parece un establo, joder, mamá, baja eso, estoy durmiendo. Se acabó lo que se daba, punto y final al sueño, el Panceta vuelve a la realidad, al incorporarse siente dolor en el costado izquierdo, pero bueno, lo dicho, una salida de tono, a todos nos pasa. Enseguida desaparece en el interior del cuarto de baño, enciende la ducha y su voz de tenor marciano barrunta en el patio ciego como un calambre histérico.

De nuevo la oscuridad. Otra vez el día haciéndose noche. El Lobo ha dejado de gritar y ahora permanece sentado en la escalinata, pensando. Va a hacer algo. Al Lobo no lo chulea nadie. Al Lobo no hay un dios que se la juegue así. El animal está despatarrado en el patio. Si se imagina que el perro está dormido, la imagen no parece tan triste. Claro está que la sangre delata. A su espalda, por la puerta abierta, se escucha el ruido insistente del teléfono. Están llamando, pero el Lobo no va a cogerlo. Ahora tiene que actuar. Tiene que hacer algo.

Es la Viruta. En el cambio de clase ha bajado hasta el bar y ahora espera con el teléfono en la oreja. Es muy raro, el Lobo suele estar a esa hora en casa. Ayer no lo vio. En el fondo, la Viruta tiene miedo. Miedo de que la abandone. Lleva algunos días un poco distante con ella. Por lo general, no suele ser muy cariñoso, pero últimamente todavía lo es menos. Pobre Viruta. Está enamorada hasta el espinazo de un hijoputa revientaperros. Pero ahora se la han devuelto. El acuse de recibo. Quién iba a decírselo al Lobo, el más chulo de Balseras y de Medina y de Polavieja y de Ronda de Leiva y del universo entero. Allí lo tienes, cabizbajo, restregándose las manos, incapaz de saber qué hacer con ellas. Pero va a hacer algo. Tiene que hacer algo.

Eh, shh, oye. Parece que no te lo cogen, verdad. La Viruta se da la vuelta. Se encuentra con Cucho y con Lucio, que es el que le pregunta. Acaban de llegar al instituto. Lucio tiene la cara algo hinchada, como si hubiera llorado. Eh, ah, hola. Huele bien, huele superlativo, no se puede oler mejor que esta

puñetera Viruta. La Viruta sonríe, pero es una sonrisa gélida, fría, aséptica. Así podría sonreír la dependienta del supermercado o el repartidor de pizzas o cualquier recepcionista. Bueno, la Viruta deja el teléfono, cómo acabasteis. Ahora es Cucho quien responde, bah, tú sabes, borrachos. Lucio intenta hacerse el simpático, y qué, te cascaron en casa o no. Ya no tiene justificación, ahora no está borracho, es un comentario estúpido sin más. Demasiado condescendiente se muestra la Viruta, que encima le regala un puñado de dientes blancos. Pero a Lucio ya le da igual estropearlo. Le viene pequeña la Viruta y le viene pequeño el instituto y le viene pequeño el mundo. Con la mano izquierda en el interior de la chaqueta, acaricia el gollete y sonríe. Ha encontrado su mascota perfecta.

El Panceta acaba de echarse a la calle. Primero tiene que cumplir con la vieja: media docena de huevos, una coliflor, un kilo de tomates colorados, hierbabuena. Por lo menos saca tajada para comprar tabaco, y ya de camino se pasa por los chapolos y echa dos monedas a los rallys. Desde luego, ayer bebió demasiado. Al bajar las escaleras siente como si el cerebro se agitate dentro de su cráneo. Lo primero que hace al pisar la calle es escupir sobre la acera y maldecir. Mierda de tiempo. Tiene la boca seca, y ha olvidado cepillarse los dientes. En cuanto llegue al súper se pilla una Coca-Cola.

Lo que faltaba para su resaca: el súper está de bote en bote. Normal: son las once y diez de la mañana. La hora de las marujas. Mejor quitarse de en medio un rato y volver más tarde. A las diez abre el Bermúdez. No pasa nada por invertir el orden de las obligaciones. Primero, las dos partidas obligadas a la máquina de rallys. Después, las compras. Por un instante piensa en acercarse al Goya para buscar a sus amigos. Va sobrado de grifa y a lo mejor les hace un pito. Pero rápidamente rectifica: no quiere ponérselo tan fácil a su amigo Lucio. Dios dijo hermanos, pero no imbéciles.

Así que hacia los chapolos se dirige el Panceta. Con sus zancadas va intentando doblegar la resaca, pero con lo que no puede es con el sol, que acaba de asomarse otra vez entre las nubes. A ver si el cielo vuelve a ponerse oscuro y se queda así quietecito un buen rato. Atraviesa la plazoleta y llega hasta Medina. En la entrada de los chapolos, muy cerca de la puerta, conversando con un par de jóvenes, se encuentra con el Mudarra. Otra vez el

puto maricón intentando levantarse a algún niño. El Panceta hincha el pecho y se pone gallito. El bujarra está pavoneándose con los dos chavales. El mantecón no los conoce, y eso es malo. Eso quiere decir carne nueva y fácil para el bujarrón. Por un instante, el marica se da la vuelta y entonces descubre al Panceta. Rápidamente se echa a un lado. Todavía tiene arañazos en la cara y el ojo izquierdo morado. Deja de hablar con los dos chavales y se encoge ligeramente, como si estuviera protegiéndose de un golpe. Aunque es complicado, el Panceta se pone más gordo aún. Lo mira sonriente y sigue adelante. Tened cuidado, chavales, advierte a los dos jóvenes, por nada que os descuidéis os la anda chupando. Pobre Mudarra. Pobre bujarrilla, humillado únicamente por su afición a los hombres y a las pieles de leche. Cuando el Mudarra intenta reanudar la conversación con los dos chavales, estos ya están aligerando el paso camino de la plaza. Desconfían de él, pero él no iba a hacer nada, qué problema hay en divertirse charlando con un par de niños. Pobrecito maricón, pobre criatura del cielo pateada y pisoteada y escupida y vomitada y manchada cada día, pobre despojo humano que no llega ni a hombre, hazmerreír de Balseras, chupapollas, tragapingas, bujarra. Ese puto gordo, ese cochino seboso va a enterarse un día de quién es el Mudarra. Sabrá que él también sabe hacer daño, que sabe hacer otras cosas que no son amar ni acariciar ni decir cosas bonitas a los niños. Ese cerdo de manteca va a enterarse cualquier día, va a enterarse muy pronto, antes de que acabe la mañana va a enterarse.

Por la esquina de Soto, junto al vertedero, muy cerca del canalón, viene caminando el Lobo. Lleva la camiseta manchada de sangre y los ojos tapados por unas gafas oscuras. Ha dejado la moto en el garaje, al igual que el cuerpo de su perro muerto. Desde luego, es guapo este Lobo. Incluso así, lleno de rabia, el rostro arrugado y las mandíbulas apretadas, está bonito. Si fuera por el Mudarra, le echaría hasta flores en el suelo. Se lo comería entero, con sus vaqueros puestos y todo. El Mudarra no puede evitar ponerse coqueta cuando lo ve venir. Ciertamente, el maricón nunca lo había visto tan serio. El Mudarra está apoyado en una columna, menos mal, casi se cae del gusto cuando el Lobo se dirige a él. Qué pasa, locaza. Hola, guapetón. Qué te ha pasado en el pecho. Parece que te has despachurrado un clavel rojo. Si

quieres, te vienes a mi casa y te lavo la camiseta. Mira, bujarrón, esta noche me han matado al perro. Han entrado en casa y me lo han rajado. Dime lo que sepas, porque el que lo ha hecho no acaba el día vivo. Qué pena, lo siento, Lobo, con lo bonito y fuerte que era. Pero yo no sé nada, Lobo. Te lo juro. Si me entero de algo, voy y te lo digo, pero quizá todavía sea algo pronto para los rumores. El Lobo no esperó a que el bujarra terminara de hablar. Siguió caminando hacia Medina sin prestar atención a las últimas palabras del maricón. Bueno, gritó, cuando el Lobo ya doblaba la esquina, ya te limpiaré la camiseta otro día.

El Mudarra permaneció durante algunos minutos más apoyado en la columna. Después, como de costumbre, cruzó la calle y entró nuevamente en los chapolos. Bermúdez limpiaba con desgana el mostrador metálico. Muy cerca de él, un par de jóvenes compartían una partida en una máquina de marcianos. Al otro lado de los chapolos, solo y excitado, el manteca daba furiosos volantazos a la máquina de rallys. Por un instante, el maricón lo observó. De repente, el asco y el desprecio que profesaba hacia el gordo se transformaron en ternura. En una ternura entreverada con un sentimiento oscuro, impúdico, casi lascivo, de superioridad. Lo tenía. Podía hacer con él lo que quisiera. Era suyo.

El Mudarra corrió hacia la calle. Movía la cintura como una mujercita decorosa y engreída, con las manos abiertas y el culo hacia fuera. Cruzó la calle y dobló la esquina. Lo tenía, y no iba a perdonarle. Ya no quería más ternura. El gordo iba a pagarla. Aunque no hubiera sido él, pero lo sabía todo y quién mejor que él para pasar por caja.

Otra vez se pone el cielo oscuro. Otra vez todo es noche y tristeza y el Lobo camina circunspecto sin rumbo a la caza de la presa. Pero no tiene que correr más, porque va a encontrarla muy pronto. El cielo va a volver a hacer poesía en unos minutos. Le saldrá un cuadro redondo, enorme, una obra de arte sublime. Menudo trágico, este cielo, y también menudo comediente, muchos pagarían por ver al Mudarra corriendo como una loca desesperada por en medio de Polavieja y gritando Lobo, ya lo tengo, Lobo, ya sé quién fue.

Por fin ha habido armisticio. Una noche entera en paradero desconocido ha relajado la determinación del padre. Al fin y al cabo es su hijo, no tiene más alternativa que perdonarle. Después de una noche sin dormir, la llegada del día es como una pomada a la que hay que entregarse sin rebeliones, resignados. Tuvo que ser el padre quien fuera a la búsqueda del hijo. Le desagradó enfrentarse a la ironía de que, después de tantos días sin aparecer por clase, su hijo decidiera justamente ese día cumplir con el horario escolar. No quiso profundizar en ello, ni buscó ningún enfrentamiento con Lucio. Adoptó la actitud del silencio y la parquedad. Simplemente se dejó caer por el Goya durante el recreo. Se lo encontró en el pasillo. Lucio, vámonos a casa, estarás cansado, fue lo único que salió de su boca. Quizá por la sorpresa de verlo aparecer, o más bien por la sorpresa de aquellas palabras tan neutras, Lucio no opuso resistencia. Después hablamos, le dijo a Cucho, siguiendo al padre hacia la puerta.

En su casa, la madre le recibió con sequedad, aunque con sus ojos le dio un fuerte abrazo. Lo primero que hizo la vieja fue plantarle un bistec con

patatas, que el niño devoró, sorprendiéndose a sí mismo por su apetito. La madre esperó a que el padre se marchara a la ferretería y Lucio terminara de comer para abordar el interrogatorio. Dónde estuviste, le preguntó. Nada, en ningún sitio, respondió Lucio. Por favor, dime qué hiciste, insistió ella. Tú sabes, respondió el hijo, por ahí. Iba a preguntar por tercera vez, pero el niño desapareció por el pasillo. La madre se consoló con que al menos había dejado de dolerle el vientre.

Al poco de tumbarse en la cama, con las persianas levantadas y las cortinas abiertas, Lucio se quedó completamente dormido. Durmió profundamente, y soñó. La moto de su sueño era de mucha cilindrada, por supuesto mayor que la del Lobo. Era plateada entera, y muy brillante. Tanto que en lugar de metal parecía estar construida con espejos. Al montarse en la moto y mirar hacia el depósito, impresionaba cómo se le reflejaba el rostro en el vientre metálico. El casco también era plateado, a juego, aunque en su viaje no lo llevaba. No recordaba haber tenido nunca un garaje, pero el hecho es que aquel donde dormía la moto le pertenecía. Salió con la moto del garaje y sin casco. El día brillaba como una sábana blanca oreándose en una azotea. Al salir a la calle, un grupo de chavales del barrio que jugaba a la pelota se quedó mirándole boquiabierto. Buscó entre los niños a Chamaco, pero no lo vio. Aceleró ante las miradas atónitas de los chicos. Recorrió la plazuela y en el banco se encontró con sus amigos. Allí estaba también Marcelo, que se fabricaba un dos papeles. Lucio saludó a su primo con mucha naturalidad. Qué pasa, Marcelo. Aquí estamos, Lucio. Dónde vas. Voy a recoger a la Viruta. En ese momento, ya sin intervalo, Lucio se vio junto al portal de la Viruta. Ella bajaba por las escaleras, con su pelo agitándose como en un anuncio de champú. Hola, Viruta. Aquí estoy, como quedamos, para llevarte a dar un paseo. Con la Viruta agarrada a su cintura, sintiendo muy cerca su perfume de cascada, la moto plateada parecía estar volando. De repente, el suelo no existía bajo sus pies. Por un instante, la idea de no pisar el firme le aterró. Pero la Viruta a su espalda, leyéndole el pensamiento, intentó tranquilizarlo. No te preocupes, le susurró. Volamos porque yo estoy cantando. Y cuando yo canto, siempre volamos. Y era cierto: aguzando el oído, por debajo del estruendo del motor, podía escucharse el débil canturreo

de la Viruta.

La madre aporreó la puerta. Al entrar en la habitación descubrió las cortinas agitándose violentas, como un pañuelo gigante despidiéndose de un barco a pie de puerto. Ya había atardecido, y la alternancia de nubes había dado paso, en el cielo, a un medallón sangrante. La madre zarandó suavemente el cuerpo del hijo. Lucio, despierta. Lucio, teléfono.

Tomar el teléfono fue como abrir una castaña podrida. Desde el otro lado de la línea, la voz de Cucho temblaba al darle la noticia. Por la mañana, a eso de las doce y cuarto, habían rajado al Panceta a la puerta de los chapolos. Le habían endiñado al menos trece navajazos. Está en la UVI, muy grave, por lo visto tiene afectados órganos importantes. El teléfono se le llenó de gusanos, la cabeza se le atiborró de clavos, cómo, qué, cómo. Había sido el Lobo, se fue directamente para el Panceta, acababa de jugar a la máquina de los rallys, iba al súper a hacer un recado. Cómo, qué, cómo, yo voy para el hospital, si quieres allí nos vemos, hasta ahora, la voz de Cucho se perdió en el auricular como un charco de ponzoña en un husillo.

Lucio empezó a temblar. Ahora tenía más frío incluso que durante la madrugada a la intemperie. Ahora no había leche caliente que pudiera calmar su frío. El Panceta. El gordo mantecón rajado como el perro del Lobo. El gordo grasiento agujereado como una colmena de avispas. No. Al Panceta, no.

Qué ha pasado, hijo, qué por qué tiemblas así, dime por favor, qué ha ocurrido. Lucio entró en su habitación. Se colocó los vaqueros y una camisa. Previamente, cerró la puerta para evitar las preguntas nerviosas de su madre. Sentado sobre la cama, esperó. Intentó respirar, mirando hacia el suelo. El medallón de sangre se derretía entre los bloques de Balseras. Escuchó que su madre rebuscaba en la cocina. Salió rápido y se dirigió al despacho del padre. Sin ningún tipo de delicadeza, sin encender la luz siquiera, abrió el último cajón de la mesa. Destripó la caja de habanos y tomó la pistola. Una caricia eléctrica le recorrió el espinazo, y por un momento pareció como si saliera fuera de su cuerpo y pudiera observarse a sí mismo desde arriba. Le temblaban las piernas.

Caminó por el pasillo. Su madre le abordó en la salita. Dónde vas, por

favor, dime qué ha pasado. No quiso mirar a la madre. Echó todo el peso de su cuerpo hacia delante para evitar que lo retuviera. Logró abrir la puerta del piso y se deslizó escaleras abajo.

El pobre gordo. El pobre manteca apuñalado trece veces bajo el cielo negro y lluvioso. La sangre abandonándole a borbotones, como si quisiera huir cobarde de su cuerpo. El cuerpo rendido sobre el asfalto, juguete destartado, trapo viejo, bolsa inmunda sin aliento.

Al otro lado de la plazoleta, en los bloques de pisos que dan para Medina, la abuela de Chamaquito está asomada a la ventana de la cocina. Está tendiendo calcetines, con el sonido de la radio de fondo. Chamaquito anda en la calle, jugando con sus amigos. Llegó del colegio y lo primero que hizo fue llamar a su primo. La madre le respondió que estaba durmiendo, al parecer había pasado toda la noche fuera. Después se bajó a la calle; más tarde se pasaría por su casa. Desde la ventana de la cocina, la vieja podría ver a su nieto. Podría verlo pero no puede: tiene la vista tan degenerada que solo alcanza a ver manchas. Todas son iguales. Son como chuchos, perros corriendo de un lado a otro, revolviéndose y separándose una y otra vez, insignificantes. En realidad, este puñetero barrio es como una gran perrera. Aquella mancha que camina decidida con una pistola en el bolsillo trasero vale lo mismo que esa que esta mañana rajaba a otra junto a los chapolos. Ningún perro vuela en la perrera, no son pájaros ni moscas que puedan abandonar la jaula porque todos valen lo mismo: el mordisco que los mata.

La radio anuncia la llegada de un frente frío por el este que podría dejar chubascos en capas altas de la atmósfera. La abuela de Chamaco cabecea con una pinza de tender la ropa en la boca. Desde luego, hace un tiempo de perros.



Carnaza

*Love is.  
Wait a minute.  
Love is.  
Walkin' together.  
Talkin' together.  
Say it again.  
Say it together.  
Mmmm.*

*Al Green, Love and Happiness*

Esta historia comienza con una mano, con un pedazo blancuzco de carne amputada, un choco cartilaginoso y buaj, qué asco, eso es lo que mueve esta historia, pero antes hay un corredor de fondo, un par de piernas embutidas en unos pantalones de nailon blanco que se mueven como tijeras, zigzag, zigzag. Lo primero que se ve son esas dos piernas rebañando aceleradas el paseo del río, al otro lado de las casas baratas y de la vía del tren, pasada la Ronda de Leiva, el corredor mantiene un buen ritmo, sabemos que lleva media hora haciendo ejercicio y que abandonó su casa con un portazo, discutió con su mujer porque a ella empieza a importunarle ese hábito nocturno que le quita horas a la convivencia. Zigzag, zigzag y ahora le vemos el rostro, va empapado de sudor, como si hubiera hundido la cabeza en el agua del río. El río, eso es otra cosa que se ve desde el primer instante, detrás del cuerpo del corredor, una lámina de agua sucia a la que el sol agonizante arranca estampas embusteras, se ve bonito, así, con la yema podrida mojándole la piel, se puede pensar en una serpiente de fuego, en un raro anfibio transparente al que se le distinguen en su interior los racimos de venas. El

corredor no piensa en eso, en los auriculares va escuchando a Al Green, es una canción lenta pero él la masacra con sus rápidas zancadas, en verdad va enojado porque recuerda el portazo, y antes de eso la conversación con su esposa, y antes de eso el momento en que se desata la corbata frente al espejo y recuerda a su jefe, el cabrón de Blanes. Ahora está sentado en la reunión de las doce, la pizarra blanca garabateada de líneas y nombres con tachaduras, aumento ventas, contención gasto, subir proporcional stop ahora. Una flecha que sube, una equis amorfa y delante su jefe, con su estridente corbata de rayas, la que le recuerda al toldo del supermercado del barrio, con la odiosa verruga marrón colgada del lóbulo de su oreja izquierda, tan parecida a los pegotes de plastilina que Marquitos va derrochando generosamente por todo el pasillo. Pobre Marquitos, vaya días de fiebre y de mocos y de mamá me duele la garganta. El cabrón de Blanes, con la salivilla blanca y espesa manchándole las comisuras, con su aspecto de cerdo puesto en limpio, me llama Montero, así, por mi apellido, Montero, esto no puede continuar, las ventas en su zona han vuelto a bajar por tercer mes consecutivo, si sigue así habrá que pensar en renegociar su porcentaje de comisión. Stop, subir, contención gasto, la corbata y Al Green en el auricular, y las piernas masacrando los adoquines, quisiera tener aceros en lugar de huesos, quisiera que el cielo fuese duro para poder golpearlo, y encima su mujer, acotando el terreno, clausurando las ventanas de su miserable tiempo libre. Que te den, ahí te quedas, portazo, el corredor vuelve a recordar pero no quiere, por eso acelera el paso, la lengua de sangre del río que se va oscureciendo, una lengua manchada de alquitrán, la radiografía de un busto canceroso, la yema podrida del sol ya cuajada sobre el cielo y las farolas de El Juncal que se asoman tenues a la noche incipiente. Al Green sabe cantar, está viejo y ya apenas actúa, se volvió un mesías infame, un telepredicador de segunda pero todavía sigue siendo el mejor con la garganta, cuando no le da por hablar del Nuevo Advenimiento y del Apocalipsis y de la Redención de las Almas. El corredor de fondo ha llegado a la parte no urbanizada de la ribera, la que todavía no conoce planes generales de ordenación urbana, más allá de Balseras y de Medina y de la Ronda de Leiva, es la zona en la que el adoquín se transforma en albero, barro y jaramagos. A él le gusta correr por aquí,

tiene el aliciente de lo salvaje, además de vez en cuando distingue en el interior de los coches estacionados algunas siluetas entreveradas, eso le hace pensar en sexo, no se distingue demasiado pero el solo pensamiento de acercarse a parejas que fornican le excita mucho. Demasiado tiempo sin follarse, demasiado tiempo sin sentir otra carne desnuda, necesita desfogarse, cansarse, pero no así, sino sobre otro cuerpo, al contacto con otra piel, con el roce de otra carne. Sin embargo Marquitos cansa, despulga las ganas, Marquitos es un resorte desvencijado y aburrido, el que cada noche mueve a su esposa al no tengo ganas, al me duele la cabeza, al mañana mejor, cariño. Cariño, portazo, corbata, pizarra y el corredor de fondo que atraviesa el túnel sobre el que discurre la vía del tren, el río ya no es más que una balsa de alpechín sucio, una repetición de la noche ensuciada por tenues esquirlas. Las esquirlas vienen de la luna, se desprenden de ella como las virutas de un hierro incandescente, es una luna fea, ni muy gorda ni muy enclenque, aunque el corredor no mira a la luna, solo atiende al redoble de sus piernas y a los últimos gorjeos de un Al Green que expira en el iPod.

Aquí es donde entra la mano, aquí es donde viene lo de la anémona cartilaginosa, está nada más salir del túnel, entre las franjas de pavimento que ilumina la luna, muy cerca de un puñado ralo de jaramagos. El corredor de fondo sale del túnel y va mirando al suelo, distingue una lata de Coca-Cola oxidada, también hay un par de servilletas sucias, y después está el trozo de carne. Esa es la disposición a la que se enfrenta la mirada, Coca-Cola, servilletas y mano, así es como sucede, el corredor casi no tiene tiempo de tomar conciencia de la secuencia, ha rebasado el accidente y solo después de varias zancadas detiene su carrera. Al Green se ha callado y los latidos de su corazón percuten sus sienes como tambores de una película de indios, ese sonido le impide escuchar el rumor de los automóviles recorriendo la autovía, es como el sonido del mar luchando contra un rompeolas, lejano, vago, impreciso. Mira que está fea la luna, mira que tiene pocas ganas de estar ahí arriba, iluminando el rostro despavorido del corredor, arrojando luz sobre el trozo de carne pálida y viscosa, una mano arrancada de cuajo, una mano con sus cinco dedos, con sus nudillos y sus uñas y algunos lunares, una mano real de mujer, que alguna vez estuvo unida a un brazo pero que ahora parece un

choco crudo, buaj, qué asco.

Lo siguiente que se ve es al corredor entrando en su hogar, ya se le ha secado el sudor pero supura un ácido olor a perro muerto. Le sale Marquitos al encuentro, grita papá y extiende los brazos, papá entonces se reclina y le da un beso en la cara. Sin mucho entusiasmo, papá ha tenido la ocurrencia de traerse la mano a casa, la que puede liarse si se entera su mujer. Ella está en la cocina, Marquitos tendrá de cena tortilla francesa con jamón, patatas fritas de paquete y yogur a los postres. Para ellos no hay previsto nada, no ha querido ni pensarlo, aún no se le ha pasado el enfado, cuando se acueste el niño tendremos que hablarlo. Papá dice hola en dirección a la cocina, pero solo le responde el chistido vocinglero de la tortilla friéndose en la sartén y una voz de niño que se siente feliz con Helvetia Seguros. Está en la tele, hay un fundido en negro y ahora un viejo que baila, Marquitos ha vuelto al sillón, su regreso es como un aterrizaje forzoso, a ver si aprendes a sentarte en lugar de tirarte, Marcos, esto no es un pajar. Papá se dirige a su despacho, no le molesta el mutismo de su esposa porque va obsesionado con lo que lleva en el bolsillo. Está muy cerca de su piel, separado tan solo por la camiseta y la

funda del bolsillo interior de la chaqueta deportiva, recubierto por un par de clínex con aroma de menta. Odia esos clínex, no sabe por qué los compra su mujer, es un olor insoportable que te hace moquear todavía más. No entiendo qué tiene contra el clínex inodoro, el de toda la vida, para qué narices debe oler a algo si solo sirve para lo que sirve. Qué porquería, ahora todo el despacho huele a dentífrico, antes de desenvolver el regalo ha echado el pestillo a la puerta y parece que estuviera a punto de abrir un cofre que escondiera un tesoro. John Silver, Barbanegra, Francis Drake, está en la bodega de un barco pirata, el flexo escupe su luz de leche sobre la mesa, en ella nada una lánguida procesión de partículas de polvo, la mano le tiembla, la suya, la otra permanece quieta bajo el papel mentolado, adherido a la piel como el envoltorio de una magdalena. De repente bandidos, alguien que viene a robarle, sonido de cañones y espadas, es el niño golpeando la puerta, papá, vente, papá, ven al salón. No llega a descubrir el pedazo de carne, lo agarra y lo esconde en el armario bajo llave, en el mismo armario donde guarda todo el papeleo importante, junto a la alcancía que le regaló Marquitos para que ahorrara, tienes que ahorrar, papá, así iremos de vacaciones a Eurodisney. Dicen que hay un castillo igualito que el de la Bella y la Bestia, y el ratón Mickey mide por lo menos dos metros, puedes hacerte fotos con Peter Pan. Papá, sal, papá, vente al salón, mamá escucha al niño mientras escurre la tortilla con la espumadera, una y otra vez se recrea en las palabras que le escupió su marido antes de dar el portazo, que te den, ahí te quedas. Qué diría Paulo Coelho de la frasecita, qué pensaría, qué pomada cabe aplicar para evitar los sarpullidos de tanta incomprensión, de tanta aspereza, mamá se cuida poco, de dos años para acá ha venido amustiándose, Marquitos lo abarca todo, la lágrima, el músculo, la saliva, pero papá debe saber, aunque ella no se lo diga, que en sus oquedades de cariño también hay sitio para él. Aunque ahora desde luego no haya sino rabia, deseo de estrujar papeles impolutos, ansias de patear superficies lisas y pulidas, buscando el guiñapo, la abolladura, la arruga. El pestillo de papá se descorre y detrás aparecen los dos ojos, dos platos titilantes de vino, observándolo, reclamando su atención, pero Marcos, tengo que ducharme, la tortilla cae sobre el plato como un cuerpo lánguido, como un flotador desinflado, tengo que lavarme, estoy muy



sucio. Marquitos quiere jugar con papá, quiere que le haga cosquillas detrás de la oreja, desplegar su cuerpo sobre las rodillas de papi y entregarle su cuello para que él resople sobre la carne y se tire pedos con la boca y Marquitos se ría hasta romperse y papi siga haciéndole cosquillas hasta que casi se caiga al suelo. Pero papi no está de humor, ahora se ha encerrado en el cuarto de baño, está abriendo el grifo de agua caliente, se desnuda y busca la caricia abrasadora de la ducha. Le gusta que la corriente sea furiosa, que todo el baño se inunde de vaho y del ruido del grifo expulsando agua como un vómito incontenible, iracundo, ayuda al aislamiento, eso le permite imaginar que en realidad no está allí, que se encuentra muy lejos de Balseras, de su casa, de Marquitos, de su esposa, de la hipoteca del piso de la playa, de las letras del 4×4, del cabrón de Blanes y sus objetivos trimestrales incumplidos, del frío de la mañana, cuando posa un pie en el suelo y un latigazo gélido le trepa por la pierna hasta rozarle el escroto como un cristal afilado, de la mirada entre despectiva y aburrida de la quiosquera que cada mañana le extiende el *Expansión* en cuya portada él siempre se detiene mecánicamente, echando un vistazo a los titulares, sin intentar entenderlos, sin comprender el sentido que tiene cada palabra, sino simplemente cumpliendo con un acto ritual necesario para hacer rodar la mañana de forma fluida con toda su secuencia completa de convenciones cotidianas: sacar el coche del garaje, detenerse en la cafetería de la avenida Kansas City, llegar diez minutos antes de las ocho al despacho, revisar los movimientos de la tarde, iniciar el seguimiento de la ruta de todo su equipo. Allí está, se le ve solo un instante, con el rostro empapado de agua, como arropado por una placenta, como guarecido en el útero materno antes de existir, porque ahora no existe, ni para Marquitos ni para su mujer ni para nadie. Lo único que existe es una mano, un puñado de huesos y músculo recubierto de piel castigada por la intemperie que le espera allí dentro, en el interior del armario de su despacho, encerrada bajo llave, a la espera de su caricia, del tacto de sus dedos vivos. Debajo de la ducha todo se despersonaliza, todo se vuelve aséptico, limpio, icónico, conceptual. El vaho dificulta la visión y perdemos el rastro del hombre que viene de hacer *running*. Se distingue una gran mancha difuminada de color blanco, y a continuación lo que vemos es un pedazo de nada. En medio de esa

nada, como levitando sobre un colchón invisible, el hombre yace totalmente desnudo, en postura horizontal, despojado de olores, de ruidos, de cualquier otro estímulo. Acaricia una mano.

Los dedos están ahí, rematados por la queratina transparente de las uñas, el meñique un poco sucio, como si hubiera descansado largo tiempo sobre hollín. La piel se ha amarilleado y tensado, dándole al conjunto cierta apariencia entumecida. No la tiene delante pero es como si la tuviera, porque puede recordar con precisión casi todos los detalles de su forma, las líneas de la palma, el tejido cuarteado, especialmente en la zona de los nudillos. No la tiene delante porque todo está en penumbra, y lo único que percibe es la respiración calmada pero intensa de Laura a su lado y el tacto cálido y suave del edredón cubriéndole los pies. El radio-reloj despertador marca las 3:35 de la madrugada, y de repente el sueño se ha diluido. Qué distancia tan enorme la que ahora lo separa de Laura, son como dos islas cercanas pero autónomas, dos islas bañadas por un mismo océano pero con sus propios regímenes legales de costas y con sus caladeros férreamente delimitados. Este océano se llama vida doméstica, se llama mamá ama de casa y papá director comercial de zona en multinacional distribuidora de electrodomésticos, se llama fines de semana en el piso de la playa y laborables de brega cansada y deslucida,

se llama cotidianidad de hormigón irreductible, una enorme presa capaz de contener la caricia, el cariño, el beso sincero, el temblor de la excitación y la ilusión por el cuerpo contrario. Demasiados años, demasiados calendarios vencidos, probablemente demasiada torpeza o falta de interés por reconducir una historia tan vieja hacia nuevos meandros. Qué lejos esta isla de Laura a la que solo encuentras una manera de llegar, ese puente pequeño y gracioso en el que pasas la mayor parte de tu escaso tiempo libre, el puente que os conecta y que se llama Marquitos. Hace solo dos minutos que Marquitos ha tosido, su papá ha estado a punto de acudir con un vaso de agua pero el ataque se ha atenuado. Entonces el hallazgo se ha abierto camino en su cabeza con una plasticidad insospechada. La mano con sus cinco dedos, con su aspecto cerúleo que le otorga cierta condición de cosa y lo aleja de su origen humano, de su dimensión de víscera. La mano con sus cinco dedos que se mueven con ligereza y lentitud en la calígene, como llamándolo, como invitándole a acercarse. Son las 3:37 en el radio-reloj despertador, en apenas tres horas ese mismo radio-reloj te escupirá los titulares del día y la sintonía informativa y los primeros chistes matutinos del locutor, que como siempre te resultarán extemporáneos, aberrantes por su falta de delicadeza hacia un hombre cuya conciencia empieza a abandonar el sueño y acercarse a la realidad. El puñetero despertador vendrá a intoxicar al hombre que duerme con su tropel de realidad vulgar y la evidencia de nuevos atentados, nuevas caídas históricas de la Bolsa, nuevos partidos amistosos de fútbol, la muerte de un cantante, el homenaje a un poeta. Pero ahora el mundo entero duerme, ahora la realidad se desenvuelve con puntos suspensivos, en ese instante su mujer soñará con Marquitos, o a lo mejor sueña con él mismo, con aquel inolvidable viaje a la Toscana, cuando los ojos eran eléctricos y cuando aún podías sentir aquella sensación de cansancio satisfecho después de atardeceres de sexo intenso, cuando todavía erais un poco como niños, sin hipotecas, sin piso en la playa, sin gritos ni deseo de abrir nuevas heridas o de hurgar en las que aún están en carne viva. Probablemente Laura sueña con él pero con un él pretérito, con un él despojado de toda acritud, de todo cansancio, con un él que se mezcla y se confunde con la ruda corpulencia del carnicero al que cada día compra el pollo y la ternera y el cerdo con los que

cotidianamente alimenta a Marquitos. Marquitos quiere ir a Eurodisney, quiere dar la mano a Mickey Mouse, mirar desde una respetuosa distancia al Capitán Garfio, palpar por fin las plumas del Pato Donald, para cruzar así el umbral de la experiencia, sentir que de verdad existe lo que solo se ve, la fantasía no es únicamente un dibujo animado, es una ciudad con avenidas y abundante trasiego, con servicios públicos de limpieza, con sistemas de saneamiento e iluminación, restaurantes, tiendas de alimentación, bazares. En la hucha que Marquitos le regaló el día de su cumpleaños está la promesa de un viaje que va cobrando cuerpo, un sueño que se va materializando moneda a moneda. En el mismo armario, cerrado bajo llave y recubierto por el pañuelo mentolado, está ese otro sueño desasosegante e inesperado con el que se ha topado por la tarde. Una mano que lo llama, una invitación incitadora y que él todavía no comprende. Mejor no pensar por qué lo hice, mejor no intentar entender por qué detuve mis pasos junto a esa extremidad e incluso tuve el arrojo de tomarla directamente con mis manos, superando la dentera inicial mediante una observación morosa, como si me estuviera familiarizando con su forma. Ahora la mano está aquí, está conmigo, y no consigo evitar acudir a su encuentro furtivo en mitad de la madrugada. Al fondo del pasillo, en la semioscuridad de la habitación de matrimonio, se distingue el pie de Laura sobresaliendo bajo los pliegues del edredón. Junto al umbral hay una puerta cerrada, bajo la que asoma un amarillento hilo de luz. Pertenece al despacho de papá, cerrado con pestillo. Aunque bastante discreto, se escucha trajín. Alguien abre el armario de los sueños, alguien desenvuelve un regalo.

Vemos al hombre entrar en su oficina. Ha roto su habitual costumbre de llegar el primero y hoy diremos que prácticamente ha llegado el último, cuando en la empresa ya está instalada con toda su crepitante parafernalia la ceremonia del vértigo comercial: teléfonos bullendo incesantes, conversaciones cruzadas, siluetas emborronando el espacio de movimientos nerviosos. Acción, verbo, aceleración, ruido, una escena dinámica a la que el hombre a duras penas intenta acoplarse. Hoy el hombre es estático, es un lienzo fijo, expresionista y fúnebre, si se quiere, mezcla imposible de Caravaggio y Munch: el rostro ojeroso, la mirada perdida, los hombros caídos, gesto de que hoy se acaba el mundo. Se ha marchado de casa y su mujer aún no había despertado. Prefirió huir antes de que se iniciase la pirotecnia cotidiana de preparar el cuerpo y el espíritu de Marquitos para ir a la escuela, y salió de su hogar cuando todo permanecía en silencio. Mala noche, inquietud y un hallazgo: ahora tiene una tercera mano. La lleva, si será idiota, en el bolsillo interior de la chaqueta, pero por lo menos ha tenido el detalle de sustituir el pañuelo con aroma mentolado por un envoltorio

transparente. Hace solo cuatro horas y cuarenta minutos salió de su despacho sigiloso y acudió a la cocina, donde buscó los dos rollos: el rollo de adhesivo industrial marrón y el rollo de papel transparente. El adhesivo marrón era para cubrir y ocultar la zona de la mano que le producía algo de desagrado, aquella donde acababa propiamente la extremidad y se transformaba en muñeca, una muñeca abierta, como el interior de un bocadillo cortado a cuchillo en el que se distinguían volúmenes desiguales y amorfos. El poliespán, la esponja, el relleno de carne que en realidad no hacía sino afejar la forma perfecta de su mano, y que enseguida quedó oculto bajo el adhesivo marrón. El papel film era para preservar la pieza de forma más aséptica y compacta. Aunque se arrugara un poco ahora resultaba mucho más sencillo guardarla en el bolsillo. De hecho podía introducir su mano derecha en el escondrijo y así, como quien no quiere la cosa, apretar levemente el plástico, palpando la magra textura de su tercera mano. Lo hizo cuando llegó al trabajo, y Marisa le dijo que Blanes había preguntado por él, lo hizo otra vez cuando encendió el ordenador y comprobó que su zona seguía arrastrando un saldo de más de treinta mil euros de objetivo mensual incumplido, y que entre ayer y esta mañana la cifra se había mantenido invariable, como un desafío. Palpó su mano interior cuando escuchó al imbécil de Baltanás, dos mesas más allá, gritar efusivamente por teléfono y sonreír con su colección de dientes impecables, casi publicitarios. Dijo sí, y alzó teatralmente las manos, y enseguida vino lo de siempre, se le arremolinaron los pelotas de costumbre y él dispuso del aforo necesario para soltar su mierda: Peñalver, su comercial de la zona de Levante, acababa de cerrar por fin el acuerdo con una cadena local de electrodomésticos, por el que la empresa se comprometía a adquirir un paquete de equipos de cocina de serie A por valor de setecientos mil euros. Era inevitable, claro, al momento apareció Blanes con su corbata amarillo chillón, y no tuvo ningún reparo en abrazar allí mismo a Baltanás. Qué hijo de puta, qué hijo de puta. Ahí te pudras, ahí revientes, ahí se mueran los dos, ahí sucumban aplastados por un palé de frigoríficos *no frost* o de hornos microondas serie A en plata Referencia 650 B. Que se mueran y no quede nada de ellos más que un puñado de dientes blancos y esa estúpida corbata amarillo limón con la que, bueno, bien mirado también podría

ahorcarse, colgarse de una de las vigas de hormigón de su moderno despacho en el que siempre escucha esa desagradable música *chill out* al tiempo que se masajea las manos con la pelota antiestrés, al tiempo que observa a toda la plantilla desde sus cristaleras con las persianas abiertas, creyéndose el rey del mambo, creyéndose el Gran Hacedor del Universo, cuando no es más que un puto desgraciado, un cretino con suerte circunstancial y con un Jaguar en la puerta al que mira y admira como si fuera su propio pene, un idiota con la cabeza atiborrada de lecturas penosas que no han hecho sino agrandarle el ego, porque tú, Blanes, te las das de sofisticado, subrayas párrafos completos de libros de *management* con cuerpos de letra tamaño 15 y con sintaxis rayana en la oligofrenia, libros de esos con títulos como *Las diez claves del éxito* o *Cómo alcanzar la cima* o *Por qué cambiar tu casa por un plátano*, bazofia de esa especie que incluso fotocopias y de la que cuelgas párrafos por toda la empresa, fragmentos que te parecerán sublimes pero que a mí no me dan más que ganas de cagar, porque a pesar de toda esa porquería con la que te atiborras la cabeza para engañarte a ti mismo creyéndote que tienes cerebro, porque a pesar de todo ese envoltorio de ejecutivo agresivo que firma los balances anuales con garantía de crecimientos de dos cifras, no eres más que un puñetero mercader de chatarra, un distribuidor de lavadoras y televisores de plasma. Por eso lo aborreces, por eso sientes náuseas, por eso el hombre que hace apenas diez horas practicaba *running* por la ribera del río ahora corre mucho más rápido hacia el váter, una carrera que inquieta y preocupa a sus compañeros y de la que extrae un doble beneficio: desprenderse de todo el asco y que le concedan el día libre.



Los primeros hilos de luz de la mañana son como el desperezo de un bebé que casi no ha aprendido a abrir los ojos. La ciudad todavía bosteza, y el hombre que ha vomitado se ve en la calle acariciado por esos primeros rayos de luz que le caen templados sobre el cuello con el titubeo y la falta de contundencia de un masajista inexperto. Así no te quiero, Montero, le ha dicho Blanes, te prefiero fuerte y con ganas. Vete a casa, cuídate, y mañana me vienes más entero. Ya has escuchado a Baltanás, ¿no? Ganas, empuje, eso es lo que necesito. El éxito no está en la meta, está en el ritmo de zancada que logremos imprimir a la carrera. Allí la tiene, una de sus frases deleznales, es la frase de la semana, la que cuelga del corcho de la entrada, justo encima del comunicado de la empresa en el que se detalla el nuevo régimen de comisiones comerciales para el departamento, y que determina que por debajo de operaciones de 50.000 euros el porcentaje de comisión no será superior al 5 por ciento, y no del 15 como venía siendo hasta ahora. El hombre está en la ciudad, acaban de regalarle el día libre, y en realidad no sabe muy bien qué hacer. Tan temprano, y parece que ya hubiera soportado la

presión de toda una jornada: los ojos enrojecidos, desaliño en el cabello, la flecha de la corbata curvada sobre su pecho. El hombre podría irse ahora a casa, pero en realidad sería demasiado incómodo. No tiene ganas de dar explicaciones a Laura. También podría acudir al colegio de Marquitos y esperar a la hora del recreo para verlo corretear junto a sus compañeros. Demasiado esfuerzo. No quiere que nada le afecte, no quiere soportar ningún desgaste. En realidad desea estar solo, solo junto a su mano.

Se ve al hombre sentado en una cafetería del centro. Es una de esas modernas cafeterías con confortables sillones de oreja y con conexión wifi a Internet y con ordenadores de mesa para hacer consultas. Esas cafeterías donde no se dispensan tostadas sino solo *plumcakes* y *brownies* y bollería selecta, que se exhiben en opulentas vitrinas como catálogos de mujeres desnudas, y donde el café te lo sirven en vasos altos de material acorchado con su correspondiente logotipo. El hombre pide un *cappuccino* y se dirige a uno de los ordenadores. En el hilo musical se escucha a Neil Young, *Rocking' in the Free World*. Al hombre le gusta Neil Young, pero le gustaría mucho más escuchar a Al Green. Necesita al bueno de Al, necesita uno de sus sermones acústicos, que su voz de arena blanca le penetre en los oídos y le anegue el pecho de paz. La paz, sí, es hundir la mano en la arena blanca de la playa. Entra en la edición digital del principal periódico local. Busca algún indicio. Alguna referencia a personas desaparecidas. Algún cuerpo descuartizado. El turismo de congresos ha experimentado en 2017 una caída del 23 por ciento con respecto a 2016. Los empresarios del sector apuntan a la crisis como causa de este descenso. Interceptado un alijo de cocaína de 60 kilos en la bahía de Algeciras. La droga viajaba oculta en el estómago de pollos *broilers*. El alcalde de la ciudad anuncia «cero permisividad» con el consumo de alcohol en la vía pública. Nada. Ni rastro. El hombre entra en Google. Ahora canta John Lennon. Es *Working Class Hero*, el testamento mentiroso de un farsante. En Google, escribe el nombre de la ciudad + mano + el año y el mes. Busca varias referencias sin éxito, vuelve atrás. Escribe el nombre de la ciudad, pero ahora escribe cadáver y el mes. La pantalla se llena de cadáveres en negrita. La quinta referencia es interesante. Pertenece, qué curioso, al periódico local en el que directamente no fue capaz de encontrar

nada. Hallado un cadáver en el paseo de la ribera, al otro lado de la Ronda de Leiva, en el distrito de Balseras, junto a la circunvalación. *A working class hero is something to be*, canta Lennon. El hombre se acerca a la pantalla. Quien lo observe de lejos pensará que en realidad lo que persigue es contemplar su propio reflejo en la pantalla, como si fuera un espejo. El cadáver pertenece a una mujer, según ha reconocido la policía, y presenta varias amputaciones. Le faltan la mano derecha y tres dedos del pie izquierdo. La investigación está abierta en estos momentos, por lo que no ha trascendido mucho más. Todo apunta a que se trata de un homicidio, aunque por ahora se desconocen más detalles.

El hombre permanece clavado frente al monitor. Aretha Franklin exige un poco de respeto. Ahora no parece que se esté observando a sí mismo, sino que tiene la mirada hundida en la fotografía que acompaña a la información. Se ve un tramo de la ribera, la misma ribera que él recorrió hace apenas unas horas. El hombre amplía la imagen. Busca, está claro, el rastro de una mano. Quiere cerciorarse de que la mano no está allí sino aquí dentro, en el interior de su americana. Quiere corroborar que el regalo es suyo, que no lo ha soñado.

La información la firma Gabriel Ansorena. Cincuenta y cuatro años, soltero, plumilla del diario desde hace tres décadas, con una carrera profesional con más bajos que altos. Apuntaba mucho en los comienzos, cuando todavía siendo becario tuvo ocasión de lucirse sacándole los colores al gobierno municipal a cuenta de un escándalo sonado de financiación irregular y de dietas desorbitadas e injustificables, que le llegaron por su sintonía con un funcionario resentido que ejercía de administrativo en la Casa Consistorial. Con sus informaciones provocó más de un dolor de cabeza y alguna que otra dimisión, y eso lo convirtió en un periodista reputado al que se le insinuaron algunos periódicos de la competencia. Después besó el fango cuando, con el olfato periodístico distorsionado por la vanidad, creyó que había noticia detrás de un bulo de alcoba política que le costó una severa demanda: su periódico tuvo que desembolsar una cuantiosa indemnización con la que asumía la responsabilidad y los perjuicios de una información de portada firmada por Ansorena en la que este detallaba, citando una fuente solvente, los desorbitados gastos del primer edil en una afamada casa de citas de la

ciudad, con facturas que en algunos casos (sin presentar copia de ninguna de ellas, una torpeza propia de principiante) llegaban a exceder un millón de las antiguas pesetas, por productos y servicios tan diversos como botellas de Moët & Chandon y de Chivas, cajas de puros Cohiba o masajes varios. El desembolso del periódico hizo que Ansorena quedara comprometido de por vida al rotativo, al tiempo que provocó su ostracismo; una exclusión premeditada y negociada al principio, bajo el pretexto de retirarlo temporalmente de la arena pública, pero que al cabo terminó convirtiéndose en una cárcel para Ansorena. A partir de ahí, el patíbulo: trabajo en la gris sección de cierre, tediosos años de información polideportiva, incluso tránsito por la sección más devaluada dentro del oficio: la de los suplementos publicitarios con reportajes periodísticos pagados, en los que Ansorena pasó a firmar con su segundo apellido, G. Bohórquez, por aquello de mantener una dignidad que por entontes ya se encontraba bastante maltrecha.

Desde hace dos años, Gabriel Ansorena ha vuelto a la vida. En una situación de implacable crisis, que ha obligado al grupo a acometer un sistemático ERE encubierto, con cadáveres laborales que ya se cuentan por decenas, el periódico se ha visto forzado a desempolvar a los dinosaurios de la redacción, devolviéndolos a la primera línea de la actualidad informativa. En lugar de sentirse devaluado por el hecho de regresar a la calle bolígrafo y libreta en ristre, y sin una vida conyugal que le haya hecho renunciar al sacrificio que supone un oficio con enorme desgaste —sigue viviendo con su madre, una anciana de setenta y nueve años que empieza a padecer algunos inquietantes síntomas de Alzheimer; la pasada semana lo llamó la policía, porque su madre había sido encontrada en pleno arcén de una autovía, incapaz de saber qué hacía allí, o tan siquiera quién era—, Ansorena ejerce como periodista con exultante plenitud. Ahora todos en las ruedas de prensa lo consideran el veterano, y la mayoría de los becarios que acuden a las convocatorias matutinas se maravilla de que a horas tan tempranas un colega se atreva con el coñac, cuando ellos todavía no le hacen cuerpo ni a la Coca-Cola. Por la ciudad circulan muchas leyendas sobre Ansorena, leyendas sobre el tiempo en que apuntaba maneras de Bob Woodward, y leyendas también más recientes sobre sus sonadas borracheras en los concilios nocturnos de

periodistas. Ansorena *la leyenda* es quien firmaba la información de hace dos días sobre el cadáver hallado en la ribera, y ahora acaba de sentarse en su mesa de la redacción, recién llegado de la calle de cubrir una entrevista con el director de la empresa municipal de suministro y abastecimiento de aguas. Ansorena es un periodista de raza, de los de la antigua escuela, por eso nunca usa grabadora, toma notas en su libreta, un verdadero código jeroglífico que solo él entiende y que garantiza que las exclusivas siempre están bajo llave, aunque se recojan en su libreta a la vista de todos. Ansorena es un periodista que se hizo en la calle, por eso en las ruedas de prensa siempre resulta preguntón e incómodo, nunca se conforma con el comunicado que le extienden o con las respuestas del jefe de prensa de turno, es de los que asedia a los políticos y siempre los persigue por los pasillos cuando va al ayuntamiento. Hurra por Ansorena, hurra por Ansorena, el último espíritu libre que aún sobrevive en el periodismo local, el único ojo crítico que todavía se rebela cuando, como esta mañana, al abrir el periódico, se percata de que acaban de tumbarle una doble, concretamente la doble en la que informaba sobre el sospechoso fichaje por parte de Eléctricas Zaben, empresa de suministro eléctrico participada por una empresa pública dependiente del gobierno autonómico, de la hija del teniente de alcalde delegado de Urbanismo. Esto es indignante, ha dicho en alto Ansorena, y en realidad se lo ha dicho casi a sí mismo, porque en la sección de Local aún no había nadie, y en toda la redacción solo estaban dos o tres de Economía, que iban a lo suyo peleándose con los teletipos. Únicamente Charini, la limpiadora del turno de mañana, ha prestado atención al comentario; ha visto a lo lejos el cuerpo regordete de Ansorena, negando teatralmente delante de su periódico abierto, y pregunta con sorna y con una sonrisa entre admirada y condescendiente en los labios: qué te pasa, Ansorena; así, sin preguntar, sino afirmando, diciendo, ay, Ansorena, ay, criatura, depósito de los desvelos de toda una profesión, Poesía del Dinosaurio, Homero cantando al Héroe Caído, Dante de los Infiernos Cotidianos. Me van a oír, me van a escuchar ahora mismo, eso ha pensado Ansorena, es la tercera doble que le levantan en menos de dos meses, pero esta era buena, era una buena exclusiva. Me van a oír, vaya que sí, eso ha pensado, pero en ese momento ha sonado su teléfono y no ha

podido evitar tomarlo de inmediato y llevárselo a la oreja. Desde centralita le han dicho que un hombre preguntaba por él. Pásamelo, ha dicho Ansorena, y al instante su oído ha caído sobre un estertor de cláxones, motores, una sirena lejana de ambulancia y una voz. ¿Gabriel Ansorena?, ha preguntado. El mismo, ha contestado él, con quién hablo. No puedo, no puedo decirlo, ha explicado la voz. Cupones para hoy, tengo el siete, ha gritado alguien a su lado. Bueno, pues qué quiere, ha dicho Ansorena. El periodista ha mecido su trasero en el asiento, buscando una postura cómoda para sus nalgas: el resorte del instinto periodístico acaba de activarse. La información del lunes, ha comentado la voz. La que usted firmaba sobre la aparición del cadáver en la ribera. Sí, ha recordado Ansorena. Pues, ha dicho la voz, y se ha callado. Tengo el siete, para hoy. Pues hay novedades. La columna de Ansorena erguida sobre el asiento, como una tabla. El rotulador Edding 0.5 punta fina clavado sobre el vientre de una libreta tamaño cuartilla de cuadrículas. Estampa de posteridad para Ansorena. Postal inmortal del ejercicio periodístico. Decididamente es admiración, piensa Charini, mientras vacía la papelera de la sección de Pasatiempos, observando desde lejos cómo el animal de Ansorena, la leyenda hecha carne de uno de los históricos del diario, el olfato personificado, acaba de cerrar una cita con una prometedora fuente, con una misteriosa voz que le puede abrir el cofre de una nueva exclusiva, quizá la definitiva.

No iré a comer, pero no llama. En su casa, la imagen es un cigarro que todavía humea en un cenicero abarrotado de colillas junto a la ventana de la cocina. Si se abre el plano se ve a Laura apoyada en el fregadero, cerca del cenicero, con la mirada perdida y chascándose los dedos. Al final no habló ayer con su marido, esta mañana se fue temprano y tampoco pudo hacerlo, aún buscaba unas palabras de remiendo, las que deberían haber llegado desde el móvil de él a la hora del desayuno. Pero nada de eso ha ocurrido, y ahora Laura piensa gravemente si en realidad todo no se está yendo al carajo, si toda esta porquería de la crisis que le asalta a través de los noticiarios de la tele, de las conversaciones en la cola del supermercado y a través de los rostros cada vez más serios y desgastados de las madres que, como ella, acuden cada día a las puertas del colegio a recoger a sus hijos, si toda la puñetera crisis no está también carcomiendo su espíritu, su relación, la arquitectura del cariño que con tanta dedicación construyó junto a su marido, y que de unos meses acá parece estar desmoronándose, dando muestras de erosión, de que el edificio no es inmune a los movimientos sísmicos. La voz



de Mickey llega desmigajada hasta la cocina, y a Laura le da por pensar en Marquitos, al final él es lo importante, toda esta vida que ha construido junto a su marido está diseñada para su felicidad, toda esta enorme convención, todo este descomunal artificio está a su exclusivo servicio. Todo por Marcos, todo por Marquitos, esas inquietudes está rumiando cuando suena el teléfono. Al momento se escucha solo Mickey y la voz de Marquitos que cumple con entusiasta eficiencia la tarea de la atención telefónica. Mamá, para ti, del trabajo de papá, grita finalmente.

Abrir un huevo y toparse con una yema podrida, con un pollo a medio hacer, con un pequeño feto acuoso y aún no formado, así es coger hoy el teléfono. Ofelia, compañera de su marido, que le pregunta cómo está, si ha ido al médico, qué le han dicho. Qué, cómo, dónde, eh. Vómito, cara blanca, aspecto de cansancio, le dieron el día. Una tragantada invisible, le deja un hematoma escandaloso en el cuello que Laura esconde rápidamente con palabras. Bien, mucho mejor, se ha echado un poco a dormir. Ah, estupendo, me alegro, que se mejore.

Que se mejore. Que logre detener el acelerado ritmo de su respiración y no haga una locura. Que se desajuste la corbata y se detenga a pensar en su mujer, en su crío, en la promesa del viaje a Eurodisney. Que no mande todo a la mierda, el piso de la playa, el 4x4, la promesa del crucero por las islas nórdicas que, hace solo tres semanas, le recordó a su mujer después de la nada rigurosa ceremonia del polvo semanal, y antes de soñar con volar por los aires. Ya no quiere volar por los aires, solo quiere palpar su nueva mano, contemplar de cerca los finos dedos de mujer, los lunares esparcidos por la piel como estrellas de una constelación que hay que componer para formar figuras, dibujos, formas. La mano esconde formas infinitas, es posible que a través de ellas pueda descifrar su propia historia, el currículum de la persona a la que perteneció. Ahora solo quiero que esta mano me lleve, encontrarme con ella en algún punto coincidente de nuestras respectivas vidas, alcanzar la convergencia, la sintonía, el *meeting point*. Estaba allí, en la ribera, entre envoltorios sucios y latas oxidadas, soportando la exposición a la inmundicia. Alguien la puso allí. Se colocó sola para que yo la tomase y descubriera su secreto.

El hombre mira la hora. Ya debe estar fuera. Vuelve a empaquetar la mano, cuidando de que el papel film no le haga ninguna arruga. El paquete regresa al bolsillo interior de su americana. Antes de salir del baño, el hombre se mira en el espejo. Observa muy de cerca sus ojos, las astillas que matizan el interior de sus iris. Siempre le han parecido como las teselas del fondo de una piscina. Es lo que más le reconforta de todo su cuerpo. Morosamente va alejando la vista hasta contemplar toda su cara. Le ha ocurrido algunas veces, pero nunca de una forma tan intensa como ahora. Mira su rostro pero no puede, no sabe reconocerlo. No tiene ni idea de quién es.

Se ve un saludo de dos manos, se escucha Gabriel Ansorena, Alejandro, encantado, igualmente. Los dos hombres se sientan, la cafetera ruge con furia, anegando todo el local con su ruido. Ansorena tomará un sol y sombra, el falso Alejandro un Nestea. El hombre parece incómodo, está nervioso y se le nota, tiene enfrente a un rapaz, un auténtico felino que lo observa mientras da un pequeño buche a su sol y sombra e intenta conceder al encuentro una apariencia de informalidad, de interés escaso, de aburrido trámite, como si realmente hubieran coincidido en la cafetería, como si aquello no fuera una gran piedra bajo la que se oculta una succulenta exclusiva. Pero el hombre que ha mentido llamándose Alejandro no sabe a qué agarrarse, va a la deriva en su asiento, incapaz de permanecer quieto, de encontrar las palabras con las que iniciar una conversación con sentido. Por eso tiene que ser Ansorena quien descerraje, lo hace como solo él sabe, con la tranquilidad que le dan treinta años de oficio, de trato con paisanaje de toda catadura, donde no faltan proxenetas y políticos, putas y presidentes de clubes de fútbol, la naturalidad es la consigna, eso debe de pensar cuando se arranca con el primer

comentario, elogio a la bebida consumida, esta, dice, tomando la copa entre los dedos, esta debería ser la bebida nacional, el verdadero orgullo gastronómico patrio. En cuestión de paladar, es con las pequeñas cosas como se hace patria, y no con el Bulli y las putas mariconadas de diseño, dice, y sonrío como quien lanza una red, esperando que el otro se sume, pero la sonrisa del otro, la boca torcida del supuesto Alejandro no puede ser más forzada, como si acabara de arañar una porcelana con un tenedor, más bien parece que estuviera soportando la punzada de un picor furibundo. Ya, dice Alejandro, al tiempo que se atusa la nariz, se acerca un poco a la mesa y apoya los codos en el mármol a punto de arrancar. Un cabritillo, un indefenso chivo que acaba de salir de su pesebre y que todavía no se ubica, no sabe en qué dirección avanzar, a quién embestir, eso es ahora el hombre, que por fin se explaya, tengo algo, señor Ansorena, tengo algo que le interesa. Usted dirá, contesta el gordo, todo oídos. El falso Alejandro vuelve a arrellanarse, y nosotros, que conocemos toda la historia, que vimos al hombre recoger el trozo de carne del suelo, que accedimos a sus desvelos, a su episodio laboral de esta mañana, nosotros vamos a entenderlo todo, pero el camarero que pasa aburrido una bayeta por la barra, con un palillo húmedo paseándose por sus labios, con una camisa blanca en cuyo pecho lleva bordada la leyenda Casa Márquez Especialidad en Comidas Caseras, ese camarero asistirá a la entrevista entre el gordo y el supuesto Alejandro y por momentos creerá que está viendo un partido de ping pong, un toma y daca en el que las pelotas serían solo palabras, interjecciones, balbuceos, gestos. Lo que yo tengo, dice el hombre del Nестea, se completa con lo que usted tiene. No entiendo, contesta el otro. Qué sabe usted de la joven muerta. Cómo sabe que es joven. Lo leí. Qué sabe de ella. No entiendo por qué me pregunta, en teoría usted me ha llamado a mí para contarme algo. No se impacienta, y cuénteme primero cómo es ella. Se supone, si sabe tanto, que usted debería conocer muchos detalles sobre la fallecida. Usted me ha llamado a mí. No se ponga pesado, y cuénteme, dígame si es guapa. Es una muerta. Pero es guapa, a que sí. Una belleza, ni muy mayor ni tampoco excesivamente joven. La piel blanca, pálida, de una palidez hermosa, como si se hubiera bañado en leche. Ahora el hombre de la barra, que sigue el partido sin entender demasiado las reglas del

juego, ve cómo uno de los jugadores de ping pong, el más delgado, el que parecía más nervioso, toma la pelota entre los dedos y mantiene en vilo su paleta. Ha detenido el juego porque de repente, como si se hubiera dado de bruces contra una imagen fantasmagórica, como si un color insólito se hubiera abierto paso en su pupila, se ve obligado a enfrentarse a la estampa, se ve obligado a ilustrarla con palabras, acariciando cada arista como la piel de un animal extraordinario. El otro, el gordo, ha dejado de hablar, no necesita aportar más detalles ni ofrecer más información sobre el cadáver, porque el falso Alejandro se vale por sí solo. Y no es difícil imaginar que el falso Alejandro sabe bien de lo que habla cuando explica que la muerta era muy guapa; que tenía el pelo recio y duro, con un tono dorado y áspero como si en lugar de crecer sobre una cabellera hubiera brotado sobre la tierra. ¿A que es así, Ansorena? Sus labios, aunque pálidos, son tiernos, con un dibujo perfecto, solo manchado por un lunar que se posa ligeramente sobre el labio superior, como una luna ingrávida. Y sus ojos, sus ojos seguro que son claros, verdosos, como los ríos cuando se contemplan desde un puente, incluso los ríos más sucios parecen bonitos desde la distancia, cuando el sol se convierte en un niño travieso y juega a hacerle cosquillas a su lomo de agua. Dime que su piel no es blanca, Ansorena. Dime que no es sino una niña, de mala vida, probablemente, metida en líos, seguro, que se topó con la persona equivocada, que estaba en un momento inapropiado en un sitio donde no debía estar, no me cabe duda, pero que es solo una niña, o no, Ansorena, o no. Ansorena ha perdido la compostura, su habitual templanza periodística, y acaba de apretarse el sol y sombra de un trago, por dentro piensa que es muy fuerte, demasiado para ser cierto. Lleva treinta años de oficio, al menos cinco de ellos los pasó en la sección de sucesos. Pero siempre fue un trabajo bastante burocrático: más allá de la contemplación de algún cadáver, más allá de algún decorado truculento con paredes manchadas de sangre y sonidos de *walkie* y cintas de NO PASAR POLICÍA preservando la escena del crimen, todo fue siempre información muy prediseñada, partes policiales, comunicados oficiales, como mucho alguna filtración menor a cambio de madrugadas de confidencias por parte de algún policía con espíritu de Serpico. Lo que tiene enfrente ahora es muy diferente, nada menos que un asesino afrontando su

fase de confesión, con los ojos tan brillantes que casi podrían iluminar una cueva. El asesino afronta su propio concierto en solitario, no necesita ni a Ansorena ni al camarero que observa ni la cafetería ni nada más de este mundo para perpetrar su solo, un solo hermoso en el que hay un cadáver, la imagen de una chica desnuda con el cabello de trigo y con la entrepierna de estropajo, una entrepierna, Ansorena, que alguien violentó, en la que alguien entró sádicamente buscando un poco de consuelo para su propia rabia, para la rabia con la que un poco más tarde le va a golpear el cráneo contra el suelo hasta dejarla sin sentido y sin masa encefálica, para esa rabia que por fin explotó del todo cuando el asesino decidió cortarle una mano y varios dedos de uno de los pies. Ansorena sale de su perplejidad y logra balbucir por qué, por qué, por qué la mano, por qué los dedos de los pies. Los dedos no sé, no puedo decírtelo, contesta el hombre, pero la mano sí lo sé. La mano era el regalo, el premio, el mapa hecho carne que nos debe conducir, que me debe llevar a algún sitio. El olfato periodístico de Ansorena lo ha puesto a mil revoluciones, está tan acelerado que ahora el gordo empieza a oler a podrido. Huele a fiambre, a carne descompuesta. Lo tiene delante, la exclusiva definitiva que podrá devolverle a la incontestable gloria, el regreso contundente y sin matices a la primera fila del periodismo local, nacional, un hallazgo merecedor de la Medalla de la Profesión, por lo menos de la Medalla de la Ciudad, el anhelo de cualquier periodista, llegar antes incluso que la policía, un bofetón sin mano a la autoridad, dejar en evidencia su ineficacia desde el titular del quiosco, derribar la estructura policial con la sencilla y lúcida arma del olfato. Lo tiene delante, y ahora sería muy sencillo descender a lo concreto, preguntar por el móvil real del crimen, arrancar detalles sobre el día y la hora del asesinato, pero detrás de los ojos del hombre que perpetra su solo, más allá de la mirada perdida del jugador de ping pong que construye poesías sobre la imagen de una mujer muerta, el periodista intuye vértigo, el mareo de enfrentar la mirada a un hondo precipicio. No sabe si es miedo o si es la debilidad de su condición de hombre moral, el hecho es que Ansorena decide. Toma la decisión de su vida, esa que nadie recogerá en una biografía, que no será considerada cuando, dos décadas más tarde, una comisión municipal de expertos presente una moción para dar a una calle de un barrio

de nueva creación el nombre de Periodista Gabriel Ansorena. Las grandes decisiones, las que cambian la vida, son las que se toman en silencio y soledad, las que nunca llegan a trascender más allá de los labios, y se pierden por los recovecos de la conciencia. Ansorena ha pedido disculpas y se ha marchado al baño. Desde allí, con los dedos temblorosos, ha llamado por el móvil a una antigua fuente, el comisario de uno de los distritos policiales de la ciudad. El comisario se ha mostrado muy afable al atender la llamada. Quería distensión, un poco de cháchara, pero Ansorena lo ha cortado en seco. Estoy con el hombre que mató a la muchacha de la ribera, ha dicho. Mandad una patrulla de inmediato, no sé si podré retenerlo mucho tiempo, ha concluido antes de colgar.

Las grandes decisiones, esas con las que intentamos resolver los dilemas más graves que nos atenazan, se toman en silencio, de forma íntima, a solas con nuestros propios ecos interiores. En el caso de Ansorena, también hay que tener en cuenta el olfato. Esas decisiones son las que te cambian la vida, las bifurcaciones que nos conducen hacia caminos insospechados, las articulaciones que configuran, al cabo, nuestra hoja de vida. La llamada de Ansorena cambiará un poco el rumbo de la existencia del periodista, pero va a ser definitiva para el hombre que esconde la masa amputada en el bolsillo interior de su americana. Él aún no lo sabe, pero muy pronto va a saciar su anhelo de encontrar el camino que le dicta la mano.

El hombre no puede saberlo, pero en apenas media hora va a morir. Es imposible que lo imagine porque anda demasiado obnubilado por su propia visión. Si estuviera más sereno, si la visión de la mujer muerta junto a la ribera no le obsesionase de ese modo, se percataría de la incomodidad de Ansorena tras regresar del baño, de que el periodista simula no estar interesado en su recreación. Se daría cuenta de que Ansorena no hace más que jugar al gato y al ratón con sus palabras y preguntas cercanas, a la espera de que las luces azules y rojas subrayen la ceremonia del prendimiento. Pero en un momento de debilidad Ansorena se permite subestimar la lucidez de su interlocutor, porque de repente se ve preguntándole por qué lo hizo, por qué mató a la joven. Un exceso, sin duda, que complica las cosas y le da aceleración a esta historia: al escuchar la pregunta, el hombre que oculta la mano parece volver en sí. Es como si cayera de repente, como si un golpe inesperado devolviera por un instante todo a su sitio. Cómo maté, yo no he matado a nadie, no ha entendido nada. Yo solo cogí el regalo. El estruendo de la cafetera vuelve a anegar el local y favorece el ensimismamiento. Menudo



idiota, eso piensa el falso Alejandro de Ansorena, menudo estúpido, no entiende nada, solo era un regalo. Un premio por algo que no sabe, por algo que está intentando averiguar. El hombre se levanta y sin despedirse siquiera abandona la cafetería. Sale a la calle y lo que se ve es la estampa de un hombre aturdido que duda entre avanzar a izquierda o a derecha. Finalmente empieza a andar y descubrimos que el hombre se dirige a un vehículo gris perla, un 4×4 marca Mitsubishi. Por detrás vemos al gordo de Ansorena asomado a las puertas de la cafetería. Está hablando por el móvil y gesticula. El 4×4 pasa por delante de él y Ansorena lo ve alejarse. Cuando el vehículo supera la cafetería, el periodista se arroja sobre el servilletero y allí mismo, de pie, con el móvil clavado entre el hombro y la oreja, apunta algo en una servilleta: la matrícula del coche del hombre que morirá en menos de media hora, siguiendo el destino de la mano muerta.

Se ve la mano formando una concavidad con los dedos. Se ve un cuerpo pequeño dentro de la mano. El cuerpo está desnudo y permanece en posición fetal. Pertenece al hombre que lleva la mano dentro de su chaqueta, pero que ahora está desnudo resguardado por los dedos de esa misma mano de mujer que lo acoge como a un recién nacido. El hombre desnudo se roza la espalda y los glúteos con la mano, observa muy de cerca los lunares que conforman una constelación de tonos castaños, y en realidad se siente como si estuviera a cielo abierto, tan solo cubierto por un manto de estrellas. Bajo ese cielo quiere morir, fundirse y regresar al tiempo en que aún no existía, en que no era más que carne en potencia. Se está caliente en el interior de la mano, es como volver al útero materno, a los líquidos cálidos de la placenta donde no hay ningún tipo de amenaza, donde todo es compacta masa negra en la que no cabe la decisión, porque no hay vida, no hay palpito, no hay individuo. Un individuo con americana oscura y corbata cian, metro ochenta aproximadamente, acaba de salir de una cafetería localizada en La Milagrosa. Conduce un 4×4 color gris perla. Enciende el equipo de música del coche y

busca apresuradamente en la guantera. Encuentra el CD que tanto le gusta, la banda sonora ideal para este viaje, *Grandes éxitos* de Al Green, del puñetero negro que canta con voz de brisa. La brisa que necesita este viaje de regreso. La vuelta al punto de inicio, adonde me conduce la mano. Esta es la canción más apropiada. *Call Me. Come Back Home*. Se ha desviado por la avenida de Matasella, va en dirección a Kansas City. Mejor te desempaquetaré. Te dejaré ahí, suelta, a mi lado, sin envoltorio que nos separe. Por las ventanas entra buena luz y el sol puede dorarte la piel. Y así vamos hablándonos, pero en silencio, dejando que el bueno de Al Green nos diga cosas bonitas al oído. *Call Me. Come Back Home*.

Se ve el mismo cenicero que ya se vio hace un rato. Ahora está todavía más lleno de colillas, parece un metro atestado a primera hora de la mañana. Un nuevo cigarro humeante sobresale del resto. Se abre otra vez el plano y la mujer sigue allí, en la misma posición, apoyada en la ventana y crujiéndose los dedos. El plano se abre más y describe un *travelling* con el que abandonamos la cocina. Desde el umbral se ve la figura de la mujer que espera fumando. A toda potencia se escucha a Al Green, por eso no se oye la voz del pequeño Marquitos cuando irrumpe disfrazado de un superhéroe con antifaz en la cocina, ajeno aparentemente al desvelo de la madre. Suena la voz *in crescendo* del viejo Al, y ahora vemos a Mickey Mouse, bueno, no es realmente Mickey sino un tipo disfrazado de Mickey. A su lado vuelve a estar Marquitos, un Marquitos que sonrío y que tiene un aspecto exultante. Está en Eurodisney, juega con Mickey el ratón y se hace fotos, está pasando un día fabuloso, una jornada de esas que no podrá olvidar mientras viva, y que ya viejo, taladrado por las enfermedades y los achaques, recordará como uno de esos momentos por los que mereció la pena vivir, por los que todas las miserias que soportó en su vida tuvieron una compensación. Papá está montado en la mano, y en realidad la mano es como una alfombra mágica, como las que aparecen en esos cuentos que te narra antes de que el cansancio y el sueño puedan contigo y dobleguen tus pestañas. Papá vuela con su mano, y la mano le dirige hacia preciosos campos donde germinan frutos inconcebibles, desmesurados, de formas que nadie puede imaginar. Con Al Green persigue la forma, busca dar cuerpo al remiendo para ese desasosiego

que lo atenaza, cómo es la forma de su felicidad, qué aspecto tiene la calma, la belleza serena para ese hombre loco que avanza a más de cien kilómetros por hora por la avenida de Matasella y que serpentea entre los coches como un kamikaze, el individuo está llegando a la avenida de Kansas City, es posible que esté intentando tomar la circunvalación y escapar de la ciudad. Este coche, amigo, no le defraudará. Pasa de cero a cien en menos de ocho segundos. Sistema exclusivo de tracción para cualquier terreno, ordenador de a bordo, depósito de ochenta litros. Dos pantallas traseras con capacidad de lectura DVD, AVI, WAV, ideal para mantener quietos a los chiquillos en los viajes largos. Es un modelo único, absolutamente personalizado por fuera y por dentro. Dos años de garantía adicional gratis si se compromete a firmar cinco años de mantenimiento en nuestro concesionario. Si reserva el viaje ahora le resultará mucho más económico. El ahorro puede ser de hasta un 40 por ciento. El precio incluye pernoctación de tres noches en el hotel Cenicienta, un hotel con encanto, en régimen de media pensión, con pases para las atracciones Categoría B de todo el parque. También incluye una excursión organizada a París, con itinerario en bus turista y visita a los principales monumentos. Por supuesto, la Torre Eiffel. Ha llamado Sebastián. Al parecer, con las lluvias que han caído en la playa en los últimos días, al piso le han salido humedades. Están llamando a todos los vecinos para que se desplacen y comprueben los desperfectos, y se trasladen las reclamaciones a la promotora. *Full of fire. You're my one desire.* Montero, ya sabe cómo estamos. Ya conoce la presión a la que estoy sometido desde la sede central. Confío en usted, lo sabe de sobra, pero el hecho es que su zona no va bien. Fíjese en Baltanás, su equipo ha liquidado la semana con albaranes por valor de 100.000 euros. Usted no está llegando al objetivo. Hay que pensar en positivo. El éxito es el asiento, el esfuerzo, la silla. No digas: «Voy a cogerlo». Cógelo. El talento se escribe con tinta de sudor. Hay dos tipos de hombres: los que sueñan con el éxito y los que no pierden el tiempo en soñar. Qué tal, Ansorena. Mal, director. Lo tuve allí, enfrente, cara a cara. Y empezó a hablarme del fiambre. Empezó a decirme lo guapa que era y lo blanca que tenía la piel. El tipo estaba ido. Bueno, creo que has hecho lo mejor. No acabo de entender por qué narices te llamó, desde luego. Ni yo. Imagino que

quería compartir con alguien su desvarío. Pretendía que le dijera que la chica era guapa. Para olvidar, dire. De locos.

De dementes desatados que persiguen la horizontal para fundirse con ella. Entre el cielo y la carretera hay una línea. A lo mejor es posible alcanzar en algún momento del viaje esa tímida línea que separa los dos mundos. Quizá nos han engañado y la separación es tan solo una ilusión óptica, y quizá es verdaderamente posible alcanzar la línea y entrar en ella como una moneda penetrando en una rendija. Una moneda en un *jukebox*, que da derecho a otra canción. *Full of fire, life has just begun*. La casa llena de fuego y nosotros ardiendo dentro de ella, sin parar de bailar, quemados, abrasados como benditos ángeles del infierno. *Love and Happiness*. Amor y felicidad, y tú y yo sobrevolando el cielo, como si tú, querida mano mía, fueras una alfombra mágica, y yo el encargado de conducirte entre las montañas camino del sol. El 4×4 alcanza la circunvalación, y es el momento en que los tres coches patrulla se acercan. Encienden las sirenas y pisan el acelerador. Desde arriba se ve el techo del 4×4, cómo el coche aprieta la marcha y sortea peligrosamente otros vehículos. La estela luminosa de los tres coches patrulla se va acercando cada vez más. Hay un desvío en la autovía hacia un barrio residencial. El 4×4 da un giro brusco en el último instante y toma el desvío. Uno de los coches patrulla no llega a tiempo de secundar la maniobra y pierde la salida. Los otros dos consiguen tomarla.

El 4×4 encauza la salida. Va a mucha velocidad y no se percata de que el desvío describe un giro de casi ciento ochenta grados. Se ve que intenta frenar y que el coche patina un poco. Se ve que no consigue soportar la frenada y el 4×4 choca contra el guardarraíl protector. Todo sucede muy rápido: con todo su peso, el vehículo gris perla sobrepasa la barrera, los neumáticos pierden suelo y el automóvil cae al vacío. La curva está construida en altura, y lo que queda debajo es la autovía: trece metros de elevación por los que el 4×4 se precipita en caída libre hasta desmoronarse sobre el asfalto. Suerte que de frente solo viene un camión de ultracongelados cuyo conductor reacciona con reflejos e imprime una prolongada frenada con la que consigue detenerse a muy pocos metros de la escena. Todo pasa tan velozmente que cuando se mira parece como si no hubiera existido intervalo:

hace solo un segundo el 4×4 avanzaba desquiciado por el desvío y ahora no queda nada más que un amasijo de hierros y cristales rotos en medio de la autopista.

Cuando el conductor del camión frigorífico, el primero en llegar al lugar del accidente, observa la chatarra, no puede evitar asociar la visión a una contundente y absurda imagen: la de una lavadora. Antes de darse la vuelta para ejercer de agente de tráfico improvisado, un impulso morboso lo lleva a acercarse a lo que queda del vehículo. Busca sin quererlo algún rastro de sangre, una muestra de fluido humano que le quite de la cabeza la sensación de que en realidad aquello no es sino un artefacto caído del cielo. Parecerá mentira, pero en medio de ese inmenso revoltijo de metal, cristales y vísceras, hay algo que todavía late. Es la voz de Al Green. Todavía canta *Love and Happiness*, ajeno al drama, o quizá feliz por la tremenda comedia.

Esta historia termina más o menos como empieza. Se ve un primer plano de un periódico y unos dedos posados sobre el papel. Los dedos pertenecen a la mano de un hombre que ojea la prensa al tiempo que consume un café con leche. Ocurre en una cafetería bastante concurrida, a primera hora de la mañana. La barra está repleta de servicios de café y el ambiente es muy animado. Hay gritos, sonrisas, conversaciones altisonantes, gente que da los buenos días y gente que pide la cuenta, gente que solicita media integral con mantequilla y gente que espera un cortado. Se oye el ruido de la máquina tragaperras, y también un grupo de compañeros de trabajo jalea un chiste. El hombre que termina el café mientras lee el periódico está en la esquina de la barra, junto a un enorme ventanal por el que se puede observar lo que sucede en la calle. Hay mucho bullicio también afuera. El hombre detiene su lectura en una información que le llama la atención. «Detenido el asesino de la joven de la ribera», dice el titular. Y el primer párrafo explica: «La Policía Nacional informó ayer por la tarde de la detención de una persona por el presunto homicidio de la mujer que hace tres días fue hallada muerta en el paseo de la

ribera, tenía amputada una mano y varios dedos del pie izquierdo. Aún no se ha revelado la identidad del cadáver, pero el detenido es un ciudadano lituano con varias causas pendientes con la justicia española relacionadas con la explotación de mujeres. Todo apunta a un ajuste de cuentas, ya que la joven podría estar relacionada con el negocio de los bares de alterne. La policía continúa investigando y no descarta hacer más detenciones en las próximas horas». La información la firma un tal G. Bohórquez.

Qué te debo, dice el hombre, al tiempo que cierra el periódico. Después de pagar y marcharse, queda un espacio vacío en la barra que nos permite echar un vistazo a la portada con mayor detenimiento. Caos circulatorio, reza un enorme titular. Debajo, una gran fotografía de la autovía, con una mancha informe en la zona central que parece un coche de desguace. A lo lejos, una gran caravana de vehículos. Un aparatoso accidente en la Autovía de Levante produce retenciones de hasta veinte kilómetros en la circunvalación. La oposición exige medidas drásticas para solucionar los problemas de congestión del tráfico.

Más allá del periódico, más allá de la barra, recorriendo de extremo a extremo el ventanal del bar, se ve a una mujer. La mujer camina acelerada, viste un abrigo azul con el cuello subido que le cubre la mayor parte del rostro. Lleva también unas gafas negras, una de esas enormes gafas que tapan prácticamente toda la parte superior de la cara como un antifaz. La mujer avanza apresurada hasta varios metros más allá del bar, donde se localiza el tanatorio municipal. Cuando, ya en la entrada, se quita las gafas y se desabotona la parte superior del abrigo, descubrimos que es Laura. Tiene los ojos muy irritados, señal de haber llorado mucho, de no haber dormido en toda la noche. Imaginamos que después de esperar durante todo el día, y con una inquietante intuición agazapada en la garganta, una patrulla de la policía acudió a su domicilio a última hora de la tarde. Abrió la puerta y el rostro de circunstancia de uno de los policías ya se lo anunció sin necesidad de palabras. Las palabras las puso el otro agente. Su marido. Accidente. Autovía. No se desmoronó entonces. De hecho, permaneció sorprendentemente serena durante el resto del día, recibió llamadas de familiares y allegados, acogió las visitas de las vecinas, de su madre y de su



hermana y de toda la familia que iba acudiendo poco a poco a su casa. De dormir a Marquitos se encargó su hermana, pero no fue fácil, porque con tanta gente el pequeño estaba muy excitado y llegó a imaginar que en realidad estaban celebrando su cumpleaños. Al niño le dio por decir que papá llegaría muy pronto con la tarta y con el esperado regalo: por fin los billetes para viajar a Eurodisney. No se desmoronó entonces porque se sentía acompañada, como si sus huesos reposaran sobre un mullido colchón. Su madre quiso quedarse a dormir con ella, pero Laura insistió: de ninguna forma, quería estar sola, necesitaba estar sola.

Solo se desmoronó a última hora, cuando acudió al cuarto de baño a orinar y descubrió, mientras estaba sentada en el váter, que su marido se había dejado como de costumbre el anillo de matrimonio encima del lavabo. Lo vio allí, tan quieto, tan solo, con su fulgor dorado, rodeado de tanta blancura, que no fue capaz de levantarse. Permaneció sentada durante al menos veinte, veinticinco minutos, con las bragas por las rodillas, incapaz de saber qué hacer, cómo apoyar los pies y hacer fuerza para volver a recuperar la verticalidad.

A Laura la reciben en el tanatorio un hombre con bata blanca y un policía. No hablan mientras caminan por el largo pasillo, hasta llegar a una puerta de acero que tiene un cierre como el de las cámaras frigoríficas. Solo entonces el hombre de la bata blanca se dirige a ella. A Laura le llama la atención el ridículo tono de voz del hombre: demasiado agudo para un cuerpo tan contundente, piensa. Verá, le adelanto, señora, que va a ser duro. El cuerpo está muy maltrecho. Tiene numerosos cortes, es prácticamente irreconocible. Ya han entrado en la sala, una enorme y profunda habitación flanqueada por dos armarios corridos de aluminio y cuarteados de cajones. Ha visto muchas películas, sabe lo que esconden dentro. Laura y sus dos acompañantes caminan hasta la mitad de la habitación. Junto a uno de los cajones se detienen. Además, señora, eso no es todo. Hay otra cosa. Algo que estamos investigando aún. Una circunstancia... Extraña.

Le preguntan si está preparada. La animan a que no se venga abajo. Le piden entereza, valor. El policía la sostiene por los hombros, previendo el derrumbe, la caída. Nadie está preparado para una cosa así. Ver a su propio

marido descuartizado, con manchas de sangre seca esparcidas por toda la piel morada, eso allí donde queda piel. Pero para lo que nadie está preparado de verdad es para que a un dolor así, tan seco, tan áspero, tan rotundo, se le sume la sorpresa.

Se ve al hombre descorriendo el cajón, una gran sábana blanca que cubre la superficie abultada. Se escucha al policía diciendo tranquila, tranquila. Se ve el cuerpo de la mujer que se encoge, que se hace pequeña sobre sí misma como esperando un golpe inevitable. Se ve al hombre de la bata blanca descubriendo parte del cuerpo y diciendo: ve, señora. Esto es lo que no nos explicamos. Sobre el pecho ulcerado del hombre, las dos extremidades superiores convergen en las manos, que están superpuestas una sobre la otra. Una de ellas tiene el meñique doblado, como metido hacia dentro, deformado por un golpe. La otra está muy sucia de sangre. Pero la que permanece inmaculada, solo a un palmo de las otras dos, a la altura del estómago del cadáver, es la tercera mano. Una mano blanca, cortada de cuajo, mucho más fina, incluso hermosa por el contraste con el cuerpo destrozado del hombre.

La mujer se derrumba. Se escucha un grito.

Maleza

Ya se retira el sol y los hombres acechan.

Radio Futura, *El tonto Simón*

Al final es la sangre. Pero antes hay hebras de luz, a esas hebras les gusta entremezclarse con el cabello rubio, arrancándoles destellos de trigo enfurecido, como llamaradas salvajes. Ni los gritos de los bañistas ni el olor a césped y a cloro pueden arrebatarse a Nolito la potencia de esa visión, el pelo rubio de la niña dorándose al sol de la tarde de septiembre, más abajo la piel morena de su rostro, en el centro sus ojos azules, como pescados del fondo de la piscina.

—¿Qué miras, Nolito?

Le pueden sus ojos y su forma de correr, como el tallo delgado de una flor, la melena ardiendo, el cuerpo cubierto a medias por el bikini de color verde fluorescente que le hace aún más morena la piel. La niña corre porque el hermano la persigue, y las tijeras de sus nalgas recortan como volando el poco terreno que la separa del agua en lo que dura un segundo. Nolito, por dentro, se enciende, porque en sus cascos suena *Billie Jean*, y ya no se puede subir más el volumen, como a él le gustaría, porque la combinación es perfecta, Jacko, Sonia, la piscina, y una tirolina de saliva espesa descende

desde sus labios hasta el anagrama del polo corporativo, el polo de IS, Integra Services, Servicios para la Discapacidad. Ahora un cuerpo se interpone en su visión, es un cuerpo con ojos y unos labios que se mueven, modelando unas palabras que Michael Jackson mantiene amordazadas por el MP4.

—¿Qué te pasa, Nolito? —Es Adrián el socorrista quien le habla y le sonrío, quien le retira por momentos el casco de su oreja derecha y le advierte que lleva la bolsa de basura abierta, que sin querer está dejando que todos los envoltorios caigan afuera.

Nolito detiene la canción y es como un chasquido, como los dedos del hipnotista que lo devuelven a la realidad de súbito. Enseguida se encoge, es lo que hace siempre, como encajando un golpe invisible, y bate muy rápido la mandíbula, arriba y abajo: un muñeco articulado con los muelles rotos.

La niña ha desaparecido bajo el agua, se sumerge en la espesura de brazos y piernas de la piscina confundida entre los cuerpos del resto de los bañistas, la mayoría viejas y gordas como la tía Felisa.

—Michael Jackson era mariquita, Nolito.

—Tu puta mae.

El socorrista le palmea el hombro, tan fuerte que está a punto de arrancarle el rastrillo de jardinería de las manos. Se carcajea, exhibiendo su ristra de dientes blancos y perfectos, y su compañero, uno de los jóvenes vecinos que siempre lo acompañan, secunda la carcajada. Nolito, como siempre, sonrío sin entender el chiste, la liana de baba todavía extendida bajo su labio, jugando a la comba con su camiseta.

—Tu puta mae tu puta mae tu puta mae.

Después del trigo ardiendo, después de las nalgas recias y los ojos de azul piscina de la niña Sonia, lo que más le gusta a Nolito de Miraeste es el momento del bocadillo. La tía Felisa no es buena, la tía Felisa pega y grita y cristales triturados y olor a merluza podrida, pero hace los mejores bocatas, porque aunque el pan a veces está chicloso y parece como si la propia tía se lo hubiera arrancado de sus cartucheras grumosas, así, con bultos blandos, por dentro siempre va bien servido de mortadela con aceitunas, como mínimo tres rodajas, por no hablar del toque único de la margarina salada, solo una pasada, una ligerísima capa, lo justo para notar el sabor adherido a la miga.

A Nolito le gusta comer el bocadillo solo, sin música, en silencio, es el mejor momento de la jornada. Cuando la lengua entra en contacto con una de las pequeñas rodajas de aceituna hay como un cosquilleo, como un picor, y ese picor diminuto acaba explotando en la boca, mucho más potente que los Peta Zetas que habitualmente compra y que crepitan en su paladar como si hiciesen palomitas, mucho más juguetón que las gotas de rocío cuando le salpican por la mañana la cara mientras va a Miraeste en bici. Por eso Nolito

sonríe, y el sonido de su propia sonrisa le hace compañía, y la vecina que acaba de atravesar el parque y cruzarse con él también sonríe y comenta:

—Bien te veo, Nolito.

Pero aún queda mucho por hacer. Hasta las dos todavía tiene que limpiar el soportal de los bloques, barrer el garaje y sobre todo subir las bombonas a los vecinos. Es lo que menos le gusta, lo de las bombonas, cuesta trabajo y se suda y después duelen los brazos. Se lo ha dicho a Nadal, que él sepa eso no entra en las labores de mantenimiento y la jardinería, pero el coordinador siempre le responde lo mismo: venga, Nolito, que no te cuesta, así tienes a los vecinos comiendo de tu mano. Lo que él no sabe es que hay vecinos raros, y no lo dice tanto por el viejo Gavilán o por los estúpidos hijos de la señora Amelia, sino sobre todo por la señora Patro, por lo que hace, por el nido negro. Además, entonces para qué está Dimas.

Ahí viene, precisamente, el Dimas. Lo peor, un malasangre, junto con la tía Felisa de por la noche es lo único que le hace llorar de verdad, pero este no de miedo, sino de rabia, de ganas de romper cosas, de ganas de estrujar.

—Qué pasa, tonto. —El olor a vino dulce, sus ojos sanguinolentos, el tintineo del medio centenar de llaves en el mosquetón de su cintura—. Venga, tonto, dame un cachito.

El desayuno, en esos casos, siempre acaba igual: Nolito se levanta apresurado y echa a andar, protegiendo su pieza envuelta en papel aluminio como a un recién nacido en una mañana de lluvia.

—Tu puta mae tu puta mae tu puta mae.



Lo bueno de las bombonas es que son solo los jueves. Y que hay cada vez más vecinos que se han pasado al gas natural. Pero los viejos no. A pesar de que les sobra el dinero, y de que cuando vienen los nietos siempre les sueltan billetes, así, en la piscina, o en el parque, para que todo el mundo los vea; a pesar de que ellas se bañan con sus colgantes de oro, y con tanto peso les cuesta mantener la cabeza erguida para evitar que se les moje la permanente, o de que ellos piden whisky caro en el bar del club social mientras fuman puros con salacidad, y los ves salir con sus flamantes coches deportivos del garaje; después son cicateros, miserables avaros, prefieren llevar a rajatabla la contabilidad de lo que se gastan en butano midiendo con cuentagotas el alcance de cada bombona. Muy pocos son los que le dejan a Nolito una propina, ya debe de considerarse bien pagado con lo que su empresa le cobra a la comunidad. Además, eso le viene bien al chaval, deben de pensar, está bien que se mueva y se sienta útil y se deje de escuchar tanta música. Es verdad que no todos son así, la señora Patro no es así, pero en realidad Nolito preferiría que lo fuera. Porque el 3.º D del bloque 4 es siempre el trance peor.

—Pasa, Nolito.

Y Nolito que atraviesa el pasillo dando pequeños y acelerados pasos, ambas manos transportando a pulso la bombona, sabiendo lo que encontrará al cabo: el hueco del lavadero, con todo el frontal ocupado por la enorme jaula abarrotada de pájaros cantarines, de fondo el sonido de la radio, la voz de la locutora o ya directamente alguna melodía encerrada en una tinaja. Y, por supuesto, el vaso con hielo y limonada, su vaso, ya servido sobre la encimera de la cocina.

—Cómo estás, Nolito, cariño —pregunta la señora Patro, que como siempre luce su camisón de raso de color violeta, con sus dibujos de abanicos chinos, el camisón bien abierto en la zona superior, dejando entrever buena parte de sus amplios y arrugados senos, incluidas las areolas. Esas areolas que siempre, inevitablemente, le recuerdan a la mortadela de su bocata, y que en cierto modo resultan incoherentes con la textura de patata vieja de su piel, porque sus pezones se afilan bajo el satén como dos pendones, como los nudos de dos globos arrumbados al final de una fiesta.

Nolito bebe la limonada apoyado en la encimera, mientras ella, sentada en un taburete frente a él, lo observa con entusiasmo, contagiada por la voracidad con la que el tonto engulle la bebida hasta que sus dientes chocan con el hielo.

Los pájaros cantan vigorosos, los hay de todos los colores y formas, aunque la mayoría parecen canarios y jilgueros. A pesar del perfume con el que doña Patro se ha embadurnado, huele a coliflor cocida, y cuando Nolito devuelve el vaso a la encimera la vieja ya está rebuscando en su monedero. Como de costumbre, extrae varias monedas hasta formar un montoncito, que ya sostiene en la palma de su mano izquierda.

—Toma, aquí la tienes, la propina.

Y es el peor momento: superar los dos metros que lo separan del taburete, no desviar la vista de sus ojos animales, insinuantes, depredadores; por nada del mundo bajar la mirada hasta la cintura, hasta sus piernas escandalosamente abiertas, hasta su nido negro desnudo en el que se intuyen estrías de carne roja, como pájaros tiernos sin plumas que ansían alimento.

Y el tiempo de la bici: la libertad, avanzar por el carril o por el arcén como si volara, como si se deslizara por una lengua de aire, por un *looping* de viento, sintiendo que su cuerpo se eleva, que nada terrenal lo roza. Nada te toca, Nolito, nada te puede hacer daño porque no eres mortal, ahora estás volando como Jacko cuando hace el *moonwalk*, paseando por la luna, dando las buenas tardes a las estrellas. Tu puta mae tu puta mae tu puta mae, cago en tus muertos, mira, niña, toma, cogerlo ahí, una mierda para Nadal, una mierda para Dimas y su nariz colorada y para todas las viejas de Miraeste, menos para la niña Sonia, para la niña no. Jacko es un gánster, coge el palo de billar, después agarra la bola, entonces la aprieta, cuando todos observan en silencio la aprieta, y la bola estalla, como un rosco de azúcar, un torrezno, como la harina con la que la tía Felisa reboza las pijotas, yupin jipa, yupin jipa, esmut criminal. Yupin jipa, tu puta mae, cago en tus muertos, y el viento dándole en la cara, es como si se lavara, como si acabara de despertarse, aunque sean ya las tres de la tarde y haya tráfico y los conductores lleven puesta la careta del cabreo por el hambre y la circulación intensa.

Y así Nolito llega a Balseras, en el puente de hierro que atraviesa la vía del tren ya nota el cansancio, pero es un cansancio satisfecho, no tan eufórico como cuando cogió la bici pero aún risueño. El cuerpo se le viene abajo cuando alcanza El Juncal, la valla de Beltrán Pérez marca el límite, la frontera, una aduana invisible en la que el salvoconducto es el estado de ánimo: alegría al salir por la mañana, sucia tristeza al regresar. Beltrán Pérez Asesor Inmobiliario Casa 2000, y en medio del anuncio su rostro sonriente, algo hinchado, con la corbata roja excesivamente apretada. «Tu aliado inmobiliario» es el eslogan, y al superar la valla es como si todo se desvaneciera, como si la calle se volviera gris y arrugada, por eso las últimas pedaladas son lánguidas, pesadas, lentas.

—¡Ese Nolito!

Los habituales gritos del grupo de chavales de Maspalomas, mejor no acercarse hoy, tiene hambre y ya se le ha subido el sofoco, ni siquiera hace por mirar hacia el quiosco, Cipriano todavía no habrá cerrado e igual podría haberle enseñado alguna de las revistas que le han llegado, pero es jueves y de repente se siente cansado y *Smooth Criminal* ha terminado y prefiere no buscar otro tema porque ya está allí el bloque, las dos ventanas de su piso con el tendedero cruzado que siempre le recuerdan la cara de un Mickey Mouse agotado, las persianas encajadas como pestañas acusando el sopor.

Desde el hueco de la escalera, con la bici ya encadenada en el portal, el bloque es un animal ruidoso. Las paredes de papel son insuficientes para contener tantas palabras, tantos ruidos, tantos sonidos de televisión. Por las rendijas de las puertas se filtra el olor de los pucheros, pero al llegar a su planta quien manda es la tía Felisa y el olor a merluza. Lo abraza, aunque no lo quiera lo lleva pegado a la piel, y ahora, todavía de día, puede sentir que casi le tiene cariño a ese aroma.

—¡Tita, el Nolito!

La tía está al final del pasillo, en la salita de estar, no se levanta cuando Nolito entra porque está concentrada en el anuncio de televenta en la tele, en el temblor de las nalgas de la chica embutida en un minishort que, sonriendo a cámara, está probando las bondades de Invigorate, una verdadera revolución para acabar con las odiosas cartucheras.

—Hola, tita.

—Ya llegaste.

—Invigoreit. Su puta mae.

—Cállate. Y dúchate. Hueles a porquero.

—Invigoreit invigoreit invigoreit.

Es verdad que parecen pájaros, y la piscina, tras los parterres de altas tuyas, una pajarera. Solo que así, tan de mañana, los pájaros aún están tranquilos, no es el mismo revuelo del mediodía. Se oye la voz de Adrián dando instrucciones, la ida a espalda, la vuelta a crol, algunas risas entreveradas con las indicaciones del socorrista, metido a monitor de natación de 11 a 12, antes de que abran la piscina. Enseguida el sonido del agua, los cuerpos chapoteando y convirtiendo la piscina en una enorme cazuela de espuma. Nolito lleva los cascos puestos, pero ahora ha detenido la música y con el pincho de atrapar envoltorios se va acercando hasta la verja que queda junto a la entrada, allí todo está limpio, pero es solo por asomarse y ver a los chavales nadando, especialmente a la niña Sonia. Hoy no lleva su bikini fluorescente, sino el enterizo naranja, y ya está haciendo el largo a crol, no nada demasiado bien aún, de hecho es de las más torpes, si bien es cierto que también es de las más pequeñas y eso se nota. No bucees, Sonia, advierte Adrián, erguido junto a una de las escalerillas, con el silbato plateado colgando de su pecho, y en el agua la niña Sonia hace caso omiso, porque

recorre los últimos metros como un renacuajo.

Ahora que salen de la piscina para tomar las colchonetas, ahora que Adrián ha anunciado los diez minutos finales de juego libre, Nolito puede contemplarla a su antojo: su pelo mojado, sus ojos azules, aún más brillantes por el contacto con el agua, las pecas esparcidas a ambos lados de la nariz, la forma de sonreír como si le diera apuro, como si no se atreviera del todo. Los hombros todavía estrechos, pero que empiezan a esbozar las futuras formas de la pubertad, y su trasero mojado y también escueto, al que el bañador húmedo le crea pequeñas bolsas de aire que son como sarpullidos de la tela.

—Qué, ¿te gusta una niña, Nolito?

Antes de que hablara, con su voz destemplada y manchada de tabaco, Nolito ya ha sabido que venía Dimas. Lo percibió por el olor, ese insufrible aroma dulzón a anís entremezclado con la espesura avinagrada de su sudor. Nolito mueve la mandíbula sin proferir palabra, levanta uno y otro pie como si un chicle se le hubiera pegado a las suelas, un sonido de sordomudo pidiendo auxilio se ahoga en su garganta.

—Si vas a quitarme el pan, tontito, tendrás que esforzarte mucho más. — Dimas acaba de encender un cigarrillo, el olor del tabaco negro se superpone al del aguardiente y destila un tufo aún más profundo a bodega.

—Me voy. Tus muertos. Me voy. —Nolito se aleja de la verja como espantando avispa.

Acaba de llegar de la calle. Aún no se le ha bajado la hinchazón, porque Cipriano, que ya estaba casi cerrando, le dijo ven, ven, Nolito, y cuando el tonto se acercó a la puerta lateral, el quiosquero miró a uno y otro lado, como un ladrón, como un cazador furtivo, antes de tomar la revista. Pasó las páginas rápido hasta que llegó a la doble central, donde una rubia metida en carnes exhibía sus entrañas desparramada sobre un sofá. Todo a su alrededor estaba lleno de penes erectos, eran cuerpos de hombres, pero de algún modo la imagen conseguía aislar los miembros otorgándoles cierta potencia simbólica: penes en las manos, penes a ambos lados de la boca, penes sobre la cabeza, junto al desmesurado bivalvo de la entrepierna, incluso en las plantas de los pies. Esta te coge y te deja seco, Nolito, te mata en una noche, había susurrado el quiosquero, y cuando estaba entrando en casa la imagen de la corpulenta araña rubia seguía allí, en torno a su glande palpitante, escociéndole, doliéndole. No podía hacer nada contra ello, por eso entró en la cocina refregándose el miembro abotargado por encima del pantalón del chándal.



—¡Tita, el Nolito!

La tía Felisa acababa de hacer la cena, tortilla francesa con guarnición de judías, pero estaba nerviosa, llevaba todo el día nerviosa, Nolito lo supo a la hora del bocadillo, cuando comprobó que se había olvidado de untarle la margarina, y lo supo más todavía a mediodía, cuando llegó a casa y volvió a verla con el sagrario entre las manos, susurrando de forma frenética su retahíla, la cabeza adelante y atrás, el índice y el pulgar amasando desquiciados una cuenta del rosario con ansia de pasar a la siguiente. Y está seguro ahora, su puta mae, cuando la tía se da la vuelta y lo caza sobándose el incómodo bulto de la entrepierna, y dice qué haces, mala bestia, qué estás haciendo, demonio, por dios santo, clavos de Cristo, y con el impropio vigor que derrocha en esas ocasiones se abalanza sobre Nolito y lo empuja y abre la mano y le da como puede una tragantada, mientras Nolito se encoge y dice ay, tita, no, tita, ay. Me vas a matar, mala bestia, demonio, animal, y Nolito ha aprendido a reaccionar a fuerza de costumbre, su metro ochenta se encoge y se hace bola como una cochinilla de la humedad en el recibidor del piso, se tapa los oídos y esconde la cara, y así todos los esfínteres de su cuerpo, todas las zonas blandas, quedan a resguardo. Sabe que viene el ataque, un tropel de golpes de los que Nolito se protege cerrando los ojos y gritando ay, ay. Jacko, por supuesto, es de gran ayuda. Porque cuando todo está oscuro se abre una puerta y detrás, en medio de una humareda luminosa, está su figura, con su brillante traje de lentejuelas doradas, su guante blanco y el pelo ensortijado descendiendo en tirabuzones por su frente. Y así Nolito desaparece, se hace invisible, levita sobre el descansillo y sobre el edificio y abre la puerta y se aferra a la mano enguantada y a la voz que le dice tranquilo, Nolito, no tengas miedo, estás conmigo.

Amanece lluvioso y hoy nadie viene a la piscina, y Adrián permanece resguardado bajo el techado de juncos de la terraza. Apenas hay gente salvo un par de chavales, los que habitualmente acompañan al socorrista, que también holgazanean bajo el tejadillo. Cae la lluvia en la piscina de forma suave, picoteando su superficie azul y describiendo pequeñas ondas, un barrunto del cambio de estación que está por venir. Nolito también ha amanecido nublado, todo empezó mal por la mañana porque la tía tenía esa mirada de anoche, la mirada con la que, después de los golpes, lo observaba comer la tortilla, y sobre todo la mirada que entreveía como dos pellizcos brillantes en la penumbra de su habitación a oscuras, ya a la hora de dormir, mientras la tía le apretaba la mano y susurraba sus oraciones, padrenuestro que estás en los cielos, bendito es el fruto de tu vientre. Esto nos va a salvar, esto te va a salvar, reza conmigo, Nolito, y en la oscuridad solo el tacto de la piel áspera de sus dedos y sobre todo las dos llamas. Las dos llamas seguían intactas esta mañana, posadas en su cara arrugada, cuando le extendió el bulto envuelto en papel de aluminio. Hoy no me olvidé de la manteca, toma,

y a continuación una caricia, un torpe manotazo sobre la cabeza, ante el que Nolito inevitablemente se encoge. Para acabar de rematar la mañana, el cielo está gris, y cuando por fin sale a la intemperie se da cuenta de que ha empezado a llover, por eso vuelve a encadenar la bici y decide ir en autobús. Nolito odia los días nublados porque el gris se le sube a la cabeza a la gente y todo el mundo se desenvuelve con mal humor, dices hola y nadie te responde, el conductor del autobús te ignora y cuando tomas sitio en el asiento de al lado la señora se encoge y se abraza a su bolso como si Nolito fuera a robárselo. Como no cogió paraguas, cuando por fin llega a Miraeste, después de atravesar las dos calles que lo separan de la parada, es como si se hubiera bañado en la piscina. Suerte que tiene una muda en la portería, pero eso implica tener que hablar con Dimas, y la mañana sigue su tendencia fea, porque el portero se ríe, le dice qué pasa, tonto, en qué charco te has bañado, y cuando se va a cambiar permanece en el umbral, venga, tonto, vamos a ver cuánto calzas, a ver si estás a la altura del mito de tu especie. En ese momento pasa algún vecino, por eso Dimas no ofrece resistencia cuando Nolito cierra la portería de un portazo. Guarda la ropa mojada en una bolsa y se conforma con la muda, eso lo pone nervioso, porque en IS Integra Services el polo corporativo es obligatorio, si ahora viniera Nadal a verlo tendría un problema, tendría que explicar demasiado y él hoy no quiere hablar. Solo desea que el día pase cuanto antes, y que otra vez abra los ojos y sea mañana pero no haya lluvia y la piscina no sea un trasunto sucio del cielo negro sino lo que todos los días de verano ha sido, un jardín alegre, colorido, bullicioso.

—¡Ven, Nolito! —Debajo de la zona cubierta, Adrián permanece sentado en una de las sillas de plástico, sobándose los dedos del pie izquierdo con la pierna totalmente replegada. A uno y otro lado, los dos vecinos jóvenes sonrían mientras el tonto se acerca.

—Qué pasa.

—Hazle a esta gente el baile, anda.

La primera reacción es negarse. Decir tu puta mae tu puta mae tu puta mae. Pero el socorrista insiste, dice joder, Nolito, venga, coño, y los otros dos también dicen venga, solo un poco, y es verdad que no hay nadie en la piscina y que el suelo de esta parte se ha mojado y es muy deslizante y que

lleva los cascos en el cuello y que cuando llegó pingando a Miraeste la canción que estaba comenzando era *Thriller*. Así que de repente todo se pone de cara para que la desabrida piscina se convierta en un escenario. Es pulsar el play, es soltar la escoba y todo parece transformarse: las finas gotas de lluvia, en confeti; Adrián y los dos vecinos, en *groupies*; las sombrillas, en el cuerpo de baile; y él, cómo no, en Jacko. Los dos jóvenes se codean, y aún tarda en estallar la carcajada, el llanto furibundo, pero cuando ocurre, cuando uno de los jóvenes se cae incluso de la silla y golpea de rodillas el plástico del asiento, incapaz de contener el ataque, ya da igual, porque Nolito no es Nolito, es una máquina de baile, una peonza salvaje, un cuerpo electrizado por las vueltas, el protagonista del videoclip, al que nada ni nadie le pueden perturbar, ni siquiera la voz áspera y maléfica de Vincent Price cuando el tema está finalizando, ni siquiera su carcajada final.

Huele como a semillería, o más bien a tienda de animales, pero a semillería húmeda, a tienda de animales a punto de echar el cierre después de un largo día. Es un olor ácido, denso, excesivamente sazonado de aromas que resulta imposible identificar pero que se asocian con desechos, con restos de alimento, con detritus. Es mucho peor cuando el viejo abre la puerta porque todo el hedor se expande por la planta, se desparrama vigoroso y enfurecido, con deseos de arrojarse desde el hueco de la escalera como si necesitara volar libre. Es un latigazo que Nolito combate llevándose dos dedos a la nariz sin ningún recato.

—Peste huele.

—Ay, las cañerías, Nolito.

Conforme avanza por el pasillo, el olor parece más bien de carnicería. El pasillo está abarrotado de cajas, montículos de ropa, cacharros polvorientos, revistas viejas. Al echar un ligero vistazo a la cocina, que queda a la izquierda, solo tiene ocasión de identificar una montaña de platos, ollas y sartenes sucias agolpadas en el fregadero. Todo es poco en comparación con

lo que se encuentra en el salón: un bosque infranqueable de basuras, un vertedero de interior, que se levanta hasta prácticamente el techo, tapando casi completamente el acceso al balcón.

—Los tuvo anoche. —El viejo Gavilán se detiene en el salón, junto a la puerta que conduce al pasillo interior. Tiene la camisa del pijama abierta, mostrando su arrugado pecho anciano—. Se ve que la habrá cogido algún macho y yo no me he dado cuenta. Es muy guarra, la *Diamantina*. Ven, pasa.

En el pasillo que conduce a las habitaciones, todo está oscuro. El viejo tiene las persianas echadas. Al fondo se reconoce la cama de la habitación que un día fue de matrimonio, hasta que su mujer —eso fue hace más de una década— muriera en un accidente de tráfico. Pero ellos no van a esa habitación, sino a la que queda a la derecha, que en otro tiempo debió de ser un despacho.

—Está oscura porque no he podido cambiar la bombilla. Pero con la linterna se ve todo perfecto.

El olor a carnicería es aquí más liviano. En esta habitación huele más bien a carne joven, a leche, a placenta.

—Míralos, ¿ves? Acércate, Nolito.

Allí los tiene, debajo de la mesa, rodeados de cachivaches irreconocibles. Un cojín enorme de color estampado y con manchas oscuras, que debió de ser el asiento de un sillón, sirve de colchón para la gata y cinco gatos recién nacidos. Cinco pequeñas bolas sonrosadas y ligeramente peludas en movimiento, bultos que parecen nacer del torso de la gata, como quistes deformes, mientras ella observa con fijeza la luz.

—Estos son, Nolito, estos son los gatos. A ver cómo lo hacemos. Pero yo no quiero que me des nada: lo que saques, limpio para ti.

Los bultos se mueven bajo el vientre de la madre. Nolito identifica la pata de uno de los cachorros: es una pata diminuta, con los dedos perfectamente perfilados, como los de una rata.

—Voy a pensarlo, Gavilán.

Los ojos de la gata, al reflejo de la linterna, parecen de cristal hueco. Son como canicas castañas, como un minal extraordinario hallado en una recóndita cueva.

—Lo pienso, Gavilán.

Debió de haberlo imaginado, su puta mae su puta mae su puta mae, debió de haberlo intuido cuando por la mañana pasó por la portería, y también por los gestos y comentarios del portero a la hora del bocadillo. Come, tonto, come, que todavía te queda tarea, le dijo, mientras él masticaba en silencio, y a continuación pasó Mercedes, la del bloque 1, que venía cargada con dos bolsas del supermercado, y el tono de Dimas varió radicalmente. ¿Le llevo las bolsas, Mercedes?, preguntó adoptando un aire servil, con el cuerpo inclinado y solícito, pero la vecina declinó la propuesta, no es nada, Dimas, me viene bien un poco de ejercicio. Al instante el portero cambió otra vez el semblante, se encogió de hombros, escupió sonoramente y siguió mirando a Nolito.

—Venga, tonto, come. Come, idiota, venga.

Nadal, cada vez que lo visitaba, intentaba tranquilizarlo. Un día, Nolito incluso había salido de la urbanización y había llamado al móvil a su coordinador. Que el portero le estaba haciendo la vida imposible, que ya no podía más, que mandara a otra persona. Pero Nadal sabía cómo llevarlo. Vamos, Manuel, tranquilo, está nervioso porque lo estás haciendo muy bien y



ve que su culo peligra. Pero estate tranquilo, el otro día hablé con el administrador de la finca y me aseguró que lo tienen claro, que en la próxima reunión de la comunidad van a tomar la decisión de externalizar totalmente el servicio con nosotros. Se acabó Dimas, Manuel, tiene los días contados. Pero no digas nada, eh, es nuestro secreto. *Top secret*, Manuel.

Después del bocadillo, menos mal, no tuvo que verle la cara al portero durante un rato. Ahora que había dejado definitivamente de llover, Nolito se dedicó a retirar con la manguera el barro adherido al porche. Y cuando estaba arrancando la mala hierba del perímetro del parque infantil, la vio aparecer. Venía con su hermano Nacho y con otra vecina. Llevaba chanclas rosas y un pantalón corto, también rosa, que dejaba al descubierto sus largas y morenas piernas. Rosa era también el corazón que ocupaba la parte central de su camiseta blanca de tirantes.

—¡El suelo es lava! —gritó Nacho, y el niño y las dos niñas echaron a correr. En el patio completamente mojado buscaron una altura para evitar el suelo ardiente: Sonia eligió uno de los balancines con muelle, el que tiene forma de elefante; Nacho, la parte superior del tobogán; la amiga, un columpio.

—¡Nolito! —Escuchar su nombre en boca de la niña Sonia fue como un abrazo inesperado—. ¡Corre! ¡Que el suelo es lava!

Así que Nolito tiró las tijeras de la poda y corrió. Corrió tan rápido que, al saltar sobre el tubo del pequeño castillo infantil, con el suelo mojado por la lluvia, estuvo a punto de resbalarse y toda la estructura tembló. Le faltó muy poco para caer al suelo, sin embargo, se aferró con ganas al tubo, con una pose fruncida, como si intentara mantener el equilibrio sobre un toro mecánico. Bien, Nolito, bien, jaleó la amiga de Sonia, y escuchó a Sonia sonreír, y ese instante acabó de alegrarle la mañana. Enseguida apareció Charo, la madre de Sonia, que llevaba a los tres niños a hacer la compra, y cuando Sonia se dio la vuelta y lo miró, despidiéndose de él con la mano extendida, no pudo evitar que le temblaran las piernas.

Pero debió de haberlo imaginado, cagon sus muertos, tu puta mae, desde primera hora debió de suponer que algo así ocurriría. Porque cuando terminó la mañana y aún se relamía por el recuerdo de Sonia, al entrar en la portería

se encontró con que el polo corporativo de IS Integra Services, que había dejado metido en una bolsa a primera hora, se había convertido en un trapo viejo. El cuello estaba completamente desgarrado, y una de las mangas había sido arrancada: solo se mantenía unida al polo por una mínima costura. En la zona del pecho, dos desmesurados sajones, como dos bocas, dejaban ver la tela trasera del polo, la única parte que se había salvado de la escaramuza.

Tuvo ganas de llorar, de pegar, de arañarse. Se conformó con gritar bien fuerte. El grito le salió muy corto, más bien como un ruidoso suspiro, como un berrido de animal, la palabra entrecortada que uno profiere en mitad de un mal sueño.

No lo puede evitar: es comenzar la misa y venirle las ganas de reír. Su mente entumecida sería incapaz de precisar el motivo, aunque es probable que se deba al afán de solemnidad, precisamente a la ausencia total de humor, a la tristeza que Nolito identifica en los rostros de los feligreses, la mayoría de ellos ya viejos, mientras siguen con hieratismo la ceremonia en el altar. Pero de todo, lo que más risa le provoca son los rezos, cuando observa a la tía Felisa o a otro compañero de bancada mientras susurra la oración y los labios se mueven secundando la jaculatoria del párroco. Algunas veces quien reza tiene un tono destemplado, excesivamente agudo o sorprendentemente grave, y entonces Nolito no puede aguantar la risa, aprieta los dientes y la carcajada se apodera de su garganta pretendiendo saltar fuera. Siempre sale, al final siempre lo consigue, por más que Nolito recurra a imágenes graves para evitarlo, los golpes de la tía Felisa, los cristales triturados en su espalda, cuando Dimas pretende quitarle el bocadillo, nada es suficiente para contener el caudal de las carcajadas, afloran por sus comisuras, hacen que la garganta tiemble sola y los ojos se le llenen de lágrimas. Entonces la tía Felisa lo

reprende con la mirada, o bien le zarandea el brazo con fuerza, y por fin consigue domeñar los ataques hacia el momento del sermón, cuando todo el protagonismo es para el párroco y sus incomprensibles palabras. Solo vuelve a producirse un momento crítico tras la comunión, cuando todos regresan de recibir la sagrada forma, se arrodillan, cruzan las manos, cierran los ojos y el párroco se dedica a limpiar el cáliz con su pañuelo de tela blanco tras apurar el vino, en ese punto algunos feligreses mueven la boca, y afuera se escuchan los pájaros y algún pitido lejano de coche e incluso alguna vez se ha oído el altavoz del camión del tapicero. Ahí la carcajada irrumpe otra vez en su garganta, hasta que el cura rompe el maleficio diciendo oremos y todo por fin está a punto de terminar.

Pero una cosa es reírse, así, sin ser protagonista de nada, y otra bien distinta estar allí, en la casa parroquial, solos con el cura, el padre Ramiro, cuando ya la misa ha concluido, la iglesia se ha quedado vacía y solo están ellos allí dentro, en la oficina, y el padre Ramiro ya no lleva ni casulla ni estola ni tampoco alzacuellos, sino una camisa corta a cuadros y lo está mirando con atención detrás de sus gafas mientras la tía Felisa habla. Allí no cabe la risa, ni siquiera tiene ganas porque está claro que hablan de él, que la tía Felisa se está refiriendo a él cuando dice:

—Hay que ayudarlo, el señor tiene que ayudarme con esto.

Y la tía habla de su hermana, que fue la madre de Nolito, le cuenta esas cosas que él ya ha escuchado decenas de veces, una pobre mujer, un gran corazón pero un corazón perdido, irresponsable, que cometió errores que todavía, allá donde esté, estará pagando. Bala perdida, otra vez esa expresión, bala perdida, que Nolito ha oído constantemente asociada a su madre, de la que solo conserva un par de fotos y los recuerdos purulentos de su hermana. Del padre nada se sabe, en realidad nunca se supo. Pudo ser, quién sabe, un pobre imbécil como él.

—Pero él es bueno, padre Ramiro, no quiero que también se descarríe, hay que salvarlo.

El padre Ramiro está pensando. Tiene una mirada beatífica, teatralmente beatífica, pero a Nolito le desagradan sus dedos: son dedos demasiado finos, con las uñas muy cuidadas, como de mujer.

—¿Te gusta la parroquia, Nolito? —pregunta, y él, antes de contestar, observa a su tía, que también lo mira sonriente, y esa sonrisa es toda una sorpresa, porque debe ser la primera vez en su vida que la ve sonreír así, en verdad es como un dibujo de sonrisa, como si se hubiera colocado la fotografía de una sonrisa sobre la barbilla.

—Sí, sí —contesta finalmente—. Me gusta me gusta me gusta.

Pues eso está muy bien, prosigue el cura. Porque Nolito puede ayudar mucho aquí dentro, ofreciendo sus servicios a la parroquia. Siempre hay algo que hacer, con la jardinería nunca se termina, ya veis cómo está esta sala, un desastre, pero yo solo no puedo, y hay cosas que a los voluntarios que tengo, algunos demasiado pequeños, no les puedo pedir. Así que, si Nolito no tiene inconveniente, puede venir dos tardes por semana y ayudar a sacar esto adelante, esa ayuda a la comunidad no va a pasar desapercibida ante el señor, créame, Felisa.

Después de que la tía se deshaga en aspavientos ante el cura, incluyendo un beso en la mano que el padre Ramiro abrevia azorado, por fin abandonan la casa parroquial. En la iglesia, Felisa se vuelve hacia el altar y se detiene para santiguarse, mientras que Nolito atraviesa acelerado las hileras de bancas camino de la salida. Por fin está afuera, en el jardín de entrada, donde efectivamente hay mucho trabajo por hacer con los arriates. Tres niños, de unos nueve o diez años, están jugando al pillapilla. Llevan libros de catequesis bajo el brazo, pero eso es lo único que los conecta con lo de dentro. Porque dentro todo es oscuro y serio y solemne, pero aquí, con los niños gritando, corriendo y sudando, parece otro mundo, es otro mundo. Uno de los niños *la lleva*, y tiene medio arrinconado a otro. Los dos niños se miran, se estudian, están quietos, pero por fin el niño arrinconado echa a correr. El perseguidor no lo atrapa, porque el niño parece volar, y eso a Nolito lo hace sonreír, pero es una risa distinta a la de dentro, más simple, menos rebuscada, más feliz. Por eso Nolito aplaude, moviendo los pies nervioso, con las dos palabras sobrevolando sus oídos como moscas pejugueras.

—Bala perdida bala perdida bala perdida.

La sociedad se enfrenta al reto de la inclusión y la aceptación de la diferencia. Al mismo tiempo, se trata de brindar oportunidades de desarrollo profesional a personas excluidas del sistema por su insuficiente nivel intelectual, que perfectamente pueden acceder a un empleo, asumiendo roles y competencias básicas con las que sentirse integrados y aportar valor a la comunidad. Es lo que lleva haciendo IS Integra Services, centro especial de empleo de referencia, certificado en calidad por la ISO 9001, entidad miembro de la Asociación Nacional de Centros Especiales de Empleo desde el año 2000, y que en todo este tiempo ha permitido a más de doscientas personas con discapacidad incorporarse con éxito al mercado laboral, y a más de quinientas empresas y organizaciones beneficiarse de sus servicios.

Con tres centros formativos y sede central en Móstoles, IS Integra Services está fuertemente especializada en los ámbitos de la recogida de residuos, la logística y el mantenimiento de espacios, donde se incluye también la limpieza y la jardinería. La mejor garantía de los servicios de *outsourcing*, que IS presta tanto a empresas como a fundaciones,

asociaciones y comunidades de vecinos, son sus empleados, personas que, más allá de sus singularidades, mantienen una fuerte voluntad de servicio y un firme compromiso con los puestos que se les encomiendan. Por su evidente beneficio social, y también por la necesidad de cumplir con las cuotas de integración de personas con discapacidad que exige la ley, IS Integra Services es una alternativa solvente para organizaciones que precisan servicios externalizados, lo que a la larga repercute favorablemente sobre la cuenta de resultados, porque, además de todo lo antedicho, es un centro altamente competitivo, que contribuye sobremanera a aliviar los gastos de la estructura laboral. Aunque, claro, eso provoque fricciones. Así ocurre, sin ir más lejos, en Miraeste. Lástima que Nolito no tuvo luces para guardar el polo corporativo y enseñárselo a Nadal, se lo llevó en la bici y lo arrojó a un contenedor. De lo contrario podría habérselo enseñado hoy y haber rebatido así a su responsable, en lugar de ofrecer aturdiditas explicaciones, que Nadal es incapaz de poner en pie cuando le recrimina no comparecer en el puesto de trabajo con la vestimenta preceptiva.

—Me la ha roto el hijoputa, su puta mae, con un cuchillo.

—Calma, Manuel.

—Toda rajada, Nadal. Malasangre. Toda rota.

Aun así, Manuel, Nolito, debería haberle llamado de inmediato, y así se habría abierto un parte de incidencias, de este modo habríamos tenido la oportunidad de presentarnos con una prueba firme ante la comunidad, eso habría acelerado nuestra definitiva implantación aquí, en Miraeste. Cualquier cosa, Manuel, tienes que decírmela, y sobre todo no tomar decisiones por tu cuenta. Entiendes.

—¿Entiendes, Manuel?

—Ese hijoputa. Su puta mae.

—¿Entiendes?

Hoy mismo, al acabar la jornada, tendrá disponible un nuevo polo corporativo en su centro de coordinación. Hay que cuidar la imagen, Manuel, es importante no solo ser buenos en lo que hacemos, sino también parecerlo. Respecto al portero, déjalo estar, aléjate de él e intenta que el roce sea el mínimo posible. Todo va por buen camino, dejemos que suceda solo.

—¿Entiendes, Manuel?

—Entiendo.



—Eso cómo se juega.

Es muy sencillo, Nolito, se hacen dos grupos, de la raya para acá, un grupo, de la raya para allá, otro. El grupo que no tiene la pelota tiene que quedarse quieto, y entonces uno del otro equipo tira la pelota. Si no le da a nadie, al revés, el otro equipo tira y los otros se ponen en fila. Quietos, no vale moverse. Como un paredón.

—Paredón paredón paredón. Invigoreit.

Y Nolito tira con fuerza la pelota, pero la lanza demasiado fuerte, y los niños de la señora Amelia se ríen, dicen no seas bestia, pero él solo tiene ojos para la niña Sonia. De hecho su pelota no le da a nadie, pero en lugar de correr hacia atrás se queda allí petrificado, porque quien coge la pelota es Sonia, que lleva una camiseta de manga corta de color rojo con unas flores en el pecho y el pelo recogido en un moño con una gomilla que también es roja. Sonia coge la pelota y no le cuesta hacer diana porque Nolito es el más corpulento y grueso del equipo. La pelota le da en el brazo y él dice uy, como si doliese mucho aunque en realidad no duela nada, pero él finge de forma

exagerada y Sonia sonríe y dice ;eliminado, Nolito!

Y ah ı viene lo mejor: poder seguir con la mirada los movimientos de Sonia, su forma de correr, la manera en que se ajusta la cola en la cabeza tensando los brazos desnudos. Enseguida se aburren del paredón, y ahora van a jugar a otra cosa, pero Nolito no juega, porque todavía tiene que cortar el c sper, aunque todavía se queda all ı unos minutos, porque el hermano de Sonia se ha ido, y los estúpidos niños de la señora Amelia también, pero en su lugar hay otras dos niñas, una de ellas ha traído una comba y las tres empiezan a saltar. Nolito podría estar toda la vida all ı, asomado a la valla, viendo cómo la niña Sonia brinca sobre la comba, toda sudorosa y feliz, cada vez más rápido, mientras las otras dos cantan. Al pasar la barca, me dijo el barquero, las niñas bonitas, no pagan dinero, cantan, y mientras salta, Sonia lo mira y Nolito mira a Sonia y su sonrisa es como un pellizco, pero no un pellizco malo de los de la tía Felisa, sino la cosquilla más agradable del mundo, la caricia más bonita sobre la faz de la tierra.

Qué hay en la cabeza de un tonto. Qué pensamientos, qué desvelos, qué sueños. Cómo sienten el frío de las gotas de lluvia cuando tienen la boca abierta y el agua les salpica la lengua. Nadie comprende los circuitos internos de un tonto, la manera en que se dispone el cableado para activar toda la maquinaria de acción y pensamiento. Pero lo más incomprensible es de dónde sacan la capacidad para soportar el dolor. Es una muestra de la evolución humana, un rasgo biológico de la supervivencia de la especie: el modo en que los tontos toleran los golpes, sonriendo, incluso felices.

En IS Integra Services ninguno es un número. Gracias al trabajo de los diferentes, han levantado un proyecto que es un orgullo dentro de su zona de influencia. Una iniciativa modélica en el cuarto sector, tremendamente audaz e innovadora: socialmente comprometida, económicamente responsable, feliz. Ahora el nombre de Integra Services aparece bien grande en las páginas webs y en las memorias de responsabilidad social corporativa de las empresas que demandan sus servicios. Nunca les piden fotos de las sedes, nada de fotos de oficinas: quieren imágenes de los empleados, las personas con deficiencia

en sus puestos de trabajo, en las faenas de jardinería, en labores de embalado. Porque quedan muy bien en la sección de Compromiso Social pero no solo por su aspecto, no solo porque habitualmente se les nota un aire idiota, sino por la sonrisa. El empleado de IS siempre sonríe, sonríe al subir al escenario para recibir, en representación de la entidad, el Premio al Mejor Proyecto Social otorgado por la Confederación Empresarial; sonríe al saludar al consejero del ramo en su visita al nuevo centro social de la empresa; al llegar al trabajo y al marcharse, al recibir las propinas, al encajar una broma que no entiende, al escuchar un insulto. Porque IS Integra Services es la felicidad, la reparación oficializada de la mala conciencia, la caridad que no es caridad porque hay una aportación de fuerza de trabajo y de recursos que en la mayoría de los casos es eficiente. El sueño del empleado feliz transformado en realidad. Porque nadie quiere salir por la mañana del bloque y encontrarse una mala cara, le basta con la suya propia: y Nolito, cuando un vecino pasa, siempre da los buenos días y, además, como suele llevar música puesta, en realidad los grita, y los buenos días se escuchan en prácticamente toda la urbanización. Y el vecino que en ese momento está reclinado en el váter, antes de afeitarse y de prepararse para la fastidiosa jornada laboral, escucha el buenos días atronador que se cuele por la ventana del aseo y sonríe, ya está el idiota dando los buenos días, piensa, qué infeliz, piensa, pobre retrasado, y por un momento, antes de tirar de la cisterna, cavila si eso en realidad no sería mejor, si él mismo no sería más feliz siendo un completo idiota. Buenos días, resuena en los bloques, y cuando no pasa nadie, quizá un grito agudo y todos saben que no ocurre nada, que es el tonto celebrando la música, a los niños les encanta sorprenderlo moviéndose, tocándose la bragueta, agitando las manos, como hace el cantante negro que murió hace algunos años y que siguen poniendo de vez en cuando por la radio.

Qué hay en la cabeza de un tonto si no es felicidad. Es más sencillo y llevadero pensarlo así, no pensar que cuando el tonto abre la boca puede que la gota de lluvia le sepa a barro, no profundizar en que, como la nuestra, la cabeza del tonto también está llena de sangre. Que los tontos sangran.

Es una mano robusta, compacta, acostumbrada a chocar.

—Estamos muy contentos, Nolito.

También su rostro es así: enérgico, sin ningún asomo de duda. Tiene aspecto de jefe, piensa Nolito, su apariencia es totalmente acorde con su cargo. Además, para que no haya dudas, se llama Marcial.

—Muchas gracias, señor. —Es lo que suele pasarle a Nolito: cuando da la mano, no sabe exactamente cuándo terminar, le pone nervioso que el trance dure demasiado, así que nunca es él quien acaba, siempre es el otro. Pero Marcial, el presidente de la comunidad, sabe cómo zanjarlo, su manera de saludar es tan recia como su propia mano: un fuerte y breve apretón, y enseguida abandonar el contacto.

—Tengo que hablar con tu empresa —dice, y ahora se ha quitado las gafas. Del bolsillo de su pantalón ha sacado un pañuelo de tela. El pañuelo es blanco, y al desplegarlo, Nolito descubre que está bordado en una esquina. M.A.B., Marcial Almeida Barea, sus siglas. Con el pañuelo se dedica a limpiar los cristales de las gafas. Después las levanta, las observa al trasluz,

guiñando un ojo—. Estamos pensando algunas cosas, pero antes tenemos que valorarlo internamente. —Vuelve a ponerse las gafas, y ahora lo mira—. ¿Tú estás contento, Nolito?

—Yo muy contento, señor Marcial. Esta urbanización es bonita. Mucho lujo.

Manuel sonríe con discreción, ensayando una carcajada que se queda en un mero tosido.

—Hay de todo, Nolito. Pero a la gente le gusta ver que te implicas.

El presidente de la comunidad tiene un BMW negro deportivo. Es uno de los coches más llamativos del aparcamiento. Cuando sale por la mañana llama la atención, porque es un negro especial, negro perlita, lo llaman. Brilla como si contuviera diminutas perlas, y siempre está limpiísimo. Pero lo más arrebatador es el sonido del motor cuando alguna vez acelera sin meter la marcha, mientras espera que la verja automática de la urbanización se abra. Es un rugido grave, como de gigante. Desde el primer día que llegó a la urbanización ha sido el coche favorito de Nolito. Y cada vez que se cruza con su dueño, da igual el contexto, siempre utiliza el mismo comentario. Es una frase que le hace sentir bien, sagaz, inteligente. A la gente, lo ha comprobado, le hace mucha gracia oírla.

—Qué bonito, el coche —dice—. Yo de mayor quiero ser como usted.

Marcial palmea el brazo del tonto.

—A ver si un día te llevo a dar una vuelta, Nolito. Y me pones la música esa que te gusta.

El presidente echa a andar, y mientras Nolito lo ve alejarse, piensa en ese momento. Pero no bastaría con ser el copiloto, él tendría que conducir. Solo faltaría la niña Sonia para que fuera perfecto: el olor a cuero caro de la cabina, y él conduciendo, en el asiento del copiloto la niña Sonia con su bikini verde fluorescente. Harían el mismo recorrido que él hace cada día en bici, solo que mucho más rápido. A la altura de la explanada, cerca del canalón, donde se reúnen los chavales del barrio, aceleraría fuerte, pero sin meter ninguna marcha, para que escucharan el motor. Le bajaría la ventanilla a la niña Sonia para que ella también saludara, no solo a los chavales, también a Cipriano, el quiosquero. Y esa parte la recorrería muy lentamente,

así, con las ventanillas bajadas, en el equipo de música, muy fuerte, una canción de Jacko. Pero no una de las tristes, no una de la voz fina, sino algo movido, que él pueda seguir con el cuerpo, con la que él pueda bailar dentro de la cabina, para que la niña Sonia le diga qué bien te mueves, eres un mago, eres el Rey, me estás matando, Nolito.

La bolsa huele mal, pero no es por los gatitos. De hecho, mientras los metía se refregó uno de ellos por la cara y olía a leche, a pan tierno, un olor que le recordó a su cama, cuando puede remolonear algo más en las mañanas de domingo. Además estaba calentito y blando, desde luego no olía a mierda como la bolsa de deporte que el viejo había sacado de quién sabe dónde. Probablemente de la inmensa montaña de basura que anegaba el salón. Vino con ella mientras Nolito observaba a las criaturas, cinco en total, todavía sonrosadas y demasiado pequeñas pero ya con algo más de pelo, y por supuesto mucho más achuchables. *Diamantina* vigilaba con recelo el perímetro de los cachorros, con el rabo erguido y ligeramente espigado. Casi todos habían sacado el color de pelo de la madre, a manchas negras y blancas, salvo uno de los cachorros que parecía albino, blanco como la nieve.

—Por estos te dan un buen dinero, seguro, Nolito.

La bolsa, en realidad, estaba nueva: la cremallera corría con fluidez, y la tela de las asas parecía recién sacada de fábrica. Ninguna mancha o desteñido, salvo un ligero descosido en uno de los bolsillos laterales. Lo



único reprochable era el olor, un hedor a orín húmedo, en cierto modo el propio olor de Gavilán, solo que reconcentrado.

La gata maullaba entre los brazos del viejo mientras Nolito maniobraba. Fue rápido y a la vez delicado al introducir los gatos en la bolsa. Antes tuvo incluso el cuidado de acolchar el fondo con papeles arrugados de revistas, para que las criaturas viajaran sobre un suelo mullido. *Diamantina* se revolvió y con sus uñas afiladas arañaba el vacío.

—Ya sabes, Nolito. Lo que saques, para ti.

Como ya era por la tarde —había preferido gestionarlo fuera del horario laboral, para evitar cualquier crítica de los vecinos, y sobre todo para huir del escrutinio de Dimas—, Nolito podía recorrer con tranquilidad la urbanización. Había aún gente en la piscina, aunque por las tardes empezaba a refrescar y muchos niños preferían jugar en el parque o entre los soportales. Nolito estaba eufórico, era imposible que no tuviera éxito, no podía aguantar la sonrisa mientras, en la puerta del bloque, abría la cremallera y sacaba a uno de los gatos. Lo encerró en una mano, y así fue acercándose a los vecinos.

—Mira, mira, gatito.

Enseguida se vio cercado por los niños de la urbanización, todos querían ver a los gatos, acariciar al que Nolito paseaba en la mano. Mira qué cosa más chica, oh, qué gatito más lindo, qué monada, es para comérselo. Algunos adultos también se acercaban, lástima que la mayoría eran cuidadoras, inmigrantes ecuatorianas o dominicanas o peruanas, de sitios que Nolito no podía situar, está bonita la criatura, cuídela nomás, de ahí no sacaría nada porque esas mujeres no tenían capacidad de decisión. También se cruzó con algún propietario, pero más allá de sonreír y algún comentario, del tipo adónde vas con esos animales, no tuvo demasiado éxito. Con los niños sí: cuando llegó al parque, le resultó imposible avanzar porque todos los pequeños se arremolinaban en torno a la bolsa. Así que Nolito la posó en el suelo, abrió la cremallera y dejó que los niños acariciaran a los gatos.

—Cuidado, cuidadito. Mira, mira, gatito.

Era bonito observar las caras de algunos niños, cómo contemplaban maravillados a los cachorros. Sonia entró corriendo en el parque, de hecho Nolito no la vio venir, solo cuando la tuvo detrás, cuando reconoció ese olor

a chicle y lavanda que únicamente podía ser de ella, supo que la niña estaba allí. Oh, qué monería, Nolito, ¿puedo?, preguntó, y Nolito respondió sonriendo, claro, niña Sonia, mira los gatitos, niña Sonia, coge el que quieras. Sonia tomó uno de los gatos, y su hermano pequeño Nacho quería cogerlo también, pero Sonia le gritó y le dijo que esperase. Y ahora todos los mininos estaban fuera de la bolsa, todos estaban en el suelo, rodeados de niños, o bien entre los brazos, y de repente Nolito deseó que el mundo se llenara de gatos y de niños, por eso cambió de plan sobre la marcha.

—Os los regalo. Para vosotros los gatitos —dijo, pero nadie le echó cuenta.

Dos niños habían enfrentado a dos de los cachorros, querían que lucharan. Una niña dejó a un cachorro algo suelto, intentando que caminara. El pobre animal era incapaz, aún era demasiado pequeño. Era el gato blanco, el que parecía albino, que así, solo, en la distancia, parecía más rata que nunca.

—Sonia, ¿te gusta? ¿Te gusta, Sonia?

—Es una preciosidad, Nolito.

—Para ti para siempre, Sonia. Para ti para que lo cuides.

Sonia achuchó a su gato, se lo pegó al pecho, cerró los ojos teatralmente, lo besó, y Nolito no atendía nada más que a sus gestos, no se percató de la maniobra, solo oyó el grito de la niña, al final. Porque un niño había entrado con una pelota en el parque, era un balón de fútbol reglamentario, el balón de la Liga, y el niño había pegado un fuerte chut con la mala fortuna de impactar de lleno contra el gatito blanco, contra el que parecía una rata. Un golpe tan rotundo y letal que había reventado al cachorro, dejándole desparramado en el suelo con la tripa abierta. Nolito escuchó el alarido, agudo y desmesurado, y enseguida los gritos se transformaron en una marea. Cuando se dio la vuelta, la niña que cuidaba de la rata albina había echado a correr y el animal era como una naranja abierta que alguien hubiera pateado con fuerza, con la diferencia de que el reguero de zumo dejado por el fruto era rojo, como un enorme brochazo de sangre que el sol hacía brillar como pintura recién vertida. Sonia dejó a su gato y agarró a su hermano, vamos, Nacho, vamos, no mires, casi todos los niños echaron a correr asustados, y el niño del balón desapareció, solo los más morbosos se acercaron a la pelota de carne, la

miraban a un par de metros de distancia y hacían comentarios. Está reventado, vaya golpe, qué asco, escuchó Nolito, mientras se agachaba para confirmar que no había nada que hacer, que ni siquiera intentaría cogerlo con las manos porque dejaría en el suelo un fragmento de animal. Su puta mae su puta mae su puta mae, cagon mis muertos, de repente se había quedado solo con todos los animales desperdigados, al otro lado de la valla algunos niños observaban su reacción, también algunas de las cuidadoras, que lo miraban atentas. Su puta mae, pobre gatito, con algunos de los papeles de las revistas que había utilizado como colchón retiró al animal muerto y lo envolvió. Lo metió en la bolsa y fue recogiendo también al resto, así hasta que todos estuvieron en el interior. La niña Sonia había desaparecido, solo quedaban dos o tres niños, que le preguntaban qué iba a hacer con los gatos. ¿Qué vas a hacer, Nolito?, ¿Por qué no los llevas otra vez con su madre, Nolito? Tenía ganas de llorar, cogió la bicicleta y colgó la bolsa de deportes en el manillar. La visión de la rata despachurrada, mientras pedaleaba, se imponía a todas las demás, no recordaba a la niña Sonia achuchando a su gato y dándole besos, aunque ese es el recuerdo que a él le hubiera gustado conservar. Gatito roto, gatito muerto, gatito estrujado. Gatito roto, su puta mae, en medio de la avenida, mientras los coches lo rebasaban, gritó, pero ahora ya no lloraba, ahora lo que tenía era rabia. El camino hasta Balseras se le hizo corto, la rabia no se había suavizado. Gatito roto, no se puede pegar, no se puede encender para que funcione otra vez, y toda la bolsa está rota ya, ya no está nuevo, ya nadie se va a acercar a acariciar a los gatitos. Ha llegado a El Juncal, ya está allí la valla de Beltrán Pérez Asesor Inmobiliario Casa 2000, y la corbata roja del comercial le recuerda como una punzada el reguero de sangre. En lugar de seguir adelante hacia su calle, tuerce a la altura de la valla por el caminito de tierra, es una zona que conoce bien porque ha venido a jugar alguna vez por aquí y porque por la tarde, cuando casi se hace de noche, vienen muchos coches a follar y en ocasiones Nolito los observa desde la distancia. Pero hay una zona protegida con árboles y detrás está la casetilla de la luz. El gato está roto y la bolsa está rota y manchada y ya no vale nada porque nadie va a hacer que la niña Sonia vuelva otra vez para achuchar a algún gato. Nolito detiene la bici y toma la bolsa, ha decidido que no va a mirar, que lo va a

hacer igual que cuando en Miraeste tiene que ir a tirar los vidrios al contenedor, los arrojará uno a uno, aunque con más fuerza. Piensa en pelotas, se dice, piensa en piedras de tierra endurecida que se deshacen al llegar a la pared. O mejor: piensa en globos de agua. En la pared de la casetilla de la luz alguien ha escrito, con letras mayúsculas y apresuradas, A TRINI LAPESTA EL BAKALAO. Al tercer globo, la inscripción queda completamente oculta por la sangre.

Al final es la sangre, aunque la sangre siempre está asociada al dolor, asociada al llanto y a las ganas en muchos casos de morir, de acabar de una vez con todo, y de paso arrastrar hacia la sangre a todos los que le hacen daño. La bolsa de tela con los cristales triturados es la penitencia que más duele, la espalda en carne viva como recorrida por una legión de cuchillas, la sangre cayendo en grandes goterones hasta el pantalón, duele mucho, pero es un dolor tolerable si se cierran fuerte los ojos y se piensa en otra cosa, porque el verdadero dolor, el que es en verdad dañino, es el que está detrás de los ojos abiertos, la tía Felisa rezando el avemaría, sus susurros en la semioscuridad de la habitación y sus chistidos cuando Nolito se queja de que duele, tita, duele, tita, duele, tranquilo, Nolito, ya queda poco, reina eres tú entre todas las mujeres. Hay que extirpar el pecado, hay que arrancarlo de tu cuerpo, porque llevas la descarriada simiente del pecado original en tus entrañas pero en su forma más degenerada, imbécil, malnacido, criatura del demonio, animal, castigo del señor que la tía Felisa padece, pero que también se ha convertido en su misión, la misión de su vida, cuidar del tonto, salvarlo,

conducir a esa existencia quebrada hacia la redención. Cada llaga lo acerca más a Cristo, cada herida abierta lo pone más cerca de la cruz, y la tía Felisa no puede evitar las lágrimas cuando aplica alcohol sobre las heridas y la piel de Nolito, su espalda toda se contrae, se hace un nudo, mientras Nolito grita ay, ay, tita, duele, tita, y ella es Magdalena y allí tiene el cuerpo de Cristo, la carne sacrificada que muta en sagrada, y es entonces cuando supura el cariño, te quiero, Nolito, eres mi vida, Nolito, lo eres todo para mí, Nolito. Tumbado de lado en la cama, con la espalda hecha un garabato tierno, ya solo en su habitación, el tonto solo tiene un consuelo: encontrarse en los cascos con Jacko, oír sus susurros y su voz de niño o de mujer llamándolo, diciéndole tranquilo, Nolito, esto va a acabar, sube aquí conmigo, aquí no cabe la sangre. En el mundo de Jacko no hay días nublados ni cristales rotos, no hay rostros antipáticos ni risas malintencionadas. Lo ha visto en las fotos y también en un antiguo reportaje de televisión, el sitio donde vivía con los niños, un lugar como de chicle y feria, una tienda gigante de chucherías en la que los niños juegan desnudos y huele a sueño y a tostadas y Jacko actúa cada noche y todo es gratis y no hay cosas de cristal, salvo la voz de Jacko, porque las cosas de cristal se rompen y cortan, allí todo es romo y de goma y plastilina. Nadie ha encontrado una cruz en ese lugar, no hay iglesias ni viejas que muevan la boca profiriendo rezos incomprensibles. Todas las viejas que rezan están fuera, ninguna puede entrar, no hay sitio para la tristeza, el dolor y la sangre. A la niña Sonia le gustaría, él le podría enseñar los atajos, los pasadizos secretos, sabría qué puerta abrir, qué sendero conduce al lugar donde Jacko actúa cada noche. Le daría la mano, la agarraría bien fuerte, mientras del cielo llovería purpurina, y en el escenario, flotando sobre el cielo, Jacko haría el *moonwalk*, y enseguida, sin darse cuenta, la purpurina les fabricaría una segunda piel de lentejuelas. Una capa brillante, mágica, un yelmo fino pero resistente, inmune al dolor, inmune a la sangre.

Ninguna se parece a la niña Sonia, ninguna es igual porque les faltan sus ojos azules y su pelo rubio y sus largas piernas. Pero algunas también son guapas, eso no se puede dudar, y las niñas entran a la parroquia con sus libros de catequesis, sus rebecas azules y sus faldas escocesas, algunas vienen brincando y la falda aletea y se les sube mostrando la parte alta de los muslos, que parecen duros, fuertes, y a Nolito el calor se le concentra en la entrepierna como si se hubiera acercado a una hoguera. No puede evitar soltar el rastrillo y abandonar el parterre, casi corre persiguiendo la estela de las niñas que entran en el templo. Le da miedo la iglesia cuando está solo, cuando llega y adentro únicamente está el padre Ramiro y para acceder a la casa parroquial tiene que atravesar entera la iglesia, sobre todo las cuatro pequeñas capillas que quedan a los lados, dos a la izquierda y dos a la derecha, y en cada una de ellas una imagen, todas le dan miedo, pero la que más, la última de la izquierda, un Cristo nazareno con pelos de verdad, con pelo largo que parece humano, y que incluso se mueve cuando entra corriente en la iglesia. Hoy no hay rastro de miedo porque los niños destrozan el

silencio con sus voces y sus carcajadas. Al padre Ramiro no le gusta que él entre en la casa parroquial cuando hay catequesis, está prohibido, pero nadie le impide seguir a las niñas hasta la puerta, ponerse muy cerca de ellas, aunque luego se dan cuenta y echan a correr, alguna incluso grita, que viene el tonto, dicen, y otra se ríe, llora de risa mientras corre, se pone colorada y Nolito la ve correr, con la falda respunteando sus muslos, y también sonríe, la boca bañada en babas, los ojos brillantes y la hoguera más viva que nunca entre sus piernas.

Por la noche vuelve la hoguera, la tía Felisa se ha ido a dormir y hoy solo ha tenido que acompañarla un poco durante los rezos. ¿Qué tal hoy en la parroquia?, le había preguntado mientras le servía la cena. Bien, bien, había contestado él, y fue raro que la tía no se hubiera dado cuenta, pero la idea de volver a sufrir el martirio de los cristales podía más que su cargo de conciencia. Por eso prefirió no hablar mucho y mantener la imagen bien resguardada en su cabeza. Solo hubo dos o tres padrenuestros y otros tantos avemarías, y por fin la tía le dejó marcharse a la cama. Ahora está allí y vuelve a paladear la imagen, como un fragmento de película. La entrepierna está caliente y dura e incluso duele porque es como si la viera. Estaba, recuerda, podando el limonero, tan concentrado que no vio salir al grupo de la iglesia, y eso que ni siquiera tenía conectado el MP4. Pero entonces escuchó el chistido, se volvió y eran dos de las niñas, aunque quien chistaba no era la más guapa sino la bajita, la más fea. Mira, tonto, mira, escuchó, y cuando Nolito se dio la vuelta la bajita miró a su amiga y sonrió: estaba confirmando que aceptaba el reto. Rápidamente, con una única y ágil flexión, se bajó las bragas hasta las pantorrillas. El siguiente movimiento fue levantarse la falda y dejar al descubierto su sexo desnudo.

—Mira mi chocho, tonto.

Fue solo un instante, que Nolito, por la noche, intentaba recrear en la compacta oscuridad de su habitación: un sexo imberbe, lampiño, una escueta raja de muñeca de plástico que rápidamente volvió a quedar oculta bajo la falda. La amiga se carcajeó y la niña bajita, aunque colorada, también rio. Él no supo qué decir, quiso reaccionar pero ninguna palabra salió de su boca. Tampoco pudo sonreír, se limitó a encajar el comentario que la acompañante



de la niña, mientras echaban a correr, soltó entre carcajadas.

—Ahora sí que se le ha quedado cara de tonto —oyó que decía.

El sábado es el último día de la temporada de baño, los niños vuelven al cole y el tiempo ha empezado a cambiar: por las mañanas, la piscina amanece llena de hojas secas, y por las noches hay que ponerse algo de abrigo. Como de costumbre, instalarán un castillo hinchable dentro del agua, eso les encanta a los niños, y en el bar del club social harán una barbacoa, el hijo de un vecino pinchará música y ese día la piscina no tendrá hora de cierre. Se acaba el verano y toca volver a la rutina laboral, dejarán de ver a los vecinos con las bermudas y a las vecinas con bañador, todo se volverá más serio y formal. Por eso hay que celebrar que ha sido un buen verano, así que, como no hay nadie en la piscina, a la una dejan de trabajar, lo ha decidido Jaime Reguera, toda una institución en el bar, sin cargo oficial en la comunidad de vecinos pero un símbolo del club social, siempre dispuesto a la penúltima, siempre risueño y con ganas de broma, vecino de sus vecinos, solícito y colaborativo, el alma de la fiesta. Desde que se prejubiló en el banco, hace tres años, su figura pública como personaje de Miraeste no ha dejado de crecer, y hoy es como si viviera allí, en el bar, donde se permite licencias que ningún otro

podría siquiera concebir. Como, por ejemplo, introducirse en la barra y servirse él mismo, tirar tres cervezas y llamar a Adrián, el socorrista, y a Dimas, el portero, y gritarles venga, un brindis, hay que celebrar que esto se acaba. Los tres han salido a la terraza, porque Adrián prefiere vigilar desde allí la piscina, aunque la temperatura sea baja y de los pocos vecinos que hay tomando el sol, ninguno se atreva a darse un baño. La radio está encendida y suenan *Los 40 Principales*, y cuando Nolito por fin atiende a la llamada de Jaime Reguera, los tres ya han brindado y han dado el solemne primer buche a sus cervezas.

—¡Vente, Nolito! ¡Que hay que brindar!

Nada de alcohol nunca. Lo tiene aprendido desde aquella última vez, el bautizo de la nieta de su vecina. Se lo había recordado a la tía Felisa su terapeuta, Manuel no debe beber, su tolerancia al alcohol es simplemente nula, además, combinado con la medicación, puede tener efectos peligrosos. Es verdad que desde que terminó las clases en el taller ocupacional y empezó a trabajar para IS, hace seis meses, no se está medicando, el mismo médico sugirió retirar el tratamiento, veamos cómo se comporta, la asunción de esas nuevas responsabilidades es todo un reto que puede tener derivaciones psicossomáticas muy positivas, hay que ir observándolo. En aquel bautizo todavía se medicaba, recuerda que la primera cerveza le supo muy amarga, pero el hombre que se la dio, que era el tío de la recién bautizada, se reía tanto con la expresión de su cara que Nolito quiso complacerlo y bebió otro buche, y otro más, y con cada nuevo buche hacía una morisqueta, y así hasta que el hombre se cansó. Hubo un momento en que, Nolito no recuerda si el comentario era real o más bien lo soñó, aquel hombre le dijo déjame en paz, hijo, ya es suficiente. Todo, en un momento determinado, empezó a fluir como en un sueño, hasta que sintió que se ahogaba, que estaba en medio de un mar furioso. Después de vomitar, el mar quedó en calma, el sueño o la pesadilla concluyó y aquella noche, al llegar a casa, la espalda dolió como nunca. Por eso nada de alcohol nunca. Pero Jaime Reguera siempre lo saluda con cariño cuando lo ve por las mañanas, le dice qué pasa, Nolito, cómo vamos hoy, Nolito, e incluso alguna vez se pone a bailar mientras Nolito escucha sus cascos, y Nolito sonrío, levanta el pulgar, o él mismo se pone

también a bailar. A ver cuándo te tomas una conmigo, Nolito, le ha dicho en más de una y más de dos ocasiones, pero él le ha explicado que no puede beber, cerveza amarga, un día me emborraché, me puse muy malo. Hoy están celebrando que el verano termina, así que no puede negarse, y menos aún cuando se acerca a la terraza y Dimas, que ya lleva el colorado de aguardiente puesto en la cara, le posa la mano en el hombro y le dice Nolito, vamos a llevarnos bien, somos compañeros, esto no tiene sentido. ¿Paces, Nolito?, dice Dimas, mirándolo con sus ojos enrojecidos y extendiéndole su mano arrugada y negruzca. Paces paces paces, contesta él, y Dimas le da la mano y le palmea la espalda y al momento tiene un vaso de cerveza en la mano, acaba de traérselo Adrián, que le pide que beba y se ponga al día, porque trae también nuevas consumiciones para el resto. Nolito da un buche a su cerveza y la boca se le llena de amargor, intenta imaginar cómo fue la cara que le puso a aquel hombre en el bautizo y la reproduce, el resultado es una mueca de simio enfadado, como si acabara de dar una dentellada a un cítrico. Todos, incluso Dimas, sonrían, qué pasa, Nolito, está amarga, ¿verdad? Su puta mae su puta mae su puta mae, contesta, y Jaime Reguera le pide que cuente lo del bautizo, qué ocurrió, Nolito, cómo te emborrachaste. Y entonces Nolito cuenta lo que le contó su tía, antes de que vinieran los cristales y los rezos, mientras regresaban a casa. Pusieron una tarta, recuerda, la tarta de la niña, con un bebé rosa pequeño en medio. El bebé era para comérselo, su puta mae, se comía. Lo quería un niño, pero yo también lo quería, no habían cortado la tarta, así que abrí la boca, um, y le pegué un bocado. Nolito despliega la mandíbula, la abre y la cierra como un pez recién pescado, repite um, um, y Dimas, Adrián y sobre todo Jaime Reguera ríen. ¿Dejaste un boquete allí en medio, Nolito?, pregunta Jaime, y Nolito solo sonrío, tiene los ojos brillantes, se siente a gusto a pesar del amargor, y sigue recordando. Me fui al váter, tenía calor, y no veía los lavabos, así que me agaché en un váter y metí la cabeza dentro. Qué asco, Nolito, por dios, comenta Adrián, y Jaime Reguera se carcajea, y Nolito sigue riendo, su puta mae su puta mae su puta mae, y acaba de llegar Dimas con cuatro nuevas cervezas, y en la radio, qué casualidad, acaban de poner una canción de Michael Jackson, nada menos que *The Way You Make Me Feel*, una de sus favoritas, se conoce de memoria

el videoclip, Jacko con sus colegas del barrio, de repente una joven muy guapa, y Jacko la corteja, todo el vídeo es un cortejo de baile entre callejuelas oscuras y coches abandonados. Mira, Nolito, esta es tuya. Sí, sube el volumen, y Nolito que grita como lo hace Jacko, se agarra la entrepierna y junta las rodillas, con la mano inclina sobre su frente un sombrero invisible, y Jaime Reguera aplaude, y Adrián aplaude, e incluso Dimas aplaude, y se ha puesto el día para que nadie pueda olvidarlo nunca.

Sin pasado, solo el presente y acaso un poco, muy poco, de futuro, tan solo el que le dejan ver sus ojos, como una chispa de luz intuida más allá de la espesura. Como en medio de la maleza, como enredado por una vegetación que va dejando de ser sofocante para convertirse en agradable, su propio ecosistema, el que envuelve cada uno de sus días. Así es todo el tiempo dentro de su cabeza, y más ahora, que está sin estar del todo, sin horas, sin sitio, rodeado de objetos desenfocados, de luces; de sonidos amortiguados por su repugnante, su querida maleza.

—¿Cómo te llamas, guapo?

Eres un pobre diablo, pero qué será de ti cuando yo no esté, cómo te salvarás cuando esta pobrecita vieja no esté aquí para espantarte el demonio. El pelo del nazareno es natural, parece cabello humano, se mueve ligeramente cuando hay corriente y también se mueve la llama de las velas que se encienden a cambio de una moneda. Solo hay algo que da más miedo: las manos del padre Ramiro, sus dedos pequeños y delicados, dan escalofríos cuando rozan, los ve posados en los hombros de las niñas de la catequesis y

son los mismos que paseaban por sus piernas, arriba y abajo, el día que Nolito cambiaba el tubo de luz fosforescente de la casa parroquial subido a la escalera, estaba sosteniéndolo, pero no lo parecía, porque esa forma de subir y bajar era innecesaria, porque sus dos manos, él lo notaba, estaban posadas en la parte posterior de sus muslos, le apretaban mientras preguntaba si iba bien, ¿vas bien, Nolito?, ¿vas bien, querido?

—Nolito, cariño. Se llama Nolito. Y le gustan las mujeres. Aunque le gustan más las niñas.

La niña Sonia, con su bikini verde fosforito. Cuéntanoslo, Nolito. Cuéntaselo a Adrián y a Jaime. Pero antes dale un buche, que se te calienta. Te gusta la niña, ¿verdad, Nolito? Y Jaime dice no, por favor. Y Adrián mira a Dimas, que insiste: Tranquilo, Nolito, que no se lo diremos a nadie. Qué pasa con la niña Sonia. Nolito bebe, los ojos caídos como los de un perro pachón. La boca espesa y las palabras cada vez más desmadejadas. Todas las niñas están arrebujadas en su cabeza. La niña Sonia con su traje de baño. Los grupos de niñas que esperan el autobús escolar mientras juegan a perseguirse y que Nolito sorteas con su bicicleta camino de Miraeste. La niña de la catequesis. Una mano del padre Ramiro posada en su hombro. Olor a chupachup. De esos que dejan la lengua completamente roja. Roja raja roja. No sabe qué está contando, no sabe cuáles son sus palabras, le vienen solas, sin orden: me enseña el chocho. Se sube la falda y me enseña el chocho. Roja raja roja su puta mae. Vale ya, Dimas, venga, déjalo, Nolito, no digas tonterías, esto no está bien. Sí, claro, vale, y Dimas vuelve a brindar, Dimas también está en la maleza, pero lleva cuchillo, lo lleva entre los dientes, y sus ojos son como los de la gata *Diamantina*: afilados, insondables, fríos.

—Tócala, Nolito. Cuándo te vas a ver en otra igual.

Nolito levanta la mano y la prostituta lo ayuda a acercarla a su pecho. Es un pecho duro, como una bolsa compacta de arena. Dimas sonrío, y a Jaime Reguera se le ha cambiado el semblante, pero también sonrío. La puta le toca la entrepierna, a ver cómo se pone, a ver si está despierto, dice, pero allí abajo todo está dormido. Quizá no fue una buena idea, después de todo, rematar el día de borrachera viniendo aquí. Pero claro, el tonto se había animado después de tanta cerveza, incluso se tomó un cubata, menos mal que pidieron

un par de platos, de lo contrario no hubiera aguantado. Te vamos a llevar a conocer a mis primas, había sugerido Dimas, y Jaime y el socorrista lo habían secundado, pero ahora que estaban allí todo resultaba menos divertido.

—¿No te gusto, Nolito?

Invigoreit, la revolución definitiva contra las odiosas cartucheras. Y en medio de la página doble, justo encima de la grapa inferior de la revista, el berberecho gigante, un molusco sonrosado rodeado de carne blanca. Nada que ver con el nido de la señora Patro: un nido rojo oscuro. De allí, de ese nido, seguro, salen los pájaros, todos esos bichos que revolotean en la enorme jaula. Toma la limonada, pero después no mires: si miras abajo, igual acabas imantado, igual el boquete te succiona. Qué habrá dentro, qué se ocultará en el interior de esa madriguera inflamada y oscura. Quizá es un pasadizo para llegar a su propia maleza. Todo conduce a su maleza, los cristales triturados dentro de la tela arañando su espalda, las palabras de la tía Felisa, la mano blanca y aniñada del padre Ramiro, la risa repugnante de Dimas mientras manosea los pechos de la mujer que le rebusca en la entrepierna dormida.

Toda la maleza le estalla en la boca. Como si la hubiera masticado, como si necesitara purgarse el estómago y por fin saliera hacia fuera a borbotones.

—Por favor, una fregona. El tonto ha vomitado.



En IS Integra Services hay una solución para cada necesidad. Formamos a equipos humanos en los ámbitos de especialización del centro, siempre desde una perspectiva inclusiva. Estamos convencidos de que en el actual contexto laboral hay espacio para la diferencia y de que las personas con minusvalías son capaces de aportar su fuerza de trabajo y su destreza en condiciones prácticamente similares a las mal llamadas personas normales. Se trata, únicamente, de voluntad y de capacidad de sacrificio. En nuestros centros formativos homologados, la persona con discapacidad encuentra un entorno propicio para desarrollar sus habilidades laborales en condiciones óptimas, transformándose así en un trabajador plenamente integrado en el sistema. Ninguna discapacidad es igual, cada persona tiene particularidades y requiere de un proceso específico y personalizado de adaptación. Pero la experiencia de IS Integra Services es positiva en el 90 por ciento de los casos. Es el ejemplo de Manuel Fernández Salvatierra, un perfil plenamente apto para las labores encomendadas de mantenimiento y jardinería. Aunque con un nivel de discapacidad intelectual considerable, Manuel, Nolito para los más

allegados, ha aprendido con solvencia los rudimentos propios de su puesto de trabajo. A ello hay que sumar su sociabilidad y una voluntad de sacrificio que sus evaluadores han tildado de extraordinaria. Se esfuerza siempre por mejorar, es altamente responsable en las tareas encomendadas y se compromete con la búsqueda de soluciones a cada nuevo reto. Aunque aún lleva poco tiempo con nosotros, estamos convencidos de que es un perfil altamente representativo del modelo de servicio de IS.

Lo primero que siente, además de un insoportable dolor de cabeza, como si alguien hubiera hecho trizas su cráneo, es frío. Frío en las nalgas, en los hombros, en la espalda. Además del frío adherido a su piel, puede sentir la inclemencia de la brisa. Eso y el sonido de los pájaros matutinos lo ponen en situación antes de abrir los ojos, sintiendo dos pesadas láminas de acero atadas a sus párpados. Es de día. Está en Miraeste, en uno de los bancos del parque infantil. Completamente desnudo.

Desnudo, como recién nacido. Ni siquiera tiene zapatos. Y por supuesto, ni rastro de su cartera o de su móvil. Imposible conocer la hora, aunque por el sonido de los pájaros, ese sonido que Nolito conoce bien, y sobre todo por la luz, no muy intensa aún, deben de ser al menos las siete de la mañana. Desnudo. Sin móvil. Sin cartera.

Tiene que volver. Al levantarse y quedar de pie, el mundo entero se tambalea. En la zona del parque no hay nadie, pero cuando comienza la parte de los bloques, a lo lejos, distingue el coche de uno de los vecinos saliendo del garaje. No lo conoce demasiado, aunque lo suficiente para entender que su atónica expresión no es la suya de costumbre, que la sorpresa le ha desfigurado el gesto. Prefiere no saludar, pero tampoco se tapa, para qué, es ridículo hacerlo y sobre todo ralentizaría su carrera. La puerta del bloque 2 se abre y de ella sale una madre con su hija, que lleva una mochila del cole. La madre le tapa los ojos a la niña, dice por dios santo, pero Nolito no pide perdón, tampoco saluda, prefiere no mirar sino seguir corriendo. Entre las piernas, su pene se balancea entrechocando con las nalgas como un trozo de tripa. Más niños. Son los mismos que el otro día acariciaban a los gatos. Un chillido. Una carcajada. ¿Estás bien, Nolito? Le dice una de las cuidadoras de los niños, la única que se atreve a dirigirse a él. Adela, ¿qué lleva en la

espalda?, pregunta la niña que camina cogida de su mano. Porque al ser superadas por Nolito las dos pueden ver los sajones que garabatean su piel.

Por fin llega a la puerta de entrada. Pulsa el timbre de apertura y sale de Miraeste. Tiene la bici aparcada allí mismo, pero la llave, como todo lo demás, ha desaparecido. La de repuesto está en casa, y por un momento piensa en ir a buscarla y después regresar. Pero cómo volver después, ahora que todo el mundo lo ha visto así. Aunque puede explicarlo. ¿Puede explicarlo? Porque lo último que recuerda de ayer es que no recuerda nada. O sí. La textura de arena de las tetas de una mujer imprecisa. Las carcajadas de Javier Reguera. Las caricias de Dimas en su espalda. Las palabras de Dimas mientras todo salía hacia fuera. La mirada de Dimas. Dimas entreverado con su insoportable deseo de dormir. Dimas todo el tiempo.

Fuera de Miraeste es mucho peor. Porque por las aceras discurre gente que camina hacia el trabajo y grupos de escolares y parejas de señoras mayores que dejan de hablar para observar su carrera y taparse la boca y decir madre mía de mi alma, por dios santo, bien para reír o bien para gritar a continuación sinvergüenza, estamos cada vez peor. La distancia hasta su casa, así, a pie, descalzo, es muy larga, junto a un semáforo hay un vagabundo que sonríe y lo jalea, bien, campeón, le dice, y al cruzar el semáforo, todavía en ámbar, los coches frenan y pitan y hay un taxista que se parece al presentador del programa de televisión que la tía Felisa ve algunas tardes y que reúne a parejas de ancianos que buscan una cita a ciegas, ese presentador al que la tía Felisa, entre santiguadas, siempre acaba insultando. Los coches pitan, dos jóvenes en una moto le gritan entre risas, al pasar por una panadería, a través del escaparate, puede ver a la dependienta contemplándolo atónita, una barra de pan congelada entre sus manos enguantadas, al cruzar una plaza peatonal hay una guardería atiborrada de padres entregando a sus hijos, algunos padres miran, y a Nolito empiezan a dolerle los pies. Por dios, qué lleva en la espalda, son heridas, parece, y todavía le queda bastante trecho para llegar a Balseras, aún queda lejos la valla de Beltrán Pérez Asesor Inmobiliario Casa 2000, la Ronda de Leiva todavía es un sueño, y en esta zona, sin apenas aceras, le toca correr por en medio de la calle. Hay bastante tráfico y una joven con un coche blanco baja la ventanilla y le pregunta si está bien. Estás

bien, chico, necesitas ayuda, chico, pero Nolito no contesta, de hecho se retira de la calzada y sube a la acera, casi choca con un anciano que le grita asqueroso, degenerado, y al verlo avanzar, el anciano cree que lo que lleva en la espalda, lo que mancha su piel desde los hombros hasta la cintura, es un enorme tatuaje. Puñetera droga, dice, y para entonces Nolito ha llegado a la intersección con la avenida de Matasella, la que lleva hasta su barrio, pero ahí tiene que detenerse un instante. Se reclina sobre sus piernas y toma aliento, respira sacando la lengua, piensa. No puede pensar demasiado, porque los latidos le punzan las sienes como martillazos y porque la maleza es ahora más densa que nunca. Al levantar la vista comprueba en el reloj digital de la avenida que son las 8.13.

Vuelve a correr, y en el primer semáforo aprovecha para cambiar de acera. La circulación aquí es más densa, además los que tienen la oportunidad de avanzar no lo hacen: prefieren demorarse, contemplar con detenimiento al hombre desnudo con la espalda en carne viva que está atravesando la avenida como si huyera de un incendio. Un hombre desnudo es capaz de paralizar una ciudad, quizá si hubiera tenido su MP4 podría haber escuchado música mientras corría, eso le habría dado más brío, un ritmo estable en sus zancadas. Porque a estas alturas corre como un zombi, como un potrillo que acaba de romper la placenta y que aún no ha aprendido a trotar. Es en la intersección con una de las calles que desembocan en la avenida, después de atravesar un quiosco de cupones cuyo vendedor parece haber recuperado la visión de pronto, donde un coche frena bruscamente y lo obliga a detenerse en seco. Las luces azules de su techo y el sonido reverberante de un *walkie* certifican que la carrera acaba de llegar a su fin.

Quizá, después de todo, sí que recuerda algo de su infancia. No, por supuesto, a su madre, ella solo vive en las palabras de la tía Felisa, ningún recuerdo completo, ninguna conversación o anécdota. Pero en algún sitio de su memoria hay un lago. No recuerda tanto el lago como la orilla, una orilla de color pardo, tamizada de guijarros. El agua no está limpia, y entre las piedras hay algunas muy suaves, totalmente romas y planas. Si se tiran al agua de una determinada forma, las piedras hacen el salto de la rana. Sí, eso es lo que recuerda. El dibujo de las ondas en el agua, perfectamente circulares, cuando una piedra besa la superficie del agua antes de dar el salto.

—Solo quiero ayudarte, Manuel —le ha dicho la joven. Es una joven muy guapa, tiene una bonita dentadura blanca y unos ojos que parece que sonríen. Ahora está tranquilo, le han dado una camisa blanca y un pantalón a juego. Todo aquí es blanco: los dientes de la joven, la luz del techo, la ropa, incluso la camilla. Mientras se ponía la camisa, una mujer, también vestida de blanco, le ha preguntado si le dolía. Pero a él no le duele nada, solo quiere volver a casa y dormir, está cansado.

—Cómo te has hecho esas heridas, Manuel —pregunta la mujer, y en verdad parece como si le estuviera pidiendo un caramelo, pregunta suave, agradable. Pero Nolito no quiere contestar, porque entonces será peor, entonces la espalda dolerá más. Él ya ha dado su dirección, así que su tía ya debe de estar informada, sin embargo, tarda demasiado en venir. Por qué no viene su tía, por qué no lo recoge, qué es lo que quieren hacerle.

—No sé por qué estaba desnudo. Cerveza amarga. La cabeza duele.

La joven acerca la mano y la posa sobre una de las manos de Nolito. Está caliente, la mano, es una mano agradable, y la mujer acompaña el gesto encajando los ojos y adelantando amigablemente todo su cuerpo.

—¿Quién te ha hecho eso, Manuel? Eso de la espalda.

Nolito cabecea. Aquí todo es blanco y cálido y agradable. La camisa tiene un olor fuerte a desinfectante, pero es suave, le acaricia los brazos y le hace cosquillas en la piel. La mujer sonrío y sus ojos brillan, pero no tienen el brillo de los ojos de la tía Felisa por la noche, cuando le cura las heridas después de los cristales. La tía Felisa debe de estar avisada, quién lo va a cubrir hoy en Miraeste, qué dirá Nadal, seguro que lo ha estado llamando. Esta tarde tenía que ir a la parroquia, ha dejado a medias la poda del limonero.

—¿Quién, Manuel? ¿Quién? —repite la mujer. Y Nolito cabecea. Cómo le gustaría que Jacko estuviera aquí, cómo le gustaría tener cerca su mano enguantada ahora, sobre su hombro, para deshacer la maleza, para elevarlo sobre este sitio y poder verlo todo desde arriba, a suficiente distancia.

—El cuerpo de Cristo. —Al principio es un susurro. Pero enseguida adquiere la forma de un grito—. El cuerpo de Cristo el cuerpo de Cristo el cuerpo de Cristo.

Al final es la sangre. Y hoy ha llegado el final de la temporada de piscina en Miraeste, por eso, como cada año, es un sábado muy especial. El agua empieza a estar demasiado fría, aunque ha amanecido despejado, y, sin ser el mismo sol de agosto, a los más pequeños les sigue apeteciendo el baño. Sobre todo porque en el centro de la piscina han instalado el enorme castillo hinchable, seguramente sea el castillo más grande que hayan contratado desde que, hace cuatro años, tomaran la decisión de rematar cada temporada con una fiesta acuática. El castillo está preparado desde primera hora de la mañana, pero no es hasta las doce, hora de apertura de la piscina, cuando los niños lo invaden. Todos los vecinos pueden invitar a sus familias, traer a sus primos y a sus sobrinos, porque esta es la gran fiesta de los niños, el colofón de su verano. Muy pronto se olvidarán de estos días, enseguida adquirirán del todo el hábito de levantarse temprano y acostarse antes de las diez, y entonces recordarán sus días interminables de verano, los meses largos sin fin, la felicidad.

Nolito no puede salir, su habitación no tiene rejas, esto no es una cárcel,

pero de momento no le dejan abandonar este sitio si no es para dar un paseo por la zona ajardinada. Lleva aquí solo dos días, pero lo tratan bien: el personal es atento, salvo una de las celadoras, que nunca responde a sus saludos. Le traen la comida en una bandeja, y siempre al lado del agua dejan un par de comprimidos. En la habitación hay una tele pero está desconectada, es de tarjeta de pago y él no tiene dinero aunque tampoco le dejarían verla, la médica ha dicho que por el momento nada de estímulos, que se recupere con calma, que no hay prisa. Por la mañana y por la tarde viene una enfermera, le quita la camisa y le cura las heridas de la espalda, y la cura escuece aún más que la que le hacía la tía Felisa.

Con la tía Felisa no ha hablado, no sabe nada de ella, aunque ha preguntado. Tú tranquilo, tienes que recuperarte, no te preocupes por nada, le ha dicho esta mañana la joven que lo atendió hace tres días en la sala blanca de la camilla, ahora sabe que se llama Alma.

—Qué nombre más bonito —le ha dicho Nolito, y ella ha sonreído y le ha contestado gracias.

Y él ha insistido: muy bonito, de verdad, Alma, muy bonito. Tranquilo, Nolito, le ha contestado ella con su sonrisa más plácida: no pienses en nada, olvídate de todo, no vas a volver.

No vas a volver. Su puta mae, cagon tus muertos. La parroquia y el padre Ramiro esperando. Y afuera el limonero maduro medio podado, como un espantapájaros desvestido. La tía Felisa y el olor a merluza y la espalda y el cuerpo de Cristo.

Es la hora del paseo, hace un señor sábado, con el cielo limpio y claro, sin una pizca de nubes, pero Nolito no está contento porque algo le pesa en la garganta. Y no lo dejan salir pero esto no es una cárcel, y en el jardín hay otros pacientes como él que pasean junto a sus familias, y muy cerca, andando, se llega hasta la puerta principal, que está abierta porque un coche está saliendo, y junto a la salida, en el puesto de seguridad, siempre hay un guarda, pero ahora no está, por eso es fácil salir y empezar a caminar como un transeúnte más, un turista raro, con una mirada extraña, una camisa blanca, un pantalón de nailon gris y unas zapatillas blancas con el logotipo del centro, que se llama Regina Mundi. No tiene prisa, aunque conoce el



camino porque este sitio no está muy lejos de Miraeste, además el regreso será más llevadero porque volverá en bici.

La bici de Nolito, el tonto, sigue amarrada en el aparcamiento de las motos. Pobrecito el chaval, no se lo veía muy normal, le gustaba jugar demasiado con los niños. El otro día, al parecer, le dijo a un vecino que le había bajado la falda a Sonia, la hija de Charo y de Julio, el notario, y le había visto sus partes. Qué seguridad podían tener con alguien así cuando sus hijos jugaban en el parque. Pero no pensemos en cosas feas, hoy es el día de los niños, y los niños están de fiesta, toca pasarlo bien y no pensar en nada más.

Al entrar por la puerta trasera en Miraeste, nadie lo ve. Por eso no hay ningún vecino que lo descubra mientras atraviesa el porche y llega hasta la portería. La puerta de la portería está abierta pero no hay rastro de Dimas, eso le permite entrar. Rebusca por un instante pero no localiza su ropa. En cambio sí que encuentra, en lo alto de la estantería donde se dejan las cosas que los vecinos extravían, su MP4. Está intacto, como los cascos, así que se los guarda en el bolsillo del pantalón. Es más de lo que esperaba encontrar, ya que lo que venía buscando, que también está allí, era la cizalla de acero.

La piscina queda muy cerca del aparcamiento. Conforme se acerca, el tumulto va creciendo. Se escuchan gritos, hay música de fondo. Se oyen los chapoteos y las carcajadas de los niños. Un vecino ya lo ha visto, estaba hablando con su mujer y le dice, mientras lo señala, mira quién está ahí. Una vecina codea a la otra, las dos están tomando un refresco y fumando fuera del recinto, lo ven avanzar con el enorme alicate en la mano, el pijama de desahuciado y los hombros caídos. El ruido sigue dentro de la piscina, pero por la puerta, como una hemorragia, empiezan a salir vecinos.

Por detrás de las cabezas que lo observan en silencio, sorteando los cuerpos, aparece Dimas. Avanza hacia él acelerado, desafiante.

—Qué haces aquí, idiota. —Es como si sus palabras fueran escupitajos. Cuando llega hasta él, a pesar de que Nolito le saca dos cabezas, el portero lo empuja. Tiene el cuello tenso, una gruesa vena inflamada le recorre diagonalmente la garganta, la cabeza enhiesta como un mástil.

Sería tan fácil hacerlo ahora. Sería tan sencillo y rápido. Simplemente

apretar con fuerza la cizalla y descargar el acero sobre su rostro.

Un par de cuerpos se interponen. Algunos vecinos intentan separarlos. Ahora que los mira, se da cuenta de que uno de ellos es Jaime Reguera.

—Mejor que te marches, Nolito. Por tu bien.

Pero él no quiere nada. Solo su bici. Así que los vecinos observan entre cuchicheos cómo Nolito se dirige a la zona de las motos, se agacha sobre su bici con la cizalla y de un solo clic corta el cerrojo de la cadena. Cómo se aleja hacia los bloques, para salir con su bici por la misma puerta trasera por la que vino.

Al final, siempre, es la sangre. Porque es la sangre la que nos llama y nos hace vivir, y también la que nos arroja sobre el dolor. Al avanzar por el soportal con la bici, al fondo, junto al bloque 4, distingue la bombona del 3.º D. La dejaron anteayer pero nadie ha tenido la amabilidad de subírsela a la señora Patro. Es lo que menos le gusta de este trabajo, pero Nadal, el coordinador, siempre le dice que no le cuesta nada, así tiene a los vecinos contentos.

Cuando la señora Patro abre la puerta, no se espera encontrar lo que aparece. Es como un regalo caído del cielo. Algo oyó, le contaron algo, pero entre unas cosas y otras, el caso es que el holgazán de Dimas no había tenido todavía ocasión de subirle la bombona. Lástima que Nolito no la avisó, de lo contrario le habría preparado su limonada. Sin embargo tiene refrescos.

En el lavadero de la señora Patro, los pájaros, como los críos de la piscina, están agitados. En lugar de revolverse en la enorme pajarera, parece que le picotearan a Nolito en la cabeza. Junto a la pajarera, en el frontal del lavadero, el sol se derrama por la ventana abierta.

A través del cristal del vaso en el que apura su refresco de naranja, la imagen deformada por el vidrio, la ve: distingue sus piernas abiertas mostrando el nido oscuro y rojo. Rojo raja roja. Cuando el cristal desaparece, ella ya tiene las monedas preparadas. Pero por primera y última vez, en lugar de buscar su mano, Nolito baja el brazo y lo hunde entre las piernas de la señora Patro. No es una caricia, sino más bien un manotazo. Cierra la mano sobre la madriguera y la aprieta con fuerza.

—Rojo raja roja. Cuerpo de Cristo.

Qué haces, idiota, déjame, imbécil, la señora Patro le golpea y le araña la cara, pero es solo un momento. Porque enseguida, con la mano húmeda, el tonto se repliega. Pero no se marcha: avanza hasta la enorme pajarera y la abre de par en par.

Son como globos de agua, como los globos de carne que estrelló contra la caseta de la luz, solo que estos vuelan. Pero aquí ninguno va a volar. Porque mientras la vieja grita, mientras la vieja recorre el salón y se asoma al balcón pidiendo auxilio, Nolito va cogiendo los pájaros y los estruja con sus manos. Muy pronto el suelo va cubriéndose de sangre y de pájaros estrujados. Los animales agonizantes, al caer, hacen un ruido blando, como piedras lisas besando la superficie de un lago.

*Maleza*

Daniel Ruiz

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Ilustración de la portada: © Jennifer Kapala – Arcangel Images

© Daniel Ruiz García, 2018

Reservados todos los derechos de esta edición para  
Tusquets Editores, S.A. - Av. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona (España)  
[www.tusquetseditores.com](http://www.tusquetseditores.com)

Primera edición en libro electrónico (epub): febrero de 2018

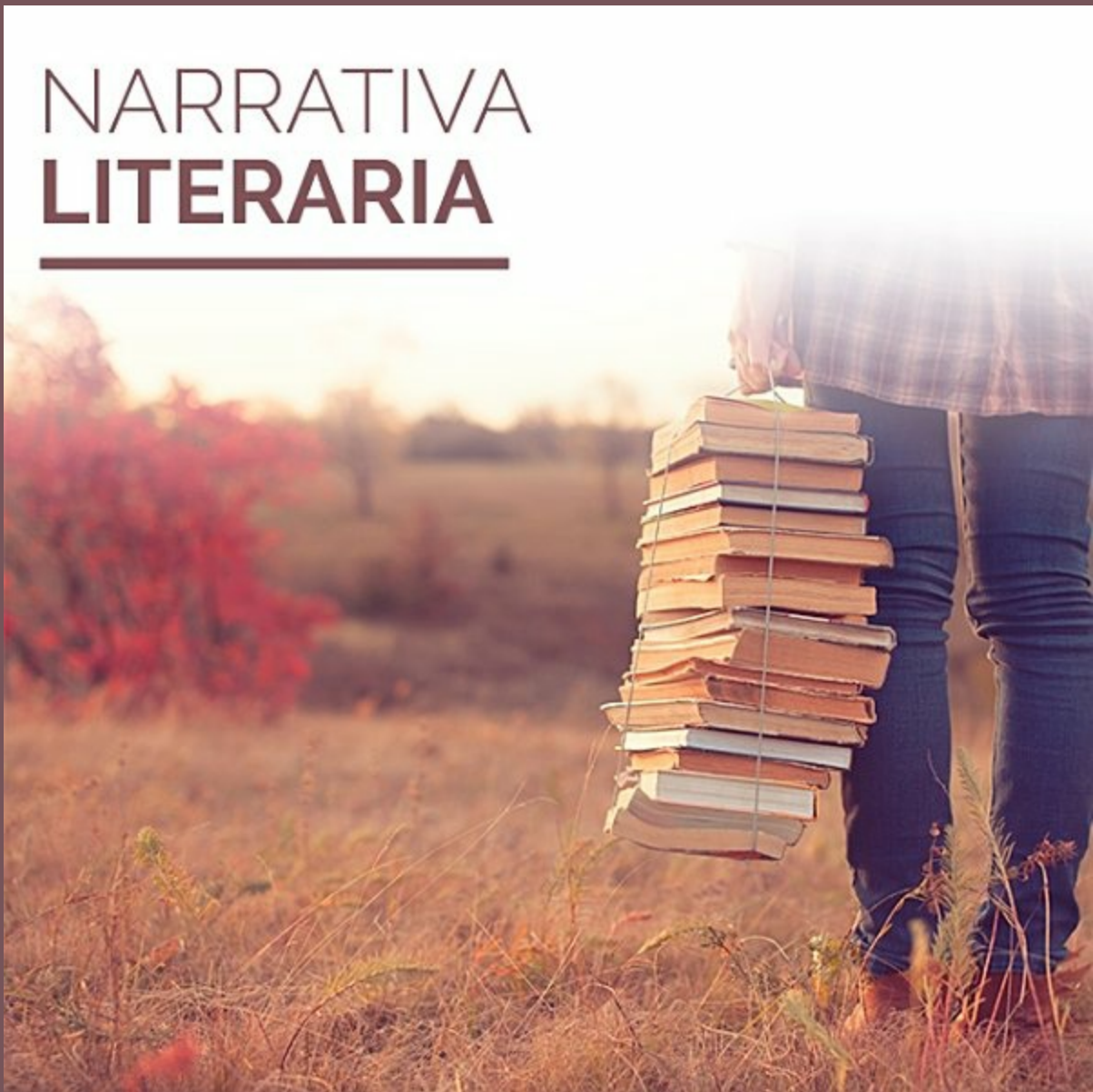
ISBN: 978-84-9066-503-9 (epub)

Conversión a libro electrónico: El Taller del Llibre, S. L.  
[www.eltallerdelllibre.com](http://www.eltallerdelllibre.com)

**¡Encuentra aquí tu próxima  
lectura!**

NARRATIVA  
**LITERARIA**

---



**¡Síguenos en redes sociales!**





Daniel Ruiz  
MALEZA

*colección andanzas*



TUSQUETS  
EDITORES